

# Desafiando *al destino*



**Susana Oro**

***DESAFIANDO AL  
DESTINO***

SUSANA ORO

Desafiando al destino

Susana Oro

Córdoba - Argentina

Año 2019

1ª edición: Marzo 2019

Registro Obra: Safe Creative Código N° 1903040141193

Imagen portada: 123rf ©Wavebreak Media Ltd

© Susana Oro

©Todos los derechos reservados.

**La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o situaciones reales es pura coincidencia.**

Para Barbara Diaz  
No hay distancia para nuestra amistad  
Gracias por estar siempre  
Te quiero, amiga

## Índice

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

BIOGRAGÍA

# CAPÍTULO 1

El automóvil se detuvo frente a una verja de madera podrida y con las bisagras desvencijadas. Anastasia miró horrorizada desde la ventanilla del coche el terreno regado de basura. Allí había tachos de aceite, maderas podridas, botellas, latas, hierros oxidados, una mecedora sin asiento, y muchas porquerías más. Supuso que era el lugar donde los vecinos venían a tirar los desperdicios, pero cuando su padre salió del coche y abrió el baúl para sacar su maleta, no tuvo dudas que había llegado a su destino. Tembló de puro asco, y sintió que se le revolvía el estómago.

En ese sitio no había una planta, una flor, ni siquiera una mancha de césped que alegrara un poco el panorama. No había nada, solo lodo mezclado con mugre.

Al fondo de ese vertedero de basura se veía una casa casi derruida, un galpón con el techo de chapa ladeado a la izquierda, y un camión sin neumáticos que estaba en peor estado que toda la mugre que lo rodeaba.

Cerró los ojos y recordó el parque de su hogar, diseñado por un paisajista de gran nombre, con la hierba cortada y las plantas podadas por el jardinero que iba una vez a la semana. Justo en el centro del jardín se erguía imponente la casa blanca de dos plantas, con los techos de tejas rojas y los ventanales en arco de lustrosa madera. Su vida perfecta y hermosa, pensó con tristeza.

El portazo de su padre al cerrar el baúl del coche la regresó a la realidad. Su realidad. Parpadeó varias veces para evitar que se le cayeran las lágrimas. Él abrió la puerta donde estaba sentada y la miró con el entrecejo fruncido.

—Vamos, Anastasia, que no tengo todo el día —gruñó Gabriel.

—No puedes dejarme acá —gritó Anastasia.

—Claro que puedo.

—Esto es un basurero —se quejó.

—No llames así al hogar de mi prima Carola. Ella ha tenido la gentileza de recibirte.

—No me interesa su gentileza —dijo con los dientes apretados.

—Acá vas a aprender a valorar todo lo que te dimos y tú no quisiste ver. Cuando aprendas el significado de la palabra humildad, podrás volver a casa.

La odiaba, no tenía dudas.

De un brazo la sacó del coche y en un segundo estuvo parada en el terreno lleno de lodo. Sus zapatos rojos, que tantos ruegos le habían costado para que su madre se los comprara, estaban hundidos en el fango.

Su padre le tendió la valija, y ella la abrazó sobre su pecho, rogando que no se ensuciara en ese lugar inmundo. Era una Gucci, maldición, una Gucci, pensó llena de frustración. Se la había regalado su tío Alfonso dos años atrás, cuando viajó a Italia por negocios.

Su ropa era tan fina como la maleta. Llevaba puesto un pantalón de seda negro y una camisa blanca que desentonaban en ese lugar sucio y descuidado. Ella desentonaba en ese lugar como un rosal lo habría hecho en medio de un pantano.

Elevó los ojos buscando la mirada de su padre, pero él ya estaba sentado en el asiento del conductor, dispuesto a marcharse. Lo observó desde la ventanilla abierta. Sus ojos mostraban su desesperación, sus miedos, el ruego silencioso para que no la dejara allí.

—Vete, Anastasia —dijo su padre.

Ella negó con la cabeza y lo miró con los ojos llenos de lágrimas. No podía dejarla en ese lugar. Nadie podía vivir en un vertedero que olía a

animales sucios y basura podrida. Era su hija querida, la consentida de sus padres, como decían sus hermanos mayores.

—Papá, te juro que...

—No jures en vano, Anastasia. Esto es por tu bien —dijo su padre.

—¡Mi bien! —gritó, y señaló la mugre que había dentro de ese lugar.

Vio que a él también le brillaban los ojos, pero en lugar de salir del coche, abrazarla y decirle que eso era solo un mal sueño, con un gesto de la mano le indicó que entrara en la inmundicia. Después arrancó y se marchó sin dedicarle una palabra de cariño.

—¡No! —a Anastasia el grito le salió del alma. Tiró la maleta en el lodo. Ya no le importó que fuera una Gucci. Él la estaba dejando tirada allí como si fuera un mueble viejo, maldición. Salió corriendo tras el coche de su padre para que tuviera compasión y la llevara de regreso a casa, pero se patinó en un charco de agua barrosa y aterrizó a cuatro patas—. ¡Vuelve! ¡Vuelve! —gritó desesperada. Una camioneta vieja pasó a su lado y la regó de barro, y ella supo que se lo había hecho a propósito. En otra circunstancia habría insultado al conductor, pero estaba tan desesperada que solo podía ver como el coche de su padre se seguía alejando—. ¡No me dejes! —gritó.

Pero su padre no se detuvo. No tuvo compasión de su desesperación, de sus miedos. Y Anastasia lo odió con toda su alma.

\*\*\*\*\*

Anastasia llevaba tres días viviendo en la casa de Carola, y sentía como si hubieran trasladado el infierno a la tierra.

La mujer se había empeñado en que la llamara tía, pero ella la sentía una extraña y la palabra se le quedaba atascaba en la garganta.

La casa por dentro no estaba mejor que el basurero que tenía afuera.



Los revoques estaban saltados, los pisos de cemento cuarteado y solo había cortinas descoloridas para separar los ambientes. La única puerta era la del baño pero no cerraba bien.

No tuvo dudas que la humedad de la habitación donde la había instalado Carola la estaba enfermando, porque le dolía el pecho y le picaba la garganta. También tenía la espalda destruida por culpa de ese colchón con los resortes salidos. Pero estaba tan deprimida que no le importaba y se pasaba el día acostada en la cama, preguntándose: ¿por qué su padre la había echado como si fuera un objeto de descarte?

Ella no había sido una hija ejemplar. Había terminado el secundario y no había querido seguir estudiando. Tampoco había aceptado los trabajos que le había conseguido su padre, que según decía: “había pedido favores a todos sus encumbrados amigos para que su malcriada hija sentara cabeza”. Pero ella solo quería divertirse.

Tenía que reconocer que a veces regresaba a su casa con varias copas de más y se atropellaba los muebles o se reía como loca, pero sus amigas también llegaban en el mismo estado. Eso era normal cuando iban a la discoteca. También era consciente de que su madre la había consentido demasiado. Tenía el armario lleno de ropa, mucha aún con las etiquetas; y tantos zapatos que no sabía si tendría oportunidad de estrenarlos. Pero ¿qué tenía de malo?, si a su madre le encantaba comprarle lo que le pedía.

Su padre era quien se ponía furioso y le gritaba que se había convertido en una esnob. Viniendo de un hombre como él, daban ganas de reírse. Además, Anastasia no se consideraba una esnob. Ella solo quería disfrutar, como lo hacían sus amigos.

Pero ahora su padre había dejado los sermones y la había echado de la casa como si no fuera su hija.

La culpa de lo que le estaba pasando era de Oscar, su último novio. El

muy maldito se había estado besando en la discoteca frente a sus narices con otra, y ella le había armado el escándalo del siglo. Oscar, muy fresco y con esa sonrisa de burla que tenía, le había dicho delante de todos sus amigos que ya no la quería más.

Nunca nadie la había humillado de esa forma. Nunca nadie la había dejado.

Sintió tanta vergüenza, que se fue corriendo hasta donde había dejado estacionado el coche de su madre y se marchó a toda velocidad. El poste de luz se interpuso en su camino, el coche de su madre había quedado irreconocible pero ella, gracias a Dios, no se había hecho ni un raspón. Como estaba borracha la policía le quitó el registro y la llevó detenida. Lamentablemente no fue su madre a buscarla, sino su padre..., y aquí estaba pagando las consecuencias.

Sus hermanos también habían cometido errores, incluso habían bebido como cosacos cuando tenían su edad, y Noel había chocado el coche de su padre. Pero a Noel lo tuvieron un año sin prestarle el coche para que aprendiera la lección, en cambio, a ella la habían echado de la casa. Anastasia sabía que se merecía un castigo, pero el que le habían impuesto le parecía desmedido.

Carola entró a la deprimente habitación con una bandeja con el desayuno. Un té con leche que a Anastasia le daba arcadas; y dos tostadas con mermelada casera, hecha por ella, como le había comentado el día que llegó. Anastasia extrañaba su café batido, el jugo de naranja recién exprimido y las masas compradas en la panadería, que Adela, la empleada de su casa, le servía todas las mañanas. Ella lo había tenido todo y no podía adaptarse a esa vida de restricciones. Además, después de ver la poca higiene del lugar, no tenía dudas que se iba a agarrar todas las pestes del mundo.

—Te traje el desayuno, Amanda —dijo Carola con una sonrisa, sin ser consciente de los malos pensamientos de su sobrina.

—Anastasia. Me llamo Anastasia —desde que había llegado, Carola se había empeñado en cambiarle el nombre, y eso la indignaba.

—¡Qué espanto de nombre te eligieron tus padres! —exclamó Carola, y puso la bandeja sobre una mesa de pino mugrienta.

—A mí me gusta. Es mi nombre. No soy Amanda —aclaró Anastasia perdiendo la paciencia. Una tos seca le impidió seguir despotricando.

Todavía tenía puesta la ropa con la que había llegado, con el barro seco en el pantalón negro de cuando aterrizó en el charco de lodo, y la camisa blanca chorreada por culpa de aquel conductor idiota que pasó a su lado, que por poco la pisa. Ojalá la hubiera pisado, así no tenía que soportar lo que le estaba pasando. Estaba tan deprimida que no se había bañado en tres días, ni siquiera se había peinado o lavado los dientes. Era su forma de revelarse ante semejante injusticia, pero a nadie parecía importarle y la única que estaba pagando las consecuencias era ella.

—Esta humedad te está enfermando. Ya es hora de que dejes de llorisquear y vengas a ayudarme, que hay mucho que hacer por acá —dijo Carola.

Después de haber visto el deterioro del patio y la casa, Anastasia no se imaginaba a la mujer trabajando en algo.

—Dudo que te guste el trabajo —dijo Anastasia con la voz rasposa, y carraspeó para evitar que le diera otro ataque de tos.

Carola la miró un largo rato con el entrecejo fruncido y después desapareció de la habitación. Anastasia supuso que Carola estaba preocupada por su estado de salud y había salido a llamar a su madre para que viniera a recogerla. También supuso que los tres días tirada en la cama, casi sin probar bocado y soportando el olor a encierro y humedad, estaban dando sus frutos.

Por fin se iría de esa pocilga. Iba a regresar a su hermosa y relajada vida. Su madre no la dejaría allí si sabía que se había enfermado. Andrea la vendría a buscar corriendo, la abrazaría, le diría que tenía que cambiar un poco, y todo volvería a la normalidad, se dijo, y sintió un entusiasmo desmedido con sus deducciones. Ya había aprendido la lección. Volvería a su casa y se pondría a estudiar una carrera universitaria, la que su padre quisiera, si con eso conseguía que la sacaran de esa inmundicia.

Se levantó de un salto, con el ánimo renovado. No probó el desayuno lleno de bacterias, para qué si cuando llegara a su casa se comería todos los manjares que le serviría Adela, que siempre la consentía.

Buscó su maleta Gucci por todos los rincones del cuarto, inclusive abrió el desvencijado armario que había en la pared izquierda, pero no la encontró. Allí no había nada. Sus preciosas prendas habían desaparecido, y no tuvo dudas que la prima de su padre se la había escondido. Bruja desalmada, dijo furiosa.

Sintió los pasos de Carola, y se giró para exigirle que le devolviera la maleta con todas sus preciadas pertenencias. Pero Carola descorrió la cortina que cubría la entrada de la habitación, le tendió un pantalón vaquero con manchas de lavandina, una remera floreada llena de agujeros de polilla y una ropa interior tan enorme, que Anastasia se quedó mirándola con la boca abierta. Todas sus suposiciones de que había salido preocupada para llamar a su madre, y que Andrea la vendría a buscar para llevarla de regreso a casa, se fueron al traste.

—Aquí tienes ropa idónea para el lugar. En el baño te he dejado una olla de agua para que te higienices. Acá el agua caliente no sale de las cañerías, y tendrás que aprender a bañarte y lavarte el cabello echándote agua con un jarro.

¡Qué! ¡Cómo! ¡Esa mujer estaba loca de remate si creía que ella se iba

a bañar echándose agua con un jarro! Ella en su casa tenía una bañera de hidromasaje, y solía quedarse media hora relajándose con los chorros de agua y las sales de baño.

—No voy a bañarme con un jarro. Y no voy a usar esa ropa espantosa —gritó Anastasia dejando de lado la depresión en la que había caído. Ahora estaba llena de brío, el que le daba la desesperación, pero la tos regresó y no pudo seguir despotricando. ¿Qué se creía esa mujer? ¡Tirarse agua con un jarro! ¿En qué mundo vivía? ¿Y cómo se suponía que iba a lavarse el cabello y bañarse con una miserable olla de agua?

—Claro que lo vas a hacer, Amanda, sino tendré que higienizarte yo. Tienes un olor espantoso, y la habitación huele como un corral de chanchos —dijo Carola, y salió del cuartucho—. Si en una hora no estás abajo, voy a venir a sacarte a empujones de esta habitación.

—Mentira, vieja bruja. No apesto. Y no quiero estar acá. ¿Me oyes? —gritó Anastasia, pero Carola la ignoró.

Nadie la ignoraba. Nadie le decía lo que tenía que hacer. Y nadie iba a obligarla a vestirse con esa ropa enorme y rota que le había dejado sobre la cama.

Agarró las prendas, las tiró al piso y las pisoteó con furia. ¡Maldita mujer!, ¡maldita bruja!, ¡maldita víbora venenosa!, dijo, y siguió pateando la ropa por toda la habitación hasta que se le acabaron las fuerzas.

Cuando se le pasó el ataque de histeria, levantó los trapos roñosos y caminó a zancadas al espantoso baño que había en el pasillo. No iba a permitir que esa loca la sacara de un brazo y pretendiera bañarla. Quiso dar un portazo, pero la puerta estaba hinchada y apenas si se arrimó al marco.

En el baño no había ducha, no había más que un lavabo pequeño y viejo, al que le ponían un tapón. La olla de agua hirviendo estaba en el suelo, y al lado había un jarro enlozado para echarse agua. No podía bañarse en esa

mugre que debía estar llena de bacterias. Pero ¿qué opción tenía?, ninguna, se dijo.

Rebuscó por todo el baño hasta que encontró un trapo sobre una repisa, lo agarró con asco y se puso a fregar el lavatorio lleno de manchas, lamentablemente no sacó ni una sola de las mugres, y solo consiguió que le dolieran las muñecas.

Carola le había dejado un jabón blanco, sin perfume, de los que se usaban en otra época para lavar la ropa, y Anastasia se sintió la mujer más infeliz del mundo al darse cuenta que no tenía ni siquiera un frasco de champú de litro para el cabello. Había tenido el cielo en sus manos y ahora estaba cayendo a un pozo sin fondo.

Anastasia lloró mientras se quitaba las prendas finas llenas de lodo seco. De pie, desnuda en ese lugar espantoso, lloró hasta que se quedó sin lágrimas. Los odiaba a todos. No quería verlos más. Su familia la había desechado como si les molestara, y ella se iba a olvidar de que existían. Ningún castigo podía ser tan cruel como el que le habían dado. Sus hermanos habían cometido peores errores, y nunca habían sido echados de la casa.

Era tal la indignación que se frotó el cuerpo y el cabello hasta casi sacarse sangre. Tenía ganas de romper todo lo que la rodeaba, comenzando por ese lavatorio asqueroso donde tenía que juntar agua para bañarse.

Quizá fue el llanto, o la furia con la que se había frotado el cabello y la piel, porque jamás se había sentido tan limpia como en ese momento, a pesar de lo rudimentario del baño.

Anastasia no tuvo más alternativa que vestirse con las prendas de mendiga que le había dado Carola. Se sentía tan ridícula con ese calzón que le llegaba arriba de la cintura, que otra vez se le escaparon las lágrimas. El sostén que le había dejado era tan enorme que no lo habría podido llenar ni con un paquete de algodón. Lo tiró al suelo, no pensaba ponerse eso ni aunque

la mataran.

Ropa acorde con el lugar, se dijo cuando se miró en el deteriorado espejo que había sobre el lavabo. Todo era de una talla tan grande que el cuello de la remera se le resbalaba por el hombro y el vaquero se le caía hasta las caderas. Pero qué podía importarle si allí no estaban sus amigos tan chic para burlarse de ella.

¡Cuánto había caído en tres días!, pensó llena de desesperación.

Parada frente al espejo vio como la estampa de joven rica había desaparecido.

Ya no era la misma. Acá la vida, su vida, sería muy distinta, pensó y tragó con dificultad el nudo que tenía en la garganta.

Después de quince minutos mirándose en el espejo, salió cabizbaja. Ella no tenía a donde ir. No tenía estudios, no tenía trabajo, no había hecho nada para forjarse un futuro porque solo tenía veinte años, y ahora dependía de las migajas que le podía dar esa mujer pobre que la había recibido.

Carola estaba inclinada sobre la mesada de piedra gastada, armando montañas de bandejas de comida. Anastasia se asombró cuando entró a la cocina.

Ella se giró al escuchar sus pasos, y le sonrió.

—Qué bueno que bajaste, Amanda —dijo.

—Anastasia —repitió, pero ya no gritó, como si no tuviera fuerzas para luchar por conservar su identidad. Quizá era mejor, puesto que Anastasia había quedado en el pasado, y ahora tenía que adaptarse a ser otra persona—. Bueno, qué importa un nombre, si acá ya no seré la misma persona —aclaró.

Carola se giró y la miró asombrada.

—Eso que has dicho es muy sabio, Amanda. Acá la vida es distinta —dijo, se giró y siguió llenando bandejas de comida. Eran tantas las bandejas que Anastasia supuso que se ganaba la vida cocinando para la gente de la

pequeña ciudad, aunque lo de pequeña era una suposición porque no la conocía. Cuando su padre la dejó allí, se había esmerado en esquivar la zona poblada.

—¿Cocinas para la gente de la ciudad? —preguntó.

—No, solo armo las bandejas —comentó—. Acá no tengo comodidades para cocinar.

—¿Y quién cocina?

—Olga y sus ayudantes, que tiene un negocio de venta de comida casera en el centro. Yo suelo ir allá, pero no he querido dejarte sola —aclaró Carola.

Ella la había llamado vieja bruja, arpía y víbora venenosa, también había despreciado su casa y sus atenciones, incluso había rechazado sus comidas por miedo a agarrarse una peste, y Carola había dejado de ir a trabajar para no dejarla sola.

Anastasia se sintió mala y tan esnob como le había dicho su padre, pero en lugar de disculparse quiso saber algo más de esa mujer que la había acogido en su casa como a una sobrina querida, a pesar de su pésima actitud.

—¿Te ganas la vida armando bandejas de comida? —preguntó.

—Entre otras cosas —dijo Carola sin apartar la vista de su trabajo—. Si quieres ayudarme, puedes envolver las viandas y después las vas acomodando en las cajas de madera que están en la mesa —Carola la miró, y como la joven tenía el entrecejo fruncido supuso que nunca había envuelto ni el regalo de una amiga—. Es fácil. Apoya la bandeja en esa base, la envuelves con el plástico, lo cortas con calor y al doblarlo se queda pegadito.

Anastasia no quería envolver viandas. Ella quería conseguir un trabajo para no tener que depender de nadie. Quería largarse de allí, y quería pensar en cómo seguiría su vida a partir de ahora. Lamentablemente, en ese momento dependía de la caridad de Carola, por lo que agachó la cabeza y se puso a



colaborar con la mujer.

Estuvieron media hora trabajando una al lado de la otra. Carola preparaba las porciones y Anastasia las envolvía y las colocaba en las cajas. Al ver que había llenado tres cajas grandes sonrió complacida.

—Hicimos una barbaridad —dijo Anastasia asombrada.

—De a dos es más fácil. Te voy a dar un porcentaje de lo que me paguen —aclaró Carola.

La había recibido con una sonrisa en su pobre casa, le había brindado toda su atención, y encima le pensaba pagar la mitad de su dinero por envolver unas bandejas.

—No hace falta. Es tu dinero —aclaró Anastasia.

—Yo siempre pago si me ayudan.

—Ya te estoy ocasionando gastos, no quiero tu dinero.

—Vas a ayudarme a mantener la casa a cambio de la comida —aclaró Carola—. Ya has visto lo desastrosa que está.

Desastrosa era quedarse muy corta. No se podía vivir en esa mugre. Anastasia estaba acostumbrada a una vida de lujos, pero acá no estaba Adela levantando el desorden, lustrando los pisos y preparando sus platos de comida preferidos. Aquella vida ya no era la suya, pensó y sintió esa sensación de vacío que le anudaba la garganta.

Una camioneta moderna entró por la verja de madera podrida. Anastasia estaba parada junto a la ventana envolviendo las viandas, y miró asombrada descender a una mujer mayor que ella, y terriblemente elegante. Tenía unos zapatos de tacos altos de color rosa, una camisa entallada y unos vaqueros ajustados con un bordado en el muslo. La mujer era alta, delgada y tenía muy buenas curvas. Llevaba el cabello rubio con ondas que le caían prolijas por debajo de los hombros, y le danzaba como suave seda mientras caminaba moviendo las caderas. Tenía un rostro que parecía atractivo, solo

que no podía distinguir mucho porque llevaba unos lentes oscuros enormes, pero la nariz parecía recta y los labios carnosos pintados de rojo debían ser una tentación para los hombres de la ciudad.

—Carola, ¿tienes listo el pedido? —preguntó la mujer, con una voz modulada de diva de la tele, y caminó sin intimidarse con la mugre del patio y sin tropezar con las cosas desparramadas por doquier. Parecía cómoda en el vertedero de basura, no como ella cuando llegó, que casi se cae muerta de la impresión. La diva esquivaba los cachivaches como si ya lo hubiera hecho muchas veces.

—Sí, Jésica. Ya está casi todo listo. Ven que te presento a mi sobrina Amanda —dijo Carola.

Ella quiso volver a ser Anastasia, la joven que vestía elegante y sonreía con simpatía, la mujer que sus amigas querían imitar, la que llegaba a la discoteca y hacía girar a los hombres. Pero ahora tenía el pelo pajoso por culpa del jabón blanco, el vaquero manchado de lavandina que se le caía hasta las caderas y dejaba ver el calzón del tamaño de una carpa, y la remera con agujeros de polilla que se le resbalaba por el hombro.

Jésica tenía tanto pecho que habría llenado el corpiño que ella había dejado tirado en el baño. Y ella ni siquiera tenía su sostén que realzara su escaso busto. Todo lo bueno que la habría convertido en una mujer atractiva como Jésica estaba en su maleta Gucci, que había desaparecido.

Maldición, ella había sido la reina del baile de la escuela secundaria, y ahora solo quería esconderse bajo la mesa para que esa elegante mujer no la mirara con desprecio.

Anastasia se sintió más pequeña que una hormiga, y no levantó ni un segundo la vista de las viandas que estaba envolviendo.

—¡Amanda! —admiró la joven elegante. Se sacó los lentes y Anastasia pudo ver unos ojos celestes con tanto brillo que habría encandilado hasta el

sol del mediodía. Era una mujer hermosa, y ella se sintió cada vez más pequeña—. Lindo nombre —aclaró Jérica. No es mi nombre, quiso decirle Anastasia, pero la mujer ya había apartado la vista de ella, como si no mereciera más que un segundo de su atención. Si hubiera sido la Anastasia de antaño, la habría podido superar con su arrogancia, con su porte altivo y su sonrisa matadora; pero sus armas de diva habían desaparecido, y en ese momento estaba paralizada y sin una gota de autoestima, por lo que siguió inclinada, envolviendo las últimas bandejas que le había dejado Carola—. Esto de tener que venir a buscar las viandas me está complicando todo, Carola.

—Lo sé. Lo siento, Jérica, pero mi sobrina ha llegado hace tres días, y estoy esperando que se adapte al lugar.

—¿Qué se adapte a esto? —dijo Jérica, y largó una carcajada mientras señalaba la pocilga—. Dudo que se adapte. Aunque con esa pinta de mendiga quizá esto sea demasiado para ella —la diva la señaló con la mano sin mirarla, como si no mereciera su atención.

Anastasia no podía permitir que la despreciara de esa forma. ¡Qué se creía esa rubia descerebrada! Elevó la vista y la miró con indignación, pero ni una réplica salió de su boca.

¡Dios mío!, ¿cuánta importancia habían tenido en su autoestima unas prendas finas? Mucha, puesto que la Anastasia de antaño se había hecho humo en el mismo momento en que llegó al deprimente hogar de Carola.

—A pesar de su pobre aspecto tiene arrogancia —aclaró Jérica al ver que la joven miraba tratando de impostar una actitud altiva que estaba lejos de tener.

Anastasia apretó las manos, y sin darse cuenta rompió la bandeja que estaba envolviendo.

—Ha arruinado una vianda, Carola. La tendrá que pagar —aclaró

Jésica, provocando más la ira de la joven.

—Basta, Jésica. Deja en paz a mi sobrina que aún se está tratando de adaptar —dijo Carola.

Jésica arqueó las cejas y luego se encogió de hombros, como si le importara un comino la adaptación de la sobrina de Carola.

Anastasia no entendía el motivo de la animosidad, puesto que no la conocía, y comparadas las dos no había dudas que ella no era competencia para Jésica. La ignoró y acomodó en la caja las viandas que le quedaban.

—Listo, Jésica, creo que ya podemos subirlas a la camioneta —dijo Carola, intentando romper la tensión del ambiente.

—Que las suba tu sobrina, así paga con trabajo la vianda que aplastó en sus manos —dijo Jésica, y señaló a Anastasia.

Anastasia abrió la boca para mandarla a la mierda, pero al ver que Carola fruncía el entrecejo sin reprocharle a Jésica su actitud despectiva, la cerró.

—Por favor, cariño, podrías subir las cajas —suplicó Carola con humildad.

¿Qué podía hacer ella?, gritar como cuando vivía en su casa. Patalear como la malcriada que había sido antes de llegar a la pocilga. Ese era el sustento de Carola, y ella no podía poner en juego el pobre trabajo de esa tía que acababa de conocer y la trataba con cariño.

Anastasia tuvo que agachar la cabeza y hacer tres viajes a la camioneta para dejar cada una de las cajas en la cabina. Eran tan pesadas que cuando terminó con la última sintió que tenía la cintura partida en dos, pero no se quejó. Su nueva vida iba a estar plagada de situaciones como esa, pensó llena de tristeza.

—¿Cuándo vas al centro, Carola? —preguntó la diva.

—En dos días, querida. Iré con mi sobrina Amanda —dijo Carola—.

Dile a tu padre que le he conseguido todo lo que me encargó.

—Fantástico. Nos vemos, Carola. Cuídate —aclaró, y se marchó sin saludar a Anastasia, que todavía estaba tratando de reponerse del dolor de espalda y de la impresión que le causó la mujer.

—No le hagas caso, Amanda. Jéssica es un poco soberbia. Sus padres tienen la mejor casa de venta de comida hecha, y ella se siente importante en esta ciudad —aclaró Carola, y entró a la pocilga.

¿Así de engreída había sido ella? ¿Tanto podía cambiar una persona poniéndose unas prendas caras?, se preguntó Anastasia. Vestida para matar también se había sentido importante. Siempre disfrutaba cuando la adulaban. Siempre con la cabeza en alto, la espalda recta y los tacos que le daban más seguridad. ¡Dios mío!, su padre quizá había tenido razón al decirle que era una esnob, aunque él era peor que ella en ese aspecto.

Solo llevaba tres días allí y ya no se sentía la misma persona. Su orgullo se había quedado fuera de la tranquera, y estaba descubriendo que tendría que mirar todo con otros ojos.

—Te encontré unos tirantes en mi viejo baúl. No son muy lindos pero al menos no se te van a caer los pantalones, Amanda —dijo Carola.

—Anastasia —aclaró ya sin fuerzas, y horrorizada estiró la mano para recibir los tirantes.

¡Madre santísima!, ese era el complemento que le faltaba para tirar por la borda la pisca de orgullo que le quedaba. Eran de elástico y de unos colores tan estridentes que le sería imposible pasar desapercibida. *Allá va la sobrina de Carola*, dirían todos cuando la vieran con esos tirantes de payaso.

Antes se giraban a mirarla por su impresionante presencia, ahora se girarían para reírse de lo ridícula que estaba vestida. Al menos no se le escurrirían los pantalones hasta los tobillos, dejando a la vista el enorme calzón de abuelita que llevaba puesto.

—¿Dónde pusiste mi maleta? —preguntó Anastasia.

—¡Tu maleta! ¿Qué maleta? —preguntó Carola, y sin esperar respuesta se escurrió dentro de la casa—. En unos días vamos a ir al centro de la ciudad, Amanda.

—No voy a ir con estas prendas. Necesito mi maleta —gritó Anastasia—. Y no soy Amanda —dijo furiosa, recuperando algo el brío perdido.

—Esa ropa va mejor con este lugar —dijo Carola, y se fue a la cocina tarareando una melodía.

—Eso es mentira. La mujer que vino a buscar las viandas se había tirado el ropero encima. Yo quiero mi maleta Gucci —gritó como la caprichosa que había sido.

Carola asomó la cabeza de rulos desordenados por la venta de la cocina, y la miró.

—¿Acaso quieres parecerte a Jérica, Amanda? ¿Crees que ella es un ejemplo a seguir? —preguntó Carola. Al ver que Anastasia agachaba la cabeza sintió que estaba triunfando. Su primo le había puesto el reto de sacarle a su hija los aires de reina, y ella estaba decidida a lograrlo—. No me respondas, Amanda, ya sé que no. Y no sabes cuánto me alegro, querida, porque Jérica es un montón de adornos, sin nada adentro de esa cabecita.

Al igual que había sido ella, se dijo Anastasia, y se sorprendió al haberse visto reflejada en un espejo que no le gustaba. Una tímida sonrisa le curvó los labios al descubrir que había subestimado a Carola. La mujer no era una bruta que vivía como indigente, sino mucho más inteligente de lo que ella había imaginado.

## CAPÍTULO 2

—¡No te vas a creer lo que descubrí! Hoy fui a retirar las viandas de comida, porque Carola le dijo a mi padre que no podía venir. ¿Y a quién me presentó? A una sobrina que no tengo idea de dónde la sacó —dijo Jéssica al hombre que estaba sentado en una de las mesas de la vereda del bar, bebiendo un café doble con torta de crema, mientras esperaba que le cargaran su destartalada camioneta con alimento de aves para un vecino que no podía hacer sus compras.

—¡En serio!—dijo Bruno, y casi escupió el café con el comentario.

—En mi vida vi una mujer tan desastrosa. Si hasta parecía un espantapájaros, Bruno —siguió contando Jéssica.

Bruno arqueó las cejas.

—No te burles, Bruno, que lo que digo es cierto.

—No me estoy burlando —aclaró Bruno, y dio un mordisco a la torta de crema que le había dejado Lucrecia, la chica que era camarera en el bar. Una joven encantadora, buena y generosa. Él solía venir a tomar café para verla. La joven le sonreía de una forma especial y eso era una señal, pero todavía no se decidía a avanzar con ella. Ya tenía veintiocho años y quería sentar cabeza con una mujer sencilla, casarse y tener hijos. Pero se había vuelto precavido después de algunas experiencias desastrosas, por eso andaba con tiento, mirando de lejos hasta estar seguro de que la dulzura no fuera solo una apariencia.

—Tenía unas ropas gastadas y tan enormes que entraba dos veces en ella. No dijo una palabra. Para mí que esa chica debe haber vivido perdida en el campo y sin contacto con la civilización. Idiota no es porque en un momento me miró con tanta furia, que tuve miedo que sacara una navaja y me la clavara

en la yugular. No tengo dudas que es bastante salvaje —aclaró Jérica.

Bruno se concentró en cortar otro pedazo de torta, y una leve sonrisa le curvó los labios. Como tenía el rostro inclinado al suelo, Jérica no se percató del gesto. ¡Un espantapájaros! ¡Una Salvaje con una navaja escondida!, pensó y tuvo ganas de largar una carcajada, pero se llevó el tenedor a la boca para disimular.

Él había conocido de casualidad a la sobrina espantapájaros de Carola, porque el día que ella llegó en un coche despampanante había estado bajando una mercadería a pocos metros de la tranquera de la casa donde vivía Carola. Bruno no era curioso, pero la joven había hecho un escándalo tan grande que le había sido imposible no prestar atención. Y había visto todo, sus ropas caras, sus zapatos rojos hundidos en el lodo, la costosa maleta que le había dado el padre y ella había abrazado en su pecho para evitar que se le ensuciara. Maleta que había tirado al piso cuando el hombre arrancó el coche y la dejó abandonada en el camino. La joven había salido corriendo tras el vehículo de alta gama, suplicando a gritos para que no la dejaran en ese basurero, como había llamado a la casita pobre donde vivía Carola.

Bruno se había sentido tan furioso que llamara así a ese lugar que tenía tantos recuerdos, que cuando ella se cayó en un charco con el culito parado, él arrancó la camioneta que tenía a varios metros y pasó raudo a su lado con toda la intención de regarle de barro su delicada ropa. Por eso estaba seguro de que esa pequeña brujita no era una salvaje que venía de algún campo perdido, y mucho menos que vestía como un espantapájaros.

—Si mi padre me obligara a vestirme así, me tiraría bajo el primer coche que pasara por la ruta. Lo más asombroso fue ver que tenía el cabello como un puercoespín, aunque la cara no la tenía curtida —aclaró Jérica.

Él le había visto un cabello sedoso y brillante, un cabello castaño claro que danzaba mientras ella corría tras el vehículo de su padre, y no podía



imaginarla como un puercoespín.

Jésica lo estaba llenando de curiosidad, y tuvo ganas de ir a espiarla para descubrir cómo había cambiado después de la intervención de Carola para bajarle los humos. Nunca se interesaba por los cotilleos, pero desde que vio a la niña rica llorando a cuatro patas en el charco de barro, en varias oportunidades se había sorprendido recordando la escena.

—Usara cremas para el rostro —dijo Bruno.

—¡Qué va a usar cremas! Esa pobre diabla no ha visto una crema en su vida —dijo Jésica de forma despectiva.

“Si supieras, Jésica”, pensó Bruno, y se le escapó una sonrisa.

—¿Por qué te molesta tanto, Jésica? —preguntó Bruno, aunque ya sabía la respuesta.

—Porque... porque... No quiero que se aproveche de Carola. No quiero que se crea con derecho a... —aclaró.

—¿Derecho a qué? —preguntó Bruno furioso.

—A nada, Bruno. Mejor olvida lo que te dije —aclaró, para nada arrepentida—. Carola es demasiado buena, y esa vivilla se va a aprovechar.

—Ese es un asunto de Carola, no tuyo. Si ella la ha recibido no debería importarte —dijo Bruno, aún sabiendo que lo que le irritaba a Jésica era que él o alguno de sus antiguos novios mirara a la joven. Jésica era egocéntrica, y a pesar de que su época de malcriada ya debería haber quedado atrás, ella seguía comportándose como una adolescente.

—Tú deberías ser el más preocupado con la llegada de esa extraña —aclaró Jésica.

—¿Y por qué debería preocuparme? Lo que Carola haga o deje de hacer a mí no me incumbe —aclaró Bruno.

—Siempre tan humilde. Así nunca vas a salir del pozo —aclaró Jésica.

Bruno apretó los dientes con ese comentario. Conocía a Jésica desde

que eran niños. Inclusive a los diecinueve años se habían enredado en un noviazgo que duró apenas un suspiro. Los dos eran tan distintos que la relación había sido como vivir una pesadilla. Para su alivio, ella se encontró un novio más soberbio, orgulloso y ambicioso, y él pudo liberarse sin lastimarla. Pero dos soberbios y egocéntricos no habían sido una buena combinación, y Jéssica al mes había regresado arrepentida con toda la intención de retomar la relación donde la habían dejado, y él la rechazó. Hasta el día de hoy, y a pesar de los nueve años que habían pasado de aquello, todavía no podía aceptarlo. Su negativa era como una espina clavada en la garganta de Jéssica. Ella todavía seguía convencida que eran la pareja perfecta, y no perdía oportunidad de aclarar que lo de ellos nunca se terminaría del todo. Él ya estaba harto de tanta estupidez. Harto de sus acosos.

—Es un asunto de todos. Esa mujer va a desplumar a Carola. Y no voy a permitir que el espantapájaros pretenda ocupar un lugar que no le corresponde —siguió diciendo Jéssica.

—Por Dios, Jéssica, deja ya de entrometerte en asuntos que no son tuyos.

—Eso mismo digo yo —dijo un hombre que estaba parado tras ellos—. Ve a ocuparte de atender el negocio mientras yo me tomo un café.

—¡Qué! Pero si ya fui a buscar las viandas, papá —se quejó Jéssica.

—Esa ropa tuya cuesta muchas horas de trabajo, Jesi. Ve y atiende a los clientes media hora —dijo el hombre.

Bruno miró a Jéssica esperando el estallido, pero ella frunció los labios, se giró y se marchó taconeando.

—¿Cuándo viene Carola con mis verduras, Jesi? —preguntó Alejandro a gritos.

Jéssica le respondió levantando dos dedos en el aire. Estaba furiosa, pero si no respondía su padre la dejaría trabajando hasta la hora de cerrar.

Bruno se quedó mirando los dedos de Jérica. ¡Dos días!, en dos días vería la transformación de la sobrina de Carola. Anastasia, se dijo Bruno. Así había escuchado que la llamaba su padre. Un nombre original, se dijo.

—Todavía te gusta mi hija —dijo Alejandro al ver que Bruno no le apartaba los ojos.

Él solo había mirado sus dos dedos en alto. Pero Alejandro, al igual que su hija, no perdía las esperanzas de engancharlo como un pescado. ¿Quién en la ciudad querría casarse con una mujer como Jérica?, nadie. Ella era despampanante, pero nadie la soportaba. Alejandro sabía que su hija, con ese carácter de mierda y esos aires de reina, se iba a quedar a vestir santos. Solo un tonto podía caer en sus garras, y Bruno de tonto no tenía un pelo.

—Solo somos amigos. Ella y yo somos muy distintos, Alejandro —aclaró Bruno.

—Podrías tener la mejor casa de venta de comidas de la ciudad —aclaró Alejandro.

Lo estaba comprando, o lo que era lo mismo, estaba vendiendo a su hija. Bruno debería haberlo insultarlo, pero ya no le prestaba atención.

—Seguro que Jérica encuentra un hombre bueno que acepte tu trato, y la soporte a ella. Yo paso —aclaró, sin importarle si se ofendía.

—Una pena que te dejara. Ya podrían estar casados y con varios niños —dijo Alejandro sin ofenderse.

—Casados y divorciados, amigo. Y yo tendría que criar solo a mis hijos porque ella priorizaría su maquillaje —aclaró Bruno.

—No seas exagerado. Ella te ama —dijo Alejandro.

Ella solo amaba su imagen en el espejo, pensó Bruno, pero no siguió tirando palos porque Alejandro era el padre.

—Me ha dicho tu hija que Carola tiene una sobrina viviendo con ella —dijo Bruno cambiando de tema.

—Una pobre diabla, según Jérica —aclaró Alejandro.

Bruno apretó los puños como si quisiera defenderla, pero Lucrecia, la simpática camarera, se paró junto a la mesa para preguntarle a Alejandro si quería tomar algo, y él se perdió en sus ojos bondadosos y su sonrisa sincera.

Esa era una mujer que valía la pena, se dijo. Sería una esposa amorosa y una madre que llenaría de amor a sus hijos, pensó Bruno. Y se la imaginó en su pequeña casa, plantando margaritas o levantando los juguetes de los niños. Se la imaginó con un delantal de flores preparando la cena mientras cantaba una melodía suave como ella. Pero sin previo aviso, por su mente pasó la imagen de una joven a cuatro patas en el camino a la casa de Carola, gritando como loca para que no la dejaran en el basurero, y su sonrisa por el futuro imaginario que tendría al lado de Lucrecia se convirtió en un entrecejo fruncido.

Bruno negó con la cabeza. ¿Cómo carajo la consentida sobrina de Carola podía meterse de la nada en sus pensamientos más tiernos?, si lo único que le había visto bien de cerca era el trasero cuando se cayó en el charco de lodo. Mentira, se dijo, él no se había perdido detalle de toda ella, y también había escuchado sus gritos, que habrían levantado de la tumba hasta los muertos.

Pero Bruno ya había lidiado con mujeres caprichosas que hacían numeritos, con mujeres soberbias y altaneras, con superficiales que lo único que tenían en sus agendas eran los turnos del estilista y el horario de las clases de aeróbic. Por eso quería una mujer sencilla y dulce. Una esposa tranquila, que le sonriera y disfrutara de una vida familiar sin demasiados lujos. Nada de mujeres con aire de reinas para él.

Apartó de sus pensamientos a la sobrina de Carola, y cuando se giró para sonreírle a Lucrecia, ella ya había desaparecido de la mesa.

—¿No me digas que te gusta la camarera? Podrías aspirar a algo mejor

—dijo Alejandro, que no le había apartado los ojos de encima.

—Parece una chica dulce. Parece buena —dijo Bruno.

—Si el amor estuviera disfrazado de bondad y dulzura, el matrimonio sería lo más aburrido del mundo —dijo Alejandro.

Bruno frunció el entrecejo. El amor había llevado a la destrucción de su familia, y él había terminado viviendo con un padre depresivo que no se acordaba que tenía un hijo adolescente, por eso no estaba de acuerdo con Alejandro. Las pocas veces que su padre le había dado un consejo, le decía: *busca una mujer buena, dulce y sin muchas exigencias; y seguro que te irá mejor que a mí.* A pesar de que siempre tenía presente ese consejo, se quedó pensando si las palabras de Alejandro tendrían algo de cierto.

Ese día había venido al bar decidido a invitar Lucrecia a una primera cita. Nada del otro mundo, solo una salida al cine y a comer unas pizzas. Pero después de que la sobrina de Carola se filtrara en sus pensamientos mientras pensaba en Lucrecia, ya no estaba tan seguro de avanzar con Lucre, y decidió esperar dos días.

Dos días, solo dos días y conocería a la niña rica convertida en espantapájaros. De solo imaginarla le dieron ganas de reír. La verdad era que hacía mucho que no sentía curiosidad por alguien del sexo femenino, y eso lo tenía preocupado. Dos días, se repitió. Dos días para saciar su curiosidad y olvidarse del espantapájaros, se repitió para convencerse.

## CAPÍTULO 3

El carro se bamboleaba por el camino de ripio. Carola lo conducía con la destreza de alguien que lleva toda una vida de práctica. Su sobrina iba sentada a su lado, con la cara roja como los tomates que llevaba en la parte trasera para vender en el centro.

Hacía cinco días que su primo la había dejado, como un paquete, en el ingreso de su vivienda. Después de tres días encerrada en esa habitación húmeda, ella había logrado hacerla salir sin mucho melodrama de su parte. Si bien la joven hacía un gran esfuerzo por adaptarse, todavía no podía asumir lo que le estaba pasando.

Carola había tenido compasión por ella al darle tres días para que asimilara su nueva realidad. Y cuando logró sacarla del encierro, la tuvo ocupada en cualquier tarea para que dejara de compadecerse. A pesar de sus esfuerzos por disimular, la joven seguía tan enojada y dolida como el día que había llegado.

Hoy Carola había decidido sacarla al ruedo, es decir, llevarla a la ciudad para que interactuara con la gente.

En ese momento la chica tenía en el rostro una expresión de vergüenza. Quién no la tendría con ese vaquero enorme, la remera llena de agujeros de polilla, y los tirantes de todos colores que evitaban que se le vieran los enormes calzones que llevaba debajo. Carola tuvo ganas de echarse a reír. Quizá se le estaba yendo la mano con sus lecciones de humildad, pensó.

Carola había maniobrado varias veces con el carro para agarrar cada uno de los pozos, y las ruedas parecían patinar sobre hielo. Su sobrina iba agarrada con fuerza al tablón, pero no lograba mantener el equilibrio. La joven iba sentada en el precario tablón de madera del carro dando saltos con cada

pozo del camino, y Carola no tuvo dudas de que se le formarían varios moratones. Sintió cierta pena por ella, pero no se podía permitir compadecerla.

—¿Vas bien, Amanda?—preguntó Carola.

—¡Por supuesto que no voy bien! Esto es lo más humillante que me pasó en la vida —gruñó la joven—. Mil veces te he dicho que me llamo Anastasia, no Amanda —otro gruñido salió de su boca.

—Acá serás Amanda —la joven murmuró algo indescifrable. Carola hizo una brusca maniobra con las riendas hacia el lado derecho para que los caballos cambiaran el rumbo, y su sobrina casi salió volando del carro.

A Anastasia se le escapó un chillido, y se indignó porque estaba segura de que la mujer se lo estaba haciendo a propósito. Carola iba derechita en su lado del tablón mientras ella se deslizaba de un lado a otro. La mujer no había esquivado un solo pozo, por el contrario, los andaba buscando a todos, y a ella le dolía tanto el trasero que supuso que estaría una semana sin poder sentarse en las sillas de madera dura que tenía en la casa. En realidad, le dolía todo el cuerpo, porque desde que había salido de la habitación, dos días atrás, la mujer la había hecho trabajar como una esclava. Hasta leña la había mandado a juntar al monte. Tenía los brazos lastimados y raspones en las mejillas, pero ni una vez se había quejado.

Bueno, solo se había venido abajo esa mañana, cuando Carola le dijo que irían al centro del pueblo en un carro a vender verduras, y ella no aguantó más y se puso a llorar desconsolada. Una cosa era parecer una indigente en ese páramo perdido, y otra aparecer por el centro con los pelos duros y esa ropa toda rota y que le quedaba enorme. El vaquero de ese día tenía las mismas manchas de lavandina que el anterior, y la remera tenía más agujeros que un colador, y encima era verde loro.

Anastasia había revuelto toda la casa buscando un cinto para no tener

que ponerse los tirantes, pero ni siquiera había encontrado un mísero hilo de paquete para atarse los pantalones. ¡Cuánto había caído para buscar desesperada un hilo para sujetarse los vaqueros! Se le resbaló una lágrima, y se la apartó con brusquedad con el dorso de la mano.

Roja de vergüenza miró cómo el carro se adentraba en la ciudad. Para su desgracia descubrió que era más pequeña de lo que se había imaginado. En una ciudad más grande podría haber pasado desapercibida, en esa sería el motivo de los cotilleos durante mucho tiempo.

A esa hora de la tarde las veredas estaban llenas de gente. Gente bien arreglada, y automóviles bonitos estacionados juntos a la acera. Anastasia quiso desaparecer, esconderse bajo las verduras para que nadie se percatara de presencia.

No podía estar pasándole esto, nada menos que a ella, que había sido la reina del baile cuando terminó la escuela secundaria. A ella, que manejaba el Peugeot descapotable de su madre, con prendas a la última moda y lentes de sol negros *Ray Ban* que le daban ese toque intrigante que atraía tantas miradas. ¡Si la vieran sus amigos!, no se lo podrían creer.

—Soo, soo muchachos rebeldes. ¡Sooooo! —gritó Carola, a pesar de que los caballos ya se habían detenido con el primer alarido.

Iba con la ropa más ridícula del mundo, subida a un sucio carro tirado por caballos, y con una tía vestida tan ridícula como ella con ese espantoso batón floreado, y que encima daba órdenes a gritos a dos viejos caballos para que todos se giraran a mirarlas. Anastasia en su vida había pasado tanta vergüenza.

Carola había parado el carro en la plaza, que estaba más concurrida que las discotecas bailables a las que solía ir ella con sus amigos los sábados por la noche. Había mucha gente bien vestida, y no tuvo dudas que esta era otra de las lecciones de humildad que estaba empecinada en impartirle. Más



que humildad esto era una terrible humillación.

A Anastasia se le encorvaron los hombros, y agachó la cabeza para tratar de ignorar las miradas de lástima que le estarían dedicando.

—¡Por qué me haces esto! Me dijiste que todos vestían sencillos. Pero mira como están de arreglados —dijo Anastasia. No habló a gritos, al contrario, su voz fue apenas un susurro para que nadie más que Carola la escuchara.

—Cuando te ganes tu dinero podrás comprarte algo mejor, Amanda —dijo Carola sin alterarse.

La serenidad de la mujer la alteró más.

—Tengo mi maleta Gucci llena de prendas nuevas. Pero tú, maldición, me la escondiste para traerme vestida de payaso —gruñó Anastasia con los dientes apretados.

—Cálmate, Amanda, no hagas un escándalo por algo tan insignificante. Lo mejor de ti lo tienes adentro, no en esas prendas caras. Búscalo, cariño —dijo Carola, y la miró con dulzura.

Anastasia estaba tan angustiada con su apariencia que no prestó atención al valioso consejo de Carola. Ella de refilón miraba a las mujeres y hombres enfundados en prendas, que no eran muy costosas pero parecían vestidos de Dior comparados con las suyas. Agachó la cabeza y rogó en silencio que alguien le diera fuerzas para soportar con altura las burlas y los cotilleos de la gente.

Unos minutos después escuchó unas carcajadas, y Anastasia no tuvo dudas que el circo había comenzado.

¿Por qué Carola quería ponerla en ridículo? ¿Por qué su padre la había echado como si no les importara? ¿Por qué su madre no había intentado defenderla? Anastasia se sentía sola, perdida y el dolor le oprimía el corazón. Tenía veinte años, no era una niña, pero la habían criado como una consentida,

y de un día para otro se lo habían quitado todo.

Miró con la frente en alto a la gente que se reía de ella, impostando una dignidad que estaba lejos de sentir, porque no pensaba demostrar que se estaba muriendo de vergüenza. Pero con asombro descubrió a un grupo de jóvenes reunidos en la plaza, riendo de algún chiste entre ellos, no de ella. ¡Nadie le prestaba atención! ¡Nadie se había percatado de su desastrosa presencia! Era tan invisible como había deseado, y no supo si alegrarse o indignarse por eso.

Otra carcajada estalló a pocos metros. Anastasia miró al autor de la misma y se quedó paralizada. ¡Madre mía! Ese hombre sí que atraía miradas. Él no necesitaba los artilugios de los que ella se había valido en la ciudad. Él tenía algo mágico que hacía que todos sus amigos lo rodearan.

Por un instante deseó ser la Anastasia de la ciudad, pero su instinto le dijo que ese hombre, con o sin sus encantos pasados, no le dedicaría ni un minuto de su tiempo. Él tenía demasiada atención, y seguro que apartaba a las mujeres con un gesto de la mano.

Era alto, delgado y de espalda ancha. Cabello castaño, barba de un día y nariz algo grande. Pero su atracción no estaba en esos detalles, sino en esos ojos oscuros que parecían hechizar con la mirada. Anastasia se estremeció. Él estaba con el torso recostado en un árbol y un pie apoyado en el tronco. Todos los que debían ser sus amigos lo rodeaban como si fuera el centro del mundo. Algunas chicas hacían poses, movían las cabezas para hacer danzar sus cabelleras, le sonreían, pero él parecía indiferente a las provocaciones, porque seguía hablando y riendo con todos.

De repente la mirada matadora del hombre se concentró en el otro lado de la calle. Alguien distrajo su atención y no fue ella, que lo miraba con la boca abierta. Anastasia siguió la mirada del hombre y vio a una chica preciosa y delicada caminando entre unas mesas de un bar, que había al otro lado de la

calle. La chica llevaba un delantal blanco sobre una camisa ancha y un vaquero holgado, y en la mano portaba con habilidad una bandeja con bebidas. Era la que menos provocaba, la más humilde, la que no cuidaba su aspecto, y la única que había despertado la atención de ese hombre que las ignoraba a todas. La chica le dedicó una tímida sonrisa y siguió concentrada en sus quehaceres. Ese hombre, que tenía a todas comiendo de su mano, había perdido la cabeza por la más tímida, que apenas le dedicaba atención, pensó Anastasia.

Anastasia no podía dejar de observar la mirada de ese hombre. Sus ojos transmitían tantas emociones que un suspiro de anhelo se le escapó de los labios.

—Amanda, por qué no te bajas a ayudarme a vender las verduras en lugar de estar mirando a Bruno con la boca abierta —gritó tan fuerte Carola, que el deseo de Anastasia de ser invisible se fue al diablo. Ahora sí que todos se giraron a mirarla, con Bruno incluido, que le dedicó un arqueado de cejas.

Maldición, se dijo Anastasia y golpeó llena de frustración las tablas del carro con el pie. Quiso bajarse de un salto y salir corriendo como loca para refugiarse en la humilde casa de Carola. Pero no iba a permitir que la vieran avergonzada. Nadie la iba a vencer, y menos esa prima de su padre que solo quería ridiculizarla delante de toda la gente que estaba allí. Nadie la iba a humillar, se repitió llena de furia.

Miró al hombre que la había dejado aturdida. Él parecía divertirse con su vergüenza, y ella le mostró el dedo medio mientras de un salto se bajaba del carro, dispuesta a aparentar que le importaba una mierda lo que dijeran de su aspecto.

Bruno largó una carcajada, en parte por el gesto de la consentida, pero también fue por las ropas que le había dado Carola. Ahora entendía que Jérica la hubiera comparado con un espantapájaros. La pobre chica estaba

irreconocible con el cabello duro como paja de escoba y esos trapos viejos en los que entraba dos veces. Sintió cierta pena al ver como se le había puesto el pelo, y no tuvo dudas que Carola le había dado detergente de cocina para que se lo lavara. A pesar de lo ridícula que estaba, él no pudo apartarle los ojos de encima.

Ella actuaba como si le diera lo mismo ir vestida de Dior o con harapos. No parecía deprimida, sino más altiva que el día que la vio suplicándole al padre para que no la dejara en el basurero. Si él no hubiera visto la flor en todo su esplendor, no estaría admirando la entereza que mostraba cuando sus pétalos se habían marchitado. Y sintió un profundo respeto y admiración por ella.

Bruno había estado toda la tarde en la plaza, perdiendo el tiempo con sus amigos mientras esperaba que Carola llegara con su sobrina, y por fin podía acercarse para saciar la curiosidad que sentía por la joven.

—¡Eh, Bruno! ¿Por qué te vas? —dijo una joven que lo seguía a sol y sombra.

—Ya vuelvo —dijo Bruno.

Anastasia vio de reojo como los jóvenes se hacían a un lado para darle paso, al igual las aguas del mar Rojo lo habían hecho con Moisés. No tuvo dudas que ese hombre los tenía a todos hipnotizados, con ella incluida, se dijo. Pero ella no pensaba demostrarle que la intensidad de su mirada la había dejado con la boca abierta. Ella le iba a demostrar indiferencia al Dios descarado que arrancaba suspiros.

Él caminó hasta pararse a pocos metros del carro, y ella decidió ignorarlo como si no fuera más que un moscardón, algo difícil con semejante estampa. Se le humedecieron los enormes calzones cuando una brisa le hizo llegar el aroma a madera de sándalo de su colonia. Bueno, a él no le hacía falta la magia del perfume para hechizar a las mujeres, ellas rogaban con sus

miradas las migajas que él no les daba.

—Agarra con las dos manos la balanza, Amanda, y mantenla en alto — dijo Carola, y le entregó un artilugio tan antiguo que lo debía haber robado de algún museo. Anastasia la agarró con toda la dignidad que pudo impostar, y la sostuvo tan alta que después de cinco minutos creía que se le iban a dislocar los hombros.

El maldito Bruno seguía parado allí, sin sacarle los ojos de encima. Lo sabía porque lo miraba de reojo.

—Quieres que te ayude a sostener esa cosa —preguntó Bruno después de quince minutos en los que Anastasia ya sentía la balanza como un elemento de tortura de la edad media.

—No gracias. Puedo sola —gruñó, y trató de elevar más los brazos.

—Dale la balanza a Bruno, cariño, que ya veo que te falta fuerza de brazos. Mañana agregaré tareas más pesadas para que te hagas más fuerte — dijo Carola.

—Dije que puedo sola —aclaró Anastasia.

Carola se encogió de hombros, pero esa mujer era tan ladina, que cuando pesaba las verduras en lugar de sacarlas rápido para aligerarle el peso se distraía hablando con sus clientas.

Anastasia sentía tanto dolor que creía que se le iban a cortar los brazos. Se apoyó en el carro, pero no sirvió de nada porque ya sentía los brazos acalambrados y gotas de sudor le corrían por el rostro y el pecho. Cuando Carola comenzó a cuchichear en secreto con una mujer, ella apretó los dientes y suplicaba en silencio para que le sacara la carga, pero su tía se demoró más de diez minutos. Estaba sosteniendo un kilogramo de tomate, uno de banana y otro de naranjas, y los brazos comenzaron a temblarle.

—Un cambio de vida muy grande —susurró Bruno en su oído.

Ella estaba tan concentrada en su dolor de hombros y el agarrotamiento

que tenía en los brazos, que no se había dado cuenta que lo tenía encima, susurrándole al oído. También se había olvidado que él llevaba largo rato observando su padecimiento. Mucho menos se acordó de que le estaba mirando su ridícula vestimenta.

—¿Cómo? —Anastasia se giró y lo miró sorprendida por el comentario, pero al verlo tan de cerca, y al ver la mirada intensa que le dedicaba, casi se le escapa un jadeo de anhelo, al igual que a todas esas mujeres que él ignoraba.

¡Pero qué estaba pensando! Él le había dicho “un cambio de vida muy grande”, como si la conociera de antes. Allí nadie sabía de su vida pasada. Nadie conocía a la reina del baile y el alma de las discotecas. Lo miró con el entrecejo fruncido, y él le dedicó una sonrisa matadora que la obligó a apartar sus ojos para no convertirse en un charco a sus pies.

—Es lo que supongo al ver tu rostro tan cuidado, que nada tiene que ver con tu pelo —se justificó Bruno. Casi había metido la pata, pero él quería saber si ella lo había registrado cuando la regó de barro el día que llegó a vivir con Carola. Ahora sabía que había estado tan desesperada por el abandono de su padre, que ni se había enterado que era él quien había pasado con su camioneta. Mejor, se dijo Bruno.

—Eres muy amable al fijarte en lo único agradable que me queda — aclaró Anastasia con los dientes apretados. Al parecer la piel suave era lo único que le quedaba, pero solo era cuestión de días para que eso también desapareciera. No, se dijo, eso no lo iba a permitir. Se pondría aloe vera, aceite de cocina, o cualquier yuyo que encontrara mientras iba a recoger leña, pero no iba a andar con el cutis acartonado.

—De nada —dijo Bruno como si ella estuviera agradecida por un halago.

La vio apretar los puños sobre la balanza que sostenía en alto. Le

temblaban los brazos por el esfuerzo, pero la agarraba como si le fuera la vida en ello. Ella estaba dispuesta a cumplir con el encargo a costa de dislocarse los hombros, y eso demostraba que la niña consentida tenía agallas para soportar las adversidades.

Bruno la había visto a cierta distancia cuando llegó, pero ahora la tenía a unos pasos, y comprobó que era encantadora, no solo por su bonito rostro de nariz pequeña, labios bien delineados y ojos rasgados de un tono marrón claro, sino por su actitud luchadora. Nadie más que él sabía que bajo esa ropa ridícula tenía un trasero digno de admirar. Nadie más que él sabía que al llegar había vestido ropa de diseño y tenía un cabello que parecía suave como la seda.

—¡Vaya sorpresa! ¡Si has traído a Amanda contigo, Carola! ¿Se está ganando el pan? —preguntó Jéssica llena de sarcasmo, mientras cruzaba la calle enfundada en sus prendas impecables y vistosas.

Anastasia otra vez soportó que la víbora hablara de ella como si fuera una de las frutas que había en el carro. Los dolores le habían quitado la vergüenza, ya no le importaba su remera llena de agujeros y el tirante de payaso, solo quería que Carola le sacara la balanza.

Bruno apretó los dientes y negó con la cabeza, como si supiera que Jéssica iba a soltar toda la artillería pesada sobre esa pobre chica.

—Sí, Jéssica. Amanda es ahora mi ayudante —dijo Carola con la paciencia de una santa, y miró a su sobrina con ternura.

—Carola —dijo Bruno, y cuando la mujer lo miró él le señaló la balanza.

—¡Oh, cariño! Se me olvidó que tenías la balanza cargada. Lo siento, Amanda. Déjala en el carro así descansas. Mejor cuélgala en ese gancho de allá —dijo Carola, y le señaló un largo poste que se elevaba del carro. Pobre su sobrina, estaba demostrando una enorme fortaleza a los avatares de la vida.

Su primo no tenía idea de qué pasta estaba hecha su hija. Se la habían dejado como un paquete inservible, y ella estaba comprobando que era un tesoro.

—¡Gancho! ¿Tenías un gancho y me tuviste sosteniendo la balanza? —gruñó Anastasia, y la miró con los ojos ardiendo de furia.

—Solo fue una lección, Amanda —dijo Carola sin darle importancia.

—Claro, otra más de tus lecciones. Sabes qué, las voy a pasar a todas sin una maldita queja —dijo Anastasia.

Bruno sonrió. Tenía carácter, fortaleza y un espíritu de lucha que cada vez lo dejaba más asombrado. La niña rica estaba llena de virtudes.

—¿Es tal cual te la describí o mucho peor, Bruno? Bueno, te dije que era muda pero parece que habla —aclaró Jésica.

Anastasia miró a uno y otro sin comprender. ¿Acaso la bruja engreída y el hombre de mirada matadora habían estado hablando de ella? ¡Vaya sorpresa! No se imaginó nunca que con lo desastrosa que estaba, alguien le dedicaría un minuto de su tiempo. Ella no era competencia para esa rubia exótica, no era competencia para ninguna de las mujeres que había allí.

—Mejor, mucho mejor de lo que me la describiste, Jesi —dijo Bruno —. Tiene virtudes ocultas que tú, mirando solo la fachada, pasaste por alto —aclaró Bruno.

Anastasia lo miró con la boca abierta. Jésica con el entrecejo fruncido.

—Por Dios, Bruno. Tú sí que tratas de mirar al fondo cuando no hay nada agradable a la vista —dijo Jésica furiosa.

—Es algo que me enseñó mi padre —aclaró Bruno.

—Los famosos valores ocultos de tu querido padre. Es lógico, puesto que no tenía mucho para admirar a su alrededor —dijo Jésica.

Bruno se tensó por el comentario despectivo, pero qué podía esperar de una mujer que solo se preocupaba por las apariencias. Jésica no se percató de la tensión porque ya se había girado para mirar a Carola.



—Carola, tengo una ropa que pensaba dejar en la iglesia para los pobres. Si quieres se la podría dar a tu sobrina —dijo como si fuera un acto de generosidad, cuando solo quería humillarla.

—Gracias, Jérica, eres muy generosa, pero Amanda no necesita de tu caridad. Ella va a comprarse lo que le haga falta con lo que gana con su trabajo —aclaró Carola.

—Dudo que se pueda comprar mucho —dijo Jérica ofendida.

—Ese no es asunto tuyo, querida. No saques tus celos a la luz, que estás quedando como una resentida frente a todos —dijo Carola, que no pensaba permitir que ofendieran a su sobrina. Su lección era para que aprendiera valores que desconocía. Carola quería que su sobrina descubriera que la vida feliz no dependía de las apariencias. Cargó en una bolsa el pedido de Alejandro y se lo tendió a Jérica—. Toma, llévale esto a tu padre. No tengo dudas que te mandó a buscar lo que me encargó, no para que humilles a Amanda —dijo Carola, y le entregó la bolsa—. Dile que ya paso a cobrar las verduras y los trabajos que me adeuda —aclaró.

—¡Resentida! ¡Celos! —gritó Jérica, que se había quedado desconcertada con la reacción de Carola, que nunca perdía los nervios—. De qué tendría que tener celos, si tengo todo lo que quiero —dijo.

—No todo, querida —aclaró Carola sin entrar en detalles, pero Anastasia vio que su tía miraba a Bruno, y allí entendió la actitud de Jérica.

¿Qué celos podía tener de ella?, si era un desastre. Miró de reojo al hombre que tenía a todas suspirando, y él le dedicó una sonrisa encantadora que la hizo perder el equilibrio. ¡Dios mío!, no había dudas que la sonrisa y la mirada de ese hombre eran la perdición de todas las mujeres, con ella incluida, pensó.

—Claro que tengo todo. Ella es una pobre chica. La cara linda no le servirá de nada —gritó Jérica señalando a Anastasia, pero siguió hablando

con Carola como si ella fuera un poste—. Apesta a jabón de lavar la ropa y a sudor. A quién puede conquistar con esa ropa y ese pelo que parece escoba vieja... ¡Por Dios, quién la va a mirar! Bruno no va a mirarte porque eres un asco y él... es mío —gritó, y por fin miró a Anastasia.

Anastasia la miraba con la boca abierta. A Bruno le había desaparecido la sonrisa matadora, y ahora tenía los dientes apretados. Carola no podía creer el escándalo que estaba haciendo Jéscica delante de todos los vecinos. Alejandro, que estaba parado en la puerta del negocio, se acercó al escuchar el escándalo que hacía su hija. Tenía una obsesión tan grande por Bruno, que rayaba en la locura. Su esposa insistía en que solo se curaría si Bruno accedía a salir de nuevo con ella para que pudiera darse el lujo de acabar con la relación. Pero esa opción era imposible puesto que Bruno no quería colaborar.

—Vete al negocio y ayuda a preparar la comida para esta noche —dijo Alejandro a su hija.

—No me voy a ir. Ella se tiene que ir de esta ciudad —gritó.

—Jesi, estás haciendo un escándalo —dijo Alejandro.

—Él me ama a mí —gritó, y salió corriendo del lugar.

Bruno negó con la cabeza. El acoso de Jéscica ya lo tenía podrido. Anastasia lo miraba como si se estuviera compadeciendo de él, y tuvo ganas de largar una carcajada. Ella, que había caído al abismo, sintiendo compasión por él. Le devolvió un encogimiento de hombros, como restándole importancia a la pesadilla que soportaba cuando Jéscica sentía que perdía terreno.

—Lo siento, Carola. Bruno, intentaré hablar con ella —se justificó Alejandro. Tenía la mirada cansada, como si ya no supiera qué hacer con su hija.

—Mejor llévala a un psicólogo —dijo Bruno algo cansado con la situación. Él estaba teniendo paciencia con Jéscica, pero algún día iba a

explotar. La sobrina de Carola también había sido una consentida, y Bruno se preguntó si habría sido tan insoportable como Jérica. ¿Por eso la habrían echado del hogar?, se preguntó. Al ver la entereza que demostraba, supuso que no se había parecido a Jérica. Y sintió una enorme curiosidad por averiguar por qué el padre la había apartado del hogar.

—Amanda, querida, esta es tu paga por tus trabajos —dijo Carola, y le tendió un dinero envuelto en un rollito de papel—. Aprovecha que estamos en la ciudad y ve a comprarte lo que te haga falta. Tienes media hora antes de que regresemos.

Anastasia la miró sorprendida. Por fin podría comprarse algo para mejorar su deplorable aspecto. No sería la joven de antes, que usaba las mejores marcas, pero al menos se podría comprar un vaquero de su talla y una remera que no tuviera agujeros de polilla. También se iba a comprar un champú de los buenos, una crema, algo de ropa interior más pequeña, y si le sobraba dinero unas alpargatas, porque las que llevaba eran dos números más pequeñas y tenía los dedos agarrotados de dolor. Le brillaron los ojos de emoción con ese dinero que le permitiría cambiar su aspecto.

—Gracias, Carola —dijo Anastasia, y le sonrió a su tía. Pero cuando sacó el envoltorio y vio el dinero quiso ponerse a llorar. Allí no había nada. Su madre le daba mucho más dinero para ir a la discoteca. ¿Qué mierda se iba a comprar con esa miseria?, un champú y con suerte le alcanzaría para los tampones del mes, si es que conseguía alguna oferta—. Carola, ¿qué se supone que voy a comprar con esto! —dijo Anastasia furiosa.

—Bueno, solo has trabajado dos días. Compra lo más necesario, cariño —dijo Carola.

Escuchó una risita contenida a su espalda, y supo que era de ese hombre que la hacía temblar. Lo había tenido pegado a su espalda desde que habían llegado, y tuvo ganas de girarse y descargar en él toda su furia.

Ella había trabajado como loca, había sudado, se había lastimado los brazos y el rostro, y casi se había dislocado los hombros. Y todo ese sacrificio para recibir esas migajas. Quiso gritar y patalear. Quiso amenazar con que nunca seguiría estudiando, como cuando vivía con sus padres. Pero Carola no le prestaba atención a sus berrinches, por lo que enderezó los hombros, elevó el mentón y salió a recorrer las calles para elegir qué porquería se podía comprar con esa miseria que le había pagado.

—¿Quieres que te acompañe y te diga cuales son los negocios donde puedes conseguir alguna oferta? —preguntó Bruno al verla tan desdichada pero dispuesta a soportar con entereza sus desgracias.

—Mejor ve a consolar a Jérica, o a dedicarle miraditas encantadoras a la chica del bar. O quizá prefieras atender al séquito de mujeres que suspiran por ti, porque a mí no me hacen falta tus atenciones. Yo estoy de paso en este lugar —aclaró Anastasia llena de ira.

Bruno se quedó paralizado al escucharla. No por su desprecio, sino porque la consentida no se había perdido detalle de sus acciones. Sintió que se le inflaba el ego, ese que hacía años que no tenía. Ella había simulado indiferencia, pero no le había sacado los ojos de encima.

Sonriendo como un tonto la siguió a corta distancia para saber en qué gastaba su humilde salario. Todo en esa mujercita despertaba su curiosidad. Estaba vestida tan ridícula que daba pena, pero ella había levantado el mentón, enderezado los hombros, y allá iba pisando con furia sobre las calles del centro como si fuera vestida a la última moda.

Antes de su llegada había pensado en casarse con una mujer dulce, sencilla, de carácter afable y con pocas pretensiones, una mujer como la camarera. Ahora perseguía a una mujer muy parecida a Jérica, las que él había tachado de su lista de candidatas a esposas. La diferencia era que la joven consentida estaba adaptándose a su nueva realidad con una fortaleza que lo

llenaba de curiosidad. Ella no era ni la sombra de Jérica.

Anastasia se metió en una perfumería y revisó todos los precios de champú. Al contar el dinero se dio cuenta que si compraba un champú de buena marca no le alcanzaría para los tampones del mes, y si compraba uno de litro, tampoco. La crema, por lógica, estaba descartada.

Decidió recorrer otros negocios antes de gastar lo que tenía, solo por curiosidad puesto que su dinero no alcanzaba para nada. Entró a tres locales y por primera vez miró todo sin poder comprar nada. Antes nunca se fijaba en los precios, ahora daba vuelta todas las etiquetas y se horrorizaba al ver lo que valía cada cosa.

Salió cada vez más decepcionada. Con el dinero de Carola lo único que se podía comprar eran los tampones, algo imprescindible si no quería andar por la calle con manchas rojas en los pantalones. Caminó mirando el piso para que nadie se diera cuenta que tenía los ojos llenos de lágrimas. Por suerte el hombre que la había dejado aturdida ya no la seguía más. Quizá se había ofendido con su indiferencia. Mejor, así no veía lo deprimida que se sentía.

Dio media vuelta para regresar a la perfumería para comprar los tampones, pero alguien la agarró del brazo y la giró. Anastasia levantó sus ojos llenos de lágrimas sin derramar y vio que Bruno la miraba con ternura, o quizá con admiración.

¡Qué podía estar admirando!, nada en ella era digno de admiración. Ríete, maldición, quiso gritarle. Pero él no tenía ni un amago de sonrisa, y su falta de burla la debilitó y se le escaparon dos lagrimones de los ojos.

Él le tendió un paquete, y ella se quedó paralizada.

—No quiero tu caridad —aclaró Anastasia al suponer que se había compadecido de ella.

—Es solo un presente para darte la bienvenida a nuestra ciudad —

aclaró Bruno—. No me lo rechaces, por favor. Es muy poca cosa —aclaró Bruno.

La de él era una linda forma de camuflar la caridad. Sentía pena por ella. Anastasia no quería la lástima de nadie pero tampoco podía rechazar el regalo, porque cualquier cosa que hubiera adentro del paquete sería de gran utilidad para ella. Lo recibió, y llena de ansiedad rajó el envoltorio. Adentro encontró un cinto de cuero algo gastado y una remera de color azul un poco estirada. ¡Su ropa! Él le estaba dando su ropa, y ella sentiría el olor de ese hombre cada vez que se la pusiera. Eso en lugar de hacerla sentir incómoda le agradó. Siguió revisando y dentro de una bolsa encontró unas alpargatas negras. Eran nuevas. Él se había dado cuenta que las que tenía le iban chicas, porque las que le estaba regalando eran de su número.

A Anastasia se le formó un nudo en la garganta. Ese hombre no solo conquistaba con su apariencia, sino con esos detalles tan especiales. Cuando encontró un champú y un acondicionador para el cabello casi se puso a gritar de alegría. Lo miró emocionada y le dedicó una sonrisa tan grande, que a Bruno se le cortó la respiración.

—Gracias. Nunca, jamás, había recibido un regalo tan valioso —dijo Anastasia. Él le había quitado la amargura, la depresión y el resentimiento con su bondadoso gesto. Tuvo ganas de colgarse de su cuello para demostrarle lo feliz que estaba, pero se quedó quieta, admirando esos ojos que ahora estaban llenos de ternura, y se percató que así había mirado a la camarera del bar.

—De nada, Anastasia —dijo Bruno.

Ella se quedó petrificada al escuchar que la había llamado por su nombre, y retrocedió asustada. No sabía quién era, solo que se llamaba Bruno, pero tenía la extraña sensación de que él sabía mucho de ella. Eso la asustó y salió corriendo hacia el carro de Carola como si la persiguiera el demonio.

¿Quién era ese hombre? ¿Qué sabía de ella?

La carcajada de Bruno la obligó a correr más rápido, tanto que se olvidó de que tenía que comprar tampones, y solo respiró aliviada cuando de un salto se subió al carro donde Carola ya la esperaba para marcharse.

—¿Cómo has podido comprar todo eso, Amanda? ¿No lo habrás robado?

—No lo he robado. Y soy buena para regatear —dijo Anastasia, y se alegró de que ahora fuera Carola la que tenía el entrecejo fruncido.

Bruno la vio alejarse en el carro, abrazando su regalo como si temiera perderlo. Solo le había dado algo de su ropa, un champú y un acondicionador que tenía de repuesto en un estante del baño, y le había comprado unas alpargatas negras un poco más grandes, porque al ver que le costaba caminar se dio cuenta que tenía los dedos doblados.

Maldijo a Carola por hacerla sufrir de esa forma. Una cosa era darle una lección y otra arrancarle de golpe y porrazo toda su vida. La joven estaba sufriendo a pesar de aparentar entereza, y él quiso hacerle un poco más fácil la vida.

Sonrió al recordar el susto de muerte que se pegó cuando le dijo su verdadero nombre. Jamás una mujer había corrido a esa velocidad para alejarse de él, puesto que la mayoría corría hacia él. Otra vez se rio. Ella debió escucharlo porque se giró y lo miró seria, y él aprovechó para saludarla con la mano.

—¿Conoces bien a Bruno, Carola? —preguntó Anastasia.

—Sí, Amanda. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, creo que no me inspira confianza.

—Bruno inspira muchas cosas, pero nunca nadie ha desconfiado de él. Si alguna vez tienes un problema, él es la persona que no dudaría en ayudarte —dijo Carola—. Es un hombre sensible —aclaró.

—Parece que lo conoces bien.

—De toda la vida, cariño. Él me ayuda mucho con algunos trabajos. Ya vamos a coincidir con él, y vas a poder conocerlo mejor —dijo Carola.

Anastasia se había subido tan deprisa al carro, que cuando llegaron a la casa recién descubrió que Carola lo había cargado con bolsas de lona.

—¿Otro trabajo más? —preguntó Anastasia.

—Es el planchado que haremos para el hotel más grande de la ciudad. Se llama San Miguel, como la ciudad. Entre las dos lo haremos mucho más rápido.

—¿Hay algo más aparte de preparar viandas, vender verdura en el carro y planchar toda esa montaña de ropa? —preguntó Anastasia, y pensó en la pobre Adela, que trabajaba como loca en la casa de sus padres para que ellos tuvieran una vida cómoda. No había valorado el sacrificio de Adela hasta que estuvo en sus zapatos. Aunque no tuvo dudas que Adela era una privilegiada comparada con Carola, que hacía cualquier cosa para subsistir.

—Claro, ya lo verás sobre la marcha.

Su vida se había convertido en la incertidumbre más grande. Andaba al ritmo que le imponía Carola, sin tiempo para pensar, y soportando situaciones degradantes con la frente en alto.

Pero ese día había descubierto que nadie se había reído de ella. Y un hombre de ojos expresivos, que no conocía pero que él sí conocía su verdadero nombre, le había hecho el regalo más valioso de su vida.



## CAPÍTULO 4

Bruno trabajaba en el hotel San Miguel desde hacía muchos años. No era un gran trabajo, tampoco ganaba demasiado. Era conserje, pero le agradaba el trato distendido y cordial que tenía con la gente que venía de vacaciones. Gente que dejaban los problemas a un lado y solo quería divertirse. La ventaja era que trabajaba de siete a dos de la tarde, y él podía disponer del resto del día para dedicarse a una actividad que le gustaba más.

El dinero en grandes cantidades no era lo que buscaba para su futuro. Aunque sí quería una vida sin sobresaltos. Él sabía lo destructivo que podía ser el dinero. Lo había visto a diario desde que era pequeño.

Pensó en Carola y en su sobrina Anastasia, la niña rica que había caído en desgracia. Ellas no lo sabían, pero eran dos mujeres que estaban librando la misma batalla. Dos mujeres intentando adaptarse a una vida donde no encajaban, aunque las dos estaban soportando bastante bien ese estilo de vida. Carola la había elegido, a Anastasia se la habían impuesto.

Anastasia ya llevaba quince días viviendo con Carola. Lamentablemente no había regresado al centro. Carola había ido varias veces a hacer recados y a vender las verduras, pero siempre sola, y a Bruno su ausencia lo tenía desconcertado. Días atrás había supuesto que se había ido de San Miguel, o que el padre se había arrepentido de dejarla tirada como un paquete en la casa de Carola, y había regresado a buscarla.

Bruno tenía una enorme curiosidad por saber qué había hecho ella con los regalos que él le había dado. Quizá los había tirado a la basura.

Había hablado con Carola en varias oportunidades, pero no le había preguntado por su sobrina porque no quería que pensara que él estaba interesado en ella.

Para su alivio, dos días atrás se había enterado por Jérica, que había ido a la casa de Carola a recoger las viandas, que Anastasia seguía allí, con el mismo aspecto de espantapájaros, por lo que le había contado.

Bruno no aguantaba la curiosidad y decidió ir a espiarla de lejos. A él no le interesaba su aspecto externo. Él quería mirarla a los ojos para descubrir su estado de ánimo.

Durante dos días Bruno se había quedado a cierta distancia de la casa esperando que saliera, pero no la había visto. Al tercer día por fin pudo verla, cuando ella salió al patio lleno de cachivaches. Bruno se escondió tras un árbol y se sorprendió al ver que seguía llevando el vaquero enorme, la remera agujereada, las alpargatas que le quedaban chicas y los tirantes de colores. El cabello lo tenía atado, pero seguía tan duro como el día que la vio en la ciudad. Tal vez no había aceptado sus regalos, o quizá Carola se los había secuestrado. Las dos deducciones lo indignaron.

Ella se puso a caminar por el patio, se agachó para mirar los cachivaches, y trató de mover un hierro enorme que estaba encajado entre la basura. No pudo, pero tenía la decisión impresa en la mirada, y luego de varios intentos consiguió arrastrarlo medio metro.

Él la vio sonreír satisfecha, se frotó las manos, tomó aire o quizá descansó un rato y volvió a la carga. Después de una hora de esfuerzo consiguió sacar ese mastodonte fuera del patio. *Si Hugo te viera, te lo haría regresar donde estaba. Y si Carola estuviera en la casa, no te habría permitido sacarlo*, susurró Bruno, y no pudo evitar la sonrisa que le curvó los labios.

Bruno se quedó una hora más observando la decisión de la joven, que seguía arrastrando todos los cachivaches fuera de la casa. Latas, tachos de plástico, hierros, muebles viejos. Todo lo que se interponía en su camino fue a parar a la calle de tierra, que llevaba a las pocas casas que estaban

desperdigadas en la zona. Sacó tantas cosas que obstruyó media calzada.

Él se fue sin que ella se hubiera percatado de su presencia. Podría haberla ayudado a tirar todo. Dios era testigo de la alegría que le producía la decisión de Anastasia de embellecer esa porquería, pero no quiso que ella pensara que la estaba espiando, y se le escapó una risa con su deducción.

Dos días después Bruno seguía sintiendo cada vez más curiosidad y regresó a la casita para ver si había seguido avanzando en la limpieza del patio. Cuando llegó se quedó impresionado al ver que no quedaba nada de aquel lugar lleno de basura de años. Lo único que había allí eran dos flores de margarita que contrastaban con la tierra apisonada que las rodeaban. Esas dos flores que había plantado en medio del páramo eran su lucha interna por avanzar, a pesar de estar atrapada en una especie de pantano. La esperanza de Anastasia a algo mejor, supuso Bruno.

Ella no estaba en el patio. Los cachivaches ya habían sido retirados de la calle, y la terquedad de Hugo había desaparecido por la decisión de la sobrina de Carola. Y Carola, ¿qué habría dicho?, al parecer no había hecho nada para evitarlo. Bruno se sorprendió, puesto que Carola mantenía ese lugar como si fuera su propio museo de los recuerdos.

El carro no estaba en el terreno colindante. Eso quería decir que Carola había salido, y supuso que Anastasia estaría tirada en la cama tratando de recuperarse después de semejante esfuerzo.

Se alejó por la calle y se subió a la camioneta que había dejado estacionada a dos cuadras. Recorrió el camino hasta que llegó al bosque de arbustos. Se bajó y entró esquivando ramas y sorteando raíces de árboles hasta que llegó a un prado lleno de flores silvestres que teñían de lila y rosa el paisaje. Su lugar preferido cuando era adolescente.

Siempre le había parecido el lugar más bello del mundo. Claro que no conocía mucho mundo. Pero ese lugar para él tenía magia, tenía belleza, tenía

paz, y solía quedarse allí por horas contemplando las nubes que surcaban el cielo.

En ese momento miró el prado y se imaginó el patio de tierra que había limpiado Anastasia convertido en un paraíso de flores silvestres. Bruno no era un romántico, pero Anastasia le estaba despertando el deseo de embellecer con flores la triste vida que le estaban imponiendo el padre y Carola a esa jovencita que no se quería dejar vencer por las circunstancias.

Bruno se sentía distinto desde que Anastasia había llegado a la ciudad. Ella le estaba despertando sentimientos que él había enterrado durante mucho tiempo, y eso no era bueno. Él no podía estar pensando en llenarle de flores el patio de tierra. Él tenía sus sencillas metas, y esa joven que luchaba a dos manos para evitar su caída, lo hacía pensar en metas que él había dejado atrás.

Él ya no luchaba, él quería una vida simple, una mujer buena e hijos riendo en el jardín. ¿Qué hacía allí?, admirando la obstinación de Anastasia por no dejarse vencer. Él tenía que concentrarse en su futuro tranquilo, sobre todo sabiendo que ella, en algún momento volvería a su mundo de riquezas y se olvidaría por completo de lo que había pasado en San Miguel.

Se giró para regresar a su vida y se quedó sorprendido mirando a Anastasia. Ella estaba parada, agarrando una carretilla con las manos, y no dejaba de mirarlo. Adentro tenía una pala, y Bruno negó con la cabeza y largó una carcajada.

—¿Estás por hacer un prado de flores rosas y lilas en el patio de Carola? —preguntó Bruno.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó Anastasia llena de asombro al encontrarlo allí.

—¡Yo! Acaso crees que no tengo otra cosa que hacer que seguirte. No te des tanta importancia —dijo Bruno furioso porque ella había dado en el calvo, ya que él llevaba varios días curioseando en su vida. Al ver que

Anastasia lo miraba sorprendida, le aclaró—. Este es mi lugar preferido de toda la vida —aclaró Bruno.

—¡Ah! No lo sabía. Yo lo descubrí cuando Carola me mandó a juntar leña al bosque —aclaró Anastasia—. También lo tomé como mi lugar preferido. Espero que no te moleste.

—Por mí puedes venir cuando quieras.

—Es lo mejor que he visto en esta ciudad —aclaró Anastasia, y a Bruno le alegró su comentario—. Pensaba intentar hacer crecer algunas flores en el patio. He sacado todas las porquerías a la calle, y contraté un camión para que se la llevara —aclaró.

—Lo he visto cuando pasé. Todavía no puedo creer que Carola no haya puesto el grito en el cielo.

—Lo puso —dijo Anastasia, y sonrió—. Pero la ignoré. No me habla desde que empecé a tirar todo —aclaró Anastasia.

—Está dolida.

—Eso parece. Solo era basura —aclaró Anastasia.

Si supieras la historia que hay tras eso que tú llamas basura, pensó Bruno.

—No para ella —dijo Bruno—. ¿Qué pasó con lo que te regalé? —preguntó Bruno lleno de curiosidad.

—Cuando regresamos dejé el paquete en mi cuarto y bajé a calentar agua para bañarme. Pero cuando fui a buscar el champú y el acondicionador, el paquete había desaparecido —dijo Anastasia sin resentimiento. Bruno la miró con el entrecejo fruncido—. Carola supuso que me lo habías regalado tú. Ella pretende que me compre mis cosas con lo que me paga. Y como me enojé y decidí no trabajar más, no gano nada —aclaró, y se rió de forma espontánea—. Las dos estamos en guerra.

—¿Por eso no fuiste más al centro? —esa pregunta se le escapó, y se

maldijo por dejarle ver que estaba pendiente de ella.

—¿Me estás espiando? —volvió a preguntar.

—Ya te dije que no. He visto a Carola estos días, y tu atuendo no pasa desapercibido —se justificó sin mucho éxito. Ella le dedicó un arqueado de cejas—. ¿Piensas llevarte este prado al patio?

—No creo que crezca, pero lo quiero intentar.

Ella sacó la pala y la trató de enterrar en la tierra sin mucho éxito. A pesar de lo difícil de la tarea, Bruno se dijo que con esa perseverancia que tenía, en una semana tendría el patio lleno de flores.

—Dame esa pala que yo saco las flores. Tú solo acerca la carretilla —dijo.

Trabajaron más de media hora en un cómodo silencio. Bruno sacaba las champas y ella las acomodaba con mimo sobre la carretilla. Él la miraba cuando ella le daba la espalda. Ella lo miraba cuando él trabajaba. A él le fascinaba saber que bajo esa ropa ridícula se escondía una mujer menuda, con lindo cuerpo. Pero lo que lo había cautivado era la fortaleza de su carácter. Ella no podía apartar la mirada de esos brazos que se tensaban, marcando sus músculos cada vez que enterraba la pala. Miraba como el cabello oscuro se escurría y le tapaba un ojo, y la forma en que él se pasaba el brazo por la frente para sacarse el sudor. Pero lo que más le gustó fue descubrir el alma generosa y solidaria que escondía en su interior.

Nunca había pensado en esas cualidades. Antes admiraba a los hombres con músculos de gimnasio y prendas caras, pero desde que había perdido el lustre había aprendido a valorar las cualidades de las personas. En menos de un mes, ella ya no era la misma.

Cuando Bruno llenó la carretilla, Anastasia le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, Bruno —dijo Anastasia.

—De nada, Anastasia —dijo Bruno, y la miró con burla.

Ella se quedó seria, como si su nombre ya no le perteneciera. Anastasia había tenido lujos, caprichos, un cuarto de princesa, una bañera con hidromasajes, un armario lleno de ropa y zapatos para combinar. Tomaba desayunos especiales y tenía una madre que usaba la tarjeta de crédito para consentirle todos los caprichos. Anastasia era la joven que había chocado el coche de su madre, y la que habían echado de la casa. Le brillaron los ojos y parpadeó para contener las lágrimas. Qué razón había tenido Carola al quitarle la identidad. Amanda era humilde y luchadora.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Anastasia—. ¿Me has estado investigando?

—Te vi cuando tu padre estacionó su lujoso Audi y te dejó en el ingreso de la casa de Carola —dijo Bruno.

Ella lo miró asombrada, y rememoró el escándalo que había armado. Sus zapatos rojos metidos en el barro mientras abrazaba la maleta Gucci para que no se le arruinara. Recordó que había corrido tras su padre mientras le suplicaba que no la abandonara en esa mugre, y que alguien había pasado y le había llenado de barro la ropa.

—¡Tú...! ¡Tú fuiste el que pasó y me llenó de barro! —gritó Anastasia mientras se acercaba furiosa a él—. Tú, maldito, te regocijaste con lo que me estaba pasando —gritó, y lo empujó con la mano.

Bruno ni se movió del lugar. Solo había asentido a sus quejas.

—Sí a todo, menos a que me regocijé. Solo te llené de barro cuando dijiste que esa casa era un basurero —aclaró.

—Y qué podía importarte a ti como llamara a ese lugar —gritó Anastasia.

—Porque ese basurero era mi casa. Porque ese basurero lo junto mi padre durante años —dijo Bruno.

Ella lo miró sorprendida, o quizá arrepentida.

Él no esperó a averiguarlo. Se alejó del prado, atravesó corriendo el bosque, se subió a la camioneta y salió derrapando con los neumáticos. Se tendría que haber callado la boca, pero le dolieron sus palabras. Él opinaba igual, pero no le gustaba escuchar lo que decían los demás de su antigua casa.



## CAPÍTULO 5

Anastasia demoró una hora en recorrer la distancia que la separaba de la casa. La carretilla estaba demasiado cargada y el terreno era desperejo. En esa hora se maldijo por haber ofendido a Bruno, pero ella no podía saber que el basurero había sido su casa.

Ese descubrimiento la llevó a sacar miles de deducciones. Si Carola vivía allí y esa había sido la casa de Bruno, él podía ser el hijo de Carola, pero la idea no la convenció. Él había dicho “la casa de mi padre”, no la casa de Carola, y tampoco decía mi madre cuando hablaba de Carola. Si esa era la casa del padre de Bruno, y Carola no era su madre, ¿qué hacía la mujer instalada allí? ¿Habría sido amante del padre de Bruno? ¿Habrían vivido algún idilio en ese lugar? Anastasia no se imaginaba nada idílico en un lugar tan deprimente, pero quizá acá iba bien el dicho de “el amor es ciego”, y seguramente, cuando estaban juntos no pensaban en la miseria que los rodeaba.

Según Bruno, Carola no veía ese lugar como un basurero. Ella era testigo de que Carola se había enfurecido con la limpieza del patio, lo que no sabía era el porqué.

Anastasia estaba llena de interrogantes, y estaba decidida a buscar respuestas.

Cuando llegó al patio soltó la carretilla y se estiró para aliviar el dolor de espalda. Vio que el carro de Carola todavía no estaba en el terreno contiguo, y aprovechó su ausencia para poner las flores a un costado de la casa. No creía que crecieran salvajes como en el prado, pero con probar no perdía nada.

Cuando terminó de plantarlas, las regó y se quedó contemplando el pequeño cambio que daban unas pocas flores de colores. No llenaba mucho espacio, pero si no se secaban sería un sitio agradable que contemplar. El

resto del terreno lo llenaría de champas de pasto que iría recolectando en la carretilla durante la semana siguiente. Si tenía que vivir allí, al menos quería ver algo bello cuando saliera de la casa.

La casa de Bruno de niño, se dijo. Quizá ella estaba durmiendo en la que había sido su cama, usando sus sábanas ya gastadas y su colchón nudoso. Esa noche tendría otra sensación al acostarse.

Bruno era un hombre que tenía algo que encantaba a las personas, no solo a las mujeres. Para Anastasia él era su faro, que había aparecido en el momento más difícil para iluminar la negrura en la que se había convertido su vida.

Bruno estaba llenado de pensamientos agradables sus días, y le estaba dando esperanzas. Ella sentía como si le dijera: hay una luz al final del túnel en el que estás metida.

Bruno era un hombre generoso. También era atractivo, aunque muy distinto de sus amigos. Él tenía un encanto natural. Mirarlo era como observar un cielo despejado con el sol radiante resplandeciendo en cada uno de sus gestos.

Sintió el “Soo, muchachos, soo” de Carola, y en lugar de sentir vergüenza, sonrió. Tres semanas viviendo allí y ya se estaba acostumbrando a su precaria existencia.

Carola la miró con el ceño fruncido. Desde que había sacado la mugre del patio la mujer estaba ofendida. A Anastasia no le importó. Esperó que desatara los caballos y los llevara al precario establo que había a unos metros. Esperó que les llenara el abrevadero y los atendiera, sin moverse del pequeño jardín silvestre que acababa de plantar.

Cuando Carola salió, miró seria su pequeña plantación.

—Quedó bonita, ¿no? —preguntó Anastasia.

—No sé para qué te esfuerzas en arreglar esto. Podrías ayudarme con

los trabajos y ganarte un dinero —gruñó Carola.

—Si no se secan voy a poner una cruz para el padre de Bruno —dijo Anastasia.

La mirada de Carola estaba llena de furia.

—¿De qué estás hablando?

—Esta casa era del padre de Bruno. Él vivió acá. Lo que aún no logro entender es por qué la ocupas tú. ¿No eres la madre de Bruno? —la pregunta sonó más a afirmación, pero Anastasia esperó la respuesta.

—La madre de Bruno se fue cuando era muy pequeño —dijo Carola—. Los dejó solos, y al principio Hugo trabajaba en cualquier cosa para que a su hijo no le faltara nada.

—Y tú, ¿qué lugar ocupabas en la vida de ellos?

—Ese no es asunto tuyo, Amanda —dijo Carola.

—Eras su amante —afirmó Anastasia.

—No. No lo era —aclaró Carola—. Te tengo un trabajo, y no puedes negarte.

—No voy a volver al centro vestida así. Todavía no te perdono que me quitaras el paquete que me regaló Bruno.

—Ya sabía que era él. Ese cinto se lo regalé yo para un cumpleaños —aclaró Carola, y rio—. Mi muchacho es muy solidario, pero no quiero trampas.

—¡Trampas! —gritó Anastasia—. Solo eran unas pocas cosas, la mayoría usadas.

—¿Quieres dinero? ¿Quieres comprarte ropa?, pues tendrás que ganarte cada moneda, cariño. Mañana podrás tener una buena paga, y sin ir al centro —aclaró Carola. Anastasia la miró con desconfianza—. Haremos la recolección de naranjas en un huerto. Vendrá Bruno a ayudarnos. No dejan entrar a cualquiera allí. Son muy desconfiados.

—¿Desconfiados de qué?, de que me guarde unas cuantas naranjas dentro de mi enorme pantalón —dijo Anastasia, y Carola frunció el entrecejo, como si el comentario, que debería haber sido gracioso para cualquiera, a ella la hubiera ofendido.

—Lo tomas o lo dejas —dijo Carola.

—¿Cuánto voy a ganar? —preguntó Anastasia. ¡Qué bajo había caído para ponerse feliz de poder ganar dinero recolectando naranjas! Pero bueno, así era su nueva vida, pensó.

—Lo suficiente para que cambies un poco tu aspecto. Un champú para el cabello. Un par de remeras decentes. Un vaquero de tu tamaño. Unas zapatillas sencillas pero de tu número —dijo Carola.

Ropa decente. Prendas que le quedaran bien y no estuvieran para usar de trapos. Unas zapatillas que no le dejaran los dedos doblados y un champú y un acondicionador para dejar de tener el pelo duro. Y sí, había caído muy bajo puesto que en ese momento se sentía en la gloria con el dinero que iba a ganar.

—Lo tomo —dijo Anastasia, y Carola por primera vez vio alegría en su mirada. La chica ya estaba cambiando para bien. Se lo tendría que contar a su primo, que todos los días la llamaba para preguntar por su hija. Ella creía que Gabriel estaba arrepentido con la decisión que había tomado de echarla del hogar. Pero ella le había comentado que su hija estaba aprendiendo unas lecciones muy valiosas. Y era cierto. La joven altiva de la ciudad ya no existía en su casa.

—Bien. Bruno ya lo sabe, y vendrá a ayudarnos cuando salga del trabajo —aclaró Carola.

—¿Lo sabe? ¿Él lo sabía cuando me lo encontré hace un rato? No sabía que Bruno se unía a tus múltiples actividades. Él también hace de todo.

—No, Amanda, él no plancha la ropa del hotel. Acabo de encontrarlo en el centro y le pedí que nos ayudara. Ya veo que se encontraron en el prado

de flores —Carola señaló su reciente plantación—. Parece que es el lugar preferido de los dos —aclaró. Anastasia la miró con la boca abierta, pero Carola tenía la costumbre de no prestar atención a sus gestos, o quizá sabía disimular—. Bruno trabaja de conserje en el hotel por las mañanas, y por las tardes hace otras actividades.

—Parece que en esta ciudad hay gente que hace de todo un poco.

—No todos son así. Pero la variedad te aleja de la rutina.

—¿Eso es por ti o por Bruno?

—Por mí, cariño. Bruno es muy hábil para muchas cosas, y no se le cae el orgullo por unirse a cualquier tarea que le pidan. ¿Él te ayudó? —preguntó señalando las flores.

—Sí, pero se fue enojado porque llamé basurero a su casa. Yo no lo sabía —se justificó.

—No importa. Él siempre la llamaba el vertedero de la ciudad. Pero no le gusta que otros la llamen así —aclaró Carola—. Yo también la he llamado de forma parecida, y algunas de mis expresiones han sido peores que la tuya —aclaró Carola.

—Siento que tú sabes todo de mí, y yo no sé nada de ti. Eres una caja de sorpresas, Carola.

—Con el tiempo vas a saber más de mí. En este momento a las dos nos conviene esto, querida Amanda. Me voy a preparar la cena —dijo Carola, y se marchó dejando a su sobrina con la boca abierta. Su sobrina tenía sus propias batallas para que ella se pusiera a contarle su vida.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente Anastasia iba sentada junto a Carola en el viejo carro. No había dormido más de dos horas en la noche, y no sabía si podría

estar subida a una escalera recolectando las naranjas.

El sueño le había sido esquivo por dos motivos. Primero, Carola le había confirmado que su habitación había sido la de Bruno, y de solo saber que él se había acostado allí se sentía alterada, incluso se le había humedecido el enorme calzón que llevaba puesto. Esa ropa interior no era precisamente para estar imaginando que alguien se la quitaba, pero ella no había podido controlar su perversa imaginación.

Para apartar sus pensamientos indecentes con Bruno, se concentró en la prima de su padre, que seguía insistiendo en que la llamara tía. Todavía no le salía de forma espontánea, pero ya no le sonaba tan extraño después de estar tres semanas compartiendo la vida con ella.

*Con el tiempo vas a saber más de mí.* ¿Qué quería decir con esas palabras llenas de incertidumbres? No era la madre de Bruno, eso ya lo tenía claro. No había sido amante del padre de Bruno, ella se lo había confirmado. La casa humilde no era suya. ¿Quién era Carola? ¿Por qué se había instalado allí? ¿Dónde habría vivido antes?, supuso que bajo un puente, puesto que se adaptaba muy bien a esa vida precaria donde no tenía ninguna comodidad, ni siquiera lo esencial para llevar una vida digna.

Como todas esas incógnitas le quitaban más el sueño se puso a contar ovejas, pero siguió sin poder dormir. Y mientras giraba a un lado y otro o miraba las humedades del techo se dio cuenta que conocía más de la vida de Bruno que de la de Carola.

Al nombrar a Bruno cerró los ojos y se lo imaginó tendido a su lado, rodeándole la cintura con sus brazos. Una placentera sensación de paz se apoderó de su cuerpo y se durmió hasta que Carola entró a su habitación y le sacó la vieja manta de la cama.

—Buenos días, dormilona. Arriba que hay mucho que hacer —dijo Carola, y abrió la raída cortina de la ventana para que su sobrina se

despabilara.

Anastasia abrió un ojo y vio que aún no había amanecido. Quiso gritarle que era de madrugada, quiso taparse hasta la cabeza con la manta y seguir durmiendo hasta el mediodía, pero los berrinches no estaban, y Carola ya había salido de su cuarto sin esperar el saludo. Anastasia no tuvo más alternativa que levantarse. Se vistió y entró al baño para despabilarse lavándose la cara con el agua helada que salía del grifo.

Cinco minutos después estaban traqueteando en el carro rumbo al huerto de naranjas. Carola había cargado una canasta con provisiones y llevaba botellas de agua como para pasar el día en el lugar. El trabajo debía ser agotador, supuso Anastasia, y rogó no dormirse sobre la escalera y desnucarse en el suelo. Esa era su primera oportunidad de ganar algo de dinero para comprarse ropa decente, y eso la tenía entusiasmada. Bueno, primero tenía que cumplir con el duro trabajo. Después de haber acarreado toda la basura y de dejar el patio rastrillado, no creía que juntar unas naranjas fuera un trabajo tan pesado. Solo tenía que mantenerse despierta y sacar la fruta de las ramas para conseguir su primer salario decente.

—¿Me van a pagar por cantidad o por hora? —preguntó Anastasia.

—Por cantidad, Amanda. Pero no te mates trabajando que tenemos varios días para hacer la recolección, cariño. El dinero será el mismo, y lo mejor es que te lo tomes con calma. Es lindo, pero cansa un poco —aclaró Carola.

—¿Y tú también vas a recolectar?

—Nunca lo hago. Hoy te tengo a ti y me voy a quedar acomodando las naranjas en los cajones —aclaró Carola.

—Ya veo. La que va a trabajar como negra voy a ser yo —dijo Anastasia.

—Bruno también va a ayudar. Sin la ayuda de ustedes no lo podría

hacer —aclaró Carola.

—¿Antes lo hacías sola? —preguntó Anastasia.

—No, siempre me han ayudado.

—¿Ni a mi edad?

—Cuando yo tenía tu edad el huerto no estaba, cariño. Tiene veinte años —comentó—. Son las mejores naranjas que existen. Son un injerto, y nadie sabe cómo se lograron naranjas tan deliciosas y con tanto jugo.

Después de casi un mes sin tomar el jugo de naranjas que le preparaba Adela, a Anastasia se le hizo agua la boca. Por fin ese día podría tener una pequeña porción de su vida pasada.

—¿Y siempre te llaman a ti para la recolección? Te lo pregunto por eso de la fórmula secreta —aclaró Anastasia.

—Siempre. Bruno también es de confianza —dijo Carola.

Anastasia no preguntó más. Allí había algo extraño, pero todo en su tía era extraño. Con qué facilidad pensaba en ella como su tía, se dijo asombrada. Una sonrisa asomó a sus labios al descubrir que le gustaba la idea de tener una tía tan distinta del resto de su familia, que era gente que se relacionaba con personas de bastante estatus. Gente que siempre estaba haciendo planes grandiosos, como pasar las vacaciones en Francia o en Las Bahamas. Gente que organizaba reuniones de amigos en algún club exclusivo, en la que cada uno de ellos hablaba de sus logros materiales, de las refacciones de sus casas, de sus nuevos automóviles.

Asombrosamente, su padre no había pensado en esa gente cuando la echó de la casa. Él se había sacado de la galera una prima casi indigente que vivía en una casucha pobre, vendía verduras en un carro, planchaba para un hotel, armaba viandas de comida y ahora también recolectaba naranjas.

En honor a la verdad, tenía que reconocer que la vida de Carola era mucho más interesante que la que llevaban sus padres, sus familiares y las



encumbradas amistades. Mucho más interesante que la que había llevado ella hasta antes de llegar, se dijo, y por primera vez se sintió en paz al estar viviendo esa experiencia desconocida.

¿Qué estaría haciendo si estuviera en su casa? Quizá habría salido a correr con alguna amiga y después se habrían sentado en un bar a tomar un licuado y reír de alguna tontera. Después habría regresado a su casa para almorzar las comidas de Adela, habría nadado un rato en la pileta y se habría tirado a tomar sol en las reposeras, con otras amigas que estaban tan al vicio como ellas. Adela les llevaría un tentempié, y después seguramente ella habría disfrutado de un baño de sales antes de salir por la noche a beber hasta emborracharse. Inclusive, ya tendría otro novio con quien salir para darle celos a Oscar, que la había dejado por otra. Anastasia se sorprendió al recordar a Oscar. Si hubiera estado en la ciudad, estaría buscando la forma de vengarse, o maldiciendo que la hubiera dejado por otra. Acá, él había desaparecido de su vida y de sus pensamientos.

Era tan grande su cambio que a Oscar lo había reemplazado un hombre que se vestía sencillo, pero que tenía un encanto que venía de adentro. Hasta podía asegurar que él le despertaba emociones que nunca había sentido con Oscar, ni con alguno de sus otros novios. El encanto de Bruno era distinto. Él no necesitaba un coche caro o ropa de marca. Él irradiaba luz de adentro, por eso las tenía a todas comiendo de la palma de su mano.

Pero qué estaba pensando. Ella no quería complicaciones. Había cambiado y no pensaba ponerse a pelear por un hombre. Por culpa de un hombre había chocado el coche de su madre y estaba allí pagando por el error. Mejor que los hombres se quedaran afuera de su vida. Por más que Bruno le hiciera humedecer el espantoso calzón que llevaba puesto, tenía que apartarlo de sus pensamientos, dejar de imaginar esas escenas nocturnas llenas de lujuria.

Quizá podrían entablar una linda amistad. Sería genial tener un amigo como él, inteligente y divertido, sarcástico y generoso. Eso era algo que no le traería problemas, al contrario. Y qué mejor que esos días en su compañía, en un huerto de naranjas, para empezar a fortalecer unos lazos de amistad que, quizá, podían durar toda la vida.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Anastasia.

—No, Amanda. Ya casi llegamos —dijo Carola.

Ya casi llegamos se hizo realidad a pocas curvas del camino. La tranquera de madera parecía recién barnizada. El camino de tierra estaba limpio de malezas y unos pinos circundaban el ingreso.

—Está lejos de tu casa —comentó Anastasia.

—He tomado el camino más largo porque el otro está muy deteriorado con las lluvias. En unos días pasará el camión para repararlo. Está a dos kilómetros de la casa, muy cerca —aclaró Carola.

Anastasia se quedó sin aire cuando a una curva del camino apareció una plantación que se elevaba en una especie de loma. Hileras de árboles de hojas verdes y cubierto de naranjas embellecían ese paisaje de ensueño. Al fondo se veía la niebla que corría por el cielo, y que por momentos dejaba a la vista unas montañas elevadas, que ella solía ver desde el patio de la casa.

—Allí está el huerto. La casa está a un costado. Ya la vas a ver —comentó Carola, y detuvo el carro bajo un árbol donde había hierba y un abrevadero para los caballos. Más allá había un establo impecable, con un portón pintado de rojo y paredes blancas.

Carola se bajó de un salto como si fuera una jovencita. Ni ella, con apenas veinte años, matándose en el gimnasio, corriendo por los mañanas y nadando por las tardes, tenía la agilidad de Carola.

Anastasia se bajó sin poder apartar la vista de esa maravilla que tenía frente a sus ojos. Caminó hacia el huerto, pero a la primera curva del camino

apareció la casa más encantadora que había visto en su vida. Era pequeña pero cuidada con tanto esmero que parecía sacada de algún cuento de hadas. Puertas y ventanas rojas, al igual que las tejas del techo. Las paredes eran blancas como la nieve recién caída. Tenía unas pocas macetas de flores que le daban un toque encantador. Una galería de madera pintada de blanco con dos reposeras con almohadones anaranjados. El parque cuidado y con muchas flores le arrancó una sonrisa de satisfacción.

Acá no estaba la mano de un paisajista, sino la mano del dueño, que había cuidado al detalle cada flor que había plantado. El huerto también era pequeño. No era un campo infinito, sino que ocupaba una manzana, o quizá dos o tres. Cada hilera tenía sus propios caminos para pasar entre los árboles.

Ella había vivido en una casa impresionante con un gran parque. Era una mansión comparada con esta, pero su madre pagando a decoradores y paisajistas no había conseguido el encanto de la casita que ella no podía dejar de mirar.

—¿Te gusta, Amanda? —preguntó Carola.

Anastasia asintió, se giró y le sonrió a su tía.

—Es preciosa. Lástima que no sea la tuya —aclaró Anastasia.

—Lástima, sí —dijo Carola—. Le han puesto mucho cariño a todos los detalles.

—Es un hogar. Los dueños deben ser muy felices —dijo Anastasia sin pensar en la interpretación que podía hacer Carola. No es que ella no hubiera vivido en un hogar, pero este era más natural, y no estaba pensado para impresionar a las visitas. Ese hogar estaba construido para el disfrute de los dueños.

—Lamentablemente no fueron felices, a pesar del amor que le pusieron a la casa, al parque, a todo.

—¿Qué pasó con ellos? —dijo Anastasia.

—Ya no viven acá, pero la casa y el jardín se mantiene de forma impecable. Y el huerto es como si estuviera bendecido, porque cada vez da más naranjas.

En medio del hermoso patio de gramilla y flores había un árbol enorme lleno de naranjas. Uno que no estaba en el huerto, y para asombro de Anastasia estaba cercado por un alambre de gallinero, como si hubieran decidido protegerlo para que nadie osara sacar una naranja. Y eso la desconcertó.

—¿Y ese árbol que está allí? ¿Por qué no está en el huerto? ¿Por qué está cercado?

—Mejor vamos, Amanda, que estamos perdiendo unas horas valiosas. Las horas más frescas para trabajar —dijo Carola. Agarró la canasta con provisiones que había dejado en el suelo y se fue caminando a pasos rápidos hacia el huerto.

—Eso es ridículo. Solo te hice una pregunta que me podrías haber respondido en un segundo.

—Nada de lo que hay acá se responde en un segundo. Además, no es asunto tuyo —aclaró perdiendo su paciencia habitual.

Anastasia cada vez se desconcertaba más con su extraña tía. No podía llegar a conocerla porque Carola esquivaba todas sus preguntas. Al menos sabía que había temas que la sacaban de su centro. Uno era el padre de Bruno. Otro, por lo visto, era el árbol cercado en el jardín.

Levantó los dos bidones de agua que Carola había dejado a sus pies y fue tras ella. A pesar de que se moría de ganas de ver la casa por dentro, supo que Carola no se la iba mostrar. Se encogió de hombros. Su meta era juntar naranjas para comprarse algo de ropa decente para ir al centro a tomar algo a un bar sin sentirse tan disminuida por su deplorable aspecto, que no había mejorado en nada porque su tía tenía una amplia provisión de esas remeras llenas de agujeros, y tres pantalones con manchas de lavandina. Hoy llevaba

un calzón de flores desteñidas que le llegaba arriba de la cintura. Era increíble que se pusiera esa ropa interior vieja y enorme, y ya no se le escapaba ni una lágrima.

Cada día que pasaba allí se hacía más fácil dejar atrás a la Anastasia de la ciudad. Aunque algunas veces sentía el anhelo de volver a su vida anterior, mirar su vestidor lleno de prendas o los zapatos con los que podría combinarlas, probarse montones de ropa y girar en el espejo mientras admiraba su impecable estampa. Horas, muchas horas de su vida había dedicado a esa tarea, que ahora le llevaba cinco minutos porque no había nada para seleccionar.

El silencio del lugar solo era roto por el sonido de las hojas mecidas por el viento, o por algún pájaro que cantaba en las ramas. No había nadie, estaban las dos solas. Carola no hablaba, y Anastasia estaba demasiado concentrada en disfrutar del bello y desolado paisaje.

La paz se le metió en las venas. El lugar se le instaló en el corazón. La cobijó una emoción primitiva, que seguro venía del alma. Ella podría pasar el resto de su vida allí. Sonrió emocionada al sentir que había llegado a casa. Lástima que ese lugar tenía dueño, y ellas solo estaban allí para recolectar las naranjas.

Era tanto su embeleso que no se percató de que las ramas de los árboles que caían con el peso de las naranjas estaban a la altura de sus brazos. No hacía falta subir y bajar una escalera para sacar los frutos, aunque la tarea tampoco sería tan placentera como la admiración que estaba haciendo del lugar.

Carola había extendido un mantel a la sombra de un álamo que estaba alejado, y allí dejó los alimentos y el agua. La mañana todavía estaba fresca, pero al medio día su sobrina no tendría la cara arrebolada de emoción como en ese momento. Carola sonrió al verla. El rostro de la joven, que ya había

dejado de insistir en que la llamara Anastasia, era para inspirar a un pintor. Su emoción se reflejaba en los ojos y en la sonrisa. Tenía la ilusión de la edad marcada en el rostro. “Este es mi lugar en el mundo”, debía estar pensando. Carola no era adivina. Todos los que conocían la casa, el jardín de flores y el huerto de naranjas decían lo mismo.

Era mágico a los ojos, no al corazón. Pero esa era una de las tantas cosas que Carola no estaba dispuesta a contar. La batalla del huerto era preferible guardarla en un rincón apartado. Que su sobrina se quedara con la fantasía, pensó.

—Vamos a empezar —dijo Carola, y extendió una red bajo el naranjo que estaba primero en la fila—. Hoy hacemos esta hilera —aclaró, y le dio una especie de canasta de cuero no muy grande, donde Anastasia tendría que poner lo recogido.

Después de unas cuantas indicaciones de Carola las dos comenzaron a trabajar en silencio. Anastasia cortaba las naranjas con un alicate, y las dejaba en la canasta. Carola subía la canasta a un pequeño carro con manija y lo trasladaba a un techo de paja donde estaban las pilas de cajones de madera esperando para el empaque. Carola hacía la selección de calidad, sacando las frutas que no estaban en condiciones antes de acomodarlas en los cajones.

A las dos mujeres el sudor les corría por el cuerpo cuando el sol se puso en su punto más alto. No habían descansado más que para beber agua. No habían hablado. Las dos estaban abocadas al trabajo y a sus pensamientos. Carola llena de recuerdos. Anastasia llena de sueños.

—Hora de almorzar, Amanda —gritó Carola a las dos de la tarde.

Anastasia se sacó los guantes y sintió el agarrotamiento de los brazos y hombros, entumecidos de tanto estirarse para cortar las naranjas. Era un trabajo para muchas personas, se dijo. Miró el árbol donde recolectaba, que todavía tenía muchas naranjas colgadas, y no tuvo dudas que demoraría más de

un mes en poder comprarse algo presentable para ponerse. La belleza del lugar se había ido al diablo por el peso del cansancio y la decepción. Había creído que al medio día tendrían más de la mitad de la hilera recolectada, pero se había equivocado.

Se acercó a Carola y se dejó caer sobre el mantel de cuadros rojos y blancos, que estaba lleno de bandejas con comida. Allí había pollo frío, fiambres y quesos, pescado enlatado, pan casero y varias frutas. A Anastasia le crujó la barriga.

—Vamos bien —comentó Carola, quizá para darle ánimo.

—¡Bien! Eso es ser muy positiva. Todavía no he terminado un árbol y allí hay más de diez en una hilera. Esto es un trabajo de hormiga —gruñó, y no siguió protestando porque se llevó la pata de pollo a la boca y sintió que la comida hacía el milagro de sacarle la decepción. Dios mío, era un manjar digno de los dioses. Nunca había comido algo tan sabroso. Quizá era el trabajo que la tenía famélica—. Delicioso —dijo con la boca llena.

—Después de tanto trabajo todo parece delicioso, Amanda —dijo Carola. Se había preparado un sándwich de pollo y tomate y comía sin el entusiasmo de su sobrina. A ella el trabajo en el huerto solía quitarle el apetito, pero no dijo nada—. Después de almorzar vamos a avanzar más rápido. Ya vas a ver. Creo que vamos a lograr el objetivo —dijo Carola para animarla.

—¡En serio! ¿Y cómo lo vamos a lograr? Yo ya no tengo brazos y recién voy por el primer árbol —aclaró.

—Tú ve a tu ritmo. Y ya vas a ver que no te miento.

Claro que no le había mentado. Una hora más tarde llegó Bruno armado de un palo y toda la energía que le faltaba a su sobrina. Moviéramos ramas, sacudió troncos y en dos horas tuvo media hilera de naranjos desprovistos de frutos.

Anastasia no podía sacarle los ojos de encima. Él se movía como si

llevara años realizando la recolección. Bajo los árboles ponía una lona verde, y las naranjas caían como si fuera una pedrea del cielo.

Él apenas le había dicho un, “buenas tardes, Anastasia” y sin esperar su saludo, sacó de la camioneta un montón de lonas verdes que fue asentando bajo los naranjos. Con una energía asombrosa se puso a sacudir una tras otra las ramas de los árboles. Y el deseo de Anastasia de entablar una amistad fue a parar al reino del olvido.

A las cuatro de la tarde casi toda la hilera de árboles estaba desnuda de frutos, salvo por unas pocas naranjas rebeldes, que Bruno sacó con las manos.

—Las canastas, Carola —gritó Bruno, y la mujer se apresuró a desparramar varias canastas en cada árbol.

Él seleccionaba sobre el terreno. Revisaba la fruta y descartaba las que no servían para evitar que contaminaran al resto. Cargaba canastas que dejaba al pie del camino.

Anastasia miraba embelesada todos sus movimientos. Los músculos de sus brazos, la flexibilidad de sus movimientos, y como se estiraba para arrancar alguna naranja que no había caído. Lo miraba sin poder creer la velocidad con la que aceptaba o descartaba los frutos. Había hecho una pila de las que consideraba no aptas, y a las buenas las metía en las canastas.

A las cinco de la tarde Anastasia seguía sacando frutos de su primer árbol. Estaba destrozada, con las manos lastimadas, los brazos doloridos y los hombros entumecidos. Tenía sed, tenía hambre, tenía ganas de tirarse a contemplar las nubes del cielo, pero su meta era dejar ese árbol sin una naranja colgando y no pensaba parar hasta conseguirlo.

Bruno seguía dando palos, sacudiendo ramas y ya se había bajado toda la hilera completa. Lo más indignante fue ver que tenía resto físico para recolectar todo el huerto si se le antojaba. Hilos de sudor corrían por su rostro



y su pecho, pero no parecía cansado sino lleno de energías para seguir durante horas.

Carola trabajaba a la par de Bruno, no sacando frutos, sino trasladando en el carro los canastos para hacer otra selección de fruta antes de acomodarlas en los cajones. Era una tarea manual que ellos hacían como un perfecto equipo. Se notaba que se conocían el ritmo.

Ni un gesto, ni una palabra, ni un guiño de ojo. Nada, Bruno no le había dedicado más que ese escueto saludo. En realidad, él y Carola parecían dos robots sacando naranjas. No disfrutaban, solo querían terminar para largarse de ese lugar que para Anastasia era mágico.

A las siete de la tarde Anastasia admiró su árbol desprovisto de naranjas. Ella sí había disfrutado. Se sentía eufórica de haber logrado su objetivo. Era pequeño comparado con el trabajo de Bruno y Carola, pero era su tarea y lo había hecho sola, sin la ayuda de nadie.

—Para ser una chica consentida de ciudad has hecho un buen trabajo, Anastasia —esa voz masculina que le susurró en su oído le hizo dar un respingo. Su aliento le rozó la mejilla. Lo tenía a sus espaldas, tan pegado que si daba un paso atrás podría quedar cobijada en su pecho.

Sintió el anhelo del abrazo que tanto necesitaba desde que su vida se había ido al diablo. Deseó que alguien le dijera que todo iba a salir bien. Ya no era la misma joven consentida, y estaba necesitada de unas migajas de atención, de alguien que entendiera que se estaba adaptando a fuerza de porrazos. Le brillaron los ojos cuando se giró a mirarlo.

—Gracias —dijo Anastasia. Él no se estaba burlando con su comentario. En sus ojos había ternura y aceptación—. Me siento satisfecha. Ya sé que comparado con tu trabajo no es mucho, pero lo hice yo sola. Carola por fin me va a pagar para poder comprarme algunas cosas que necesito.

Nunca había dejado ver su vulnerabilidad, pero él era tan especial, que

a ella no le importaba simular una indiferencia que estaba lejos de tener. Antes nunca habría reconocida que tenía necesidades básicas que cubrir, tampoco las había tenido. Sus padres le daban con todos los gustos.

—No conozco a ninguna mujer que recolecte un árbol entero en un día —dijo Bruno, y le sonrió.

Eso era la mentira más grande que le había dicho, pero ella apreció su intención de levantarle el ánimo.

—Me voy a ir al centro cuando terminemos. Me voy a comprar... Ya veré —dejó de hablar cuando se dio cuenta que estaba siendo demasiado sincera. ¿Qué podía importarle a él lo que se iba a comprar?

—El domingo será la feria de saldos de Carmen —aclaró Bruno—. Siempre la hace el tercer domingo de cada mes. Alquila un galpón grande que hay en las afuera de la ciudad y se pueden conseguir muchas cosas a mitad de precio —dijo Bruno—. Si quieres vamos juntos.

¿Era una invitación de amigos o sería una cita?, se preguntó Anastasia llena de entusiasmo, y ella se vio deseando que fuera una cita. ¡No, por Dios!, nada de citas. Nada de hombres más que como amigos, se dijo.

—¿En serio? —preguntó Anastasia. Bruno asintió y ella largó una carcajada que a él lo dejó fascinado—. ¡Qué suerte la mía! Poder comprar a mitad de precio justo cuando consigo dinero para dejar de ser una pordiosera.

—No podrías ser una pordiosera. Llevas el rótulo de niña rica estampado en la frente. En cuanto cambies tu aspecto volverás a ser la de antes —aclaró Bruno. Y era cierto, pensó Bruno. Ella podría haber perdido la estampa de niña bien, pero irradiaba buena cuna en cada uno de sus gestos.

Anastasia lo miró con la boca abierta. ¿Acaso él pensaba que ella no estaba aprendiendo nada? ¿Creía que cuando se acabara la lección, ella volvería a su vida pasada? Sí, eso creía él. ¡Qué equivocado estaba! Ella no podía volver a su casa después de lo que sus padres le habían hecho. Su padre

le había llenado la Gucci con lo que él consideró necesario y la había sacado de un brazo de la casa, y su madre no lo había detenido. El odio y el resentimiento estaban allí, como si ellos le hubieran enterrado una estaca en el pecho. No podía perdonar, y no quería su vida pasada llena de actividades sinsentido.

—No me conoces —aclaró Anastasia ofendida.

—Creo que soy el único de por acá que conoce tu otra faceta —dijo Bruno.

—¿Crees que me conoces porque me viste durante diez minutos en el peor momento de mi vida? Solo viste mi desesperación. Me echaron de mi casa y me tiraron como basura en la casa de una tía que no sabía que existía —aclaró Anastasia.

Ella tenía razón, se dijo Bruno. La estaba juzgando por lo que había visto de lejos en un pequeño momento de su vida.

—Tienes razón.

—Voy a demostrarte que no soy una esnob —aclaró Anastasia.

—No tienes que demostrarme nada. Demuéstratelo a ti misma —aclaró Bruno.

Esas palabras le dolieron, porque dejaban ver que le importaba un pimiento quien era ella.

—Y yo que pensé que podríamos ser amigos —comentó Anastasia aparentando indiferencia.

Él arqueó las cejas, y sonrió.

—Amigos —dijo Bruno desconcertado, pero le tendió la mano aceptando su propuesta. Ella la aceptó y así se quedaron por un eterno minuto. Él sabía que esa amistad sería un error. En los ojos de los dos se podían leer un anhelo que ninguno sabía disimular. ¿Qué amistad se podía forjar cuando el contacto de sus manos se estaba prolongando más de lo deseado? Bruno le

rozó los dedos, y le dio tristeza sentir la aspereza de esa piel que días atrás debía haber sido como rozar seda. Esas manos no debían haber lavado ni el vaso que ensuciaba, y ahora estaban reseca, agrietada y con el esmalte saltado.

—Amigos —susurró Anastasia, y se liberó del agarre para evitar que Bruno sintiera el temblor que le provocaba su caricia—. Los amigos se cuentan cosas. Y yo no sé nada de ti.

—Eso lo vamos a remediar el domingo. Después que hagamos tus compras, te invito a comer unas pizzas y te cuento lo que quieras saber de mí —aclaró Bruno.

Otra invitación más, pensó Anastasia y sonrió fascinada. Su primera salida desde que había llegado. Él era un hombre que tenía a varias mujeres esperando por sus atenciones, pero la había invitado a ella.

Quiso regodearse de su logro, pero solo sintió una sincera alegría con la salida. Él no era un trofeo, no era un triunfo como los otros hombres que había tenido. Él era su amigo.

El ruido de un motor en el camino dio por finalizada la conversación.

—Llegó el camión —dijo Bruno, y se acercó al lugar donde todas las naranjas ya estaban acomodadas en los cajones.

El camión se detuvo junto a los cajones de naranjas. Se bajó un hombre joven de sonrisa cordial, que conversó con Carola como si fueran amigos. Minutos después Bruno y el joven cargaron los cajones. El hombre se acercó a Carola y le entregó un dinero. Se despidió y se marchó tan rápido como había llegado.

Carola le entregó parte del pago a Bruno, y él, después de un “buenas tardes, Anastasia”, se marchó.

Amigos, pensó Anastasia. Él había aceptado ser su amigo a pesar de considerarla una esnob. Sonrió emocionada. Ella había tenido muchas amigas

y amigos, pero nunca uno que le susurrara palabras al oído, le rozara la mano y le produjera un estremecimiento. Sonrió mientras negaba con la cabeza porque no sabía en qué iba a terminar esa amistad. Bueno, al menos ella estaba dispuesta a poner todo el esfuerzo para que no se desviara por otros rumbos.

Anastasia se alejó de su árbol y se acercó a juntar los restos de comida que habían quedado sobre el mantel. Guardó todo en la canasta y se bebió un vaso de agua. No podía dejar de pensar en el dinero que ganaría y en su salida de amigos con Bruno. Él la había invitado a una feria en un galpón de la ciudad. Ella, que compraba las mejores marcas y en las mejores tiendas, iría a rebuscar entre las baratijas de una feria. A pesar de la enorme diferencia, nunca se había sentido tan entusiasmada con unas compras. Y encima, después iría a cenar con Bruno, su amigo.

—Pareces entusiasmada, Amanda —dijo Carola, acercándose a ella.

—Lo estoy —dijo Anastasia con sinceridad—. Bruno ha aceptado mi amistad, y el domingo me va a llevar a una feria donde habrá muchas cosas a mitad de precio. Espero que me pagues para poder hacer unas compras.

—Claro que te voy a pagar para que puedas aprovechar la feria de saldos que hace Carmen —aclaró Carola, y le entregó el dinero que le correspondía por la recolección.

Anastasia lo miró con el entrecejo fruncido. ¡Otra miseria más!, se dijo al ver lo poco que le había pagado. Con eso solo se podría comprar una remera de saldo y quizá le alcanzaba para unas alpargatas. La mujer la estaba explotando, no tenía dudas.

—Esto no me va a alcanzar para nada —aclaró Anastasia.

—Claro que sí. Además, algo te he dado por las viandas y el planchado que hiciste cuando llegaste.

—Es otra miseria —se quejó Anastasia.

—Mañana tendrás que trabajar más duro, Amanda. Lo has hecho muy

bien, pero la paga depende de lo que recolectes, y tú has recolectado cinco cajones de naranjas.

La bruja le había dicho que fuera a su ritmo, la había hecho sentir bien cuando le dijo que estaba haciendo un buen trabajo, pero se había olvidado de decirle que si seguía a su ritmo no ganaría lo suficiente para comprarse lo que necesitaba.

—¿Cuánto cobró Bruno? —preguntó Anastasia.

—Mucho, Amanda. Él podría comprarse todo lo que tú quieres, y le sobraría bastante dinero —aclaró.

—¡Lo que quiero! Lo mío ya no es querer. Son necesidades básicas, Carola. No tengo ni un jabón decente para bañarme. No tengo una crema. No tengo tampones —gritó Anastasia perdiendo toda la alegría.

—Mañana tendrás que esforzarte más —dijo Carola sin prestar atención a su enojo.

¡Esforzarse más! Si ya no tenía fuerzas ni para mantenerse parada sobre sus pies. ¿Cómo iba a esforzarse más?

—A veces creo que disfrutas viendo mi desesperación —dijo Anastasia llena de resentimiento.

Carola la miró asombrada.

—No, cariño. Pero no voy a ponerte las cosas fáciles. Vamos, que Bruno pretende terminar el domingo. Desde mañana tendremos dos días de trabajo a un ritmo más intenso —aclaró.

Ya en la casa, Anastasia le seguía dando vueltas a las últimas palabras de Carola. ¡Un trabajo más intenso que el de ese día! No sabía cómo lo lograría, pero iba a acelerar el ritmo aunque dejara la vida en ese maldito huerto de naranjas, se dijo mientras se daba el rudimentario baño para sacarse la mugre y el sudor del agotador día de trabajo, que apenas si le había redituado para comprarse una remera de mierda.

¡Bruja!, esa prima de su padre era una bruja perversa, no tuvo dudas.

## CAPÍTULO 6

La ira no era buena compañía. La ira podía desatar tormentas difíciles de controlar. Anastasia llegó al huerto a las ocho de la mañana del sábado, envuelta en una nube de ira que no se disipó durante toda la jornada.

Bruno había ganado una pequeña fortuna apaleando ramas. Y ella estaba decidida a quedarse con el dinero que se había llevado él. No lo culpaba, pero le habría gustado saber que esto era una especie de competencia, una carrera por ganar el dinero que se pagaba por la recolección.

Cuando llegaron al árbol donde Carola dejaba el carro, Anastasia se bajó de un salto y dejó que su tía se ocupara de los caballos, de la canasta con comida y del agua. No iba a colaborar con nada que no le redituara algún dinero. La solidaridad no existía para ella.

El huerto ya no tenía el encanto del día anterior. La casa cuidada le produjo indignación, al igual que el impecable parque. Esta vez no se detuvo a admirar el paisaje porque era una pérdida de tiempo y dinero. Caminó rengueando, sintiendo el dolor que le provocaban las alpargatas chicas en los dedos de los pies. Ese día iba a salir con el dinero suficiente para comprarse un calzado del tamaño de un bote. No iba a sufrir más, ni a caminar sin meter los talones dentro de las alpargatas, con el riesgo de que la picara algún bicho. Ella iba a ser productiva, tanto que Bruno sería el que cobraría las migajas que recibió ella el día anterior.

Bruno ya estaba en el huerto dando palos a las ramas. Las naranjas caían a montones, y lo maldijo en sus pensamientos. Ya se estaba quedando con todo el dinero, pensó furiosa.

Se acercó a uno de los árboles que él ya tenía preparado para



desnudar, y le robó la lona que había colocado debajo, sin percatarse de su mirada de asombro. Después agarró uno de los palos que él traía en la camioneta y se fue al camino paralelo, el de la tercera hilera de naranjos.

—Buenos días, amiga —dijo Bruno. Ella no le devolvió el saludo. Caminaba con dificultad pero a paso furioso, y él se imaginó el dolor que debía tener en los dedos de los pies. Frunció el entrecejo. Una cosa era darle una lección y otra hacerla sufrir de esa forma, se dijo. Como ella no se había molestado en saludarlo, también pensó que quizá era una mujer que tenía un humor cambiante, y eso lo preocupó un poco—. Parece que las mañanas no te sientan bien. ¿No serás de carácter inestable además de consentida? —preguntó Bruno.

—No seas ridículo. Lo que no me sienta bien es ganar una miseria después de un día de trabajo intenso. Tú te llevaste todo el dinero. Pues hoy esa hilera de allá —dijo, y señaló la hilera que estaba junto a la de Bruno—, es mía, y ni se te ocurra tocar una sola naranja —aclaró. Bruno arqueó las cejas.

—¿Piensas bajar tú sola esa hilera? —preguntó sorprendido. Era un trabajo duro hasta para él que estaba acostumbrado, y no se imaginaba como ella, una joven de ciudad acostumbrada a no hacer nada y con ese cuerpecito apto para una corridita mañanera, iba a bajar toda la hilera de naranjos.

—Por supuesto —dijo Anastasia, y se fue arrastrando la lona verde que él acababa de acomodar bajo el árbol.

A él le pareció imposible, pero parecía tan decidida que no quiso quitarle la ilusión. Ella quería competir, quería el dinero que había ganado él, y a él le encantaba tener un motivo diferente del dinero para hacer ese trabajo que odiaba desde hacía años. Si su nueva amiga quería un reto, se lo daría.

Carola en lugar de colaborar para terminar más pronto la tarea, miraba desconcertada a su sobrina. Anastasia había quedado indignada con su paga

del día anterior, y ese día estaba dejando la vida en el huerto. Ese pensamiento la llenó de un dolor antiguo, uno que se le había instalado en el alma y en muchas ocasiones le quitaba las ganas de vivir. Parpadeo para espantar las lágrimas y siguió mirando la lucha de su sobrina.

Ella llevaba tres horas de trabajo sin descanso. Golpeaba las ramas con el palo, las zarandeaba y si no lograba bajar las naranjas se trepaba al árbol para sacudir las ramas altas, y todo ese esfuerzo sin haber parado ni una vez para tomar un vaso de agua.

Su sobrina ya no miraba embelesada el huerto, y Carola creía que en ese momento debía sentir odio por el lugar. Con justa razón, se dijo al comprender que se había equivocado con las lecciones que le había dado.

Carola había empezado bien, teniendo paciencia con ella, pero le había pagado tan poco dinero que la joven había perdido el interés por los trabajos que le encomendaba, y había dejado de hacerlos. Carola se había dado cuenta de su error el día anterior, cuando su sobrina la miró indignada al ver la paga miserable que le había entregado por un día entero de duro trabajo. No había recolectado mucho, pero le había puesto empeño, garras y entusiasmo.

Su sobrina estaba poniendo mucha voluntad para adaptarse a su nueva situación, y ella en lugar de hacerle ver que el esfuerzo daba frutos, le estaba quitando la ilusión. Si se volvía a equivocar, ya no podría revertir el desencanto que estaba generando en la joven.

Solo tenía veinte años. Era una niña consentida de veinte años que ahora estaba perdiendo las ganas de luchar. Pero era una joven de veinte años que tenía toda la vida por delante, se dijo pensando que no todos habían tenido su suerte, la suerte de estar viva para hacer lo que se le antojara. A pesar de ese pensamiento, que trataba de apartar de su mente, sabía que había cometido un error con la hija de su primo.

Miró a Bruno. Él tenía el entrecejo fruncido, como si estuviera sufriendo por el enorme esfuerzo que hacía su sobrina. Carola se acercó a él con un termo con agua.

—Voy a salir durante tres horas. Ayúdala mientras esté afuera —dijo Carola, porque si ella se quedaba su sobrina no permitiría que Bruno colaborara al suponer que le reduciría su paga.

—Metiste la pata al hacerla trabajar por nada, y ahora pretendes que yo arregle tu error —dijo Bruno sin dejar de recolectar. Lo que por la mañana le había parecido un reto, con el correr de las horas se había convertido en una tortura. Anastasia estaba agotada, el sudor le corría por el rostro y trabajaba bajo tanta tensión que él tenía miedo que en algún momento cayera desmadejada del árbol y se partiera el cuello. ¡Dios mío! ¡Qué estaba diciendo!, se reprendió por sus pensamientos nocivos. Miró serio a Carola—. No va a permitirme que la ayude, Carola. Te has excedido desde que ha llegado. La has humillado, y la estás haciendo trabajar por un dinero que nunca consigue. Un dinero que necesita para sus necesidades básicas.

—Ya lo sé —dijo Carola—. Me equivoqué, Bruno.

—Pues arregla tú el lío. Divide la paga en tres en lugar de hacerlo en dos. Yo le habría dado mi parte si hubiera sabido que otra vez la ibas a hacer trabajar por nada —aclaró Bruno—. Ni siquiera le dejaste conservar lo que le di. ¡No viste la emoción en sus ojos cuando le entregué esas pocas cosas el día que la llevaste a vender verduras en el carro! —dijo Bruno, y Carola agachó la cabeza arrepentida—. No entiendo cómo aún sigue viviendo contigo —aclaró sin dejar de seleccionar las naranjas que tenía a sus pies.

—¡Si sus padres la vieran! Ellos creen que su hija está fantástica. Creen que se ha adaptado a trabajar y está aprendiendo a valorar lo que consigue con su esfuerzo.

—Pero no tiene nada. Tú te has encargado de eso. No entiendo como

no sientes culpa —aclaró Bruno.

—Es que no me había dado cuenta que estaba siendo injusta. Yo solo quería que aprendiera, y no quería que le fuera fácil conseguir lo que deseaba. Su madre le daba con todos los gustos, y mi primo quería una lección dura para que aprendiera lo que era ganar el dinero que tan alegremente gastaba.

—Desde que ha llegado no ha encontrado nada que valorar, y ya lleva tres semanas en la casa. Lo único que debe haber aprendido es que el esfuerzo no da ningún fruto —aclaró Bruno.

—¡Cómo voy a enmendar mi error! Ella está agotada. Mírala —dijo Carola señalando a su sobrina, que solo se detenía a pasarse el brazo por la cara para quitarse el sudor de la frente—. Se va a desmayar en cualquier momento, Bruno. Se va a caer del árbol —dijo horrorizada.

Bruno comprendió que Carola estaba entrando en sus clásicos estados de ansiedad seguidos de una depresión que solía dejarla por días o meses tirada en la cama. Él también había pensado que se podía caer del árbol, solo que él no se alteraba como ella con esas deducciones. Los recuerdos tristes eran imposibles de borrar.

—Vete con la excusa de buscar los cajones que faltan, o inventa alguno de esos múltiples trabajos que haces. No regreses hasta las cinco de la tarde. Cuando vuelvas, entre los tres, terminamos de llenar los cajones que falten —dijo Bruno.

—Bruno... Eres tan bueno, querido. No sé cómo agradecerte tu ayuda con mi sobrina Amanda.

—Anastasia. Se llama Anastasia —dijo Bruno, y Carola lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Tú qué sabes de ella?

—La vi llegar en un coche de alta gama, Carola. Sé cómo la has obligado a cambiar —aclaró Bruno, ella agachó la cabeza algo avergonzada.

—Lo hago por su bien —susurró Carola.

—Esperemos que no te estés pasando con las lecciones —dijo Bruno—. Ahora vete y no vuelvas hasta última hora. Yo le voy a aclarar que dividiremos la ganancia entre los dos, y a ti te pagaremos las migajas.

Carola lo miró con el entrecejo fruncido.

—Eso no tiene gracia, querido.

—Son tus lecciones, Carola. Creo que te vendrá bien beber un poco de tu propia medicina —aclaró Bruno—. Lo tomas o nos vamos sin levantar la cosecha —aclaró Bruno.

—Eso es injusto.

—La vida no es justa —aclaró Bruno, y Carola agachó la cabeza al escuchar las palabras que solía decir Hugo, el padre de Bruno. Le dolió el comentario, y se le anudó la garganta con los recuerdos de lo injusta que había sido la vida.

El carro desapareció por el camino sin que Anastasia se hubiera percatado de la conversación que habían tenido Bruno y Carola. Ella estaba tan abocada al trabajo que el mundo había dejado de existir. Dinero, cada naranja que caía del árbol era el dinero que tanto necesitaba. Nunca se había preocupado por el dinero, ahora era lo único que ocupaba su mente. Ni el hombre que tenía a unos metros lograba distraerla de su objetivo.

Bruno se quedó mirando a Anastasia durante quince minutos. Parecía una máquina, la misma máquina que habían sido Carola y él el día anterior. Se la veía tan desesperada que tuvo deseos de acercarse a ella y cobijarla en sus brazos. Decirle que parara, que ese trabajo no era para una flor delicada, que había muchas cosas que podía hacer sin dejar la vida para conseguir una paga miserable.

Bruno no sabía si Carola la estaba aniquilando o fortaleciendo con sus lecciones, lo que sí sabía era que hasta ahora ella estaba demostrando una

fortaleza admirable. De niña rica a una luchadora incansable. Y sintió como el corazón se le hinchaba de orgullo.

Amigos, solo amigos, se recordó Bruno para contener el impulso protector que ella había despertado en él desde que la conoció. No era cierto, porque cuando la conoció sintió cierto recelo, y también una gran curiosidad. Bruno se sentía orgulloso de ella, porque solo él era consciente del enorme cambio que ella estaba soportando.

La vio subir al árbol para sacudir una rama rebelde, y decidió terminar con su tortura.

—Veo que vamos parejos con la recolección —dijo Bruno parado bajo el árbol donde ella se había trepado—. Podríamos hacer un descanso conjunto, así nadie toma ventaja sobre el otro.

—No lo creo —dijo Anastasia, y a Bruno su voz le pareció algo agitada.

—Vamos, Anastasia, que solo serán diez minutos. Comemos algo de almuerzo y bebemos un poco de agua para recuperar fuerzas.

—Mejor ve tú solo —insistió ella.

—Carola se ha ido —dijo Bruno, y eso llamó su atención.

—¡Maldita bruja! Seguro que cuando regrese se va a inventar que no he trabajado para evitar pagarme lo que me corresponde —dijo furiosa.

—Hoy los pagos los hago yo —aclaró Bruno.

Eso despertó su interés. Anastasia lo miró con el entrecejo fruncido. ¿Acaso él no era un empleado como ella? No, claro que no lo era, se dijo cuando comprendió el alcance de sus palabras.

—¿De quién es esto? —preguntó. Todo en su tía era una gran mentira o una gran intriga—. ¿De Carola? —preguntó de forma directa.

Bruno sonrió.

—Ya quisiera que fuera de ella este huerto —dijo Bruno.

—¿Tuyo? —preguntó Anastasia.

Al menos se había bajado del árbol y había dejado de trabajar, pensó Bruno. Estaba dispuesto a contarle algunos detalles de la vida de Carola si de esa forma lograba apartarla del trabajo.

—Comemos y te cuento —dijo Bruno.

—¿Y cómo será la paga? ¿Se me va a descontar el tiempo del almuerzo? Seguro que me van a descontar también la comida —dijo Anastasia sacando sus propias deducciones.

—Yo no pago tan mal como Carola —aclaró Bruno para que ella no lo comparara con su tía—. Yo voy a dividir las ganancias entre los dos. Las migajas esta vez serán de tu tía, que hoy solo va a trabajar la última hora, acomodando lo que nos quede a nosotros —aclaró.

Ella se quedó pensando, después sus labios se curvaron y terminó tirada en la hierba, riendo al comprender que sería Carola la que no cobraría nada.

Bruno sintió como su risa lo llenaba de una energía positiva que jamás encontraba en el huerto. Qué irónico que justo en ese lugar lleno de malos recuerdos, él tuviera ganas de tirarse en la hierba junto a ella, y reír como hacía mucho que no le pasaba.

Le tendió la mano, ella la aceptó y Bruno la elevó del suelo. Anastasia quedó pegada a su cuerpo. Pequeña y frágil en sus brazos, pero fuerte y con una voluntad de guerrera. Se miraron a los ojos y la pasión calentó el aire que los rodeaba.

Anastasia se separó asustada de sus brazos. Amigos, eran solo amigos. No quería emociones, no quería complicaciones. No quería más errores en su vida. No quería sentir nada.

—¿Hoy seremos socios? —preguntó Anastasia.

Bruno estaba pensando en tumbarla en la hierba, arrancarle esa ropa

enorme y recrear sus ojos con el cuerpecito delicado que había debajo. Estaba pensando en caer sobre ella y dejarla sin aire con un beso interminable. Pero ella le preguntó si serían socios, y no pudo contener la risa al darse cuenta que Anastasia solo pensaba en el dinero que iba a ganar.

—Sí —dijo Bruno—. Y como socios vamos a trabajar en equipo. Te aseguro que vamos a cansarnos menos y a rendir más.

—Ya no sé cómo voy a seguir —dijo Anastasia dejando ver su agotamiento.

Se acercaron a la manta donde estaba la comida. Bruno se sentó y comenzó a preparar unos sándwiches. Anastasia se dejó caer boca arriba, con los ojos cerrados.

—Este trabajo es muy duro —dijo Bruno.

—Ya lo creo que lo es. Y más duro si recibes una paga de mierda.

—Eso también —dijo Bruno, y le pasó un sándwich de verdura, queso y carne—. Toma, que necesitas energías para seguir.

—Apenas vi este lugar me enamoré. Ahora lo odio —dijo Anastasia.

—Somos dos —dijo Bruno.

—¿También lo odias? —Bruno asintió—. La verdad es que es encantador si no tienes que trabajar.

—Acá murió una personita que quería mucho. Por eso no me gusta venir —dijo Bruno.

Anastasia lo miró asombrada.

—¿Un niño? —preguntó.

Bruno asintió.

—¿De quién es todo esto? ¿Por qué lo mantienen tan cuidado si no vive nadie? —preguntó Anastasia, a pesar de que suponía que no le iba a responder.

—Por los recuerdos, se mantiene solo por los recuerdos—dijo Bruno.



—¿Es de Carola, Bruno?

—Y mío —dijo Bruno con sinceridad—. Era de Carola y de mi padre. Mi padre murió hace unos años, y ahora su parte es mía —aclaró. Ella era espontánea y sincera, y se merecía saber dónde estaba parada.

—¡Oh! ¡Dios mío! El niño... era tu hermano... era hijo de Carola y de tu padre —dijo Anastasia con absoluta certeza, y Bruno asintió.

—Murió al caerse del árbol que está cercado —aclaró Bruno, y señaló el árbol que había en el jardín—. Tenía cinco años. Fue un pequeño descuido de mi padre. Lo subió al árbol, como hacía siempre, porque le gustaba sacar sus propias naranjas. Se giró para decirle algo a Carola, y un segundo después él estaba muerto en el piso. Ni siquiera alcanzaron a llevarlo a urgencias.

—¡No! ¡No puede ser! ¡No puedo creer tanta injusticia! —dijo Anastasia, y Bruno vio que se le caían las lágrimas por un niño que ni siquiera había conocido.

—Fue hace quince años. Él tendría veinte —dijo Bruno.

—Mi edad —dijo Anastasia—. Él tendría mi edad.

—Sí, tendría tu edad. A veces Carola no se comporta bien. Ella no es mala y quiere ayudar, pero no ha podido avanzar desde que murió Darío. Conserva esta casa para él, conserva el árbol cercado con las naranjas para él. Nadie toca las naranjas de Darío. Esto es un mausoleo —dijo Bruno intentando justificar los errores de la mujer.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó Anastasia.

—No lo sé. Quizá no quiere que le tengas lástima. Tal vez no te quiere cargar con sus penas. Lo que sé es que tenerte con ella le ha hecho bien. Ahora ríe algunas veces y tiene por quien preocuparse —aclaró Bruno.

—¿Y ellos? tu padre y Carola...

—Después del accidente se peleaban todo el día. Carola culpaba a mi padre, y él se culpaba por el descuido. Fue una lucha insoportable. Se habían

amado con locura, pero en lugar de unirse se terminaron tirando los platos del almuerzo por la cabeza. Mi padre quería vender la casa y talar todos los árboles. Carola se empeñó en mantenerla intacta mientras viviera. Al final, mi padre juntó nuestras cosas y nos fuimos. Carola también dejó la casa, pero ya vez como la conserva.

—Cuando le dije que para mí esto era un paraíso, ella me dijo que los dueños no fueron felices —dijo Anastasia.

—Lo fueron hasta el accidente. Ella era una gran madre para Darío y para mí. Mi padre había vuelto a creer en el amor. Era un hombre lleno de alegría. Después se marchitó.

—Y tú te quedaste a la deriva —dijo Anastasia, imaginando lo difícil que habría sido para Bruno la pérdida, no solo de su hermano, sino de toda su familia.

—Tenía trece años, no era un niño —dijo Bruno como si a esa edad ya hubiera sido un adulto. Anastasia creía que era la edad que más habría necesitado una familia, pero no dijo nada—. Carola después de un tiempo intentó acercarse a mí, pero ya no era lo mismo. Ella estaba llena de tristeza, y yo estaba enojado con la vida. Mi padre hizo lo que pudo. A veces volvía de la escuela y lo encontraba borracho. Otras veces él sentía remordimiento y se ponía a darme algunos consejos para la vida. En fin, no solo perdí a mi hermano. A los dieciocho años me busqué un trabajo y me fui a vivir solo.

—Una familia destruida. ¿Por qué me lo has contado? —preguntó Anastasia en un susurro.

—Somos amigos —dijo Bruno, y Anastasia supo que él estaba intentando formar lazos de sincera amistad. La embargó una sensación de desasosiego, como si el comienzo de esa amistad fuera el fin de algo más profundo que ella estaba sintiendo en su interior. Nunca había conocido a un hombre como él, que hablaba con honestidad y actuaba con generosidad.

—Somos amigos —dijo Anastasia, y lo miró con los ojos brillantes de lágrimas, porque esa amistad le estaba impidiendo dejar a la vista un sentimiento más profundo. Él le sonrió, se levantó y le tendió la mano.

—Y socios. Pero será mejor que nos pongamos a trabajar para que logremos cumplir con los tiempos —aclaró Bruno.

Trabajaron con unos escasos minutos de descanso para beber un poco de agua. Él se ocupó de sacudir las ramas y bajar las naranjas. Anastasia seleccionaba lo que a su criterio le parecían las mejores naranjas. Bruno nunca la cuestionó, como si estuviera haciendo un trabajo perfecto. Cuando él terminó con las dos hileras de árboles, comenzó a trasladar los canastos para hacer una segunda revisión antes de acomodarlos en los cajones.

A las siete de la tarde el sol caía sobre el huerto, regando los campos de un manto rojo. Anastasia se quedó admirando el paisaje que parecía mágico, y se imaginó la vida que ellos habrían tenido quince años atrás. Se imaginó el amor con el que la familia había construido ese paraíso, que se convirtió en su propio infierno después del accidente que les quitó todos los sueños. Sintió el escozor de las lágrimas al recordar la vida de Carola. La lucha por subsistir en la que había convertido su vida. Una batalla constante. Una guerra por mantener intacto el pasado, mientras se llenaba de trabajos para intentar acallar su mente de ese pasado que no podía dejar ir.

Pensó en Bruno, la única persona sincera que había conocido desde su llegada. Un hombre que intentaba con cosas simples hacerle más fácil la vida. Él no lo sabía, pero ella adoraba los momentos que pasaban juntos. Él era su esperanza en medio de todas las pérdidas que venía soportando desde que su padre la echó de la casa.

Ella había sido una chica con suerte, con un padre, una madre y dos hermanos que la querían y le daban con todos los gustos. Bruno lo había perdido todo, padre, madre y hermano; y a pesar de tantas tragedias se

mostraba empático con su problema, que era pequeño comparado con el drama que había vivido él.

Se giró y lo miró. Él estaba parado frente a los cajones, sin apartar sus ojos de ella. Se sintió extraña, como si pudiera ver los sentimientos que Bruno se esmeraba por ocultar. Ella tampoco le apartó su mirada, quizá un poco aletargada por el cansancio, pero estaba segura de que tampoco podía ocultar lo que sentía.

—Ya casi terminamos, mi querida amiga —dijo Bruno.

“Mi querida amiga” lo dijo con burla, como si se riera de esa amistad que pretendían forjar para apartar la atracción que flotaba en el aire cuando estaban en el mismo sitio.

Pero qué más podía tener con una mujer que había tenido una vida de princesa. Ella estaba allí para aprender una lección, que quizá olvidaría cuando regresara a su mundo acomodado. Él tenía los pies en el suelo, y sabía que aceptar esa falsa amistad había sido un error. No podían ser amigos cuando se miraban con deseo. Además, él tenía que concentrarse en su futuro al lado de una mujer como Lucrecia, la camarera del bar. Los grandes amores no eran más que una estúpida ilusión, y traían como consecuencia el más grande de los fracasos. Su padre y Carola eran un ejemplo de ello, se dijo.

Anastasia y él eran de mundos distintos, y nada bueno podía salir de una amistad que se iría a diablo cuando alguno de los dos dejara fluir lo que sentían y estaban empeñados en callar. Lo más sensato sería que al día siguiente él llegara antes del amanecer para terminar temprano la recolección. Cuanto menos horas pasaran juntos, menos complicaciones para los dos.

Recordó que le había prometido llevarla al galpón de Carmen para que se comprara lo que necesitaba, y él cumplía sus promesas. También la invitaría a cenar. No podía fallarle. Pero durante la cena le hablaría de sus planes para el futuro junto a Lucrecia, la camarera del bar. Una forma indirecta

de aclararle que no tenían que seguir mirándose como si estuvieran a punto de abalanzarse uno sobre el otro, ya que entre ellos no podía haber nada.

Carola no apareció por el huerto. Su falta de ayuda los obligó a trabajar hasta las nueve de la noche, con todas las luces encendidas para poder realizar la selección de forma eficiente. El camión ese día no llegó. Carola le había hablado al móvil para informarle de que había dilatado la entrega para el día siguiente, y Bruno tuvo que cargar los cajones en la camioneta y descargarlos dentro del galpón cerrado que tenían cerca de la casa.

—Mañana te voy a pagar —dijo Bruno al ver la decepción en los ojos de Anastasia. Había trabajado codo a codo con él para cobrar, y tenía los ojos apagados, como si creyera que no iba a cumplir con el pago que le había prometido.

—Bueno, no hay problema. Con mi tía ya estoy acostumbrada a las sorpresas. Además, hoy no podría ir a comprarme nada, salvo que me arrastrara al centro —dijo Anastasia sin quejarse.

—No soy Carola. Yo cumplo mis promesas —dijo Bruno.

Ella asintió sin estar muy convencida, y Bruno maldijo a Carola por detener la llegada el camión.

—Lo sé —dijo Anastasia, y salió del galpón mirando el suelo y arrastrando los pies, quizá por el cansancio, tal vez por la decepción. Si él le hubiera pagado, ella habría dejado el cansancio de lado y estaría eufórica contándole lo que se iba a comprar, no tuvo dudas.

—Mañana terminamos al mediodía, y por la tarde te paso a buscar para llevarte a comprar lo que necesites en la feria de Carmen. Después cenamos para festejar el éxito de la recolección —gritó Bruno para levantarle el ánimo.

Ella se giró, le sonrió sin entusiasmo y siguió caminando hacia la tranquera.

Bruno salió con la camioneta, cerró el portón con candado y anduvo por el camino hasta que se detuvo a su lado. Anastasia caminaba arrastrando los pies. ¡Acaso pensaba irse sola los dos kilómetros!

—Sube, que te dejo en la casa —dijo Bruno.

Ella no protestó. Abrió la puerta del acompañante, se sentó con la cabeza apoyada en el respaldo y antes de que arrancara ya tenía los ojos cerrados.

Bruno manejó despacio, concentrado de a ratos en el camino y de a ratos en la respiración pausada de Anastasia. Era bonita y delicada, una flor de invernadero que había caído en medio de un pantano y se las ingeniaba para sobrevivir. La niña rica tenía una forma de ser que lo tenía embobado. Ya no se quejaba de las ridículas ropas que llevaba, era como si todo le diera lo mismo. Ella se removió y se puso de lado, un pequeño ronquido se escapó de su boca, y Bruno sonrió.

La remera agujereada se le había subido y él pudo ver unos calzones floreados, tan enormes, que le quedaban por arriba de la cintura. Sintió compasión, pero no pudo evitar la carcajada.

Lo que Carola le había hecho a su sobrina excedía con creces la lección que debían haberle pedido sus padres. No quiso ni imaginar la ira que sentirían si vieran en lo que Carola había convertido a su princesita.

Cuando llegó a la pobre casa, vio que estaba encendida la luz de la entrada, pero en el interior estaba oscuro. Carola debía tener una de sus crisis y Bruno supuso que no había vuelto a la casa para evitar que su sobrina descubriera su dolor. Seguramente estaba caminando por los campos mientras lloraba y maldecía al destino.

Ese lugar era tan desolado, que a Bruno le daba cierto recelo dejar sola a Anastasia. Se apeó de la camioneta, la rodeó y se acercó a Anastasia.

—Hemos llegado, Anastasia —susurró Bruno en su oído.

Ella suspiró, se giró hacia el otro lado y siguió durmiendo. La pobre había llegado al límite de sus fuerzas.

Él estaba allí sin saber qué hacer. No podía dejarla en esas desolaciones, donde el primer vecino estaba a una cuadra de distancia. ¿Y si la llevaba a su casa?, esa era una mala decisión. Al día siguiente alguien los vería salir y los dos estarían en boca de todas las cotillas del barrio. Se armaría un jaleo que llegaría a boca de Jéssica y... No, no iba a exponerla a los ataques de celos de Jéssica, y él tampoco pensaba exponerse a los acosos constantes de la joven. Lo mejor sería quedarse con ella en la casa de Carola, se dijo, y la alzó en sus brazos. Anastasia apoyó la cabeza en su pecho y siguió durmiendo. Él estaba más despierto que nunca, sintiendo el cuerpo delgado pegado a suyo.

Anastasia no pesaba nada, y supuso que habría bajado varios kilos desde su llegada. Su aroma no era algo digno de despertar su deseo. Ella olía a chiquero, pero él se había puesto duro y su pene presionaba el vaquero. Se le escapó la risa, porque si ella se hubiera enterado de sus pensamientos lo habría molido a palos.

Caminó a zancadas por el oscuro patio. Estaba tan limpio que la luna dejaba ver las flores silvestres que Anastasia había plantado donde antes había basura. Si ella se quedara unos meses con su tía, estaba seguro de que la casa abandonada de su padre se llenaría de encanto. A ella le gustaba vivir bien, y estaba haciendo el intento de convertir ese desastre en un hogar aceptable.

Llegó a la puerta, y Carola la abrió de adentro. Se miraron, se analizaron. Bruno vio que tenía los ojos rojos, pero ya no lloraba. Quizá el tener a su sobrina la estaba cambiando. Quizá la joven ocupaba ahora sus pensamientos, y por fin estaba dejando que el pasado fuera solo un recuerdo triste.

—¿Estás bien? —preguntó Bruno.

Carola asintió y le sonrió apenas. Esas sonrisas de compromiso que solía hacer cuando se caía a pedazos.

—¿Ha trabajado mucho? —preguntó Carola.

—A la par mía —aclaró Bruno.

—Le voy a calentar agua por si se quiere dar un baño cuando despierte —dijo Carola.

—Dudo que se despierte. Está agotada —dijo Bruno, y le acarició el cabello duro como los pajonales de la pradera.

—Pobrecita, cuanto la estoy haciendo sufrir —aclaró Carola mientras le acariciaba el rostro.

—Ya lo creo, pero quizá te lo agradezca algún día —dijo Bruno, y ella se encogió de hombros.

—No quiero su agradecimiento. Me gustaría que se quedara un poco más; que cuando se vaya, se lleve un mejor recuerdo —aclaró—. Pero con lo que le vas a pagar, supongo que mañana carga sus cosas y se marcha corriendo de mi casa —dijo Carola, y Bruno vio que le brillaban los ojos.

—¿Por quién lloraste hoy? —preguntó Bruno al darse cuenta que había más que pasado en su tristeza.

—También lloré por mi sobrina —dijo Carola, y Bruno sintió una enorme emoción. Anastasia no lo sabía, pero estaba obrando el milagro en su tía. Su presencia la había apartado de los recuerdos penosos, y eso era algo que nadie había logrado en quince años.

—Ella es más fuerte de lo que te imaginas. Y dudo que esté a disgusto. Lo que la enfurece es que se ilusiona y tú la desencantas con la miseria que le pagas.

—Lo sé. Cometí un error, que tú estás por solucionar. Aunque te digo que lo que le vas a pagar es demasiado.



Bruno se encogió de hombros.

—Ese dinero sería de mucha ayuda para los niños, Bruno —le recordó Carola.

—Te daré mi parte para los niños. La paga que le prometí a tu sobrina no se toca. Ella necesita recuperar la esperanza que le has quitado durante tres semanas —aclaró Bruno, y Carola no pudo reprocharle su actitud.

Bruno la llevó a la habitación, la recostó en la que había sido su cama y se quedó observándola mientras dormía. Si Carola no hubiera estado en la casa, él se habría quedado y habría pasado la noche observando a la mujer que le producía sentimientos encontrados. Quizá la habría abrazado. Quizá habría pasado algo más, aunque estaba seguro de que a la mañana siguiente se habría arrepentido. La presencia de Carola le había resuelto el dilema, y él tendría que estar agradecido.

Anastasia en unos meses, o quizá con la paga que le daría al día siguiente, regresaría a la comodidad de su hogar y se olvidaría de esta experiencia. Tal vez los recordaría como una anécdota en su vida, y nada más. Quizá era lo mejor.

Además, él tenía que pensar en su futuro. Una esposa sencilla, una vida tranquila con hijos a los que adorar, una familia para querer y cuidar. Vacaciones en verano, salidas a los parques, una tarde en el río, una escapada a cenar. Así de simples eran sus planes, y Anastasia no formaba parte de ellos.

## CAPÍTULO 7

Por primera vez desde su llegada Anastasia se sentía llena de entusiasmo. El domingo a las tres de la tarde habían terminado la recolección de naranjas, y a las cuatro el camión ya se había llevado los cajones. El trabajo había sido agotador, pero cuando Bruno le dio su paga, ella lo miró con los ojos desorbitados porque era mucho dinero, tanto que Bruno le dijo que podía comprarse todo lo que necesitaba, alquilar una habitación en el centro y subsistir un tiempo hasta que consiguiera un trabajo para dejar de depender de Carola.

Ella se había quedado mirando el dinero sin poder creer que fuera suyo.

Estuvo tentada de decirle que era demasiado, pero si algo había aprendido desde que estaba allí pagando por su error, era a ser comedida. Primero tenía que pensar y luego actuar.

Por fin había llegado el día de tirar a la basura los vaqueros enormes manchados de lavandina y las remeras con agujeros de polillas. Por fin podría caminar sin tener los dedos de los pies doblados. Se compraría un champú, un acondicionador y una crema para la cara, y ya no tendría más el cabello duro como los pajonales del campo. También se iba a comprar ropa interior pequeña y unas medias sin agujeros en los dedos. Nada de marcas costosas. Nada de lo que había tenido antes. Solo ropa de su tamaño para poder comenzar a buscar trabajo y dejar de depender de Carola, como le había dicho Bruno.

Si algo había aprendido, era que el dinero propio le daba libertad. Apreciaba a Carola, pero quería ser dueña de su destino.

Bruno la había dejado en el ingreso de la casa y le había dicho que en

una hora la pasaría a buscar para ir a la feria de Carmen. Con el dinero que le había pagado no necesitaba ropa de saldo, pero después de estar tres semanas vestida de pordiosera y sin la posibilidad de comprar productos de primera necesidad, le gustaba la idea de ahorrar en las compras, algo que nunca se le había ocurrido.

Al ingresar a la casa se encontró a Carola sentada en las sillas duras de la cocina, tejiendo a dos agujas. Ese día tampoco había ido al huerto a colaborar. Le había dicho que no se sentía bien, y que estaba segura de que ella y Bruno formaban un equipo competente y podían prescindir de su ayuda.

Había tenido razón. Los dos habían trabajado sin descanso, y a las cuatro de la tarde habían logrado despachar el camión con todas las naranjas.

—¡Vaya, Amanda, qué temprano has regresado! —dijo Carola—. Se te ve agotada —aclaró al ver el rostro sucio y cansado. También venía arrastrando los pies con esas alpargatas chicas que ella le había dado.

—Fue duro. No paramos para almorzar, pero comimos unas bananas para tener energías —comentó Anastasia—. Me ha pagado —aclaró.

Carola asintió sin levantar la vista del tejido.

—¿No quieres saber cuánto cobré? —preguntó Anastasia—. A ti te daría un infarto.

—Sé lo que cobraste —dijo Carola—. Y espero que lo uses con criterio, Amanda —aclaró.

Eso mismo había pensado ella, pero no quería consejos.

—Podría marcharme con lo que me ha pagado —dijo Anastasia, y Carola dejó de mirar el tejido para concentrarse en su sobrina.

—Llamó tu padre —dijo Carola cambiando el tema.

—No me interesa —dijo Anastasia, el cambio de rumbo de la conversación le provocó un nudo en la garganta. No quería saber nada de sus padres. Todavía estaba dolida.

—Quiere que vuelvas —dijo Carola—. Me dijo que tu madre está desesperada, y lo culpa por la decisión que tomó —comentó Carola.

¡Vaya! Él la había echado, ¡y ahora quería que regresara para arreglar las cosas con su madre! Si antes lo había odiado, en ese momento lo despreciaba. ¿Qué se creía?, que ella era el peón que ponía donde a él le quedaba cómodo.

—No vuelvo más —aclaró Anastasia—. Si tiene problemas con mi madre no es asunto mío —aclaró, y se acercó a la cocina para calentar la olla para su baño.

—Eso que has dicho es muy egoísta —dijo Carola.

—¡Egoísta! Es él quien me está manipulando a su conveniencia —dijo Anastasia—. Yo no pedí venir a tu casa. ¡Mi padre me echó! Ni siquiera me echó. Él llenó mi maleta con las cosas que creyó que iba a necesitar, me metió a empujones en el coche y me dejó tirada acá —gritó Anastasia.

Carola la miró con ternura, y se acercó a ella.

—A veces los adultos cometemos errores —dijo Carola.

—Yo nunca echaría a un hijo. Nunca —aclaró Anastasia—. Mi madre me lo dio todo. Y mi padre me lo quitó. Y ahora porque su decisión de echarme le trae problemas con mi madre, ¿yo tengo que volver? ¿Qué soy para él? No Carola, yo soy libre de decidir si regreso o no.

—Él te quiere. Está desesperado. Me aseguró que se equivocó con la decisión de alejarte de la casa.

—Pues lo hubiera pensado antes —dijo Anastasia llena de dolor—. He aprendido mucho a tu lado. Tú me has recibido en tu casa y me has dejado tirar todo lo que había en tu patio, y sé que tenía mucho valor sentimental para ti. Me gusta estar acá. Ya no quiero regresar —aclaró, y Anastasia vio que a su tía le brillaban los ojos.

—Amanda, cariño, lo que has dicho es muy lindo. Pero he sido injusta

con los pagos que te he dado.

—Claro que has sido injusta. Pero ahora Bruno lo ha remediado. Él ha sido la persona que más me ha ayudado desde que llegué, y... lo admiro — aclaró Anastasia.

Carola pensó que entre ellos había más que admiración mutua, pero no lo dijo.

—Bruno es un buen muchacho. Siempre lo fue. No solo contigo. Él tuvo que arreglárselas solo. Podría haberse convertido en un hombre resentido, pero siempre ha sido sensible con el dolor ajeno — aclaró Carola —. Yo... le fallé, Amanda —dijo en un susurro, y Anastasia vio que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Le fallé —repitió.

—Bueno, yo le fallé a mis padres. No he sido la hija aplicada que deseaban — aclaró Anastasia, y miró la hora en el reloj que colgaba de la pared—. Tengo que bañarme. Bruno me vendrá a buscar para llevarme a la feria que hace Carmen.

—¿Qué le digo a tu padre cuando llame? —preguntó Carola. No le había contado que su arrogante primo le había aclarado que quería que su hija lo esperara a la mañana siguiente en la puerta de la casa, con la valija armada, ya que él iba a venir a recogerla. Como un paquete, pensó Carola después de escuchar las acertadas palabras de su sobrina. Se había excedido en las lecciones, pero habían servido porque su sobrina había cambiado. Ya no quedaba mucho de la jovencita consentida que había llegado, ahora era una mujer más segura, y eso le gustó.

—Dile que no se moleste en venir. Que me iré cuando yo lo decida. Que soy libre de elegir. Antes dependía de ellos, pero tú me enseñaste que puedo independizarme —dijo Anastasia.

Carola le regaló una sonrisa, como si se sintiera orgullosa con el cambio, y Anastasia por primera vez tuvo ganas de decirle tía. Esa mujer, que

había vivido arrastrando una enorme pena, en tres semanas le había dado lecciones que le servirían para toda la vida.

—Me alegra que te quedes, Amanda —dijo Carola. Anastasia ya no le reprochó el cambio de nombre. Incluso le gustaba ser esa Amanda que Carola se había inventado—. Vete a bañar así no haces esperar a Bruno.

Una hora más tarde Anastasia estaba con la misma ropa ridícula, pero era una muda limpia y ella se había sacado la mugre y el sudor. El cabello seguía duro como paja, y se lo recogía en una cola de caballo para que no se notara tanto el deterioro. Se calzó los tirantes ridículos, y las alpargatas sucias, feliz porque saldría de la feria de Carmen vestida con sus prendas nuevas. Una emoción que nunca había sentido al ir de compras le dibujó una sonrisa.

Anastasia sentía el murmullo de la conversación de Carola y Bruno en la cocina. Él ya había llegado, aunque no podía distinguir de qué estaban hablando. Quizá le estaba contando el trabajo que habían hecho en el huerto. Ese día no habían tenido ni un segundo para hablar, solo habían trabajado como máquinas para terminar antes de la llegada del camión.

Anastasia estaba tan nerviosa por su salida con Bruno que no sentía el cansancio del trabajo en el huerto. Él le despertaba emociones que no quería sentir.

Una hora, solo una hora y sería una nueva Anastasia. No la de antes de llegar, pero podría caminar con la frente en alto sin sentir vergüenza o pena por su deplorable aspecto.

Al recordar que su padre había decidido que quería que regresara al hogar porque tenía problemas con su madre, su buen ánimo se fue al diablo. Maldito hombre autoritario. ¿Qué se creía?, que ella era un paquete. Ella no iba a permitir que él le quitara el entusiasmo. Nadie la iba a vencer, nadie la iba a manipular, se dijo, y salió de la habitación.

Cuando entró en la cocina, Bruno y Carola dejaron de hablar. Él le sonrió, y Anastasia sintió que se derretía ante su mirada llena de ternura. Ella tenía un aspecto horrible pero él parecía ver más allá de su falta de encanto. Nunca un hombre la había mirado así, y eso que antes parecía una modelo.

—Estoy lista —dijo Anastasia.

—Ya veo —dijo Bruno—. Podrías haberle dado las prendas que le regalé —reprochó Bruno a Carola.

¿Acaso a él le daba vergüenza salir al centro con ella vestida así?, se preguntó Anastasia, pero no dijo nada. Las quejas y los numeritos que tanto había hecho en la ciudad ya no eran parte de su vida.

—Para qué, si Amanda hará sus propias compras —dijo Carola, y miró a su sobrina, que le dedicó un arqueo de cejas—. Cuando regreses te las voy a entregar para que decidas que hacer con ellas —aclaró.

Podría haberle respondido que ya no le haría falta la ropa de Bruno, pero ella las quería. Era el mejor regalo que le habían hecho desde su llegada. En realidad era el mejor regalo de su vida. Valoraba ese gesto de Bruno, porque su regalo le había dado fuerzas para seguir. Además, quería sentir en su piel algo que había usado él. ¡Por Dios!, él era su amigo, se dijo para no pensar en Bruno como el hombre que estaba llenando su vida de emociones extrañas. Otro hombre en su vida no, aunque él fuera lo mejor que le había pasado.

—No te avergüences de mí, que saldré de esa feria como otra persona.

Bruno frunció el entrecejo ante sus palabras.

—Es por ti que lo dije, para que no te sientas incómoda.

—Ya me han visto. Dudo que se sorprendan con lo que vean, y si lo hacen ya no me importa —aclaró Anastasia.

Bruno y Carola se miraron y sonrieron, como si se sintieran complacidos con su adaptación. Ese era el cambio que Carola había obrado en

su sobrina, un cambio que venía de adentro. Había sido dura con ella, pero no le había aniquilado la autoestima, ya que la joven estaba llena de confianza.

—No te gaste todo el dinero, Amanda. Aprende a ser comedida —dijo Carola.

—Sí, tía —dijo Anastasia.

Carola la miró asombrada. Tía, le había dicho tía. Una extraña emoción se instaló en su pecho mientras la veía alejarse con Bruno.

Hacían una linda pareja, lástima que su sobrina no se quedaría mucho. Ella estaba encandilada, pero su sobrina había sido criada con todos los lujos, y en poco tiempo se acabaría la novedad y querría regresar a su acomodada vida.

Carola agarró el móvil que tenía en la mesa de la cocina y marcó el número de su primo.

Al segundo tono él atendió.

—No vengas mañana. Dale un mes más.

—Es imposible. Ya te dije que mi esposa ha amenazado con echarme de la casa —dijo el padre de Anastasia—. Mi hogar se ha convertido en un campo de batalla. Hasta mi hijo Noel me juzgan por lo que hice. Por suerte Fernando, mi hijo más grande, está de mi lado. Pero Anastasia tiene que regresar con nosotros, tiene que retomar su vida anterior.

Carola apretó los puños al escuchar el egoísmo de su primo. Él hablaba de su hija como si fuera un títere, y ella no lo pensaba permitir.

—Los problemas que has generado los tendrás que arreglar solo. Y lo que opinen tus hijos a mí no me interesa. Solo me importa la decisión de mi sobrina. Tu hija no es tu peón, primo. No vengas mañana.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer.

—Claro que puedo. No te olvides que la dejaste tirada en mi casa para que le diera una lección. Y la lección debe haber sido provechosa porque ella



no se quiere ir. Si vienes, no la vas a encontrar, yo me encargaré de eso — aclaró Carola, y le cortó sin darle tiempo a retrucar. Su sobrina había decidido quedarse y ella pensaba apoyarla. Si algún día se quería ir, lo haría por su propia decisión.

\*\*\*\*\*

Ajena a las discusiones que Carola tenía con su padre, e indiferente de los problemas que había generado en su hogar la decisión de su padre de echarla de la casa, Anastasia miraba con fascinación la feria que Carmen organizaba en un galpón de la ciudad.

El estacionamiento tenía un enorme playón que estaba lleno de vehículos. Ella no tuvo dudas que adentro había un infierno de gente tratando de comprar ropa de saldo. Y toda esa gente la vería vestida de payado. El miedo al ridículo le estremeció el cuerpo. Su autoestima estuvo a punto de desintegrarse cuando vio que Bruno estacionaba la camioneta. Ella se bajó con él por inercia, pero se quedó junto a la camioneta sin atreverse a dar un paso más.

—Adentro debe estar lleno de gente —dijo Anastasia—. Seguro que están todos tus amigos. ¿Qué dirán cuando te vean llegar con la desastrosa sobrina de Carola? —si bien le hablaba a Bruno, esas preguntas se las hacía a ella misma.

—Dirán, “mira la suerte de Bruno al venir con la joven más encantadora de la ciudad” —susurró Bruno en su oído. Anastasia se giró y lo miró con el entrecejo fruncido.

—No te burles de mí —aclaró.

—Nunca me burlo —dijo Bruno, y al ver que ella tenía miedo de entrar, la tomó de la mano y prácticamente la arrastró hasta el ingreso,

mientras sentía su temblor. Era la primera vez que ella se mostraba insegura.

El rostro de Anastasia dejaba ver su asombro. Ella no podía creer la cantidad de gente que había revolviendo cajas con ropas o revisando los percheros que se extendían por todo el salón. Parecía desconcertada y asustada con semejante despliegue en una ciudad pequeña. No sabía que a las ferias de Carmen venía gente de distintos pueblos. Sus días de saldos eran tan esperados que incluso se anunciaban una semana antes en las radios locales.

—Esto no se parece a tus compras en la ciudad —dijo Bruno.

Anastasia se giró a mirarlo, y negó con la cabeza.

—Compraba en centros comerciales, y a veces tenía a tres empleados para atenderme —explicó lo diferente que eran sus compras cuando solo tenía que entregar la tarjeta de su madre.

—Acá la gente se pelea por las prendas —dijo Bruno, y Anastasia lo miró horrorizada—. Bienvenida a la guerra de saldos, Anastasia —señaló con la mano el interior del galpón, y la animó a buscar lo que necesitaba.

—¿Tú no vas a comprar? —preguntó Anastasia.

—Claro, siempre aprovecho los días de feria —aclaró—. Estaré en aquel sector —señaló un rincón donde había ropa de hombre—. Si te parece bien, nos vemos en una hora en la entrada.

Anastasia agradeció que él la dejara sola. Si tenía que mezclarse entre toda la gente para pelear por la ropa, encima vestida de forma ridícula, prefería tener a Bruno lo más lejos posible de ella. Cuando saliera de allí, ya no se sentiría tan intimidada porque estaría vestida como una mujer normal y pasaría desapercibida. ¡Qué irónico!, antes quería ser el centro del mundo, y ahora deseaba con toda el alma ser invisible a los ojos de la gente de la ciudad.

—En una hora en la entrada —dijo Anastasia, y le sonrió.

—Suerte, amiga —dijo Bruno, y ella tuvo ganas de abrazarlo por la

ayuda que le estaba dando.

¿Qué habría sido de ella si no hubiera conocido a Bruno? Su tía había puesto reglas tan duras que ella se habría vencido si él no hubiera aparecido para darle la esperanza de que todo podía mejorar. Sintió que el corazón le latía más fuerte mientras lo miraba alejarse al sector de ropa de hombre. Bruno se detuvo varias veces para conversar con amigos. Rio, habló, y se alejó con un hombre rubio que caminaba a su lado. Bruno conocía a mucha gente y todos lo querían, ella no conocía a nadie.

Anastasia se giró para ir al sector de damas, y se paró en seco cuando vio a Jéssica revolviendo en una caja. ¡Oh, no!, la única conocida que tenía allí era la que podía hacerle pasar la vergüenza de su vida.

Ni lerdá ni tonta se mezcló entre los caminantes y avanzó agachada entre las perchas para que Jéssica no la viera. Si tenía que caminar a gatas, lo haría, pero ni loca iba a permitir que Jéssica la ridiculizara delante toda esa gente que había en la feria de Carmen. Iba a empezar por el sector más alejado para que Jéssica no la viera, y si no podía esquivarla se iría de allí sin comprar nada.

Una mujer de cuarenta años la interceptó mientras avanzaba llevando como escudo protector uno de los percheros. Sintió una risa a lo lejos, y supo que Bruno la estaba mirando y se estaba divirtiendo con su huida.

—¿Amanda, o Anastasia? —preguntó la mujer, que trató de ocultar la risa. Anastasia no sabía si su risa se debía a que arrastraba el perchero por el salón, o a lo ridícula que iba vestida. Tampoco se lo pensaba preguntar.

—¡Eh! Ah, sí, soy Amanda. Quiero decir Anastasia —dijo Anastasia muerta de vergüenza.

La mujer rio con ganas.

—Esa tía tuya merece una trompada en medio del ojo con la ropa que te ha dado. ¿De quién te escondes? —preguntó la mujer.

—De nadie —dijo Anastasia, y soltó el perchero que acarreaba mientras le echaba miradas de reojo a Jérica, que seguía como el avestruz con la cabeza enterrada en la caja de saldos. Menos mal, se dijo aliviada.

—Ven conmigo. Soy Carmen —aclaró la mujer con una sonrisa, la agarró del brazo y la llevó a un sector privado que tenía tras una cortina.

Anastasia respiró aliviada. Salvada por Carmen de hacer un ridículo mayor, se dijo. Entró con ella a una especie de reservado, separado del salón por una cortina bordó, y se quedó mirando sorprendida una mesa llena de bonitas prendas. Nada de marca, pero todo lo que había allí era de su gusto, y de su talla. Parecía una selección de lo mejor que había en la tienda, como si Carmen hubiera recibido la orden de poner las prendas más lindas en la mesa para que ella eligiera.

—Si no son de tu agrado puedo pedirle a alguna de mis empleadas que te traigan otros modelos.

—Son preciosas. Gracias... Yo... no sé si es correcto que me des preferencia cuando afuera está lleno de gente que... quizá quieran estas prendas y...

—Bruno y Carola me hablaron por teléfono para pedirme atención personalizada. Parece que te quieren mucho —aclaró Carmen.

—¿Mi tía y Bruno? No me dijeron nada —dijo Anastasia asombrada.

—Ayer me llamó Bruno para que te pusiera una selección de lo mejor de los saldos, y recién me habló Carola para pedirme que te atendiera personalmente. Parece que eres una persona muy especial para ellos —dijo Carmen.

¿Bruno se había encargado de pedir un muestrario especial para ella? ¿Y Carola, que la tenía vestida de payaso, también había hablado para que le mostrara lo mejor de los saldos? Le costaba creer que su tía hubiera tenido ese gesto. De Bruno no, pero si había pedido un muestrario especial para ella, era

porque le importaba mucho, y eso la llenó de entusiasmo.

—Gracias. Es una ropa preciosa —aclaró Anastasia.

Anastasia recorrió la mesa y tocó las prendas, pero sobre todo miró las etiquetas con los precios para calcular cuánto le saldría. ¿Cuándo había mirado los precios?, nunca.

Allí toda la ropa era sencilla, vaqueros y remeras de algodón con estampados delicados, y a ella le encantó. No había prendas de vestir. Ni un pantalón negro o camisas con algún detalle bordado. Nada que le diera buena presencia para pedir un trabajo. Pero al menos había ropa decente para empezar su nueva vida, se dijo. Eligió dos vaqueros, uno azul y otro de color celeste, y tres remeras de algodón de colores oscuros. El blanco, con las actividades que le daba Carola, lo descartó. Sumó mentalmente el gasto y se dio cuenta que estaba pagando por cinco prendas menos que lo que solía pagar por una de marca en su ciudad.

—Quieres probarte, Anastasia —preguntó Carmen.

—Yo había pensado en salir vestida con alguna de las prendas —dijo Anastasia.

—Por supuesto. Es la mejor decisión. Ven que he improvisado un probador —dijo Carmen, y la acompañó tras un biombo de mimbre que había colocado en un rincón—. Si quieres algo más, me dices y te lo hago traer.

—Necesito ropa de vestir para conseguir un trabajo —dijo Anastasia mientras se probaba la ropa.

—De esa ropa tengo mucha. Vuelvo enseguida —dijo Carmen.

No había espejo y no sabía cómo le quedaba. Antes solía quedarse varios minutos mirando al detalle lo que se compraba. Bastaba un pequeño pliegue para que la descartara. Ahora solo le interesaba que el pantalón no se le escurriera y la remera estuviera sana.

¡Si su madre la viera!, gritaría horrorizada por el cambio de aspecto de

su impecable hija. De tal palo tal astilla, solía decir Andrea al verla siempre tan elegante. ¡Qué vida artificial había llevado!, pensó Anastasia.

Cuando salió del reservado llevaba dos bolsas en la mano, y todo a un precio acomodado. Los ojos de Anastasia brillaban como luces de neón, y no se preocupó por ocultar la enorme sonrisa que tenía en el rostro, hasta tuvo ganas de largar una carcajada.

Llevaba puesto un vaquero oscuro y una remera azul, todo de su talla. No le marcaba ninguna figura que despertara comentarios, pero se sentía como si estuviera vestida de Dior. Estaba tan feliz, que incluso se notaba en su andar casi a saltitos para llegar a donde la esperaba Bruno. Tenía el mentón elevado, un signo de que había recuperado la autoestima perdida. Ese era uno de sus días más felices, y ni siquiera había tenido que pelear en el galpón con la gente, solo había pedido y Carmen había salido a cumplir sus deseos. Ella se había disculpado, como si ya no se mereciera tanta atención, pero Carmen había rechazado sus disculpas al contarle que era muy amiga de Carola, y que a Bruno nunca le negaba un favor.

Seguía caminando cada vez más rápido. Quería salir del galpón para que Bruno la viera con un mejor aspecto. Supuso que él se quedaría parado admirando su cambio. Quizá la veía con otros ojos ahora que parecía una mujer normal. Bruno tenía una mirada transparente que reflejaba lo que sentía, y ella quería mirar esos ojos expresivos para descubrir el impacto que le producía su cambio de aspecto. Y comprendió que los nervios y el entusiasmo eran más por lo que Bruno opinaría al verla, que por ella. Estaba tan contenta, tan eufórica, que no sabía si podría contener las ganas de correr hacia él para abrazarlo y decirle que era el hombre más especial que había conocido.

Salió del galpón imaginando el rostro de Bruno, soñando con su mirada llena de admiración. Salió llenando su mente de sueños. Sueños que se quedaron congelados en la puerta de la feria cuando vio que Bruno tenía

agarrada de la mano a una joven preciosa, una joven sencilla y de rostro embelesado, que le sonreía como si lo adorara. Al observarla con más detenimiento descubrió que era la camarera del bar que él había mirado con devoción cuando ella llegó a la ciudad a vender verduras en el carro de Carola.

La decepción de Anastasia fue mayúscula, pero cuando desvió la vista al capó de la camioneta de Bruno y descubrió que la mujer había desparramado todas sus compras de saldo para que él le diera su opinión, Anastasia sintió que se le oprimía el pecho.

La camarera y Bruno... No quiso terminar el pensamiento que le vino a la mente. Era demasiado doloroso descubrir lo que había entre ellos. Era demasiado triste soñar y darse de narices con una realidad distinta.

Las bolsas con las compras le pesaban como si estuvieran llenas de piedras. Inútiles piedras que le hacían doler los brazos. Se le encorvaron los hombros y el peso del trabajo de tres días en el huerto se le vino encima. Él era solo su amigo. Él no tenía que mirarla con adoración. Él solo la había ayudado, de la misma forma que debía ayudar a todo necesitado que andaba a la deriva. Él ya tenía una mujer que sacaba las compras de saldo y las desparramaba en el capó de la camioneta. Él tenía novia, se dijo Anastasia, y le brillaron los ojos.

Estúpida. Nada de hombres, se había dicho, pero la advertencia había llegado tarde porque al verlo con la camarera ella podía darle nombre a sus emociones. Amor. Ella había tenido novios pero no había conocido el amor. Lo que sentía por Bruno era un amor real y puro, un amor que había ido creciendo al descubrir su bondad y generosidad. Bruno la había conquistado con sus virtudes, no con su dinero, estatus o falsa apariencia. Él no era esnob, solo era Bruno, y estaba tomado de la mano de otra mujer.

Anastasia sintió como su mundo se derrumbaba. Apretó los puños en

las manijas de las bolsas, y quiso salir corriendo, escaparse de esa imagen llena de ternura que tenía frente a sus ojos. Todo su amor se desvanecía ante la imagen que tenía frente a sus ojos.

Bruno se apartó de Lucrecia y maldijo en silencio cuando vio a Anastasia parada en la salida del galpón. No había tenido intención de comenzar a labrar su futuro con Lucrecia en ese momento, pero ella se había acercado a él y lo había dejado desconcertado.

Lucrecia estaba tan feliz con sus compras que se puso a sacar todas las prendas. Era una actitud extraña, puesto que ellos solo se veían cuando él iba a tomar algo al bar y cruzaban unas palabras o alguna miradita. Pero a él le agradó su espontaneidad. También pensó que eso debía ser una señal del destino para que dejara de pensar en Anastasia y se concentrara en sus planes para el futuro.

Por un instante se olvidó de Anastasia y casi deja escapar la invitación al cine y a cenar que llevaba muchas semanas postergando, pero volvió a la realidad cuando la mujer que ocupaba sus pensamientos y por la que venía dilatando su invitación a Lucre, salió del galpón con una radiante sonrisa, y se quedó petrificada al verlo tomado de la mano de Lucrecia.

Dos manos unidas, que él no recordaba en qué momento se habían juntado. Quizá fue Lucrecia la que se animó a avanzar, o él. Fue algo espontáneo que no le había despertado ni una mísera chispa. Nada que ver con las pocas veces que le había susurrado algo al oído a Anastasia, o cuando la abrazó y sintió que se quemaba en el infierno.

Y ahora Anastasia estaba parada a la salida del galpón, su sonrisa había desaparecido del rostro y tenía los hombros encorvados. Estaba decepcionada y triste, cuando debería estar saltando de alegría con esas prendas que deseaba desde hacía tres semanas.

Tres días de intenso trabajo para verla reír de emoción, que él había



borrado en un segundo al tener a Lucrecia agarrada de su mano. No supo qué hacer, solo se maldijo por arruinarle el momento de alegría. Lo que si supo, y no le gustó, fue que su futuro planificado se estaba yendo al traste, porque él solo tenía ojos para la sobrina de Carola.

Lucrecia miraba asombrada a uno y al otro. Se soltó de la mano que había enlazado con la Bruno al darse cuenta que había interpretado mal las señales que había entre ellos.

Ella había llegado con su madre a la ciudad cinco meses atrás, después del divorcio de sus padres. Las dos habían conseguido empleo para mantenerse. Su madre trabajaba en el mismo hotel que Bruno, y siempre hablaba maravillas de él. Ella había conseguido trabajo de camarera en el bar, y allí conoció al famoso Bruno Márquez. Él iba todos los días a tomar café, y según Viviana, la dueña del bar, Bruno iba para verla a ella.

Lucre se había sentido alagada con las tímidas atenciones de Bruno, con sus llegadas diarias al bar para verla, con su mirada llena de ternura. Se había sentido emocionada de conquistar a un hombre como él. Porque después de cinco meses de vivir allí sabía que varias mujeres lo rondaban, y él no miraba ninguna mujer como la miraba a ella.

Pero un día la sobrina de Carola apareció a vender verduras en un carro, con el pelo como paja y ropas de pordiosera, y Bruno se había olvidado de ella para correr tras esa chica vestida con harapos. A él pareció no importarle su deplorable aspecto, porque sus ojos se llenaron de una chispa especial, que nada tenían que ver con la ternura que le solía dedicar a ella.

Y en ese momento, mientras observaba a la joven que estaba parada muy seria en el ingreso al galpón, Lucrecia descubrió que esa chispa en los ojos de Bruno era pasión.

Tres semanas en las que él ya no iba todos los días al bar, sino de tanto en tanto. Tres semanas en las que Lucre vio como las miradas iban perdiendo

la calidez, y como sus sueños se hacían añicos.

Esa tarde Lucre los había visto llegar juntos a la feria de Carmen. Los dos se bajaron de la camioneta de Bruno, ella iba muy tímida, y él la agarró de la mano y la llevó adentro.

A Lucrecia los celos la habían traicionado, y tomó la decisión de acercarse a él en un intento por recuperar lo que había sido casi suyo. Quería corroborar si ella seguía siendo su debilidad. Un error de cálculo, puesto que Bruno solo tenía ojos para la joven sobrina de Carola, que estaba parada observando la escena.

—¿Es tu amiga? —preguntó Lucrecia.

Bruno sonrió sin dejar de mirar a Anastasia.

—Sí —dijo, y se alejó de ella.

Lucrecia miraba con el entrecejo fruncido como Bruno se apartaba de ella para acercarse a la joven harapienta, aunque en la feria de Carmen había logrado cambiar su aspecto. Sus nuevas prendas dejaban a la vista un cuerpo bonito. También su rostro era delicado, a pesar de los pelos duros que trataba de disimular con una cola de caballo bien tirante. No a cualquiera le quedaba bien ese peinado, pero la chica parecía un ángel travieso con esos ojos llenos de expresión, los labios perfectos y la pequeña nariz respingona.

Era demasiado joven para Bruno, se dijo tragando el nudo que se le formó en la garganta. Les dio la espalda para que no vieran que se le había desfigurado el rostro de indignación, guardó hecha un bollo la ropa que todavía estaba desparramada en el capó de la camioneta y se marchó llena de dolor.

No pensaba desistir por una pobre chica, una niña que quizá en poco tiempo se iría de allí, como había escuchado en el bar cuando los amigos de Bruno decían: “Otra nueva en la ciudad que encandila a Bruno, aunque esta solo está de paso.”.

Lo de las nuevas que lo encandilaban fue otro golpe duro, puesto que ella también lo había sido. Quizá él solo disfrutaba de conquistar a las nuevas, se dijo, pero ella era perseverante y no iba a dejarse vencer por esa mocosa.

## CAPÍTULO 8

—Estás hermosa —dijo Bruno cuando llegó al lado de Anastasia. Ella estaba seria, sus ojos habían perdido el brillo de alegría al verlo de la mano de Lucre. La emoción de la salida se había esfumado. Bruno estaba confirmando lo que ya sabía, es decir, que esa amistad sería una mentira para los dos.

—¿Es tu novia? —preguntó Anastasia.

Su falta de vueltas para indagarlo lo sorprendió. Bruno le sonrió y negó con la cabeza.

—No, Anastasia —confirmó para que no le quedaran dudas.

—¡Ah! Lo parecía. Quizá es tu amiga íntima —dijo Anastasia.

—No he intimado con ella. Soy amigo de su madre, que trabaja en el hotel conmigo —aclaró Bruno.

—Y su madre te quiere de yerno —dedujo Anastasia.

Ella mostraba sus celos tan abiertamente, que a duras penas Bruno pudo contener la risa. Su forma de ser era tan transparente que la vida de Anastasia era un libro abierto, y Bruno descubrió que esa era otra de las cosas que le gustaba de ella.

—Puede ser. Muchas madres me quieren de yerno —aclaró Bruno, y le sonrió al ver que fruncía el entrecejo.

—Nadie te ha dicho que tienes el ego muy alto —dijo Anastasia. Ella seguía seria, él no dejaba de sonreír, y se encogió de hombros ante su pregunta.

—Dicen que soy un buen partido. Trabajador, buen carácter, solidario —aclaró Bruno sintiéndose el gallo del gallinero—. ¿No me vas a mostrar lo que compraste? —preguntó intentando cambiar el rumbo de la conversación.

Anastasia negó con la cabeza. Ese había sido su deseo, pero Lucrecia le había ganado de mano y le había quitado toda la emoción al momento. No pensaba ser una más de las mujeres que iban tras Bruno y desparramaba las compras en el capó de la camioneta. Ella nunca se conformaría con ser una más de las tantas que lo seguían.

—Ya viste las de Lucrecia, por qué querías ver las mías. Además, solo es ropa barata —dijo Anastasia, y se sintió tan superficial como lo había sido antes de su llegada.

Bruno frunció el entrecejo ante su despectivo comentario.

—Tú ya no eres la consentida que llegó tres semanas atrás. Ese comentario no lo habrías dicho si no hubiera estado con Lucrecia.

—Mi tía ha escondido mi maleta Gucci con prendas carísimas. ¿Por qué habría de alegrarme por ropa de saldo? —preguntó Anastasia cada vez más enojada por los acertados comentarios de Bruno.

—Regresó la niña rica —se burló Bruno.

—Eres mi amigo, y no sé qué relación tienes con la camarera —dijo Anastasia.

Bruno arqueó las cejas.

—Hace menos de una semana que somos amigos. No me ha dado tiempo de contarte mis planes —se excusó Bruno—. Para ser amigos, pareces bastante celosa de Lucre.

—¡Lucre, eh! —dijo sin darse cuenta que estaba cada vez más cegada por los celos. Nunca le había pasado con un hombre que no era parte de su vida. Tampoco había sido tan exagerada con sus novios. Con Oscar había chocado el descapotable de su madre porque él la había humillado delante de sus amigos, no porque hubiera sentido celos. ¿Por qué con Bruno tenía que ser tan posesiva?, si él no era más que un amigo. Idiota, claro que era más, aunque no pensaba dejar ver sus recién descubiertos sentimientos.

—Anastasia, creo que la amistad se nos está yendo de las manos — dijo Bruno, y se acercó a ella. La sonrisa irónica era porque los dos estaban cometiendo el grave error de dejarse llevar por las emociones. Pero ella estaba allí, encendiendo con sus celos la chispa que había entre ellos. Bruno se paró a escasos centímetros, y Anastasia retrocedió dos pasos.

—¡No te me acerques! —advirtió Anastasia, con la mano en alto intentando detenerlo.

Él sonrió, y avanzó los dos pasos que ella había retrocedido.

—¡No me toques! —chilló Anastasia—. Estás más loco que una cabra. Somos amigos —siguió insistiendo en esas palabras mentirosas, que ni ella se creía. Solo tenía claro que liarse con Bruno sería una complicación más en su vida.

—Los dos sabemos que esa amistad solo es para ocultar lo que estamos sintiendo —dijo Bruno, y la tomó de la cintura. Ella era pequeña. Él la alzó y se alejó del ingreso del galpón para que nadie los viera. Si iba a cometer el error de su vida, no lo haría en presencia de sus conocidos.

—No, Bruno, no es una mentira. Lo estás arruinando todo. Lo estás complicando. Suéltame. Suéltame —dijo Anastasia, y lo golpeó con las bolsas de sus compras, en vano, porque Bruno siguió caminando para alejarse de la mirada de la gente. La apoyó en la pared de ladrillos sin revoque y se acercó tanto a ella, que sintió como los pensamientos que lo acosaban de día y las escenas que le quitaban el sueño por las noches se hacían realidad en ese momento. Ella en sus brazos, ella en su cama, ella en su vida, en sus mañanas y sus noches, en su jardín cuidando las flores, en la sala mirando una película abrazados. Ella, desnuda en sus brazos, debajo o encima de él, compartiendo besos y caricias mientras se perdían en un mar de infinita lujuria.

Desde que había llegado siempre estaba ella en sus pensamientos y sus sueños. Y él, sin poder hacer nada para evitar complicarse la vida. Ella

también opinaba lo mismo. Pero quién podía frenar lo que sentían al verse.

—No hay amistad cuando sientes celos —susurró Bruno sobre sus labios, pero sin besarla. Dios, que ganas tenía de zambullirse en esa boca y ahogarse con los suspiros y jadeos que estaba seguro que se les escaparían a los dos ante el primer contacto.

—Celos, sí, pero solo porque viniste conmigo, y cuando salgo te veo fascinado mirando las compras de tu Lucre —si había querido demostrarle que estaba equivocado, cuando le dijo “tu Lucre” no hizo más que confirmar sus suposiciones, pero estaba tan enojada que siguió metiendo la pata hasta el fondo—. Los dos muy agarradito de la mano. Y ahora la dejaste plantada a ella y me tienes acorralada a mí. ¿Acaso cualquiera te da lo mismo? ¿O nos quieres a todas para sentirte más macho? —preguntó llena de ira. Pero en lugar de arrepentirse de soltarle todo lo que pensaba, sintió que se sacaba un peso de encima. Su sinceridad a veces era un problema. Ella sentía algo por Bruno y había creído que a él le pasaba lo mismo, pero ya no tenía dudas que él sentía predilección por todas las mujeres. Y ella no tenía que olvidar que estaba allí por culpa de un hombre.

Todos los hombres eran iguales, pensó Anastasia y lo miró con recelo.

Si las palabras no lo habían despabilado, la mirada llena de resentimientos que le estaba dedicando le permitió recobrar la razón. Bruno la soltó y se alejó dos pasos de ella.

—Te invité a ti a la feria de Carmen y a cenar. La cena sigue en pie —dijo Bruno—. Mientras cenamos puedo contarte todo lo que quieras saber de mi Lucre —recalcó el posesivo al igual que lo había hecho ella, y la vio apretar los puños en las manijas de las bolsas de las compras.

—¡Qué honor! No veo las horas de atragantarme con tu historia con Lucre —dijo Anastasia en tono de burla.

—No te olvides que los amigos se cuentan todo —aclaró Bruno

tratando de seguir el hilo de su razonamiento.

—¿Estás jugando conmigo? —preguntó Anastasia cuando salió del asombro.

—No. Estoy intentando comportarme como el amigo que quieres que sea —aclaró Bruno.

—¡Vaya, un amigo muy complaciente! Y se supone que en la cena vamos a hablar de todos tus ligues —aclaró Anastasia sin dejar de fruncir el entrecejo.

—Solo te iba a contar de Lucre, pero si quieres todos, te cuento todos. Seremos de esos amigos que se pasan todas las confidencias. ¡No te parece fantástico! —exageró Bruno, y en su voz se detectaba el sarcasmo.

—¡Fantástico! Sí, claro, será fantástico cenar entre confidencias —dijo Anastasia con los dientes apretados, y supuso que no podría tragar ni un bocado mientras él le relataba todos sus ligues, que debían ser unos cuantos por la cantidad de mujeres que había visto que lo miraban embobadas. Por un momento tuvo ganas de salir huyendo de la cena que le esperaba, pero al día siguiente su padre vendría a buscarla, y cualquier cosa le valía para ganar tiempo. Regresar a la casa de Carola no era una opción, por lo que tendría que aguantarse todas las confidencias amorosas que le haría Bruno, mientras pensaba donde esconderse para que su padre no la encontrara. Siendo sincera, tenía que reconocer que la curiosidad era mayúscula, aunque no estaba segura de querer saber qué lo unía a Lucrecia..., o a Jérica..., o a la colita de admiradoras que tenía, sin que se le notara la cara de indignación. Había estado a punto de besarla tras el paredón de la feria de Carmen, pero ahora estaba empeñado en actuar como un amigo. ¿Acaso no era eso lo que ella le había pedido?, claro que sí, pensó y forzó una sonrisa antes de decirle—. Me parece que será una cena muy interesante.

Bruno le sonrió con burla, le quitó las bolsas de compras y caminó



delante de ella hacia la camioneta. Anastasia salió trotando tras él. ¡Vaya caballero que resultó ser! La estaba haciendo correr tras él en lugar de ir caminando a su lado. En realidad, caballero nunca había sido. Al recordar que la había regado de lodo el día que su padre la dejó tirada en la casa de Carola, supo que de caballero no tenía nada. Tenía buenas acciones, era generoso y solidario, y cuando ella había perdido las ganas de luchar, él le había dado la esperanza de que todo podía cambiar. Él era un buen hombre, no un caballero.

Bruno llegó a la camioneta, se subió, dio un portazo y le dio arranque mientras esperaba que Anastasia lo alcanzara. Ella venía al trotecito y se la veía enojada. Él también estaba furioso. Se había puesto en evidencia al demostrarle abiertamente su deseo, y ella lo había rechazado. También lo había juzgado de forma injusta, como si se tirara a todas las mujeres que conocía. No era un santo, pero tampoco un rompe corazones.

—Gracias por abrirme la puerta —dijo Anastasia con ironía cuando entró en la camioneta. Cerró la puerta, se puso el cinturón de seguridad y lo miró con una sonrisa inocente—. No veo la hora de llegar al restaurante para enterarme de todos tus amoríos —aclaró, y se abanicó con una mano como si sintiera calor por todo lo que le iba a confesar.

Eso hizo sonreír a Bruno. Ella tenía ese poder de arrancarle el enojo con un par de palabras irónicas. Tenía esa magia especial para soportar con entereza lo que no le gustaba. Bruno la miró tratando de dilucidar si se estaba burlando o estaba furiosa. Ella parecía relajada, por lo que supuso que ya había pasado página.

—No son tantos mis amoríos, amiga, y solo cenaremos una pizza. Ya debes saber que no tengo el dinero de papá para llevarte al Plaza, que es nuestro restaurantes de lujo —aclaró Bruno.

Eso a Anastasia la indignó, pero a él le había dolido su comentario despectivo sobre la ropa que había comprado en la feria, y ahora le estaba

devolviendo el golpe.

—¿No te habrás ofendido por todo lo que dije sobre mi maleta Gucci y las costosas prendas que hay adentro? —preguntó Anastasia.

—Ofenderme, no. Pero me he quedado pensando que cada vez que me veas de la mano de una mujer, tendré que soportar que se despierte tu otro yo.

—¡Mi otro yo! —exclamó Anastasia—. No seas exagerado. Además, no fue por verte de la mano. Por mí puedes besar a quien quieras. No me interesan tus amoríos.

—Eso me deja más tranquilo —dijo Bruno, y manejó hasta la pizzería de su amigo Ricardo. Él tenía con una sonrisa de triunfo, ella, los dientes apretados de indignación.

La pizzería era un local sencillo. Bruno lo había elegido porque en el local se comían las mejores pizzas de la zona ,y porque allí solían reunirse muchas de sus amistades los fines de semana. Y creyó que ya era momento de que Anastasia comenzara a integrarse como una más entre sus amigos, puesto que, aparte de él, no tenía otras amistades.

Ricardo siempre estaba recorriendo las mesas. Conversaba con los clientes mientras su esposa dejaba el lomo en la cocina, como solía decir ella. Bruno estacionó en un pequeño playón y los dos se bajaron. Anastasia tenía los labios fruncidos, y él no supo si era por lo rudimentario del lugar o porque había llegado la hora de sus confesiones amorosas. Después de la austeridad a la que la había sometido Carola, no tuvo dudas que estaba tensa por tener que escuchar sus confesiones.

Caminaron esquivando mesas hasta que una sonora carcajada detuvo el andar de Anastasia. Bruno se giró y sonrió negando con la cabeza, porque ya esperaba la reacción de su amigo.

—Pero vaya sorpresa. Si es Bruno acompañado de otra beldad —dijo Ricardo—. ¿Cómo es tu nombre, preciosa? —preguntó.

Bruno vio que Anastasia apretaba los puños. Estaba tan indignada, que rogó que no le diera una trompada en el ojo.

—No soy otra más de sus beldades. Este hombre solo es mi colega en el trabajo, precioso —dijo Anastasia, su voz rezumaba sarcasmo.

Ricardo se frotó la barbilla, y la miró como si quisiera descubrir todos sus secretos ocultos, y largó una carcajada.

En ese momento se abrió la puerta vaivén que separaba el local de la cocina y salió caminando a paso militar una mujer de baja estatura, cabello encrespado como una madeja enmarañada y rojo como las llamas del infierno. Se acercaba decidida a ellos, con las manos en las caderas, dispuesta a la guerra, y Anastasia retrocedió dos pasos por puro instinto.

—Bruto —gritó la menuda mujer a un Ricardo que la doblaba fácilmente en tamaño.

—¿Cariñito, pero qué haces acá? —preguntó Ricardo, y la miró con las cejas formando un perfecto arco.

—¿Y tú qué crees? evitando que la señorita se lleve una pésima impresión de nosotros —dijo, y desvió los ojos, que se templaron en cuanto miró Anastasia—. Soy Sonia, la esposa del bruto de Ricardo. Y no le hagas caso. Bruno no viene con beldades. Y lo de preciosa solo lo hace para fastidiar —aclaró.

—Anastasia. Encantada de conocerte Sonia. No puedo decir lo mismo del bruto de tu esposo —aclaró Anastasia, y sonrió.

Ricardo arqueó las cejas y se frotó el mentón, al parecer era una especie de tic nervioso, porque ya lo había hecho varias veces. Bruno tenía una sonrisa en el rostro.

—¿Tu nueva novia? —preguntó Ricardo, que seguía insistiendo en hacer quedar mal a Bruno.

—Su colega —insistió Anastasia.

Bruno la miró desconcertado. Ricardo con el entrecejo fruncido, y otra vez se frotó el mentón.

—Esa costumbre de tocarte el mentón es bastante molesta —dijo Anastasia.

Bruno y Sonia sonrieron al ver el gesto de asombro de Ricardo.

—Se lo he dicho muchas veces, pero él dice que me lo he inventado —aclaró Sonia—. ¿La mejor mesa para nuestros amigos? —preguntó a Bruno.

—No esperaba menos de ti, Sonia —dijo Bruno, y abrazó por el hombro a Anastasia para acompañarla al pequeño reservado que siempre le guardaba Sonia.

Ricardo los seguía por detrás.

—¿Se puede saber cómo se convirtió en tu colega? —preguntó Ricardo que venía pisándole los talones.

—Recién me entero que es mi colega, amigo. Anastasia y yo somos amigos íntimos —dijo Bruno.

—¡Íntimos! —exageró Ricardo—. ¿Eso quiere decir que de la charla pasan al revolcón? —preguntó tan alto, que Anastasia no tuvo dudas que se habían enterado todos los clientes.

—No en ese sentido. Íntimos porque nos contamos todo —aclaró Bruno con los puños apretados. Ahora era él quién estaba molesto.

—¡Vaya cambio el tuyo! Nunca me hubiera imaginado que te gustaba confesarte con jovencitas tan bellas. Has dado un paso que te aleja de la lujuria, amigo.

—No seas ridículo. La lujuria la desato en otro lado, no con mi querida amiga —dijo Bruno, y sintió como la espalda de Anastasia se convertía en piedra de granito. Eso lo hizo sonreír.

—No le prestes atención a mi esposo. Se comporta como un idiota cuando conoce personas nuevas. Después de unos días, cuando deje de

indagar, ya te caerá mejor —dijo Sonia.

Anastasia sonrió. Le gustaba Sonia, le encantaba, y a pesar de que su marido escupía estupideces, no le caía tan mal.

—¿De qué son colegas? —preguntó Ricardo haciendo oído sordo al comentario de su esposa.

Anastasia miró a Bruno y le sonrió al ver que él apretaba los dientes para no mandar a la mierda a su amigo.

—Hemos recolectado juntos las naranjas en el huerto. Allí nos hicimos colegas —aclaró Anastasia.

—¿Y te ha compartido sus ganancias, como buen colega? —preguntó Ricardo.

—Era lo que correspondía después de haber trabajado codo a codo con él —aclaró Anastasia, y Ricardo estalló en una carcajada.

—No es que dude de ti, cariño...

—No soy tu cariño, pelmazo —aclaró Anastasia, y Sonia largó una carcajada—. No sé cómo puedes convivir con él —dijo Anastasia a la menuda mujer.

—El secreto, querida amiga, es que no convivimos. Pero sigue siendo mi esposo —aclaró, y Anastasia cada vez entendía menos—. Ya te contaré cuando nos encontremos una tarde a tomar algo en el bar, las dos solas. Ahora tengo que regresar a la cocina. Es un placer tenerte en Pizza Nostra —dijo, y se marchó.

—Podrías desaparecer de mi vista por esta noche, Ricardo —dijo Bruno a su amigo.

—No me van a contar nada —comentó decepcionado.

—Nada —dijo Bruno—. Pero sí tengo mucho que hablar con mi amiga íntima, a solas —aclaró.

—Ya pesqué la indirecta —dijo Ricardo, y se lo veía realmente

ofendido—. Buena cena, y para no molestar, voy a enviar a un camarero para que los atienda —aclaró, y se marchó.

Anastasia se quedó mirando la espalda de Ricardo mientras se alejaba de ellos. Bruno se paró frente a ella y le dijo:

—Lo siento. Es un buen tipo, pero nunca se comporta bien la primera vez que conoce a una mujer. Para mí que lo aterran, y por eso siempre habla de más —le sonrió.

Anastasia pudo ver la ternura con la que hablaba de su amigo. O quizá esa ternura era porque la estaba mirando a ella. Sus ojos tenían un brillo cálido, que rara vez mostraba, y ella quiso abrazarlo porque Bruno era buen amigo hasta con ese hombre, que parecía su peor enemigo por la forma que la había indagado.

—Eres un buen hombre, Bruno Márquez —dijo Anastasia, y le acarició el rostro.

—Y tú una mujer luchadora. Me cuesta imaginarte como una niña rica —dijo Bruno.

Ese era uno de los mejores halagos que Anastasia había recibido. Él la valoraba, cosa que le costaba aceptar puesto que su padre siempre la había considerado nada más que un adorno al que mostrar a sus amigos. Los dos se miraron por un largo rato. Miradas que dejaban a la vista emociones que querían reprimir costara lo que costara. Fue Bruno quién se apartó un paso y le dijo:

—Vamos a la mesa así pedimos unas pizzas y nos contamos nuestros secretos.

Esas palabras sacaron a Anastasia de la ensoñación. Si ella empezaba a contarle su vida de niña rica, y él empezaba a confesarle sus amoríos, en lugar de disfrutar de las pizzas iban a terminar lanzándoselas por la cabeza. Pero asintió como si estuviera encantada con la conversación que iban a tener.

La mesa era una especie de reservado, cobijada del resto del local por varias plantas de frondoso follaje. Nadie podía verlos, y ellos solo podían observar la puerta de ingreso. Anastasia descubrió que en ese pequeño espacio había otra puerta. Quizá llevaba a la cocina, o a alguna oficina donde los esposos más extraños que había conocido, contaban el dinero recaudado cuando acababa la noche. Tal vez allí se agarraban de los pelos, o se daban un revolcón en el escritorio de las cuentas, o quizá solo se dividían las ganancias. Ese matrimonio tan extraño la tenía llena de curiosidad, pero no era tanta como las confesiones que le haría Bruno durante la cena.

Se sentaron en unas sillas de madera con almohadones algo gastados, y en la mesa ya había dos platos, cubiertos y una botella de vino en una cubeta con hielo.

—¿Te esperaban? —preguntó Anastasia.

—Sí. Les pedí que me tuvieran preparada mi mesa para dos —dijo Bruno, desdobló la servilleta de tela roja y la posó sobre su regazo. Anastasia hizo lo mismo, solo por copiarle el gesto, puesto que ella solía comer las pizzas de la caja, recostada en los sillones de la sala, y mirando alguna película en el televisor de la casa de sus padres.

—Debes ser muy amigo de Ricardo para que tener tu propia mesa en su local —comentó Anastasia.

Una mujer de mediana edad, vestida con un delantal rojo con volados blancos, se acercó a la mesa con una libreta y un lápiz.

—Buenas noches, Bru —dijo la mujer, y le dedicó una sonrisa soñadora.

Anastasia no podía creer que media ciudad suspirara por su “amigo”, y esa camarera, que lo miraba casi soltando suspiros, debía tener una buena pila de años más que él. Frunció el entrecejo al darse cuenta que a ella no le había dedicado ni un mísero gesto de saludo. Y ya no tuvo dudas que en esa ciudad

nadie la aceptaba. No sabía si era ella la que producía ese rechazo, o era porque estaba acompañada de Bruno.

—Hola, Rufina. Te presento a Anastasia —dijo Bruno, en un intento por integrarla a ese mundo donde nadie la aceptaba.

—¡Vaya! Espero que tu nueva adquisición no sea una piedra en el zapato, puesto que para eso ya tienes a Jéssica —aclaró Rufina, que ni se molestó en saludarla.

—¡Rufina! —la retó Bruno.

—Sutileza no es mi nombre, cariño. Ya lo sabes —aclaró la camarera—. ¿Qué pizza van a pedir? —preguntó, con toda la intención de acabar con el rollo de las presentaciones.

Anastasia abrió la boca sorprendida. Desde que habían entrado todos la trataba como si no fuera bienvenida en el lugar. Era como si los amigos de Bruno se metieran en todos sus asuntos, y él no hacía demasiado para detenerlos. Lo que Anastasia no entendía, era por qué la había llevado allí.

Rufina tomó el pedido y desapareció de la mesa, sin haberle echado una mirada de reojo, como si ella fuera invisible.

—Muy educados tus amigos —dijo Anastasia—. Y también entrometidos.

—Rufina no es mi amiga. La conozco bastante porque hace años que trabaja en la pizzería.

—El tema es que todos se creen con derecho a juzgarme, y nadie me conoce —aclaró Anastasia.

—Creo que te conocen a su particular manera. Se habla bastante de la sobrina de Carola entre mis amistades —dijo Bruno, la miró y sonrió al ver que sus facciones se tensaban.

—Ya veo. Juzgan sin conocerme —aclaró Anastasia.

—Jéssica no te ha dejado muy bien parada.



Anastasia negó con la cabeza. Esa ciudad era un nido de víboras, y Jéssica era la serpiente más ponzoñosa.

—¿Tenemos que agregar a Jéssica entre las confesiones amorosas que piensas contarme esta noche? —preguntó Anastasia.

—Si quieres que me atragante con la pizza, la agregamos —dijo Bruno.

—¿Qué te une a Jéssica? —preguntó Anastasia.

—Ni siquiera vas a dejarme disfrutar del primer bocado —dijo Bruno al ver que ella iba directo al ataque.

—No te caerá mal si me cuentas antes de empezar.

—Fuimos novios cuando tenía diecinueve años. Nuestra relación fue una pesadilla. Los dos éramos muy distintos. Por suerte duró poco tiempo. Jéssica me dejó por un hombre orgulloso, ambicioso y egocéntrico como ella. Pero dos egocéntricos no eran una buena combinación, y al poco tiempo volvió decidida a retomar donde lo habíamos dejado. La rechacé, y hasta el día de hoy creo que sigo enamorado de ella —aclaró Bruno.

—¡Vaya! Un gran resumen de la historia —dijo Anastasia—. Ni siquiera me puedo imaginar lo que hubo entre ustedes. Demasiado práctico todo —aclaró, y Bruno rio.

—¿Quieres saber cuántos besos compartimos, cuántas salidas y cuántas veces me acosté con ella? Fueron unas cuantas. Quizá el sexo fue bueno, pero no tuve un momento de felicidad a su lado. Me dejaba agotado con sus escándalos —aclaró Bruno.

—¿Por eso me odia? —preguntó Anastasia.

—Jéssica odia a todas las mujeres, Anastasia. Y si me ve con alguna mujer, le hace la vida imposible —aclaró.

—Pobrecito, estás atrapado por una mujer que te ama de forma obsesiva.

—No me ama. Solo quiere darme plantón ella. No admite que ningún hombre la deje.

—Pero fue ella quién te dejó —aclaró Anastasia.

—Sí, pero también fue ella la que quiso retomar y yo la rechacé. Su padre cree que si le sigo el juego, y ella me deja, va a pasar página. Pero no pienso seguirle su juego —aclaró Bruno.

—¿Y cómo encaja tu Lucre en esto?

—No es mi Lucre. Ella es... ¿Alguna vez pensaste en tener una vida tranquila junto a una persona cariñosa, estable, generosa y con pocas pretensiones? —preguntó Bruno.

—Tengo veinte años —fue su corta respuesta—. Supongo que allí encaja tu Lucre —dijo Anastasia.

—Sí. He visto y vivido amores complejos, y no quiero que mi vida se convierta en una tempestad. Quiero paz. No tengo mucho dinero, no puedo ofrecer demasiado a una mujer, solo lo que soy.

Rufina llegó con las pizzas y Bruno sirvió las porciones en los platos.

—¿Y qué eres, Bruno? —preguntó Anastasia llena de ternura por su sinceridad. La pizza se enfriaba en su plato porque ella estaba aguardando las confesiones de Bruno.

—Soy conserje en el hotel por las mañanas. Por las tardes soy carpintero en un pequeño taller que tengo tras mi casa. De vez en cuando ayudo a Carola en algunas de sus múltiples actividades. A veces hago mandados para los vecinos.

—¿Te pagan?

—No todo lo que hago es por dinero —aclaró Bruno—. Algunos me dicen que tengo pocas ambiciones.

Eso era cierto si la gente se refería al dinero que ganaban. Ella de ese tema sabía mucho, puesto que en su familia todo giraba en torno al dinero y la

aparición frente a las amistades. Cuál tenía más, cuál hacía el viaje más exótico, o la fiesta más sofisticada. Quién cambiaba más seguido los muebles. O cuál tenía el jardinero más experto para mantener sus parques impecables a la vista del resto de los vecinos.

—De eso conozco bastante.

—Pero yo tengo ambiciones, o sueños —aclaró Bruno—. Quiero casarme y tener hijos. No quiero que les falte nada, pero tampoco quiero vivir en función del dinero que les voy a dar. Quiero tener tiempo para mi familia, y mucho tiempo para mis hijos. Quiero una mujer que sea feliz con pequeñas cosas —aclaró Bruno, y dio un mordisco a su pizza. Le señaló el plato a Anastasia y ella, que se había quedado pensando en todo lo que él le había dicho, tomó la porción en sus manos y al dar un mordisco se quedó como en trance.

—¡Dios mío! Es la mejor pizza que he probado en mi vida.

—Y eso que tú, niña rica, debes haber cenado en los mejores restaurantes de tu ciudad —aclaró Bruno.

Él tenía razón, pero desde que había llegado a San Miguel todo tenía un sabor diferente, todo era excitante y fantástico.

Esa pizza de un local sencillo era un manjar de los dioses, y Anastasia entrecerró los ojos mientras masticaba. Parecía estar en otro mundo, gozando como si alguien le acariciara el cuerpo y se lo llenara de placenteras sensaciones. Y Bruno, que había intentado mantenerse en plan de amigo, se la imaginó desnuda sobre sus sábanas, con él recorriendo con sus labios la sedosa piel hasta llegar al vértice, y no tuvo dudas que ella tendría la misma expresión de éxtasis que le estaba mostrando mientras comía la pizza.

—¡Dios mío! Estás a punto de tener un orgasmo con la pizza. Deja ya de hacer esa cara, que todos van a creer que te estoy metiendo manos por debajo de la mesa —todo eso lo dijo con una voz demasiado ronca.

Anastasia abrió los ojos, y cuando lo miró, descubrió que él la observaba como si quisiera devorarla entera, allí mismo, en ese pequeño reservado. Ella no le apartó la mirada, y así se quedaron durante un largo instante, como si el tiempo se hubiera paralizado.

—¿Adónde lleva esa puerta? —preguntó Anastasia.

Bruno frunció el entrecejo.

—Eso ni lo preguntes, bruja —dijo Bruno con los dientes apretados.

—Tú empezaste —dijo Anastasia.

—Tras el paredón de la feria te ocupaste de aclararme que somos amigos—dijo Bruno.

—Pero después de la vida de aburrimiento que te has montado en la cabeza para el resto de tu vida, me apetece dejarte un lindo recuerdo para cuando sientas que la paz del hogar te oprime como si te estuvieran aplastando con un yunque —dijo Anastasia.

Bruno la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Te estás burlando de mis confesiones? —preguntó ofendido.

—No. Solo quiero darte algo de adrenalina para cuando te sientas ahogado con esa vida perfecta que te has montado en tu cabeza, con la generosa, sencilla y humilde Lucre —aclaró Anastasia, y Bruno comprendió que ella había acertado en su deducción—. Me he dado cuenta que no tienes nada con Lucre. En realidad lo tienes todo planificado en tu cabeza. Pero quizá no sea tan sencilla, ni tan humilde, ni tan generosa. Quizá hay un demonio tras esa sonrisa de chica dulce. Pero eso no lo sabemos, y por las dudas de que me equivoque, sería bueno que cuando cierres los ojos para olvidar el tedio que te rodea, tengas algo de emoción que te cambié el día —aclaró Anastasia.

Veinte años tenía, solo veinte años, y había sacado deducciones que él no se había planteado porque había estado demasiado cegado con el rollo que se había armado en la cabeza sobre su futuro tranquilo.

—Es el cuarto de las escobas —dijo Bruno en un susurro—. Pero si entras allí, no voy a permitir que te arrepientas, amiga —recalcó la palabra amiga.

Ella le sonrió con picardía. Estaba tan excitada como él, incluso se le había humedecido el enorme calzón, que era lo único que no se había cambiado en la feria de Carmen, porque Adela, la empleada de sus padres, siempre le lavaba la ropa íntima nueva antes de que la usara.

Bruno se levantó de la silla, la agarró de la mano y de un tirón la pegó a su pecho.

—Algo para recordarte —susurró en su oído, mientras retrocedía sin dejar de mirar el local. No quería llamar la atención, quería que la huida fuera lo más discreta posible. Abrió la puerta y se filtró con ella en el pequeño cuarto donde guardaban los productos de limpieza. Sabía por Ricardo que solían usarlo con Sonia cuando les atacaba la lujuria, como le contaba él. No había pasador, y Bruno pegó a Anastasia contra la puerta. Ella le acarició el pecho sobre la remera y descendió hasta los vaqueros, le desprendió el botón y le bajó el cierre. Él aún no había atacado cuando ella tenía su miembro en las manos y le hacía perder la razón. Le desprendió el pantalón y lo deslizó al suelo. De una patada ella se lo sacó, y él sonrió al ver el enorme calzón que le había dado Carola. Se lo sacó como si se tratara de fina seda blanca y translúcida. Anastasia no paraba de torturarlo. Su miembro estaba duro como el granito mientras ella lo provocaba hasta el límite con esos movimientos de su mano.

La alzó, y Anastasia enroscó las piernas en sus caderas. Ella le acarició el cabello, y él la besó de forma salvaje mientras sus manos rozaban sus pechos. La tenía acorralada entre su cuerpo y la puerta. El beso se hizo más profundo. Un beso que llevaba muchos días de espera. Las manos se deslizaban de forma atolondrada. Era un sueño hecho realidad el poder tocarla

y el sentir como ella le recorría el cuerpo, lo descubría. Y sentirla jadear sobre sus labios fue el sonido más excitante de su vida. Ninguna mujer lo había despertado a la vida como lo hacía la sobrina de Carola.

Él la agarró de las nalgas. Por fin tenía en sus manos ese culito redondo que había visto cuando ella llegó a la casa de Carola. La elevó, y cuando ella descendió, su miembro encontró en la cavidad donde había anhelado refugiarse desde que la conoció.

Se movieron juntos, se besaron, se tocaron. Ella jadeaba, él gruñía. En ese momento Bruno supo que su vida con una mujer como Lucre, a la que no amaba, sería tan aburrida como ella la había descrito. Un empuje, otro, y otro. La puerta se sacudía con sus movimientos. Anastasia se había echado hacia atrás y él le levantó la remera y se quedó un segundo admirando sus pechos desnudos. Se los llevó a la boca, y mamó hambriento mientras posaba sus manos en las caderas y la hacían subir y bajar sobre su miembro.

—Tócame, Bruno. Quiero perder la razón, quiero volar —suplicó Anastasia, casi sin aliento. Él filtró su mano entre los cuerpos, y le masajéó el clítoris hasta que la sintió arquearse. Ahora era ella la que subía y bajaba sobre su miembro, mientras él se ocupaba de llevarla al límite, con su pene hundido en la vagina y su maño acariciando el montículo de su femineidad. Cuando la sintió tensarse, la besó acallando el grito que casi se escapa de sus labios. Él empujó una, dos, tres veces, rápido y profundo, y se dejó arrasar por el orgasmo.

Se quedaron unidos y abrazados. El murmullo de la pizzería regresó a ellos. Habían perdido la noción del lugar y el tiempo. Anastasia lo rodeaba con tanta fuerza, que él pudo sentir su miedo, aunque no supo el motivo hasta que descubrió que los murmullos eran cada vez más grandes, y un grito arrancó a Bruno de la ensoñación.

—¡Anastasia! ¡Dónde mierda te has metido! Si te estás revolcando con

ese pobre diablo del que hablan, te juro que te mato. Maldita consentida, sal ya mismo de dónde te has escondido si no quieres que rompa toda esta basura de local —gritó un hombre. Bruno no tuvo dudas que era el padre de Anastasia, y lo primero que pensó fue que ella iba a desaparecer de la misma forma extraña en que había aparecido en San Miguel, y eso lo aterró.

El encanto del momento se había roto. Los dos se separaron y de forma apresurada se acomodaron las ropas. Después se miraron. Ella, que tenía la fuerza de un huracán, estaba temblando de miedo. La ira en los ojos de Bruno dejaba ver que era capaz de moler a trompadas al padre de Anastasia.

Él ya estaba enterado de que el tipo quería venir a llevarla de regreso. Carola se lo había contado esa tarde cuando fue a buscarla para ir a la feria, pero no se imaginó que vendría corriendo y sin consultarle a su hija si quería regresar al hogar de donde la habían echado como si fuera un mueble viejo. Al parecer la decisión de echar a la hija no había sido consensuada con la de su esposa, y ahora el matrimonio corría peligro de desintegrarse. Un títere, eso era Anastasia para los padres, y Bruno quería verle la cara para rompérsela a trompadas.

—No dejes que me lleve, Bruno. Por favor, no dejes que me lleve —él la miró lleno de pena. Toda la fuerza de Anastasia se hacía agua con la llegada de su padre—. Te juro que no voy a interferir en tus planes con Lucrecia. Mañana mismo desaparezco de acá, pero no dejes que me lleve —siguió suplicando ante el silencio de Bruno.

—No voy a dejar que te lleve. Tendrá que dejarme inconsciente para llevarte, aunque no creo que sea necesario porque tenemos otra salida —dijo Bruno, y Anastasia lo miró llena de gratitud.

—Seguro que se han escondido en el cuarto de las escobas —la voz chillona de Jésica les llegó a los oídos—. Es por allá—dijo Jésica.

—Maldición —dijo Bruno, tomó a Anastasia de las manos y se trepó a

unos cajones que había contra la pared. Abrió un tragaluz que había cerca del techo en el mismo momento que entraba el hombre de traje, con el rostro desfigurado por la ira.

—Maldición, Anastasia. No te traje a la casa de tu tía para que te revolcaras con cualquier infeliz que se cruzara en tu camino. Te traje para que aprendieras una lección, pero por lo visto has seguido con la misma vida licenciosa de antes. Baja ya de ahí que regresamos a casa —gritó el padre de Anastasia.

Bruno desoyó la orden, la elevó para que ella pasar por el tragaluz antes de que el padre la alcanzara. Le había prometido ayudarla, y ese maldito tendría que pasar sobre su cadáver para llevársela en contra de su voluntad.

—¿Y tú? No voy a irme sola —dijo Anastasia a Bruno.

—Yo te alcanzo en un rato. Ve a pedirle ayuda a Carmen. Su tienda está a dos cuadras —susurró Bruno en su oído.

Él alcanzó a ver como ella aterrizaba sobre la calle de tierra y se perdía en las sombras de la noche. Bruno sintió un tirón en el tobillo y lanzó una patada para tratar de liberarse. Tenía que seguir a Anastasia. Ella no conocía bien la ciudad y se iba a perder en el camino. Él no le había explicado para qué lado eran las dos cuadras que tenía que hacer para llegar a la tienda que Carmen tenía en el centro. Y lo más seguro era que Carmen todavía estuviera en el galpón de la feria. Lanzó otra patada, y se agarró del tragaluz intentando elevarse para salir de allí.

—Déjalo, Gabriel. No te das cuenta que estás cegado por la ira. Deja a Bruno, que lo vas a matar. Maldición, deja a mi muchacho —gritó Carola. Bruno se distrajo al escuchar la voz de Carola, se giró a mirarla y cuando vio que también estaba Jéssica y unos cuantos comensales más mirando el espectáculo, apretó los puños. El padre de Anastasia aprovechó que había soltado las manos del ventanuco, y de un fuerte tirón le hizo perder el



equilibrio. Bruno intentó agarrarse de algo para morigerar el golpe, pero todo fue demasiado rápido y cayó al suelo como un muñeco de trapo. La cabeza dio de lleno en el filo de unos cajones, y Bruno quedó inconsciente en el suelo.

## CAPÍTULO 9

Anastasia corrió sin rumbo buscando la tienda de Carmen. Bruno le había dicho dos cuadras, solo que ella no sabía para que lado eran las dos cuadras. Tampoco sabía cómo se llamaba la tienda, por lo que su búsqueda se había convertido en algo ridículo.

No quería caminar por las calles más iluminadas porque podía encontrarse de frente con su padre, y él, sin darle oportunidad de hablar, la metería de un brazo en el coche para regresarla al hogar. Se le escapó una risa entre irónica y nerviosa al pensar en su hogar, del que la habían echado a patadas.

Ella no pensaba regresar. Prefería tomarse un autobús a cualquier parte antes de volver a la casa de sus padres. ¡Qué padres! Los había querido de forma incondicional, con sus virtudes y defectos, porque nunca se había imaginado que su padre podía echarla como si fuera un mueble de descarte.

Después de diez minutos recorriendo dos cuadras a un lado y a otro sin encontrar la tienda, decidió regresar a la pizzería. No iba a entrar, solo quería saber si la camioneta de Bruno seguía estacionada allí para esperarlo escondida en algún lugar cercano.

Se asombró de su cobardía. Ella no tenía más que a Bruno para ayudarla, y lo había dejado solo para enfrentar la ira su padre, para que lo humillara porque no era rico, no era profesional, no era nada, según la limitada valoración de las personas que hacía Gabriel Jones de las personas que no tenían el dinero de ellos.

Bruno la consideraba una mujer fuerte y luchadora, y ella había corrido despavorida, y ahora regresaba a esconderse entre las sombras a esperar que saliera Bruno de la pizzería.

¿Acaso la experiencia de vivir con Carola, y el cambio que había experimentado, no habían sido más que una fachada? Claro que no eran una fachada. Ella había sobrevivido con la cabeza en alto. Ella se había convertido en una persona diferente, y podía enfrentar a su familia, podía enfrentar cualquier reto, y podía decidir lo que quería hacer de su vida.

Esa deducción le dio el valor para enfrentar a su padre, y regresó llena de seguridad. Cuando llegó al playón donde estacionaban los coches vio más gente de la que había cuando se marchó. Había grupos de personas hablando entre ellos, como si adentro hubiera ocurrido algo. Anastasia corrió los pocos metros y fue pasando entre medio de la gente que se había congregado en el ingreso, y allí escuchó que todos hablaban de un hombre que había quedado inconsciente en el piso de un cuartito donde se guardaban las escobas.

Asustada ingresó al local y se hizo espacio a empujones.

—No dejan pasar a nadie —le gritó un hombre que ella había empujado.

Ella no le hizo caso. Bruno le había asegurado que la defendería, y ella no tuvo dudas que quien estaba inconsciente era su padre. En la puerta de ingreso al cuarto había seis o siete personas, todas arracimadas tratando de curiosear lo que pasaba adentro.

—Lo ha tirado de mucha altura.

—Ha dado con la cabeza en los cajones.

Anastasia se asustó. No era su padre el que estaba inconsciente. Era Bruno, se dijo, y a codazos fue avanzando hasta que logró ingresar a la pequeña habitación.

Allí estaba Gabriel de pie, agarrándose la cabeza, y Carola sollozando en un rincón. Anastasia sintió que le faltaba el aire al ver tendido en el suelo a Bruno. Acucillado a su lado había un hombre con un maletín.

—¿Qué le has hecho? —preguntó a gritos a su padre—. ¿Qué mierda le

has hecho?

—No le hice nada. Solo quería evitar que saliera por el tragaluz y se cayó.

—Lo agarraste del pie y lo derribaste —dijo Carola, mientras se le caían las lágrimas—. Mi muchacho cayó como un títere y dio sobre los cajones.

—¡No! —gritó Anastasia, y se tiró de rodillas junto a Bruno—. Bruno. Bruno, despierta. No se te ocurra dejarme sola. Eres mi amigo. Mi confidente. Solo te tengo a ti, Bruno. Tú prometiste defenderme —susurró Anastasia, él abrió apenas los ojos y la miró con ternura.

—Estoy bien, amiga —dijo, pero estaba tan mareado que toda la habitación daba vueltas a su alrededor, y volvió a cerrar los ojos.

—Señorita, por favor, deje que lo revise. Se ha dado un golpe tremendo —dijo el médico que estaba junto a él.

—Y todo por mi culpa —susurró Anastasia, pero no se apartó de su lado como le había pedido el médico—. Te hice prometer que no dejarías que me llevara —le acarició la mejilla. Él le tomó la mano y volvió a abrir los ojos para mirarla.

—No deberías haber vuelto —aclaró.

—No debería haber saltado por esa ventana —dijo Anastasia—. Debería haber enfrentado a mi padre. Debería haber sido valiente. Tú admiras mi fuerza, y hoy salí huyendo como una cobarde.

—Ahora las vas a necesitar, amiga, porque dudo que te pueda defender —dijo Bruno, y le dedicó una sonrisa apenas imperceptible.

—Yo te voy a cuidar. También voy a hacer tus trabajos, si es necesario —aclaró Anastasia, y Bruno le apretó la mano.

Gabriel miraba sorprendido a Anastasia. Esa no era su hija. No era la joven alocada que había dejado en la casa de su prima. La consentida que se

emborrachaba todas las noches, que iba al Spa y se tiraba por horas a tomar sol en la pileta, y la que dejaba en rojo la tarjeta de crédito de la madre. Él la había querido cambiar, y ahí tenía el cambio. Solo que no había medido la magnitud, y lo que estaba observando no le gustaba.

Andrea lo iba a matar cuando viera a su retoño vestida con esas prendas espantosas. Y le iba a pedir el divorcio cuando supiera el hombre que su hija había elegido. Los dos se llamaban amigos, pero en sus miradas había mucho más que esa amistad de la que hablaban.

—He venido a buscarte, hija. Creo que ya has aprendido la lección. Pero una cosa es que vivas una nueva experiencia para aprender a apreciar lo que tienes, y otra que te metas con cualquier pobre rata que se cruce en tu camino, con cualquier oportunista que pretenda aprovecharse de nuestra fortuna —dijo Gabriel, y miró a Bruno con desprecio. De ninguna manera iba a permitir que su hija se encaprichara con alguien tan insignificante como el que estaba tirado en el suelo.

Bruno frunció el entrecejo. Esas palabras le dolieron. Él era humilde pero siempre intentaba ayudar a todo el que lo necesitara, y no iba a tolerar que lo despreciaran de esa forma. Anastasia lo miró con pena. Eso sí que lo indignó, y le soltó la mano.

—Cállate. No sabes lo que estás diciendo —dijo Anastasia, y se incorporó del suelo para enfrentar a su padre—. Le dije a Carola que te transmitiera que no pensaba irme —miró a su padre como retándolo a que la contradijera. Pero sintió un miedo terrible al observar su mirada severa, como si estuviera dispuesto a sacarla del brazo. Gabriel la desafiaba de la misma forma que lo había hecho cuando la echó, sin escucharla y sin importarle sus sentimientos y su desesperación.

—Tu vida está con tu familia. Tus amistades están allá. Tu madre está desesperada, hija. Acá no tienes las comodidades a las que te hemos

acostumbrado. Es ridículo que quieras quedarte y desperdiciar el futuro que te espera —aclaró.

—¡Mi vida! —admiró Anastasia, y negó con la cabeza—. ¡Mi futuro! ¿Cuál futuro? —preguntó.

—Eres una privilegiada. Tienes el dinero suficiente para ser... lo que se te antoje, para tener al hombre que se te ocurra, la vida que cualquier mujer con un poco de cerebro no se animaría a despreciar.

—Mi vida está acá —dijo Anastasia con los puños apretados al escuchar a su padre afirmar que su dinero le compraría la felicidad.

—No seas ridícula. Estás tirando un futuro fantástico a la basura por estos... —señaló con desprecio a las personas, como si estuvieran rodeados de insectos despreciables, y ella quiso desaparecer al escuchar sus palabras despectivas. Qué derecho tenía de ofender a las personas que estaban allí—. Acá no tienes nada, solo privaciones, Anastasia. Allá tienes una empleada que te prepara el desayuno que se te antoja, que te lleva el jugo a la piscina y atiende a todos tus amigos. Tienes tus salidas con amigos que son como tú. El club de campo, las vacaciones en el yate. Tienes el Spa que tanto te gusta. Tu estilista. El jacuzzi regado con aceite de lavanda... lo tienes todo —exageró Gabriel moviendo las manos.

Si le había costado integrarse cuando vestía de pordiosera, con el desprecio que su padre estaba haciendo de la gente de San Miguel, ya nadie querría mirarla. Anastasia vio como Jérica la miraba con odio, pero no solo ella, porque allí estaba un grupo de jóvenes, que debían ser los amigos de Bruno, que la miraban con el mismo desprecio que su padre había hablado de ellos.

Ella había sido una pordiosera que vendía verduras en un carro o envolvía las viandas del negocio de Alejandro, y en ese momento Jérica y los amigos de Bruno, que estaban en la puerta, estaban descubriendo su otra cara,

la cara oculta para los ciudadanos de San Miguel. Miró a Bruno, y vio que él tenía la mandíbula tensa y no le devolvía la mirada. Él también se había ofendido. Y en ese momento ella se sintió más sola que nunca, pero siguió defendiendo su nueva vida frente a su padre.

—Es cierto, acá no tengo jacuzzi, ni piscina. ¿Sabes cómo me baño?  
—preguntó a su padre.

—Sí, lo sé, maldición. Te echas agua con un jarro. Y eso no es para una princesa como tú —aclaró Gabriel.

—Me gusta la hora que demoro en prepararme el rudimentario baño. Disfruto de cada gota de agua que cae sobre mi cuerpo. Ahora valoro hasta un jabón con algo de perfume. Jabón que me iba a comprar hoy, porque hasta esta tarde me he bañado y lavado el cabello con jabón de lavar la ropa —se soltó la cola de caballo y el cabello duro como paja seca calló sobre su rostro—. Mira mi cabello, Gabriel. Mira como ha perdido el brillo y la suavidad —dijo Anastasia, sin apartarle la mirada—. Y a pesar de ello, me siento feliz.

Su padre la miró horrorizado.

—Tú le has privado de todo lo imprescindible a mi hija —gritó Gabriel a Carola.

Carola lo miró seria. Era fácil echar culpas para no ver lo que él mismo había hecho.

—Desde el momento en que la dejaste tirada en el ingreso de mi casa supiste la humildad en la que iba a vivir Amanda —aclaró Carola.

Gabriel la miró desconcertado por el cambio de nombre, y entrecerró los ojos.

—Anastasia —aclaró Gabriel después de un largo espacio de tiempo.

—Tú le habrías puesto Amanda, primo —aclaró Carola.

—Es un nombre vulgar —dijo Gabriel, sin apartar los ojos de su prima, y sonrió tenso cuando vio el dolor en la mirada de Carola. Sí quería

desestabilizarlo con ese nombre, era porque no sabía cuánto había cambiado desde que se marchó de San Miguel.

Anastasia miró a uno y otro sin entender. Pero ese no era el momento para averiguar quién era realmente Amanda. Ella había creído que el cambio de nombre era un simbolismo que representaba su cambio de vida. Pero Bruno estaba en el piso, golpeado y furioso por el desprecio del hombre que podría haberlo matado, y ella solo quiso acercarse a abrazarlo y pedirle perdón.

Él era quién más la había ayudado, y estaba soportando en silencio toda esa injusticia. Anastasia solo quería estar a su lado, como amiga, confidente o lo que fuera. Quería quedarse para poder verlo, aunque solo fuera a la distancia, cada día de su vida, porque después de todo lo que había soltado su padre, tenía el presentimiento que su vida allí sería más solitaria que cuando llegó.

Se escuchó la sirena de una ambulancia, y la discusión de su padre y Anastasia pasó a segundo plano.

—Bruno. He pedido una ambulancia, y te voy a trasladar al hospital para que te hagan una tomografía —dijo el médico.

—No hace falta —dijo Bruno, y trató de incorporarse.

—Claro que hace falta. Hay que ver que no tengas lesiones internas —aclaró el médico.

A Anastasia se le resbalaron las lágrimas, y se agachó a su lado.

—Te voy a acompañar. No me voy a apartar de tu lado hasta que estés bien —aclaró Anastasia. Bruno la ignoró, pero ella no se daría por vencida. Miró a su padre como retándolo a que la agarrara del brazo e intentara llevarla a empujones, y le dijo—. Ni siquiera te ha importado el estado de salud de Bruno. Eres un insensible —aclaró.

Su padre caminó hacia ella, decidido a arrancarla del lado de ese tipo.

—Amanda se queda en mi casa, Gabriel —dijo Carola—. Solo se irá



cuando ella lo decida.

—Ella se viene conmigo —dijo Gabriel, y cuando la quiso agarrar del brazo, Carola se interpuso entre los dos.

—Si intentas llevártela de la misma forma que la trajiste, voy a desmayarte de una trompada. Y sabes que soy muy capaz de hacerlo.

—Es una locura. Mi matrimonio se está derrumbando —aclaró Gabriel.

—Eso será por tú culpa —Carola seguía parada entre padre e hija, con los puños apretados—. Amanda no tiene por qué cargar con los errores de sus padres. Ella es libre de decidir. Tú le diste la libertad.

Gabriel la miró horrorizado, porque en el fondo su prima tenía razón.

—Yo solo le quise dar una lección.

—Y parece que dio más resultados de los que te esperabas, porque ella la aprendió, maduró y ahora toma sus propias decisiones. Es mayor de edad —aclaró Carola.

Anastasia miró a uno y a otro. Su padre estaba furioso y desconcertado. Carola lo miraba amenazante, como si estuviera dispuesta a desmayarlo de una trompada, como lo había amenazado. Gabriel miró a su hija mientras negaba con la cabeza.

—Esto no va a quedar así —dijo Gabriel a su hija, y se marchó.

No se la había llevado de un brazo gracias a Carola, que se había puesto en el medio. No Bruno, sino Carola. Su padre había llegado para arruinarle la noche más maravillosa que había pasado, pero ella iba a seguir luchando por conseguir su libertad. Lo único que le importaba en ese momento era que Bruno se recuperara y volviera a mirarla con esos ojos llenos de admiración. Esa mirada que la hacía sentir una mujer capaz de conseguir cualquier meta que se propusiera.

## CAPÍTULO 10

Bruno estuvo ingresado dos días en el hospital. El golpe lo había dejado inconsciente y mareado, y los médicos le estaban haciendo estudios para asegurarse que no tendría complicaciones. Pero el golpe no le había dolido tanto como todas las palabras que había escupido el padre de Anastasia.

Anastasia se había empeñado en quedarse a cuidarlo. Él no tuvo dudas que se sentía culpable porque el accidente lo había provocado su padre. Bruno sentía tanto odio por ese hombre, que no tuvo la inteligencia de separar las aguas, y se había desquitado con Anastasia.

Apenas lo pusieron en una habitación, Anastasia quiso acomodarle las almohadas para que estuviera cómodo. Se ofreció a traerle un jugo de naranja del bar, e intentó disculparse, pero él cerró los ojos y la ignoró. ¡Pobre rata! ¡Oportunista! Así lo había llamado su padre. Él en ese momento no la quería allí, pero ella parecía no darse cuenta.

Le dolía todo el cuerpo, y como no lo dejaban levantar, la cabeza se le llenó de pensamientos destructivos.

Anastasia era mucho más glamurosa de que lo que él había imaginado, y Bruno se preguntaba ¿cuánto le duraría esa vida llena de limitaciones que la tenía tan encandilada? No mucho, fue su silenciosa respuesta.

Sintió que ella se alejaba de la cama. Él abrió apenas los ojos y la vio parada en un rincón, mirando la noche por la ventana. Quizá lo creía dormido. Mejor, se dijo, así él podía pensar en todo lo que había pasado desde que ella había llegado a romper todos sus esquemas.

Él se había enamorado de su fuerza y entereza para soportar el cambio de vida, pero no se había dado cuenta la enorme diferencia que había entre los

dos. Ella era una joven de club de campos, de fiestas lujosas, vacaciones en yates, de Spa y de reuniones en su piscinita con amigos. Tenía una empleada que le cumplía todos los caprichos. Era una joven que salía todas las noches y se emborrachaba con amigos ricos como ella. Él, en cambio, era socio del club de pesca, iba de vacaciones a una cabaña junto al lago y se reunía en el bar a tomar una cerveza con sus amigos para hablar de deportes o de trabajo.

Esa noche habían tenido casi una cita, habían tenido sexo en el cuarto de las escobas, por Dios, y después se había enterado del verdadero estatus de la princesa.

Odiaba sentir que ella era inalcanzable, que nunca encajaría en su vida, que nunca estaría a su altura, que no podría darle todos los lujos a los que la habían acostumbrado. Había sido criada para disfrutar de una vida llena de glamur, y él solo podía darle humildad.

Todo eso lo había dejado lleno de furia y de tristeza, pensando en el abismo que había entre los dos. Tenía que alejarla de su lado antes de que el agua llegara al río y barrieran lo poco bueno que tenían para recordar.

Por suerte una hora más tarde comenzaron a llegar sus amigos, y él abrió los ojos, les sonrió, e ignoró a Anastasia como si no estuviera plantada en un rincón de la habitación, mirándolo con la tristeza reflejada en sus ojos.

Tragó con fuerza el nudo que tenía en la garganta, pero siguió ignorándola mientras conversaba con sus amigos. Cuanto antes se desencantara de él, más rápido regresaría a su vida. Porque si algo tenía claro, era que ella se quería quedar en San Miguel por él. Y si él no estaba más para ella, regresaría a su antigua vida llena de grandes oportunidades.

Anastasia no podía creer lo que estaba pasando. Ese hombre no era Bruno, su amigo y confidente. El hombre que le había regalado ropa cuando la vio vestida de pordiosera, el que le había juntado flores silvestres para poner en el jardín de Carola, y el que había dividido con ella las ganancias de la

recolección. No era el hombre que la fue a buscar esa tarde para ir a la feria de Carmen y la llevó a cenar pizzas. No era el que le hizo el amor en el cuartito de las escobas. Pero todo eso había sido antes de que su padre lo mandara al hospital, y lo humillara con sus comentarios despectivos delante de todos sus amigos. Él abrió los ojos cuando llegaron sus amigos, y Anastasia descubrió con dolor como Bruno la ignoraba como si no estuviera parada en un rincón.

Siguió observando a Bruno, que reía con sus amigos de anécdotas del pasado. Él le sonreía con cariño a sus amigas, se dejaba abrazar, y hasta permitió que una de ellas le diera un largo beso en los labios. Todos lo vitorearon, mientras Anastasia sentía el escozor de las lágrimas, pero parpadeó varias veces porque no pensaba mostrarle su dolor.

Anastasia seguía parada en el rincón de la habitación, sintiéndose una intrusa en ese cuarto. Habría querido salir corriendo de allí para no seguir soportando el desprecio de Bruno, pero se quedó. Quizá era masoquista. Quizá quería descubrir si lo que ellos habían sentido, para él solo había sido una farsa. No lo sabía, pero necesitaba quedarse para entender qué estaba pasando por la cabeza de Bruno.

—Recuerdas la fogata en el lago, cuando las chicas se emborracharon y comenzaron a bailar alrededor del fuego —todos estallaron en carcajadas. Bruno también, a pesar de que reírse le producía dolor de cabeza. Pero quería que Anastasia se diera cuenta lo bien que se lo pasaba con sus amigos. La miró de reojo y vio que miraba el suelo y se retorció las manos. No tuvo dudas que en su ambiente de ricos nunca la habían dejado de lado. Seguramente la adulaban e idolatraban. Su corazón se rompía a pedazos al ver la tristeza en su rostro de Anastasia, pero no iba a ceder. Ella tenía que regresar a su vida, se dijo.

—Y la noche que nos fuimos todos en la camioneta del padre de Jérica

a la casa de Adriana. Todos nos quedamos enamorados de la casa, y tú de Adriana —dijo Ramiro.

—Y Jérica casi te ahoga en la piscina cuando te vio que la mirabas embobado.

—Ese día se enrolló con Ignacio, y logré liberarme de sus garras — dijo Bruno, y rio, pero no sintió esa felicidad que estaba aparentando. Tuvo que agarrarse la cabeza porque la risa le provocaba unos mareos terribles, pero no iba a cejar en su intento de desencantarla.

Anastasia, que estaba en un rincón, como si fuera un florero, hizo amago de acercarse para preguntarle si estaba bien, pero como él le estaba demostrando que ella no le importaba un pimiento, se quedó en su lugar. “Ojalá se le parta de dolor la cabeza dura que tienes”, pensó llena de ira.

Las anécdotas siguieron, y ella cada vez se sentía más incómoda en esa habitación. Toda su seguridad se había hecho humo y no podía parar de retorcerse las manos. Si alguno levantara la vista se daría cuenta de su nerviosismo. Por suerte nadie le prestaba atención.

Después de una hora de diversión, los amigos de Bruno se fueron sin saludarla, por supuesto. Pero llegaron otros; y cuando esos se marcharon apareció otro grupo. Y así fue pasando la noche, con ella convertida en una estatua, mientras el grupo se divertía hablando de momentos que solo les causaba gracia a ellos.

Anastasia había visto que Bruno la había mirado de reojo en varias ocasiones, y supuso que era para saber si ya se había hartado de que la ignoraran y se había ido. Estaba desconcertada con su desprecio, y suponía que la culpaba por los desprecios de su padre. Ninguno de los amigos le dedicó ni un saludo de compromiso, y Bruno no se molestó en presentarla a nadie. La única vez que alguien se dirigió a ella, fue para decirle, que ya que estaba allí sin abrir la boca, saliera al pasillo, se quedara de centinela y les

avisaba si alguna enfermera venía a echarlos.

Anastasia no dijo nada, ni siquiera miró a Bruno, y por eso no se enteró que él tenía los puños apretados.

Bruno se contuvo de mandar a la mierda a todos sus amigos. La acababan de humillar, y ella se había ido a hacer guardia fuera de la habitación sin decir una palabra. Él se la imaginó en el pasillo, hundida y llorando por los desprecios de sus amigos, y porque él estaba actuando como un maldito hijo de puta, que la ignoraba como si horas antes no hubieran compartido el amor que se tenían.

—Parece sumisa la princesita. No parece tan esnob como la pintó el hijo de puta del padre —dijo Andrés.

—Es porque está fuera de su ambiente de ricos —dijo Carina, una de las mujeres que se le había lanzado a los brazos cuando llegaron a verlo.

Anastasia salió al pasillo, escuchando los hirientes comentarios de los amigos de Bruno. La verdad que se sintió aliviada de alejarse, porque allí podía llorar sin que nadie la viera. Jamás la habían despreciado de forma tan abierta. Nunca nadie la había hecho sentir tan insignificante. Esto era mucho peor que el día que Carola la obligó a subirse al carro para ir a vender verduras al centro.

No regresó a la habitación cuando los amigos de Bruno se fueron. Para qué, si él ni la miraba. Siguió parada en el pasillo sin saber si quedarse o marcharse. Dos horas más tarde estaba media dormida contra el marco de la puerta, y alguien la sacó del sueño ligero de un empujón, que casi la tiró al piso. Anastasia se frotó los ojos, y cuando se asomó por la rendija de la puerta vio a Jérica, que se había acostado en la cama con Bruno y le acariciaba el pecho mientras le contaba que no había pegado ojo en toda la noche por lo preocupada que estaba por él.

Después del sexo que habían compartido en el cuartito de las escobas,

él estaba acostado con Jérica y se dejaba manosear. La tolerancia de Anastasia llegó a su límite. Entró a la habitación para buscar el suéter que le había dejado Carola la noche anterior, y se sintió usada cuando vio que Bruno tenía abrazada a Jérica por el hombro. Él tuvo la delicadeza de apartar la mano cuando la vio entrar, pero ya era tarde. Ella ya había visto demasiado en una sola noche.

—¿Te vas? —preguntó Bruno.

Anastasia lo miró llena de furia. Era la primera vez que la hablaba desde que estaba allí, y eso que se había quedado parada como estatua por más de doce horas. ¡Acaso él pretendía que se quedara después de todos los desprecios! ¡Pretendía que siguiera siendo el florero del rincón mientras él se divertía con sus amigos! ¡Quería que se mantuviera parada en el pasillo de centinela mientras él se abrazaba con Jérica! ¿Qué quería ese idiota?, no tuvo dudas que Bruno había decidido culparla a ella por todos los insultos de su padre, puesto que ni siquiera la había presentado a sus amigos.

Toda la complicidad que habían compartido en el huerto, cuando estaban solos, había sido una farsa. Él solo había querido acostarse con ella, y ya había pasado página.

Tenía ganas de llorar, gritar y patalear, pero ya no era la joven que hacía berrinches, y tuvo que parpadear varias veces para que las lágrimas no le resbalaran por las mejillas.

—Bueno, como la muda otra vez no abre la boca, la que se va soy yo, porque si no abro el negocio mi padre me mata —dijo Jérica, y le dio un beso en los labios.

Él no le devolvió el beso, pero tampoco se apartó.

Anastasia apretó los puños y se tragó el nudo que tenía instalado en la garganta desde la noche anterior. No iba a llorar. No iba a derramar ni una lágrima delante de ellos.

—No te vayas. Necesito que hablemos, por favor —dijo Bruno.

¡Qué! ¡Ahora que ella se iba le pedía por favor que se quedara! Que se quedara con sus culpas, porque ella ya no tenía ganas de hablar.

—Tienes muchas amistades que se pelean por estar contigo. Y por si no te diste cuenta, pasé toda la noche siendo menos importante que el florero que tienes en la mesa de noche. Mejor ocupo mi tiempo en conseguir un trabajo para no depender de mis padres y de Carola. No quiero depender de nadie, ni pedir nunca más un favor a nadie. Siento lo que mi padre te hizo anoche. Te juro que no volverá a suceder.

—Tú también tienes amistades en tu casa —gritó Bruno, como si eso justificara el desprecio que le habían hecho toda la noche. El padre de Anastasia le había mostrado el abismo que había entre ellos. Y él se había dado cuenta que ella no estaba a su alcance. También, de alguna manera, el desprecio que le había hecho el padre, él se lo había devuelto a ella, que se había quedado a cuidarlo soportando la indiferencia de todos.

—Sí, las tengo, y son tan esnob a como te has comportado tú y tus amigos esta noche. Ya no te considero mi amigo. Solo fuiste bueno conmigo cuando estábamos solos. Tal vez sentiste pena de la pobre sobrina de Carola. Pero esta noche me has demostrado lo poco que te importaba mi amistad —dijo Anastasia, y Bruno tuvo que admirar su inteligencia. Si había querido alejarla de él, ya lo había logrado. ¿Por qué no se sentía satisfecho con su logro?—. Quizá mi padre tenía razón. Quizá no encaje en tu ambiente. No porque no me guste, sino porque no me quieren.

—Creo que tiene razón. Anoche tu padre me hizo ver la vida que tenías antes de llegar. No me imaginé que era tan distinta de la mía. Tu padre me humilló delante de mis amigos —dijo Bruno.

—Lo sé y lo siento. Pero creo que ya te cobraste conmigo las humillaciones de mi padre, por lo que no te debo nada. Estamos a mano. Y



todo lo que dijo mi padre es verdad. No exageró en nada. Esa era mi vida. Ya no la quiero más, pero tampoco quiero formar parte de tu círculo de amigos.

—No habrías encajado, Anastasia. Somos el agua y el aceite —dijo Bruno con sinceridad.

—Te equivocas. Tus amigos y tú son tan despreciativos e indiferentes como los que dejé atrás, solo que mis antiguos amigos no me despreciaban. Yo era la princesa allá. Acá no soy ni un insecto. Tus amigos y tú se han dedicado toda la noche a dejármelo claro —aclaró Anastasia.

—¡Tu padre nos humilló a mí y a todos mis amigos! —gritó Bruno—. Por eso nadie te miró anoche. Por eso quisieron que te sintieras despreciada.

—¡Bravo por ellos!, lo lograron. Ya me han hecho pagar lo que ustedes creen que merecía —dijo Anastasia, y se giró para marcharse.

—Nadie te ha querido hacer pagar nada —gritó Bruno, aún sabiendo que eso mismo había sucedido, aunque su intención no había sido esa.

En la puerta Anastasia se encontró de frente con Lucre, que llegaba con una bandeja llena de masas y tortas.

—He traído un desayuno digno de un Dios para el mejor hombre del mundo —dijo, y desplegó una sonrisa espectacular. Se acercó a él, le dio un beso en la mejilla y le acarició el cabello—. ¿Te sientes mejor?

Bruno asintió a su pregunta sin dejar de mirar a Anastasia.

—Por qué no te quedas a desayunar con nosotros, Anastasia —dijo Bruno, creyendo que ella no se negaría si se lo pedía delante de Lucrecia.

—Gracias, pero no puedo. Es mejor que el pasado se marche para que puedas comenzar a disfrutar del futuro que planificaste —dijo Anastasia. Lucrecia miró a uno y otro sin comprender. Era un mensaje que solo ellos comprendieron. Era la confesión que él le había hecho la noche anterior, y ella le estaba aclarando que ya era su pasado. Frente a él tenía el futuro que había planificado en su cabeza, un futuro con una mujer que le preparaba el mejor

desayuno del mundo, que le daría hijos, y se conformaría con una tarde sentada en la reposera de la casa, mirando cómo se divertían los niños en el jardín.

Bruno apretó los puños.

Anastasia salió de la habitación y se quedó un rato en el pasillo, escuchando como Lucrecia le decía que no se hiciera ilusiones con una mujer que duraría un suspiro en San Miguel, porque tenía demasiados lujos esperándola en su casa.

Bruno no la defendió. Anastasia sintió como se le escurrían las lágrimas y salió corriendo de la clínica. No dejó de llorar durante toda la larga caminata hasta la casa de Carola.

## CAPÍTULO 11

Una semana después de la humillación de Anastasia en el hospital, Carola se animó a pronunciar el nombre de Bruno. Anastasia se enteró que le habían dado el alta al día siguiente de que ella saliera huyendo del hospital.

Ella había llorado varios días. También había pensado en todo lo que había pasado. Se había sentido traicionada, estafada y dolida por todos los desplantes que le había hecho. También se sentía culpable, porque él había quedado internado por culpa de su padre, que además lo había humillado delante de sus amigos.

Se alegró de que estuviera bien y en su casa. Aunque le dolió saber que Jéssica lo había ido a buscar en su coche, y que Lucrecia le llevaba comidas caseras preparadas especialmente para él. La mujer se estaba esmerando en conquistarlo, y ella no pensaba competir con el futuro de Bruno. Ya había asumido que ella era su pasado. Estaba convencida que Bruno solo había sentido deseo, y ya lo había satisfecho en el cuarto de las escobas de la pizzería.

—Me alegro de que tenga a tantas amigas solidarias —dijo Anastasia, mientras seguía poniendo flores en el jardín de la casa de Carola. Ese día había ido a buscar más champas para ocupar el tiempo en algo que no fuera llorar.

—¿Y cómo te ha ido con la búsqueda de trabajo? —preguntó Carola.

Anastasia llevaba tres días recorriendo negocios del centro para pedir trabajo, pero nadie le había dado una oportunidad.

—No he conseguido nada. Ni siquiera me quisieron en el mercadito que está cerca de la plaza, que tiene un cartel en la caja que dice: se busca repartidor —aclaró Anastasia—. Creo que me voy a tener que ir a otro sitio.

Acá no soy bienvenida —aclaró.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Carola.

—Es algo que lo siento acá —dijo Anastasia, y se señaló el pecho. Después siguió aplastando con la palma de las manos la tierra que había echado alrededor de las flores. No quería contarle a Carola lo que había pasado en el hospital. Su tía intuía algo, puesto que ella había llegado llorando y se había encerrado en la habitación hasta el día siguiente, pero Carola, así como no contaba nada de su vida era discreta con la de ella, y no le había preguntado qué había pasado.

—Eso es porque no te conocen —dijo Carola asombrada—. Y también es porque el escándalo de tu padre te dejó mal parada.

—¿Quién es Amanda, Carola? ¿Quién fue en la vida de mi padre?— preguntó Anastasia cuando Carola nombró a su padre. el cambio de tema fue para quitar el nudo que se le formaba en la garganta cada vez que pensaba en los desprecios de Bruno. No quería llorar delante de su tía, y que el dolor le hiciera contar todos los desprecios que había sufrido en la clínica.

—Amanda fue mi mejor amiga en la juventud. Siempre la he admirado por su fuerza y su actitud positiva frente a la vida. Era una mujer muy pobre, pero siempre estaba feliz.

—¿Y qué tiene que ver mi padre en todo eso?

—Él y Amanda estaban enamorados. Pero tu padre estaba más enamorado de sus ambiciones. Gabriel se fue a estudiar contador a la ciudad y le prometió que volvería a buscarla. Amanda lo esperó, a pesar de que presentía que no volvería. Y no volvió. Tu padre conoció a tu madre cuando ella lo contrató para que le llevara las cuentas de su negocio. Tenía una tienda de antigüedades y objetos de arte, quizá que la sigue teniendo —Anastasia asintió—. Tus abuelos maternos tenían mucho dinero, y tu padre logró el estatus que tanto quería. Gabriel entró en el círculo de las amistades de tu

madre y se movió como pez en el agua.

—¿Y Amanda? —preguntó Anastasia.

—Bueno, ella se casó hace diez años, cuando murieron sus padres.

—¿Vive en San Miguel?

—Ahora vive en Santoro, un pueblo que está a veinte kilómetros. No tuvo hijos, pero es feliz. Siempre fue feliz con lo que la vida le daba. Sufrió mucho cuando él no regresó.

—¿Por eso me dices Amanda?

—Te digo Amanda porque es una mujer que vale la pena imitar —dijo Carola—. Es digna de admiración. Fuerte, luchadora y humilde.

—¿Y mi padre la sigue queriendo?

—No. Tu padre pasó página apenas se fue. Tu padre ama a tu madre.

—¿Ama a mi madre o el dinero de mis abuelos?

—Eso es muy injusto para tu madre.

—Viendo lo interesado que es, no creo que sea injusto sino realista.

—Creo que ama el conjunto, cariño. Ama lo que tienen, lo que han logrado. Ama la hermosa familia que construyeron juntos —aclaró Carola.

A Anastasia le resultó irónico lo de la hermosa familia que construyeron, pero no dijo nada.

—Tú no conoces a mi madre —dijo Anastasia.

—No he tenido el placer. Pero me encantaría conocerla —aclaró Carola.

—¿Mi padre nunca más volvió a San Miguel?

—Volvió el día que te dejó en la puerta de mi casa. Su llamado para que te recibiera me dejó helada. Él pasó página de todo lo que vivió acá —aclaró Carola—. Hoy, en la pizzería, lo vi algo confundido. Era como si al verte tan humilde estuviera viendo a Amanda, y se quedó desconcertado cuando yo te llamé como ella. Te criaron para ser una princesa, una muñeca

consentida, y al verte defender tus ideales lo dejaste mudo. No creo que acepte tu decisión. Él ha luchado mucho para estar donde está, y dudo que acepte que alguno de sus hijos baje unos cuantos escalones —aclaró Carola.

—Bueno, esa es una decisión mía, tía —dijo Anastasia—. Ahora mismo necesito de tu ayuda para que alguno de estos ciudadanos, que ni me miran, me den un trabajo —aclaró Anastasia—. Quiero independizarme, y quiero vivir de lo que gane para no depender de nadie.

Carola la miró fascinada.

—Eso será fácil, siempre que estés dispuesta a empezar de abajo —aclaró Carola.

—Cualquier trabajo me vendrá bien.

—Así se habla, querida —dijo Carola—. Mañana hablo con Enrique, el dueño del hotel San Miguel. Creo que necesita una camarera de piso de doble tiempo para tres días de la semana. Si demuestras ser buena empleada, ya tendrás tus referencias para buscar un trabajo que te guste más.

A Anastasia se le iluminaron los ojos. ¡Camarera de piso! Si su padre y su madre se enteraran que iba a ser personal de limpieza de un hotel, se morirían de angustia. Pero ella ya no era la de antes, ni quería serlo. A pesar de que muchos la ignoraban, y a pesar de los desprecios de Bruno y sus amigos, ella se iba a quedar en San Miguel y les iba a demostrar a toda esa gente de qué pasta estaba hecha Anastasia Jones.

\*\*\*\*\*

Diez días después Anastasia ya era una camarera competente, que se movía por las habitaciones como si llevara años trabajando en el hotel San Miguel. Cambiaba las sábanas, sacudía las alfombras, lustraba el mobiliario, limpiaba los vidrios y los baños de las habitaciones. Se sentía agradecida con

su tía, que era amiga de Enrique Forbes, el dueño del hotel. Él era un hombre agradable con sus empleados. Lástima que no se podía decir lo mismo de José López, el encargado del hotel y el jefe de todos los empleados.

José era un hombre de treinta y cinco años, serio y estirado. Y como ella era “la nueva” le hacía pagar el derecho de piso cargándola con más trabajos, que ella cumplía porque no pensaba dar motivos para que la echaran. Sus compañeras le habían aconsejado que trabajara a un ritmo más lento para que López no le agregara más tareas, y eso hizo.

Anastasia trabajaba doble turno y le pagaban un salario decente. No para alquilar una casita para ella, pero como Enrique le había ofrecido una habitación de servicio y le dejaba llevarse la comida que sobraba, iba a ahorrar buena parte de su salario.

Bruno era conserje por las mañanas, pero no se había reincorporado, y Norma le había contado, dos días atrás, que su hija Lucre le había dicho que Bruno había presentado la renuncia.

A Anastasia le dolió saber que la hija de Norma sabía todo de Bruno, y no tuvo dudas que Bruno había comenzado a forjar su planificado y aburrido futuro junto a ella. Pero también se sintió aliviada de no tener que verlo todos los días. Tal vez, él se había enterado que ella estaba trabajando de camarera, y había renunciado para no tener que verla. Ya eran dos los que no se querían encontrar, se dijo, aunque sintió el clásico nudo en la garganta.

Esa noche estuvo llorando en su habitación, y al día siguiente cumplió con todas las tareas extra que le encomendó José, hasta reemplazó a una compañera para no tener que pensar en él durante sus ratos de descanso.

Ella sabía que en algún momento se cruzaría a Bruno en el centro, pero por el momento no había ido nunca. El hotel estaba alejado, y ella prefería pasar sus ratos libres leyendo algún libro, o escuchando música en el móvil que Carola le había devuelto cuando se fue de su casa. Lo único de su vida

pasada que aún conservaba. El único objeto de valor que tenía en ese momento.

Le gustaba la paz del lugar y se había acostumbrado a dar largos paseos por los alrededores. Se sentía feliz porque, a excepción de José, todos la trataban bien, y nadie la ignoraba o la dejaba de lado.

En su primer día conoció a Norma, la madre de Lucrecia. Y para su asombro enseguida le tomó cariño. Era una mujer sufrida y comprensiva, que le enseñó todos los secretos para dejar las griferías relucientes, los pisos como espejos y los vidrios tan transparentes que parecía que los ventanales estaban abiertos. También le enseñó a armar las camas, sin que quedaran pliegues que dieran mal aspecto y a darle forma de cisne a las toallas. Eso le evitó que José, además de mirarla mal también la sermoneara por su falta de experiencia en el trabajo.

Anastasia estaba contenta, porque por primera vez en su vida ella dispondría de un dinero propio para comenzar a forjar su futuro. Quería ser una mujer independiente para que nadie, absolutamente nadie, se metiera en su vida.

Cuando la contrataron, le aclararon que su trabajo sería de lunes a miércoles inclusive, de las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. Eran muchas horas pero le daban media hora para desayunar y una hora para almorzar, y esos pequeños descansos le permitían recuperar fuerzas para seguir cumpliendo con las tareas.

Los clientes del hotel eran una mezcla extraña. Algunos eran atentos, otros eran esnobs como su padre, pero la mayoría le daba propinas generosas cuando les llevaba un refrigerio a la piletta o el almuerzo a la habitación. Enrique, el dueño, ya le había dicho que si se esmeraba en complacer a los clientes la compensarían con buenas propinas. A ella no le correspondía atender a los clientes, pero José le había encomendado también esas tareas. Él



la había querido espantar, sin darse cuenta que a ella las propinas le venían geniales. Lo que José había considerado una carga más para la nueva, se había convertido en una pequeña ventaja en su trabajo, porque todos los días tenía algún dinero extra.

Carola venía todas las mañanas y conversaban durante la media hora que le daban para desayunar. Para su sorpresa su tía no venía en el destartalado carro que había usado cuando ella estaba en su casa, sino en un coche, que no estaba tan mal.

Cuando ella le preguntó de dónde lo había sacado, le dijo que había regalado el carro con los caballos a unos vecinos que lo necesitaban más, y se había comprado ese coche para poder venir a verla todos los días. Eso la llenó de emoción, su tía Carola era la única persona que se preocupaba por ella.

Ya llevaba dos meses trabajando en el hotel. El exceso de actividades y su decisión de mantenerse aislada de Bruno y sin noticias de su familia, le habían permitido recuperar algo de la armonía que había perdido. Era más madura, más centrada y cada día se sentía más humilde.

Pero ese día alguien golpeó la puerta de su habitación, y cuando Anastasia fue a abrir, se encontró a Carola con su maleta Gucci en una mano y en la otra el sobre con el dinero que había ganado recolectando naranjas, y no se había llevado. De solo ver la Gucci Anastasia perdió la armonía, la madures se le escapó por la venta, y se puso a llorar al recordar que en el interior de la maleta estaba su vida de princesa.

—¿Por qué ahora?, si ya no la necesito —dijo con la voz entrecortada.

—No sé. Es tuya. Apenas llegaste te habrías puesto a saltar en la cama si te la hubiera devuelto.

—Ya no es importante para mí. Mis amigas son camareras y cocineras del hotel, y esa ropa ya no me representa, Carola. Sería como retroceder a una

vida sin propósito —dijo Anastasia, y su tía le sonrió con cariño—. Tampoco quiero el dinero de la recolección —aclaró Anastasia, sin agarrar el sobre que le tendía.

—Te lo ganaste, cariño. Trabajaste sin descanso durante tres días y quedaste hecha polvo y con las manos lastimadas. Solo yo sé el sacrificio que hiciste para conseguir el dinero que te daría tu libertad —aclaró Carola—. Y agotada como estabas, te quedaste toda la noche de pie en el hospital recibiendo la indiferencia de Bruno y sus estúpidos amigos, que te hicieron pagar todas las humillaciones que les lanzó tu padre —aclaró Carola.

Anastasia abrió la boca asombrada al descubrir que su tía ya se había enterado de aquella triste noche en la clínica de San Miguel.

—¡Ya lo sabes! —dijo Anastasia, y sintió que otra vez le brillaban los ojos.

Por suerte su padre no había venido al hotel a hacer otro escándalo, sino ya la habrían echado del trabajo. En realidad, ellos no sabían dónde estaba trabajando. Carola le había dicho a Gabriel que después del escándalo ella se había ido de la ciudad, y que no pensaba decirle su paradero. Por ahora estaba a salvo, pero no sabía por cuánto tiempo. Anastasia no tenía dudas que su padre tenía algo más importante con lo que lidiar, sino ya la habría encontrado.

—Acá todo se sabe. No es una ciudad tan grande, y la gente habla, cariño —dijo Carola, y le devolvió el sobre con el dinero—. Esto te va a ayudar a conseguirte una casita con jardín, como tú querías —aclaró.

—No, tía, quédatelo. Me gusta estar acá. No tengo gastos. Además, como vivo en el hotel siempre me buscan para hacer algún reemplazo, y me pagan bien —dijo Anastasia.

—Me siento orgullosa de ti, Amanda —dijo Carola, y guardó en su cartera el sobre con el dinero—. Este dinero lo voy a donar al orfanato. A

ellos les hace mucha más falta que a mí —aclaró.

—¿Bruno me dio un dinero que tú ibas a donar para ayudar niños sin hogar? ¡No puedo creer hasta donde llega la indiferencia de ese hombre! —gritó Anastasia.

Ese hombre, en ese momento, estaba parado en la puerta de su habitación, y había escuchado asombrado la conversación entre tía y sobrina. ¡Sus amigas eran las camareras y cocineras del hotel! ¡Su maleta Gucci y la ropa que había adentro ya no la representaban! Y él... él había sido el hombre más idiota del mundo.

—¡No! Bruno no es... —dijo Carola, y al verlo apoyado en el marco de la puerta abrió los ojos asombrada.

—Las apariencias engañan —dijo Bruno antes de que Carola le contara que él había donado su dinero al orfanato para que Anastasia tuviera su paga.

—¡Bruno! ¿Qué haces acá? —dijo Carola desconcertada.

Anastasia se giró y al verlo se quedó con la boca abierta. Había imaginado que ese encuentro se daría por casualidad y después de un largo tiempo. El tiempo que ella necesitaba para pasar página. Ya habían pasado algo más de dos meses del día en que su padre lo mandó al hospital, y todavía no había ido al centro de la ciudad porque no estaba preparada para enfrentarse a él si se lo encontraba de casualidad.

Pero él estaba allí, de traje, con el cabello recién cortado y sin atisbo de la barba de un día que tanto le gustaba. Estaba impecable. También tenía una corbata azul y una camisa blanca que hacía resaltar su piel tostada por el sol. Nunca lo había visto tan arreglado. Lo único que le permitía reconocerlo como el hombre que había visto aquel día que llegó a vender verduras en el carro, era su postura despreocupada, apoyado en el marco de la puerta y con los brazos cruzados.

—Acabo de reincorporarme a mi trabajo —aclaró Bruno—. Buenas tardes, Anastasia —dijo, y la miró serio.

Anastasia seguía con la boca abierta, y la cerró para no parecer idiota, pero no respondió al saludo. ¡Loco estaba si pensaba que lo iba a saludar como si nada hubiera pasado!

Los recuerdos se filtraron en su mente, recuerdos de los buenos, por suerte, y tuvo que cerrar los ojos para que él no viera la tristeza en su mirada. Cuando se recompuso, los abrió.

—Creí que había renunciado —dijo Anastasia a su tía, como si él no estuviera allí.

—Estuvo a punto de renunciar. Pero el dueño del hotel le ofreció el puesto de encargado. Se ha cansado de rechazar ese puesto, pero esta vez parece que aceptó.

—¡Aceptó! —gritó Anastasia, y comenzó a pasearse furiosa por su pequeña habitación—. José es el encargado —dijo Anastasia a su tía.

—Me ofrecieron un salario que no podía despreciar. Y José no es un buen encargado. Estaba a prueba, y no la pasó. Él ocupará el puesto de conserje —dijo Bruno, que seguía apoyado de brazos cruzados en el marco de la puerta.

—Si él aceptó, yo tengo que irme —dijo Anastasia a su tía.

Ella estaba empecinada en ignorarlo, se dijo Bruno, y no podía culparla. Se había portado como un asno en el hospital, y creyó que eso sería suficiente para que regresara a su bonita casa, sus ricas amistades y su más bonita vida llena de comodidades. Pero ella en lugar de irse a que la empleada doméstica le sirviera el tentempié en la piscinita, era camarera en el hotel y le servía el tentempié en la piscina a los clientes a cambio de una propina. Ese si era un gran cambio de vida.

Ella ahora estaba del otro lado, del lado de la servidumbre, y era

amiga de sus compañeras de trabajo. La única gente que la había aceptado desde que llegara a San Miguel. Ya llevaba dos meses trabajando allí, y Bruno se había enterado que cumplía a la perfección con todo lo que se le pedía. También sabía que José se había abusado de ella porque era la nueva.

José era tan idiota, que no supo apreciar que Anastasia era una piedra preciosa que brillaba con luz propia. Por suerte, el dueño del hotel había visto su valía. Enrique la consideraba su mejor empleada, que siempre estaba dispuesta a hacer cualquier trabajo extra que le pidieran. Y él... él tenía ganas de darse la cabeza contra la pared por haber sido tan idiota.

—Eso haría una mujer cobarde, Amanda. Y tú no lo eres —aclaró Carola.

—No intentes adularme, Carola. No me importa que me tilden de cobarde. No quiero tener trato con él. Y no sé que hace en mi habitación. Este lugar es mío. Enrique me dijo que nadie podía molestarme. Nadie —repitió Anastasia—. No lo quiero acá —aclaró, se acercó a la puerta y se la cerró en la cara.

Bruno sonrió a la puerta cerrada. Ella tenía razón, pero como él era el encargado, también era su jefe. Y como jefe tenía que venir a pedirle algún trabajo fuera de hora.

—Soy el nuevo encargado, y eso quiere decir que también soy tu jefe.

—Me importa un comino que sea mi jefe. Él no tienes derecho a invadir mi zona privada, Carola. Ya cumplí con mi trabajo del día —dijo Anastasia a su tía, como si Bruno no existiera.

—Una de las chicas del turno tarde no puede venir, y Enrique me dijo que tú siempre estabas dispuesta a cubrir los reemplazos —dijo Bruno, intentando justificar la invasión de la que ella hablaba, y se quedó esperando un largo rato una respuesta que no llegó—. En una hora llegan unos huéspedes que están de paso. Necesito saber si puedes tener dos habitaciones

preparadas.

Desde que José le cargaba con todos los reemplazos, ella se había convertido en el comodín del hotel. No le importaba porque le pagaban, pero a veces necesitaba su espacio y nunca lo tenía. Ese era uno de los problemas de vivir en el trabajo, aunque también tenía grandes beneficios.

—Si no puedes llamo a Norma —dijo Bruno.

Anastasia miró a Carola con pena. Su tía había venido a pasar la tarde con ella, y la tenía que despedir.

—Lo siento, pero si digo que no, ya no me tendrán en cuenta para los reemplazos —dijo Anastasia.

—Lo único que me preocupa es que trabajas demasiado —dijo Carola, se acercó a abrazarla y las dos salieron de la habitación. Allí seguía Bruno esperando su respuesta. Anastasia pasó delante de él sin dirigirle la palabra.

—La cuatrocientos cincuenta y la doscientos sesenta —gritó Bruno mientras la veía alejarse.

Ni siquiera estaban en el mismo piso, pensó Anastasia, pero no dijo nada. Solo salió caminando a pasos rápidos para tener todo preparado antes de que llegaran los huéspedes.

—Está furiosa conmigo —dijo Bruno.

—Te comportaste peor que su padre, Bruno.

—Lo sé —dijo Bruno.

—Ella creía en ti. Y creo que su cambio fue por ti —aclaró Carola.

Bruno la miró con el entrecejo fruncido.

—Eso es quitarle mérito.

—No, Bruno. Ella sufrió mucho cuando llegó, y cambió cuando te conoció —aclaró Carola.

—Se va a ir cuando se canse. Esto es un juego.

—Ni tú te crees lo que estás diciendo —dijo Carola enojada—. No le

hagas daño, Bruno. No te comportes como un jefe insoportable para que se vaya, porque solo vas a conseguir que vaya a buscarse la vida a un lugar donde no tenga a nadie que la quiera.

Bruno la miró con el entrecejo fruncido.

—Yo nunca actuaría de forma injusta con los empleados.

—Ya te has comportado como un arrogante en el hospital. No lo hagas también acá. Todavía no sé qué te llevó a aceptar un puesto que siempre has rechazado —aclaró.

—Me triplicaron el salario, Carola.

—Antes también te lo ofrecieron —dijo Carola.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Bruno, con los puños apretados—. Ya sé, tu querido amigo Enrique —aclaró.

—Aceptaste por ella —dijo Carola.

Bruno le sonrió con burla, y se marchó a zancadas.

—Ya lo sabía —gritó Carola, y dejó escapar una carcajada que a Bruno lo indignó.

—No te metas en mi vida —dijo Bruno mientras se alejaba. Bruja, era una bruja, no tenía dudas.

—Te conozco. Sé que estás enojado contigo. Estás furioso porque la juzgaste mal.

—No la juzgué —dijo Bruno, y regresó sobre sus pasos—. Simplemente me equivoqué en mis deducciones. Ella tiene una vida acomodada en la casa de sus padres. ¿Por qué querría vivir casi en la miseria?

—Quizá la pregunta correcta sería por quién, Bruno —dijo Carola.

Él la miró por un largo rato, como si tratara de aceptar como ciertas sus palabras.

—Siempre tan astuta. Lástima que no supiste aprovechar tu inteligencia para tu propio beneficio —ese era un golpe duro, pero Carola no le respondió.

## CAPÍTULO 12

Habían pasado cinco meses desde que Bruno era encargado en el hotel San Miguel, y Anastasia seguía sin hablarlo.

—Anastasia, ¿podrías reemplazar a Juana?, que se le ha enfermado su hijito y no puede venir el fin de semana —preguntó Bruno, sin apartarle la mirada. Ella ni se molestó en levantar la vida para mirarlo.

Estaban almorzando en la cocina, y Bruno había decidido unirse al personal en los tiempos de descanso. José nunca lo había hecho porque le gustaba guardar la distancia con los empleados que tenía a su cargo, pero Bruno tenía sus motivos para estar allí, además, ese tema del mantener la distancia le importaba un pimiento.

A él todos los empleados lo querían, y no dejaban de decirle que estaban muy contentos de que José ya no fuera el encargado. Solo Anastasia fruncía el entrecejo cuando lo alababan. Ella, por lógica, era la excepción de la regla.

—Claudia, dile que sí puedo hacer el reemplazo —dijo Anastasia a la ayudante de cocina.

—Anastasia puede reemplazar a Juana, Bruno —dijo Claudia con una sonrisa al ver que Bruno tensaba la mandíbula.

—No hace falta que repitas como loro, Juana, ya la escuché —aclaró Bruno, clavó el tenedor en la carne que tenía en el plato, la masticó como si estuviera asesinándola con los dientes, y las empleadas tuvieron que agachar la cabeza para esconder sus sonrisas.

La guerra entre Bruno y Anastasia era conocida por los empleados, que se divertían a costa de esas batallitas que por ahora seguía ganando Anastasia. Bruno le hacía mil preguntas por día para obligarla a hablar con él, pero ella



lo seguía ignorando. Si no había un intermediario para darle la respuesta, sin hablar se iba a cumplir con el encargo.

—No sé por qué insistes, si sabes que no te va a responder —dijo Valeria, una de las empleadas más antiguas del hotel. Tenía cincuenta años y veinte de cocinera. Su mano para los platos era famosa en toda la ciudad.

—No pierdo las esperanzas. Ya debería ceder, al menos porque soy su jefe.

—Valeria, dile que prefiero renunciar a ceder —dijo Anastasia, que seguía más concentrada en el libro que había sacado de la biblioteca del hotel que en la comida—. A Enrique no le importa mientras cumpla con mi trabajo —aclaró, y volteó la página.

—No lee. Simula leer para no tener que mirarme —dijo Bruno, y ahora se desquitó con las papas al horno que tenía en el plato. La pinchó con tanta fuerza que salió volando y se quedó enganchada en la cofia de Norma.

Todos soltaron una carcajada, y Anastasia por fin levantó la mirada del libro que simulaba leer. Cuando miró la papa que Norma tenía en la cofia blanca, tuvo que morderse el labio para no estallar en carcajada. Norma era muy estricta con la higiene, y si esa papa le había dejado una manchita, no iba a salir al salón dando aspecto de sucia.

Ella llevaba muchos meses ignorando a Bruno, a pesar de que él era su superior. El problema era que Bruno estaba empeinado en que lo hablara, y como no pensaba darle con el gusto, él había decidido compartir con ellos los descansos en la cocina.

Bruno llevaba tres días desayunando, almorzando, merendando y cenando con los empleados, y Anastasia había optado por traerse un libro para no tener que prestarle atención. Siempre estaba roja de vergüenza, porque él estaba probando otra táctica, que era darle las indicaciones para el trabajo delante de sus compañeros. Bruno había creído, erróneamente, que le iba a

contestar para evitar los rumores de su pésima relación. Pero ella empezó a responderle por intermedio de sus amigas, y eso no era lo que Bruno había esperado.

A veces se ponía tan furioso que volcaba el vaso de agua o salían volando los pedazos de comida. Su actitud era infantil, y lo único que estaba logrando era que todos se divirtieran a su costa. Él era el jefe, y estaba soportando que ella le quitara autoridad.

—Me has ensuciado la cofia con la papa grasienta —gritó Norma, y lo miró enojada. En realidad ella estaba enojada por la actitud de Bruno.

—Mis papas no son grasientas, Norma —aclaró Valeria ofendida.

—Pero me va a quedar una mancha —contestó Norma—. Deberías disculparte conmigo, Bruno —dijo Norma, y lo miró esperando la disculpa.

—No te lancé una papa a propósito, solo se me escurrió del tenedor cuando la quise pinchar.

—Eso fue porque en lugar de pincharla con delicadeza la quisiste asesinar —aclaró Norma.

—Yo creo que fue para no desquitarse con Anastasia, porque no le quiere responder —aclaró Vanesa, la compañera de tareas y amiga de Anastasia—. Deberías pasar página, amiga —sugirió.

Anastasia miró asombrada a Vanesa. Ella sabía los problemas que tenía con Bruno, y debería haberse callado la boca.

—Pasé página, por eso lo ignoro, Vanesa —aclaró Anastasia, mirando a su amiga.

—No pasaste página. Si la hubieras pasado, le hablarías como si no tuvieras nada que perdonarle.

—No tengo nada que perdonarle —aclaró Anastasia, aunque sabía que era una mentira.

La puerta de servicio que había en la cocina se abrió de golpe, y

Lucrecia entró con los ojos rojos de tanto llorar.

Norma se olvidó de la papa que le había arruinado la cofia y corrió hacia su hija. Bruno se olvidó de su indignación porque ella no le hablaba, y tumbó la silla cuando se levantó para acercarse a Lucrecia. Y Anastasia se tuvo que tragarse las lágrimas al ver la reacción de Bruno por el llanto de Lucre.

Allí estaba uno de los motivos por el que ella prefería seguir sin hablarle. El otro había sido su desprecio en la clínica. Era rencorosa, le decía Carola. Su tía tenía razón, pero a ella no le nacía perdonarlo, y no pensaba fingir que ya se había olvidado del asunto. Todavía le dolía porque nunca había esperado que Bruno la ignorara delante de sus amigos. Además, Norma se había sincerado con ella, y le había contado que su hija estaba enamorada de Bruno, y que desde el percance en la pizzería, Lucrecia y Bruno se habían visto varias veces.

Anastasia quería a Norma porque la había ayudado cuando ingresó a trabajar. Pero también sabía que esa confesión era una indirecta para que ella se mantuviera alejada de Bruno. Norma le había querido transmitir que si ella volvía a hablar con Bruno, su Lucre perdería su oportunidad de ser feliz.

Anastasia no creía tener una deuda tan grande con Norma. Tampoco creía que ella fuera el motivo de la infelicidad de su querida Lucrecia. Ella no era la tercera en discordia, y su Lucre no sería feliz si Bruno no la amaba, pero Anastasia no pensaba sacar del error a la mujer.

—¿Qué pasó? —preguntó Norma al ver el estado de su hija.

Bruno la abrazó y Lucrecia lloró sobre su pecho.

—Me echaron —gritó Lucre—. Me echaron del bar —repitió entre sollozos.

Anastasia arqueó las cejas. Si esa delicada mujer que ya tenía más de veinticinco años lloraba así por un despido, no quiso ni imaginarse lo que

sería capaz de hacer si Bruno no correspondía a su amor. Quizá se tiraba bajo las vías del tren, pensó, y ahora frunció el entrecejo. Miró a Vanesa, y su amiga le devolvía un entrecejo fruncido y después negó con la cabeza, como si no creyera lo que estaba escuchando.

—Bueno, no es para tanto —dijo Valeria—. Solo es un trabajo —aclaró.

—A mi hija le encantaba —dijo Norma, y miró con severidad a Valeria.

—Ahora que voy a hacer —gritó Lucre, y Anastasia se habría reído si no fuera porque Bruno le acariciaba la espalda para tratar de consolarla.

El futuro peor planificado del mundo, pensó Anastasia mientras miraba lo desdichado que sería Bruno con esa escandalosa, que lloraba como si alguien la hubiera querido asesinar.

Después de todo lo que ella había pasado. Después de tener que dejar los berrinches porque no había nadie que la consintiera, por primera vez tuvo ganas de hablar con Bruno para decirle que dejara de ser idiota y mirara en detalle el futuro de mierda que le esperaba junto a Lucre. Pero en lugar de decir lo que pensaba, cometió el mayor error de su vida. O quizá no. Quizá cometió el acto más heroico de su vida.

—Tal vez tu novio pueda conseguirte un puesto en el hotel. Es el encargado. Y si no te consigue un puesto, podrías ser la dulce y complaciente esposa del encargado del hotel San Miguel. Tendrían muchos hijos que jugarían en el jardín. Y por las noches podrían ver las estrellas desde la galería de la casa. Tú le harías la cena para que no tenga que cenar con el personal y... si eres una esposa de gustos sencillos, quizá en verano te compense con unas vacaciones en una cabañita encantadora en algún pueblo aledaño. Jugarían con los niños y serían felices para siempre, como en los cuentos de hadas —se había dejado llevar por la ira y le había contado, de

forma sarcástica, el futuro planificado de Bruno.

Anastasia se dio cuenta que se estaba burlando de lo que Bruno le había contado. Pero nadie se lo tomó a burla. Todos se giraron para mirarla desconcertados, y entonces comprendió su error. Sus amigas, Vanesa y Claudia, la observaban con la boca abierta. Norma tenía la emoción impresa en las retinas, y Anastasia podía leer el: “Gracias, gracias por darle una mano a mi hija”. Lucrecia dejó de llorar y miró a Bruno con una devoción tan grande, que Anastasia casi vomita en la cocina. Y Bruno... Bueno, él era el único que había entendido la ironía, y parecía desconcertado e indignado por sus palabras.

Bruno soltó a Lucre y se alejó de ella como si de esa forma pudiera borrar las palabras que Anastasia había dicho. A ella la fulminó con la mirada, y Anastasia por primera vez no le apartó los ojos.

Odio, eso había en sus ojos mientras miraba a Bruno. Un odio que solo había sentido el día que su padre la dejó en la casa de Carola.

Anastasia tres días atrás había cumplido veintiún años, sin fiestas, sin abrazos, sin regalos, sin nadie que le cantara “que los cumplas feliz”, y sin velas que soplar antes de pedir sus tres deseos. Y que nadie la saludara, la había tenido llorado toda la noche.

Al día siguiente Vanesa le había contado que la noche anterior había visto a Bruno y a Lucre en el cine. Él había tenido una cita con su futuro justo el día de su cumpleaños.

No debería haberse sentido dolida, puesto que se había enterado por Norma que los dos se veían bastante seguido. Pero le dolió. Le seguía doliendo todo lo que le contaban de Bruno y Lucre. Y le dolió más ver cómo él salía corriendo a abrazarla cuando la veía llorar.

Lucrecia era su futuro, y ella no sabía que hacía enterrada en un hotel, trabajando de camarera, cocinera y mandadera, cuando había nacido para que

otros la sirvieran.

—No me siento bien. Espero que alguien pueda reemplazarme —dijo Anastasia porque no quería llorar delante de todos, como lo había hecho Lucre.

—¡Qué! —gritó Valeria—. Pero si tú siempre estás bien. Siempre estás al pie del cañón.

—Yo te voy a reemplazar —dijo Vanesa, comprensiva.

Bruno no le apartaba la mirada. Ella necesitaba su permiso para ausentarse del trabajo, pero no se lo pidió.

—Quieres que te llame un médico —dijo Bruno.

Anastasia negó con la cabeza.

—No vas a poder reemplazar a Juana el fin de semana —lo de Bruno fue una afirmación, no una pregunta.

—No. Voy a usar mis días libres para salir de la ciudad —aclaró Anastasia. Lo había decidido de forma impulsiva, pero ya no se podía retractar.

A Bruno no le gustó la decisión de Anastasia. Acaso pensaba irse porque lo acababa de ver consolando a Lucrecia. Solo había sido un abrazo para reconfortarla. No la había besado ni le había dicho palabras de amor. Era un gesto que habría tenido con cualquier mujer que estuviera sufriendo.

—¿En serio vas a casarte conmigo? —preguntó Lucrecia, ignorando la descompostura de Anastasia. Bruno apretó los puños, y miró furioso a Anastasia.

—Lucre, lo que acaba de decir mi amiga Anastasia, es algo que no sé de donde se lo ha sacado. Yo no estoy pensando en casarme y tener hijos —aclaró Bruno con los dientes apretados. Su aclaración era más para Anastasia que para Lucre. Ella se iba de la ciudad, y él no estaba dispuesto a perderla por sus erróneas deducciones. ¿Acaso Anastasia creía que por salir unas

cuantas veces con Lucrecia ya estaba a un paso del altar? ¡Por Dios!, si solo aceptaba sus invitaciones porque le daba pena rechazarla.

—Bueno, es lógico. Recién empezamos a salir. Quizá se lo has contado a ella, y no querías que yo lo supiera. Tampoco hay apuro, Bruno. Yo no me quiero casar todavía y... —dijo Lucre como si solo fuera cuestión de tiempo el casamiento.

Bruno no sabía cómo lidiar con el tema sin lastimarla. Anastasia le sonrió con burla, como si escuchar esas palabras le hubiera quitado la descompostura de golpe, y ahora él podía ver su veta sarcástica. Bruno se indignó por ponerlo en semejante aprieto, y respondió a su ataque.

—Si quieres trabajar acá, puedo hablar con Enrique, pero sé que no hay vacantes. Tu madre también lo sabe. Lo único que te puedo conseguir es que cubras las faltas de alguna de las empleadas —dijo Bruno.

—¡Cómo! —gritó Anastasia indignada—. Yo cubro las ausencias. Enrique me ha permitido vivir acá porque siempre estoy dispuesta para cubrir todas las faltas de personal. Es nuestro trato —aclaró Anastasia a Bruno—. Nunca les he fallado.

—Ahora estás descompuesta. Estás fallando. Y me acabas de decir que no podrás reemplazar a Juana el fin de semana —dijo Bruno.

—Eres un maldito. Es la primera vez que me pido media tarde libre. No he descansado un día desde que empecé a trabajar. Siempre he estado disponible, a la hora que me necesitaran. ¿Ella va a venir a cualquier hora? ¿Va a cubrir las faltas de los fines de semana? ¿Va a venir corriendo cuando lleguen huéspedes fuera de la hora de ingreso?

—Sí, lo voy a hacer —dijo Lucre.

Anastasia fulminó con la mirada a Bruno. Se giró y se fue por el pasillo que llevaba a su habitación. Cerró con un portazo tan fuerte, que todos los empleados se miraron entre ellos. Iba a desaparecer unos días porque no

quería estar allí observando cómo Lucre le quitaba su trabajo. No quería ver cómo se quedaba con las propinas y recibía el pago de las horas extras que habían sido de ella. Tampoco quería ver la relación entre Bruno y Lucre durante las horas de trabajo.

—No creo que sea buena idea que mi hija le quite el trabajo a Anis —dijo Norma, así llamaba a Anastasia, porque la veía tan sola y luchadora que le había tomado mucho cariño.

—¡Soy tu hija! No puedo creer que te pongas de parte de esa arrogante. Y encima tengo que escuchar que mi madre la llame Anis, como si fuera su hija. ¿Acaso nadie le pone frenos? ¿Nadie le dice que acá no es la niña rica?

—Basta, Lucre. Anastasia es una excelente empleada, por eso tiene esos beneficios. Nunca falta, y nos reemplaza a todas cuando no podemos venir —dijo Norma.

—Yo quiero ese trabajo, mamá. Y tú me lo vas a conseguir —dijo Lucre a Bruno.

Las dos mujeres lo habían puesto entre la espada y la pared, pensó Bruno. Lo más triste era que sabía quién saldría perdiendo.

—Ya te lo ofrecí. Voy a hablar con Enrique. Si él dice que no, es no —aclaró Bruno.

—Gracias, cariño —dijo Lucre. Él la acababa de desencantar con la bomba que había soltado Anastasia, y ella lo seguía llamando cariño como si fueran novios o amantes.

Anastasia era la que siempre estaba dispuesta cuando la necesitaban. Y él, porque ella había soltado sus confesiones como si hablara del tiempo, se había indignado y ahora le estaba por quitar buena parte de sus ingresos.

No se sintió satisfecho de haberle ganado una batalla cuando sabía lo importante que era para ella el dinero extra que ganaba. Pero cinco meses sin hablarlo. Cinco meses soportando que ella acatara sus órdenes sin emitir un



“de acuerdo jefe”, ya era demasiado. Lo estaba haciendo quedar como un blando delante del resto de los empleados, y lo estaba poniendo en ridículo frente al personal del hotel. Lamentablemente, ninguna de esas deducciones sirvió para sacarse el peso de encima al saber que le quitaría su trabajo para dárselos a Lucrecia.

## CAPÍTULO 13

Enrique era un hombre sencillo, a pesar de su muy buena posición económica. Él llevaba el hotel con mano blanda, siempre tratando de lograr la armonía. Era comprensivo y generoso con sus empleados, y quería que se sintieran contentos mientras cumplían sus tareas.

Desde que Bruno había aceptado el puesto de encargado, se sentía más relajado. José no había sido el hombre idóneo para el cargo. Era demasiado soberbio, y el puesto le había quedado grande. Bruno siempre había sido su mano derecha, a pesar de que nunca había querido el ascenso que él le había ofrecido en varias ocasiones.

Pero hacía cinco meses que había logrado convencerlo, y Enrique ya no tenía que pasar tanto tiempo controlando que todo marchara sobre ruedas. Bruno se encargaba de eso, era atento con los huéspedes y se llevaba bien con los empleados.

Bruno caminó por el parque hasta que encontró a Enrique apodando las plantas. Muchos huéspedes, los que no lo conocían, creían que era el jardinero del hotel. Enrique solía decirle: Desde acá puedo observar todo. Y era cierto. Él no observaba a la gente trabajando, tampoco se paraba a conversar con los huéspedes para saber si estaban a gusto. Él miraba los rostros de las personas y sabía si estaban satisfechos, fueran empleados o huéspedes.

—Otra vez sacando ramas secas —dijo Bruno a su jefe.

—Sí, la helada ha quitado el encanto de algunas plantas, y les estoy devolviendo el esplendor. ¿Algún problema adentro? —preguntó Enrique.

Bruno se frotó el cabello. No sabía cómo explicarle la que se había armado, la que él había armado, para ser más exactos.

—Ya sabes que Anastasia no me habla —dijo Bruno poniéndose a la

defensiva.

—Aja, todos lo sabemos —dijo Enrique, y cortó con la tijera de podar una rama que había quedado achicharrada por la helada—. ¿Cuatro meses ya?

—Cinco —aclaró Bruno, como si un mes más hiciera la diferencia.

—Es mucho tiempo. No hay que cabrear a las mujeres, hijo —aclaró sin dejar de cortar una rama acá y otra allá—. Algunas se quedan toda la vida enojadas. No perdonan nunca.

Eso no era un gran aliciente para él, pero no había venido a pedir consejos.

—Le he quitado las horas extraordinarias, y los reemplazos del personal —dijo Bruno.

Enrique dejó de podar y se giró a mirarlo. Sus ojos azules dejaban ver su asombro.

—¡Eso es una locura! Hay tres personas que merecen todo mi agradecimiento. Tú, porque manejas el hotel de la misma forma que lo haría yo. Valeria porque cocina como los dioses. Y Anastasia, porque siempre me saca las papas del fuego cuando alguna de las empleadas no puede venir a trabajar. Tres personas que merecen todo mi apoyo. Y tú, sin consultarme, me has quitado una de mis empleadas más valiosas —dijo Enrique desconcertado—. ¿Se puede saber por qué, o por quién? —aclaró.

—A Lucrecia la despidieron del bar.

—¿Y quién es Lucrecia? Yo no la conozco y no tengo porque beneficiarla en perjuicio de Anastasia.

—Es la hija de Norma —dijo Bruno—. Vino llorando y...

—¡Le ofreciste el trabajo que yo le di a Anastasia! —admiró agitando las manos.

—Me hizo enojar —aclaró Bruno—. Me cabreó tanto que terminé dándole el trabajo de Anastasia a Lucre.

—Ya veo. Y yo pagaré las consecuencias cuando no esté disponible — aclaró Enrique.

—Estaba trabajando mucho, Enrique —aclaró Bruno.

—Pero era decisión de Anastasia dejar de hacerlo, no tuya.

—Lo sé.

—¿Pensaste que tendré que pedir que se vaya del hotel?

—No es necesario que la eches del hotel.

—Por qué le daría todos los beneficios que tenía, si ya no podré recurrir a ella cuando la necesite —aclaró Enrique.

—Eso es injusto. No te cuesta nada dejarla vivir acá —aclaró Bruno, puesto que su decisión no solo le haría perder dinero sino también el lugar donde vivía, más los beneficios que Enrique le había dado. Él sabía mejor que nadie que Enrique no daba puntada sin hilo, y si le había dado a Anastasia todos esos beneficios era por a él le convenía el trato.

—Pues esta injusticia ha sido por tu decisión. Hazte cargo de tus errores, Bruno. Y espero que tu amiguita sea tan buena empleada como la que acabas de arrebatarme —aclaró Enrique, que había perdido la bondad y lo miraba como si quisiera matarlo.

—No le he dado el puesto. Solo le dije que hablaría contigo. La decisión es tuya, Enrique.

Enrique largó una carcajada, y lo miró con burla.

—Dime que es lo correcto. Para eso estás a cargo de los hoteles. Si no sabes tomar una decisión, para qué te pago —aclaró.

—Lo correcto sería que Anastasia me respondiera cuando le hablo.

—Es cierto.

—Cuando le pregunto si puede cubrir un reemplazo, ella le contesta a la cocinera para que me conteste a mí. Me pone en ridículo delante del resto de los empleados. Le importa un comino que sea su jefe. Los problemas

personales que tengo con ella los tendría que dejar de lado en el trabajo.

—Eso también es cierto. Y es intolerable. Ya sabía que no se hablaban, pero no voy a permitir que pierdas autoridad frente a los empleados, y mucho menos que los huéspedes vean lo mal que se llevan mi encargado y una de las camareras —dijo Enrique—. No se hable más. Los reemplazos y las horas extraordinarias que los haga la hija de Norma. Dile a Anastasia que venga a hablar conmigo. Yo le voy a comunicar que se tendrá que buscar un lugar donde vivir —le informó Enrique, y se puso a podar las plantas dando por concluido el tema.

Bruno se maldijo por haber entrado en las guerras de Anastasia. No solo le había quitado el trabajo, que se había ganado a pulso, sino que por su culpa ahora estaba en la calle. Llevaba cinco meses intentando, con una paciencia de santo, que ella lo hablara de nuevo, y lo que iba a conseguir era que lo odiara con toda su alma.

Bruno entró a la cocina por la puerta de servicio y vio que todos seguían allí, esperando la decisión de Enrique.

—El puesto es tuyo —dijo Bruno a Lucrecia, y la miró con seriedad—. Un solo día que no vengas cuando se te llame, y yo mismo te voy a echar del trabajo —aclaró.

Todos los empleados lo miraron con recelo, como si no estuvieran de acuerdo con su decisión.

—No voy a faltar nunca, Bruno. Te lo juro —dijo Lucrecia con una radiante sonrisa.

Bruno la miró con el entrecejo fruncido. A Lucrecia le importaba un pimiento quitarle el puesto a otra persona, y él comprendió que no era la mujer dulce que había imaginado sino una llena de tretas. ¡Idiota! Era un idiota, pensó.

—Te vas a arrepentir —dijo Vanesa a Bruno.

—Anastasia ha perdido los reemplazos por su decisión de no hablarme. Y tú vas a perder tu trabajo si me faltas el respeto —dijo Bruno a Vanesa, y la mujer tuvo el buen tino de agachar la cabeza. Odiaba enfrentarse con los empleados. Pero Anastasia ya lo había ridiculizado durante meses, y desde ese día se iba a hacer respetar.

Caminó por el pasillo y golpeó la puerta de la habitación de Anastasia. Ella abrió de forma brusca, y él pudo ver que había estado llorando.

—Lucrecia hará los reemplazos de personal y vendrá cuando se la necesite —dijo Bruno.

—Ya me lo imaginaba. Supongo que tendré que dejar la habitación —dijo Anastasia con la voz entrecortada.

—Enrique está esperándote en el parque. Quiere hablar contigo —aclaró Bruno.

Ella asintió, y él vio la tristeza en sus ojos.

—Si no hubieras dicho todas esas barbaridades del casamiento, esto no habría pasado —dijo Bruno intentando justificar su error.

—Solo dije una verdad que tú no te animas a reconocer delante de ella —aclaró Anastasia.

—Lo que te conté aquella noche era una confidencia —aclaró Bruno.

—Pues ya no lo es —dijo Anastasia.

—Cambié de idea. Ya no pienso que ella sea mi futuro —aclaró Bruno porque necesitaba dejarle ver que Lucrecia ya no estaba en sus pensamientos.

—¡Vaya! Ahora tendrás que encontrar otra mujercita sencilla y de sin muchas pretensiones para cumplir con tus planes —dijo Anastasia con burla.

—Lo siento. Debería haber cerrado la boca —dijo Bruno con sinceridad.

—Más lo siento yo —aclaró Anastasia—. Perdón que te deje plantado, jefe, pero no quiero hacer esperar a Enrique —dijo Anastasia, y pasó delante

de él para ir a escuchar la reprimenda de Enrique.

Cuando llegó al parque lo encontró en plena faena.

—Otra vez haciendo de jardinero, señor —dijo Anastasia.

Él se giró a mirarla y le sonrió.

—Sí, señorita Anastasia. Otra vez —dijo Enrique, dejó la tijera en el suelo, la tomó del brazo y comenzó a caminar con ella por el parque—. Cometiste un grave error al no hablar con el encargado.

—Lo sé —dijo Anastasia, y se secó las lágrimas de los ojos.

—Te dije que no quería disputas de empleados en el trabajo.

—Y yo te dije que no pensaba hablarlo. También te dije que si él me denunciaba me iría —aclaró Anastasia.

—Ha llegado el día, señorita —dijo Enrique—. Vas a tener que dejar la habitación.

—Qué lástima que mi puesto no pese tanto como el de Bruno —dijo Anastasia.

—Para mí los dos son igual de importantes, querida Anastasia. Pero él es tu jefe, y te extralimitaste —aclaró Enrique.

—Y ahora su Lucre se queda con mi trabajo —dijo Anastasia.

Enrique sonrió con tristeza. Ella le había contado toda su vida antes de llegar a la casa de Carola. También le había contado su problema con Bruno, y sus sentimientos hacia él. Enrique le había tomado cariño y la admiraba, porque era demasiado joven pero tenía una gran fuerza de voluntad para salir adelante.

El día que Anastasia llegó recomendada por Carola no sabía ni agarrar una escoba. Pero había venido llena de entusiasmo y se había convertido en su mejor empleada. Tenía carisma y buena presencia, siempre sonreía y hablaba con educación, por eso él le había pedido que atendiera personalmente a los huéspedes, y ella estaba contenta porque le daban buenas propinas.

Ella iba a lamentar su error, y él la pérdida.

—No es su Lucre. Deberías saberlo.

—Ella se quedó con mi trabajo —aclaró Anastasia.

—Dudo que tenga tus ganas y tu eficiencia —dijo Enrique.

—Ya aprenderá, y tiene una excusa para no faltar. Él está siempre acá —aclaró Anastasia.

Enrique le sonrió y le apretó la mano.

—¿Quieres que te lleve a la casa de tu tía?

—No puedo regresar —dijo Anastasia, y Enrique la miró desconcertado—. Si acepto volver con mi tía, con el tiempo también aceptaría regresar a la casa de mis padres —aclaró.

—Eso no va a pasar —dijo Enrique.

—Cuando uno está desesperado puede pasar cualquier cosa —aclaró Anastasia.

—Quizá Valeria te acepte en su casa. Vive en una cabaña cercana que le he cedido yo —aclaró Enrique.

Anastasia abrió la boca asombrada.

—¡Qué! —admiró—. Me hiciste creer que solo a mí me dabas beneficios porque conocías a mi tía y a mi padre.

—Valeria es la mejor cocinera del mundo. Hace un tiempo alguien la tentó con una oferta mejor, y le di todo lo que me pidió para que no se fuera —aclaró Enrique—. Puedo pedirle que te permita vivir por un tiempo con ella.

—No. Tengo algo de dinero. Solo te pido dos días para conseguir un lugar donde vivir —dijo Anastasia.

—No hay problema —dijo Enrique—. Te espero el lunes. No me faltes, señorita.

—No voy a faltar porque no pienso darle mis días a Lucrecia, señor —aclaró Anastasia, y a Enrique se le escapó la risa.



—Y no llores, que este trabajo no es tu vida, sino tu experiencia de vida —aclaró Enrique, siempre tan sabio que ella sentía que más que un patrón era un padre que le daba buenas enseñanzas. Ojalá su padre alguna vez le hubiera dado algún consejo. Él nunca tenía tiempo para conversar con ella. La única lección que le había dado, había sido echarla del hogar.

—Algún día me quedaré sin lágrimas —dijo Anastasia—. Gracias, señor —lo abrazó, y se fue a su habitación.

Se tenía que marchar del lugar donde había vivido varios meses. Un lugar lleno de paz y con gente que la quería, pero ella sabía que solo era un lugar de paso. Esta vez no podía culpar a Bruno. La única responsable de haber perdido lo que tenía era ella, porque ese día lo había provocado hasta el límite de su paciencia.

Lo increíble era que se había aguantado cinco meses sin hablarle, y ahora que él la había echado, ella había cedido.

Eran tantos los palos que había recibido en menos de un año, que ya ni se preocupaba donde iba a vivir.

Cuando llegó a su habitación se puso a sacar sus cosas del armario. Y allí estaba la maleta Gucci, tentándola desde un rinconcito del ropero: “Qué haces acá cuando tienes una vida llena de lujos que te esperan”, parecía decirle.

Anastasia se giró y se paró frente al espejo. Se miró y largó una carcajada por su aspecto. Tenía una cofia blanca que le ocultaba el cabello, que ahora brillaba como antes de llegar, aunque no estaba tan prolijo. Las camareras se vestían de azul, con ropa ancha y cómoda para hacer las tareas, y sin mostrar las formas del cuerpo para no distraer a los huéspedes, que venían a disfrutar de sus vacaciones, no a voltearse a las empleadas. Eso le había dicho Enrique en una de sus charlas. Como ella vivía en el hotel, él siempre se quedaba a conversar un rato antes de irse a su casa. Enrique conocía a su

padre, al que consideraba un idiota. Era amigo de Carola. Y también había conocido al padre de Bruno. Una noche le había contado que conocía a Amanda, la mujer que había sido la novia de su padre. Cuando ella le preguntó si conocía a su madre, le dijo que no porque Gabriel nunca había regresado a San Miguel. Ella ya no tendría más las charlas nocturnas con Enrique, pensó.

La maleta Gucci seguía tentándola desde el placar abierto, y Anastasia se acordó de su madre. ¿Qué estaría haciendo Andrea en ese momento? ¿Estaría en la tienda de antigüedades? ¿Tendría su turno en la manicura o en el Spa? ¿Se estaría comprando un vestido nuevo para esas fiestas a las que asistían los fines de semana? ¿Seguiría tratando de ser la mejor vestida, la que tenía las joyas más llamativas, los zapatos más lindos o el peinado más espectacular? Anastasia tuvo que reconocer que la extrañaba. También a Fernando y Noel, sus hermanos, y a su tío Alfonso. Y extrañaba a los abuelos.

Una lágrima se le resbaló de los ojos. Eran muchos cambios en tan poco tiempo, pero no podía dejarse vencer, se dijo, y se secó las mejillas con el dorso de la mano. Se sacó la ropa de trabajo, dejó sobre la cama un vaquero, una camiseta y un suéter, y se metió en el baño para darse una ducha antes de salir a buscar un nuevo sitio donde vivir.

## CAPÍTULO 14

Andrea estaba en la sala de su casa. Era tan impecable, tan de revista, que siempre había sido la envidia de sus vecinos. Miró el gran salón, y aún le costaba creer que todo se había ido al diablo.

A cada lado tenía una maleta, y en el coche había guardado unas cuantas cajas. Nada lujoso, solo recuerdos de los momentos felices.

Toda una vida tratando de tener más objetos de lujo, y ahora que se iba se daba cuenta que no tenía nada de valor sentimental para llevarse, porque su vida había sido de apariencias para los de afuera más que de alegrías para los de adentro.

—Al final tiraste todo por la borda —dijo Gabriel, que por primera vez en los años de matrimonio había faltado al trabajo.

Andrea estaba asombrada de que él hubiera tenido el detalle de estar presente cuando se marchara. Se le pasó por la cabeza que quizá había venido para asegurarse de que se iba. Habían peleado tanto en los últimos meses, que hablar con él de forma amistosa le parecía extraño.

Él había querido conservar la casa, y ella se la había cedido envuelta en papel de regalo, con moño y todo, porque nada de lo que había allí le importaba. Solo quería recuperar a su hija.

—No había mucho para rescatar.

—¡Cómo que no! —gritó Gabriel—. ¿Qué van a decir nuestros amigos? Éramos el matrimonio perfecto. La familia ejemplar.

Andrea tuvo ganas largar una carcajada, pero no estaba de ánimo para ser sarcástica. Estaba tirando treinta años de su vida al tacho de basura. Treinta años compartidos con ese hombre que había creído que la amaba, pero se había equivocado. Todo lo que él se había callado convertía su matrimonio

en una farsa. La vida de ellos había sido un circo para alegrar la vista de los de afuera. Esa gente tan esnob como ellos, que solo se disfrazaban para las fiestas, para ver cual se llevaba el trofeo al mejor vestido.

—Éramos pura espuma. Nada era perfecto. Todo fue una mentira. Tú eres una mentira —dijo Andrea.

—Una mentira porque no te conté que en San Miguel tenía algún pariente —dijo Gabriel.

—¿Así llamas a la abuela que te crió, a la tía que te adoraba y a la prima con la que compartiste toda tu niñez y juventud? —preguntó Andrea llena de indignación.

—Empecé una nueva vida contigo —dijo Gabriel, como si eso justificara haberse olvidado de sus raíces.

—Ellos podrían haber estado presente. Tus hijos nunca supieron que tenían tías y abuela.

—Era bisabuela, no abuela.

—Es lo mismo. Eran sus parientes de parte de su padre, y no les permitiste conocerlos. Los ocultaste al mundo, Gabriel. Me los ocultaste a mí durante treinta años. No fuiste ni a despedirte cuando murió tu abuela y tu tía. Ellas te adoraban y no fuiste a llevarle una maldita flor al cementerio —gritó Andrea.

—Formé parte de tu familia, y los quise a todos.

—Quisiste el dinero que teníamos, que es distinto. Te casaste con mi dinero, maldición —gritó Andrea.

—Eso no es cierto. Yo te quería —aclaró.

—¿Me habrías querido si hubiera sido pobre? —ya se lo había preguntado varias veces durante las peleas que tenían, y él siempre se había callado la boca.

—No, Andrea. No me habría fijado en ti. Fuiste una buena

combinación de belleza y dinero —aclaró Gabriel serio. Andrea lo miró con la boca abierta. Le estaba dando la respuesta que tanto había deseado, y se sintió asqueada al corroborar lo que ya sabía. Ella era el camino que tuvo que tomar para lograr su estatus.

—Por mi dinero abandonaste a tu novia. Amanda se quedó esperando media vida que regresaras a buscarla. Pero yo fui un mejor partido — dijo Andrea furiosa.

Gabriel se acercó con la mano en alto decidido a darle vuelta la cara de una cachetada. Andrea retrocedió, y él se detuvo horrorizado. Lo había sacado de las casillas y estuvo a punto de golpearla.

—Ya tienes la confesión que querías, y también te has ocupado de hurgar en mi vida pasada. Ya no queda nada que tengas que saber. Ahora vete —gritó Gabriel.

—Y tú tienes el estatus que querías. La casa, los coches, y los amigos que adoras. Ahora también tienes la libertad para tener a una mujer que ames, o quizá no, porque dudo que conozcas ese sentimiento —aclaró Andrea, agarró las maletas y salió de la casa. Las dejó en el baúl y se subió al coche.

—No veo la hora de que te largues para traerla —gritó Gabriel lleno de resentimiento, y se metió en la casa dando un portazo.

Si era cierto o no, Andrea no lo sabía. Tampoco le importaba. Se quedó allí, con la cabeza apoyada en el volante, tratando de calmarse antes de arrancar.

Todo lo que había descubierto de él se lo debía a su hijo Noel y a su hermano Alfonso, que al verla tan desesperada y vencida por no saber nada de Anastasia, se pusieron a investigar el paradero de su hija. Y en el camino se encontraron con la vida que Gabriel se había esmerado en ocultar para que nadie supiera, ni siquiera su familia, que había sido un hombre humilde.

El hombre más soberbio del mundo le había querido dar una lección de

humildad a su hija, pensó Andrea, y se le escapó una lágrima al pensar en todo lo que debía haber pasado Anastasia.

No sentía odio hacia él, sentía ira por no haberse dado cuenta que llevaba más media vida viviendo en una mentira. Él le había contado que no tenía familia, y ella lo había abrazado y le había dicho que nunca más estaría solo. Idiota, había sido una idiota.

Hacía seis meses que Gabriel había sacado a Anastasia del hogar. Seis meses sin poder hablar con su hija, sin poder abrazarla y sin saber si la odiaba. Anastasia había cumplido veintiún años unos días atrás, y ella no había estado a su lado para abrazarla y cantarle el cumpleaños feliz.

Dos días atrás había salido la sentencia de divorcio. Gabriel no se había querido divorciar, pero ella ya no podía mirarlo a la cara. Se habían insultado, habían gritado y habían sacado a la luz viejos rencores, y ella ya no sentía nada por él.

Ese día comenzaba una nueva vida. Una aventura, como la llamaba ella, puesto que se había comprado una casita muy cerca de San Miguel, y cuando decía casita, se refería a una pequeña cabaña cerca de un río que pasaba por la zona. Ella iba decidida a recuperar la relación que había tenido con Anastasia antes de que su marido destruyera a toda la familia. Eso había logrado al alejar a su hija de la casa. La familia ahora estaba dividida en dos bandos.

Sus padres, que habían adorado a Gabriel, ahora lo odiaban. También estaban furiosos con ella porque le había dejado todo al especulador, como lo llamaban, pero ya entenderían que para ella su hija era más importante que lo que estaba dejando atrás.

Fernando, su hijo mayor, se había puesto del lado de su padre. Una semana atrás la había tildado de loca por dejar todo lo que tenía para ir a vivir a un lugar tan rudimentario, como le había dicho cuando ella le mostró la foto

de la cabaña. No se lo reprochaba, porque Fernando era socio en el estudio contable de Gabriel, que era uno de los más importantes gracias a los clientes ricos que había aportado ella con su matrimonio, y Fernando no estaba dispuesto a perder su estatus.

Noel era diferente. Él era un aventurero, un alma libre, y se había mostrado complacido con su decisión. No odiaba al padre, pero la relación se había resentido cuando echó a Anastasia. Además, extrañaba las peleas que tenía con su hermana, como solía decirle cuando venía de visita.

Andrea recorrió con la vista la casa y el parque que había sido el hogar y el símbolo de estatus de su familia. Y en lugar de sentir tristeza por haber perdido toda la vida que conocía desde que era una niña, sintió alivio de apartarse de ese mundo tan exigente en el que se había criado. Estaba segura de que su hija había encontrado el mismo alivio que ella al verse despojada de todo ese estatus que había tenido que cargar desde su nacimiento.

Una semana atrás se había animado a hablar con Carola, la prima de Gabriel, y ella le había asegurado que Anastasia estaba contenta con su nueva vida. Andrea no le había contado que en poco tiempo ella iría a vivir a su ciudad, porque no quería que Carola le comentara su decisión a Anastasia. Ella quería sorprender a su hija.

La cabaña la había comprado por intermedio de su abogada a un hombre de la ciudad. Andrea solo la había visto por fotos, pero su abogada sí la había ido a ver, y le había dicho: “No está nada mal si lo que buscas es un cambio de vida”. “Además, está amueblada, por lo que solo tendrás que instalarte y agregarle algún detalle personal”.

Andrea arrancó el coche y se marchó, apartando un par de lágrimas que se le escurrieron de los ojos, porque sabía que a ese lugar ya no volvería.

La primera parte del recorrido lo hizo embargada por la nostalgia.

Había dejado atrás toda la vida que conocía. Si bien había sido su decisión, le costaba apartar la sensación de vacío que la embargaba. Entonces pensó en su hija, que ni siquiera había tenido elección, porque Gabriel la había apartado de todo lo que conocía, sin darle tiempo a reaccionar.

Andrea pensó en su nuevo hogar, en la vida diferente que la esperaba, sin tanta apariencia y sin estar todo el tiempo pendiente de mostrar una imagen de perfección que hacía tiempo que era solo una farsa. Y con esas deducciones por fin se sintió ligera y contenta.

Encendió la música y comenzó a cantar, primero con timidez y pasada media hora aullaba como una loba dentro del coche. Llevaba tantos años sin hacer algo loco que se le escapó una risa cantarina.

Si su hija la viera, no podría creer que esa mujer era la estirada de su madre, pensó. Al mirarse la ropa impecable se detuvo en un pueblo y encontró una tienda que vendía de todo, y entró decidida a cambiar su aspecto. Quince minutos después salía vestida con un pantalón de deporte ancho, un jersey ridículo que jamás se habría comprado, y unas zapatillas. Sí, zapatillas blancas, que ni siquiera eran de marca. Bailó en la calle. Todos la miraban como si se hubiera vuelto loca. Nada más lejos de la realidad. Estaba feliz con ese atuendo. ¡Dios mío, qué cambio más maravilloso! Jamás se había sentido tan cómoda.

Todavía no había empezado su nueva vida, pero esas prendas le daban la sensación de andar desnuda. Los pocos cambios le estaban cambiando el humor. Tenía ganas de reír, de gritar, de quedarse bailando como loca en la calle. Tenía ganas de hacer cosas espontáneas. Locuras y ridiculeces. Tenía ganas de sentarse a tomar un helado en el banco de una plaza, de ponerse una malla y meterse en un río. ¡Dios, nunca había ido a un río! También iba a escalar una montaña, si había algo que trepar, y si no caminaría por los campos o por la vera de algún arroyo. Y conversaría con sus vecinas mientras



hacía los mandados. Otra cosa que nunca había hecho.

—Si me vieras, Gabriel, ja ja ja ja —gritó cuando estuvo otra vez sentada frente al volante del coche.

Su ex, porque eso era Gabriel, la habría encerrado en un loquero, y otra vez largó una carcajada. ¿Qué estaría haciendo? Dinero, qué otra cosa iba a hacer. Mucho dinero para mantener ese estatus que lo tenía encandilado. Ella ya no quería todo ese dinero, que la ataba a una vida demasiado falsa y complicada.

De repente apareció un arco que daba la bienvenida a San Miguel, y Andrea se detuvo antes de ingresar a la ciudad. Contempló la calle con cantero en el medio, las flores, los árboles. Recorrió el centro de pocas cuadras y vio que todo el movimiento se congregaba alrededor de una plaza cuidada.

En ese momento tuvo miedo de la reacción de Anastasia cuando la viera allí. Alfonso y Noel ya la habían preparado para que no se horrorizara al saber que su hija era camarera en el hotel San Miguel. Ella ya se había quedado sin lágrimas al saber todo lo que había cambiado la vida de su hermosa hija. De jovencita consentida a camarera. Le costaba imaginarla limpiando lo que otros ensuciaban. Pero después del impacto que le produjo aquella noticia, no pudo más que sentir admiración por ella.

Quizá fue ese golpe el que la llevó a tomar la decisión de abandonar toda la vida de rica por una más humilde. Su hija le había dado una lección, y ella se animó a tirar todo por la borda. Carola le había dicho que Anastasia era feliz. Si su hija era feliz, ella también lo sería.

## CAPÍTULO 15

Andrea estacionó el coche en la plaza. Según su abogada, en la inmobiliaria la esperaban para indicarle como llegar a la cabaña y darle el otro juego de llaves. Marcela era una mujer de su edad, muy simpática, que se ofreció a colaborar en lo que necesitara. Que si necesitaba un fontanero, ella conocía el mejor. Que si quería un jardinero, ella conocía a uno que podía desmalezar el jardín por poco dinero. Que si tenía goteras en el techo, le podía enviar a don Ramón. Que si necesitaba un pintor, de eso sabía mucho su sobrino.

Le ofreció tantos servicios que Andrea tembló al imaginar el desastre que sería la cabaña, con baldes por el piso para contener las goteras de los techos, y con tantos problemas de filtraciones que debía salir más agua por los caños que por los grifos del baño. Y más terror le dio al imaginar su jardín convertido en una selva.

A todas sus amables atenciones, Andrea le dedicó una sonrisa cada vez más nerviosa. Le agradeció y salió casi corriendo de allí. Quería llegar lo antes posible para comprobar la cabaña que había comprado su abogada. No debería haber delegado un tema tan importante. Si bien estaba dispuesta a vivir de forma sencilla, no pensaba terminar viviendo en un rancho a la orilla del río.

Mientras manejaba siguiendo las indicaciones que le había dado la mujer, se sorprendió que a pocos metros estuviera el ingreso del hotel San Miguel, que era donde trabajaba su hija querida. Ella no quería ver tan pronto a Anastasia, pero la ansiedad le jugó una mala pasada y se metió en el ingreso del hotel.

Mientras recorría un camino circundado por árboles de gran follaje,

que regaban de sombras el lugar, llegó al hotel. Andrea se quedó asombrada, porque cuando Alfonso le contó que su niña querida era camarera en el hotel San Miguel se lo describió como una casona antigua, y ella se imaginó un hotelito familiar con unas pocas habitaciones, no esa monstruosidad que tenía frente a sus ojos. Su pobre hija debía quedar agotada trabajando de camarera, pensó. Se le formó un nudo en la garganta, y sin darse cuenta sintió la tibieza de las lágrimas caer por sus mejillas.

Ella había parado el vehículo a varios metros de la escalera de ingreso al hotel. A lo lejos un hombre con vaquero, botas de goma y una camisa a cuadros de varios colores, trabajaba en el jardín. Tenía un sombrero de paja, y Andrea supuso que sería el jardinero. Por lo poco que podía ver estaba en buena forma para semejante trabajo en ese enorme parque. Y no era un jovencito, ya que el sombrero dejaba ver algunas canas en su cabello oscuro, bastantes canas. Sin duda tendría cincuenta años, algunos más o algunos menos.

—No te vayas corriendo que no tengo quién te reemplace —gritó Bruno.

—Qué me reemplace tu futuro —gritó Anastasia, y siguió bajando al trote las escaleras de la puerta de servicio.

Andrea se quedó paralizada al escuchar la voz de su hija. Si no hubiera sido por la voz y su forma de caminar, no la habría reconocido. Su hija llevaba puesto un pantalón vaquero que le quedaba algo grande y un suéter ancho de color verde loro. Ropa que jamás se habría comprado. Pero bueno, la vida de su niña había cambiado mucho.

—No seas irracional. A ella la acaban de echar del bar. No puedo pedirle que... —Bruno se quedó mudo al comprender su error—. Por favor, necesito que ayudes a Vanesa. Norma tiene que irse con su hija. Enrique le ha dado permiso.

—¡Ah, claro! Ahora entiendo. Norma se tiene que ir a consolar a tu Lucre, la mosquita muerta que se quedó con mi trabajo. Y mientras tanto yo, que soy la que más ha perdido, no puedo ausentarme media tarde para buscar un maldito lugar donde vivir, porque hasta eso lograste que me quitaran — gritó Anastasia.

Andrea se había olvidado de la pobre ropa de su hija, porque estaba atenta a la conversación, o discusión, que tenía con ese hombre de traje y corbata. No tuvo dudas que ese imponente y atractivo hombre era el dueño del hotel.

Su hija se había dejado avasallar por Gabriel cuando la echó de la casa. Ella misma se había callado la boca cuando vio que se la llevaba de un brazo. Pero, por lo que estaba observando, Anastasia había aprendido a pelear por sus derechos, y vaya que había aprendido, ya que estaba dejando mudo al dueño del hotel.

—Bravo, cariño. Bravo, bravo —gritó Andrea sin poder contenerse. Se había bajado del coche y aplaudía como loca a su hija. Era tal su entusiasmo al ver el carácter de Anastasia para enfrentar al dueño, que no se percató de la mirada de sorpresa que los dos tenían en el rostro, y siguió gritando como loca—. Así se habla. Nada de dejar que te pisen. Estoy tan orgullosa de ti, tesoro. Oh, qué emoción poder verte con esas garras para gritarle al dueño del hotel todo lo que piensas. Nunca permitas que nadie pase sobre ti. Menos un maldito hombre.

Bruno y Anastasia seguían sin reaccionar.

Anastasia no podía creer que su familia la hubiera encontrado. Carola les había asegurado que ignoraban su paradero. Pero si eso era cierto, ¿qué hacía su madre allí? ¿Acaso pretendía llevarla de regreso? ¿Otra vez Bruno iba a terminar en el hospital?, aunque con lo pequeña que se veía su madre al lado de Bruno, dudaba que le hiciera daño.

—Parece que mamá llegó a defender a su cachorra —dijo Bruno, y sonrió al ver a la madre de Anastasia, que no se parecía en nada a la mujer altiva que se había imaginado. Vestía un pantalón de hacer deportes de color celeste, y un jersey con unos pájaros de todos colores tan llamativos, que supuso que lo había encontrado en un cajón de ofertas. Ese suéter era lo primero que uno miraba.

—¿Qué haces acá, mamá? —dijo Anastasia, y retrocedió dos pasos.

—He llegado justo para defenderte, aunque veo que no te hace falta, cariño —dijo Andrea—. No permitas que ese hombre, por más dueño de esta monstruosidad que sea, te diga lo que tienes que hacer.

—¡Mamá! Él no es...

—Pasa algo —interrumpió Enrique, que se acercaba con la tijera de podar en la mano.

—Usted no se meta donde no lo llaman —dijo Andrea, y lo señaló con la mano—. Mejor vuelva a sus tareas de jardinería si no quiere que lo echen de una patada. Esto lo arreglamos nosotras con el dueño.

—Yo no soy... —dijo Bruno sin poder terminar la frase porque Enrique lo interrumpió.

—Tiene razón. Mejor dejo que el dueño cargue con toda su ira, señora —dijo Enrique con una sonrisa, y le advirtió a Bruno con la mirada que no la sacara del error.

—¡Mamá, qué estás haciendo! —gritó Anastasia al ver cómo trataba a Enrique.

Pero Andrea estaba algo alterada al haber encontrado a su hija, y también por el cambio de vida, y por la fontanería rota, los techos que goteaban y el monte que tendría en el jardín. Vaya, justo allí había un jardinero bien atlético, que a pesar de la edad, debía tener mucha resistencia para hacer el trabajo pesado del jardín, se dijo al ver lo lindo que tenía el parque.

—Este es el plano de mi casa, que está cerca del hotel —dijo Andrea a Enrique, y le dio el plano que le habían hecho en la inmobiliaria y llevaba en la mano—. Cuando termine con sus tareas, buen hombre, pase por mi cabaña, que le voy a dar una buena paga para que me desmonte el jardín. No he visto la casa todavía, pero con todas las advertencias que me hizo la mujer de la inmobiliaria, creo que tendrá trabajo por varios días. Y eso lo beneficia a usted, porque podrá llevar un dinerito extra a su familia.

Anastasia la miraba horrorizada. En qué momento su vida había dado semejante giro. Ella solo estaba discutiendo con Bruno, que no quería darle la tarde libre para ir a buscar un lugar donde vivir. Había tenido un día de mierda, y para rematarlo su madre estaba metida allí, dándole un plano al dueño del hotel para que le fuera a arreglar el jardín de la casa. ¿Qué casa? Acaso su madre se había comprado una casita allí para venir a controlarla.

Miró a Bruno, que tenía la sonrisa estampada en el rostro. Y con temor, desvió sus ojos a Enrique, que para su sorpresa estaba recibiendo el plano que le tendía su madre.

—Allí estaré para hacerme un extra, señora. No sé su nombre.

—Andrea Jones. Bueno, Jones ya no. Andrea Restrepo. Ese es mi nombre ahora.

—¡Restrepo! ¡Pero qué estás diciendo, mamá! —exageró Anastasia al escuchar que usaba el apellido de soltera.

—Ahora soy libre, cariño. Ya no estoy atada a tu padre. Me divorcié —aclaró Andrea.

—Esto es demasiado para un día —dijo Anastasia, y sintió como la invadía un mareo que casi la tiró al suelo—. ¿Mamá, a que has venido? —preguntó en un susurro.

—A quedarme —dijo Andrea.

Anastasia sintió que se le aflojaban las piernas, y antes de caer

despatarrada en el suelo, Bruno la sostuvo en sus brazos.

—¡Mi hija! ¡Mi niña querida! ¿Qué le ha hecho? —gritó Andrea a Bruno.

—Creo que se desmayó de susto al verla acá, señora Andrea —dijo Enrique—. Jorge, trae un jarro de agua —gritó Enrique.

—Ni se te ocurra —dijo Bruno al ver las intenciones de Enrique.

Pero Jorge era un empleado eficiente y en menos de treinta segundos llegó con una jarra llena de agua, que Enrique descargó sobre los dos.

—¡Oh! —dijo Andrea asombrada por la violencia con la que descargó el agua.

Anastasia se despertó y al verse en los brazos de Bruno creyó que se volvería a desmayar. Los dos estaban mojados, pero él mucho más que ella.

Unos meses atrás ella había estado en esos brazos. Había sentido sensaciones desconocidas. Casi había rozado la felicidad al creer que Bruno también la quería, pero todo había sido una mentira.

Como seguía algo atontada, en lugar de tratar de alejarse de Bruno lo miró embelesada. Él tenía los dientes apretados, pero al ver que se había despertado, le sonrió con ternura. Anastasia se estremeció aunque no supo interpretar sus gestos contradictorios. Pero qué le importaban sus gestos si él le había sonreído.

—Me parece que no acerté bien a quién tenía que mojar —dijo Enrique, para nada culpable al ver que el traje de su encargado chorreaba agua. Pero solo él había visto la desesperación en los ojos de Bruno cuando Anastasia cayó desmayada en sus brazos, y el agua más que para despertar a Anastasia había sido para despabilar a su encargado.

—Usted es un bruto —dijo Andrea a Enrique—. Cómo se le ha ocurrido despertarla de esa forma. Le podría haber producido un shock. Y mire como dejó al pobre dueño del hotel —y señaló a Bruno—. Debería

echarlo en este mismo momento.

Bruno y Enrique se miraron, y a Enrique se le escapó una sonrisa.

—¿Cariño, qué ha pasado? —preguntó Lucrecia, que bajaba corriendo las escaleras. Todas habían escuchado el alboroto, y tras ella venían Valeria y Carolina.

—La gota que faltaba para llenar el vaso —dijo Enrique con sarcasmo.

Anastasia al escuchar que Lucre le decía cariño a Bruno salió de la ensoñación. ¡Cómo podía seguir en los brazos de un hombre que odiaba! Él la había despreciado en el hospital, salía con Lucre y encima le había robado el trabajo para dárselo a su futura esposa. Aunque viendo lo caprichosa que se había mostrado Lucre, no tuvo dudas que el futuro soñado de Bruno sería una pesadilla, y sintió una perversa satisfacción. Comenzó a removerse en los brazos de Bruno para que la dejara en el suelo. Pero él la apretó más contra su pecho.

—Suéltame —dijo Anastasia.

Bruno no tenía ganas de soltarla. Se sentía tan bien, que quería que todos desaparecieran de su vista.

—Bruno, te pregunté qué está pasando —gritó Lucrecia para que lo escuchara.

—Vayan todas a seguir con sus tareas, que esto no es un circo —gritó Bruno.

—Pero yo no empiezo hoy —aclaró Lucre.

—Dile a tu madre que te busque ropa, y cubre el turno de Anastasia —dijo Bruno a Lucrecia, pero sin dejar de mirar a Anastasia.

—¡Qué! ¿Por qué tengo que cubrir su turno? —preguntó Lucre, que al ver la conexión entre ambos tuvo ganas de sacar a patadas a Anastasia para que Bruno la mirara a ella.

Anastasia le dio una trompada en el pecho para que la soltara, pero



Bruno ni se inmutó.

—Ya estoy bien. Suéltame —dijo Anastasia con los dientes apretados.

—No lo creo. Capaz que te suelto y te das de cabeza en el piso. Estás en horario de trabajo y soy responsable de tu seguridad, Anastasia, y no quiero que nos demandes si te rompes el cuello.

—Deje a mi hija. No entiende que ella le dice que ya está bien. Que sea su patrón, no le da derecho a hacerse el sordo —gritó Andrea, y se acercó a él para increparlo con una uña pintada de rojo con corazones blancos.

—Dios mío. Ahora los huéspedes también están mirando el escándalo desde la galería —dijo Enrique—. Bruno, deja a Anastasia en el piso, que creo que ya se despabiló del desmayo.

Bruno la bajó de mala gana, y Anastasia se alejó de él.

—¿Estás mareada? —preguntó Bruno.

—Solo porque casi me ahogas —dijo Anastasia, y se giró para mirar a su madre—. ¿Qué es eso de que te has comprado una casa?

—Me he mudado acá para estar cerca de ti, cariño.

—¡Qué! —gritó Anastasia, y tuvo ganas de desmayarse de nuevo para que desaparecieran las palabras de su madre—. Tú no puedes mudarte. Tienes tu vida allá.

—Ya no. Voy a empezar una nueva vida acá.

—¡Eso es una locura! —dijo Anastasia, exagerando con las manos.

—La más linda de las locuras —dijo Andrea.

—Creo que sería bueno que tu madre y tú arreglen las diferencias en un bar, frente a una buena copa de whisky así se le aplaca la ansiedad —dijo Enrique, intentando que se llevaran sus problemas a otro lado.

—Lo siento, Enrique. Tienes razón —se disculpó Anastasia.

—¿Por qué todos tratan al jardinero con tanta cortesía?, si solo es un soberbio —preguntó Andrea.

—Porque soy un hombre muy respetado por la gente de este hotel, señora —dijo Enrique antes de que alguien la sacara del error—. Cuando termine de podar unas plantas, voy a pasar por su casa para ver el jardín —aclaró.

Bruno y Anastasia lo miraron desconcertados. Enrique se encogió de hombros y les sonrió.

— Yo... espero que esto no perjudique mi... —susurró Anastasia, y se calló cuando Enrique se puso el dedo en los labios. Era evidente que se estaba divirtiendo con la confusión de su madre, pero ella no quería que ese chiste le hiciera perder las horas de trabajo que Bruno todavía no le había quitado.

—Dudo que Bruno te eche, Anastasia —dijo Enrique—. Eres la mejor empleada del hotel —aclaró.

Ahora era Andrea la que miraba desconcertada al jardinero. ¿O no sería el jardinero?, se preguntó, pero no se atrevió a exteriorizar sus dudas.

—Vamos, mamá, antes de que sigas metiendo la pata —dijo Anastasia, y las dos caminaron hacia el coche de Andrea—. ¿Cambiaste el coche?

—Sí. El otro ya no lo quise —dijo Andrea, para evitar decirle a su hija que después del choque había quedado inservible.

—No entiendo qué haces acá. Tenías tu tienda de arte y antigüedades.

—La tienda está en venta.

—Tus salidas con amigas y tus fiestas y...

—Haré nuevas amigas. Y las fiestas nunca me gustaron demasiado.

—Ya veo —dijo Anastasia por decir algo.

—Me divorcie de tu padre porque te echó de casa, y porque descubrí que me mintió toda la vida —aclaró Andrea—. Él tenía familia en San Miguel, y siempre me la ocultó.

—Lo sé. Me lo contó Carola.

—También dejó a una novia. Se casó conmigo por mi dinero —aclaró,

y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quizá te quería.

—Si hubiera sido pobre, no me habría querido. Se lo pregunté, y él tuvo que aceptar que era cierto —dijo Andrea. Abrió la puerta del vehículo y las dos se acomodaron en los asientos.

Los dos hombres las miraban alejarse.

—La madre de Anastasia no es lo que me esperaba —dijo Bruno, que seguía con la sonrisa estampada en el rostro.

—Yo tampoco me imaginé que Gabriel se había casado con una mujer como ella —dijo Enrique—. Quizá no fue el dinero lo que lo conquistó, sino esa forma de ser tan exaltada ¿Has visto lo que lleva puesto?

—He visto —dijo Bruno, y miró a Enrique sorprendido, porque parecía encandilado con la madre de Anastasia.

—Otra mujer habría estado roja de vergüenza con ese jersey lleno de pájaros. Y el pantalón parece de un pijama. Ella parecía muy orgullosa con su atuendo.

—Ya veo que te llenó de curiosidad —dijo Bruno—. ¿Por eso vas a ir a desmontar los yuyos de la cabaña?

—Por supuesto. Me confundió con el jardinero, y pienso sacarle provecho al tema —dijo, y largó una carcajada—. Creo que nunca una mujer me dejó tan desconcertado. No se parece a su hija —aclaró Enrique.

Quizá era un tema de genes, porque a Bruno le había pasado lo mismo cuando conoció a la hija, pero no se lo comentó a Enrique.

—Cuando conociste a Anastasia, ya no se parecía a la madre. Carola le arrancó la soberbia de un plumazo.

—Ya lo sé. Carola me contó todo cuando me pidió que le diera un empleo. Además, hablo mucho con Anastasia, y sé cómo era su vida —dijo Enrique—. Todos la admiran, pero a mí esa jovencita me genera ternura —

aclaró—. La servían en bandeja de plata, Bruno —dijo a modo de reflexión.

—El padre es un soberbio —dijo Bruno.

—Gabriel siempre fue medio idiota. Le arruinó la juventud a Amanda, y ahora parece que le arruinó la vida a su familia —aclaró.

—¿Amanda? —preguntó Bruno—. ¿Qué Amanda?, la que se quedó soltera cuidando a los padres, y cuando murieron se casó con un hombre bastante mayor.

—Esa misma. Era la novia de Gabriel. Él le prometió que regresaría a buscarla, pero se encontró un mejor partido y nunca más volvió.

—Es una mujer encantadora. Quizá por eso Carola le dice Amanda a Anastasia.

—Es por ella. Siempre fueron amigas. Amanda es una mujer especial.

—¿Tú estabas enamorado de Amanda?

—No, Bruno. Solo éramos amigos —aclaró—. Mejor dejo a Jorge que siga con el parque, que hoy me toca desmontar en otro lado —dijo Gabriel, y se alejó para hablar con José.

—Podría ir a ayudarte —gritó.

—Conozco ese jardín —aclaró—. Era un anexo de mi casa. La acabo de vender.

Bruno largó una carcajada al enterarse que la madre de Anastasia había comprado la cabañita de pescador de Enrique, y ni siquiera lo sabía.

## CAPÍTULO 16

Anastasia no había ido más al centro porque sabía que tenía que enfrentar a gente que no la quería. Pero su madre desconocía los inconvenientes de su hija y estaba llena de entusiasmo por conocer algo de su nueva vida. Andrea era muy sociable. Anastasia lo había sido en su entorno, pero allí se sentía cohibida.

Por suerte era hora de la siesta de un día de semana, y los amigos de Bruno brillaban por su ausencia.

—Qué rústico es el bar —dijo Andrea, y Anastasia se sintió incómoda por el comentario de su madre.

—Ese comentario puede ofenderlos, mamá —dijo Anastasia, que buscaba una mesa escondida en algún rincón para que nadie la viera.

Pero Andrea tenía ganas de socializar, y se sentó en la mesa de la vereda que estaba más a la vista.

—Acá vamos a ver todo, y todos nos van a ver.

Justo lo que Anastasia no quería, pero no tenía ganas de contarle a su madre los malos tragos que había pasado desde su llegada. Solo rogó que no apareciera Jérica o las amistades de Bruno que la habían ignorado en el hospital.

—Ya lo creo que nos van a ver todos —aclaró Anastasia.

Un hombre de mediana edad se acercó a atenderlas.

—Ya no quedó almuerzo. Se lo devoraron los últimos comensales a las dos de la tarde —dijo de forma cortante—. Y en media hora cerramos para limpiar —aclaró.

—¡Pero qué pocas ganas de trabajar, hombre! —exageró Andrea, y Anastasia no tuvo dudas que se estaban ganando otro enemigo más. O quizá

este la conocía, y no la quería en su bar.

—Estoy desde las seis de la mañana, señora. Y acá todos saben que la siesta es sagrada. Además, hoy han puesto de patitas en la calle a una empleada, y me toca todo el trabajo a mí. Por otro lado, le aclaro que nadie viene cuando cerramos, y eso pasará en media hora —aclaró el hombre, que había dejado ver que era un empleado, no el dueño.

Anastasia sabía quién era la empleada que habían puesto de patitas en la calle. Tuvo ganas de decirle, que la muy maldita le acababa de robar el trabajo a ella, pero qué podía importarle a ese hombre, que solo quería que se fueran.

—Pues si aún dispone de media hora, nos quedamos —dijo Andrea.

—¡No! —gritó Anastasia—. Nosotras nos vamos —se levantó, y agarró de un brazo a su madre, que la miraba desconcertada.

Después de discutir un rato con Andrea por su decisión de marcharse, su madre encontró un quiosquito abierto y compró gaseosas y sándwiches.

—Podríamos ir a mi cabaña, pero la mujer de la inmobiliaria me sugirió tanta gente para reparar cosas, que dudo que esté en condiciones —aclaró Andrea, como si no quisiera causarle mala impresión a su hija con la casa que se había comprado.

Si su madre supiera el deplorable estado de la casa de Carola, no habría hecho esa aclaración.

Andrea enfiló rumbo a la plaza y se sentó en un banco. Anastasia no se animó a decirle que sería mejor buscar un lugar donde nadie la reconociera, y se sentó junto a su madre. Mientras comían y bebían, Andrea le preguntó por su vida desde que Gabriel la dejó en la casa de su prima.

¿Cómo contarle a una madre, que ha conocido todo tipo de lujos, su pobre vida desde que llegó? No tuvo ganas de relatarle que las lecciones de Carola le habían arrancado de un plumazo toda su vida anterior. Tampoco le

habló de la atracción que sentía por Bruno, y mucho menos del sexo en el cuarto de las escobas de una pizzería. También evitó contarle los desprecios que le hacían los amigos de Bruno, las humillaciones de Jérica y la indiferencia de la gente. Era tan poco lo bueno que le podía decir, que terminó hablando de Carola, de su vida austera, de la muerte de su hijo, y de la bella casa que mantenía como recuerdo de una vida hermosa que le duró poco. Le contó que Carola se había casado con el padre de Bruno, que ya había muerto. Y le habló de las bondades de su tía y de Bruno.

Su madre quería saber cada día de su vida, pero ella pasó por alto las primeras semanas, y comenzó a relatarle su día a día desde que comenzó a trabajar en el hotel, que si bien era humilde, Andrea ya lo conocía.

—Es decir, que conociste a Bruno antes de saber que era dueño de semejante hotel —dijo Andrea asombrada.

—Aja —dijo Anastasia. Otra cosa más que le ocultaba, puesto que no le dijo que el dueño era Enrique. Esa parte se la guardó porque ya había visto que Enrique no había querido sacarla del error, y ella no iba a arriesgar su trabajo contando lo que él había decidido callar—. Ahora te toca a ti, mamá. Te divorciaste y dejaste todo para venir a vivir acá.

Andrea no escatimó en detalles. Ella le contó todo. Las peleas con su padre para saber su paradero. Los días que pasaba llorando en la habitación porque no sabía nada de ella. La decisión de Alfonso y Noel de buscarla. Volvió a contarle la familia que su padre les había escondido, la novia que había dejado en San Miguel, y que se había casado con ella por el dinero. Anastasia supuso que ese sería un tema recurrente para su madre, porque el engaño la tenía enojada y dolida.

Lo que más tristeza le dio no fue saber que le había dejado todo a Gabriel, incluso la casa con el gran parque, sino que su hermano Fernando se había puesto a favor de su padre. Nunca había sido muy compinche con él

porque le llevaban siete años, pero que aprobara lo que había hecho su padre le pareció muy injusto. A Fernando solo le importaba el dinero, y eso la indignó.

—Yo ya había pedido el divorcio el día que Alfonso y Noel me contaron que sabían dónde estabas, pero no había pensado en seguirte. Cuando me contaron que era una ciudad pequeña, con un centro de pocas cuadras y rodeada de naturaleza, me dije, para qué me voy a quedar acá teniendo a mi hija allá. La abogada me consiguió una cabaña alejada, y justo cuando ya iba llegando me encontré con el cartel del hotel San Miguel. No me pude aguantar la curiosidad y entré a ver el lugar donde trabajabas.

—¿Tu cabaña está cerca del hotel?

—Sí, era un poco más adelante. Pero no alcancé a llegar —dijo Andrea—. La mujer de la inmobiliaria me ha ofrecido tantos servicios, que no sé con qué me voy a encontrar cuando la vea. Pero si no tienes donde vivir, podrías venirte conmigo —dijo Andrea.

Anastasia se quedó callada. Primero porque cerca del hotel vivía Enrique, y segundo, porque ella ya había decidido no vivir con Carola para poder avanzar, por lo que tampoco podía aceptar la propuesta de su madre.

—Gracias, pero ya me acostumbré a vivir sola, mamá.

—No tiene sentido que te gaste tu sueldo en alquilar algo, cuando la cabaña tiene dos habitaciones y encima está cerca de tu trabajo —dijo Andrea.

—Sí aceptara estaría retrocediendo a mi vida anterior, donde tú me dabas todo lo que quería. Pero esa ya no soy yo, y ahora vivo de mi trabajo.

—Pero no sería igual. Aunque podríamos almorzar juntas y...

—Y tú pagarías el almuerzo y me comprarías el champú más caro y...  
—aclaró Anastasia, y Andrea por fin comprendió.

—Entiendo, ya te entiendo. No quieres perder tu independencia. Espero que aceptes alguna invitación para que compartamos tiempo —dijo



Andrea.

—Ahora me sobra tiempo. Me han quitado los reemplazos que hacía en el hotel, por eso no tengo más el beneficio de vivir allá. Hasta esta mañana yo estaba a disposición del hotel de lunes a domingo y a la hora que me lo pidieran. Pero ese trabajo extra, que me ataba bastante, se lo han dado a otra chica —aclaró Anastasia.

—¿No se lo habrán dado a la chica que llamó cariño al dueño? —preguntó Andrea—. Él le dijo que se tenía que quedar a reemplazarte. ¿Es la amante del que te tenía en brazos? —preguntó Andrea llena de curiosidad.

—Ella es la que tiene mi trabajo. Salen juntos, pero no sé si es la amante, la novia o la futura esposa —dijo Anastasia con los dientes apretados al recordar la escena.

—A ti te gusta el dueño —no fue una pregunta la de Andrea, sino una afirmación.

—Me gustaba antes, ahora ya no —aclaró Anastasia, porque si su madre iba a vivir allí, tarde o temprano se iba a enterar de todos los cotilleos de la ciudad. Quizá Carola dejaba de ser tan reservada y le contaba toda su vida de lucha allí—. He pedido dos días para conseguir un lugar donde vivir, y tú le has pedido a Enrique que te arregle el jardín —le recordó Anastasia.

—Bueno, si va y no estoy tendrá que regresar mañana —aclaró Andrea.

Así era la vida que llevaban antes, se dijo Anastasia y negó con la cabeza.

—Acá es distinto. Si quieres tener amigos, es mejor que los respetes, mamá —dijo Andrea.

—Yo no quiero al jardinero de amigo —aclaró Andrea.

Sí supieras el dinero que tiene el jardinero que te has elegido, pensó Anastasia y casi se le escapó una risa.

—Tienes una hija camarera. Y has querido cambiar de vida, por lo que es mejor que te acostumbres a tener amigas por su calidad de personas y no por su cuenta bancaria —aconsejó Anastasia.

Andrea la miró con la boca abierta.

—Has cambiado mucho en casi un año alejada de nosotros —dijo Andrea asombrada, puesto que su hija antes era como ellos.

Si ella supiera que no había tenido opción. Que o cambiaba o se pegaba un tiro.

—Aprendí rápido —dijo Anastasia, evitando dar detalles—. Y ahora cada una a lo suyo, mamá —dijo Anastasia, se levantó del banco. Andrea hizo lo mismo y la abrazó.

—¿Quieres que te acompañe a buscar un lugar bonito donde vivir? —preguntó llena de ilusión.

—¡Mamá! —gritó Anastasia.

—Ya sé, no me meto más —aclaró Andrea—. Suerte con tu búsqueda. Mi casa está cerca del hotel, por si quieres darte una vuelta uno de estos días.

—Claro que voy a ir. No hay muchas casas por la zona, y seguro que la voy a encontrar —dijo Anastasia, que ya se alejaba mientras su madre se había quedado parada, y la miraba emocionada.

—Estoy feliz de estar cerca de ti, hija —aclaró Andrea—. Bueno, ya me voy antes de que me retes —dijo Andrea, y se marchó rumbo al coche.

Anastasia la vio alejarse y sonrió emocionada. No le había querido demostrar su alegría porque Andrea era una madre posesiva, y ella quería mantener su independencia. Pero vaya sorpresa más hermosa que le había dado su madre. Toda la ira que había cargado contra su familia, Andrea la había disipado. Su madre había dejado todos los lujos para seguirla, y se puso a llorar de emoción.

—¡Dios, qué día! —dijo Anastasia solo para ella, se giró para

comenzar su búsqueda y se topó con el duro pecho de Bruno. Levantó los ojos llenos de lágrimas y lo miró desconcertada—. ¿Qué haces acá?

—Me gusta tu madre —dijo Bruno sin responder la pregunta.

—Eso es algo que me tiene sin cuidado —aclaró Anastasia—. ¿Me estás siguiendo?

—Creí que tu madre te llevaría al Plaza, que es el restaurante más caro de la ciudad, pero vengo y me las encuentro comiendo un sándwich en un banco de la plaza. La verdad que me sorprendió —dijo Bruno, y Anastasia arqueó las cejas con la comparación.

—Fuimos al bar de tu novia, pero nos echaron —aclaró Anastasia.

—¿Carlos las echó? —preguntó desconcertado—. ¡Qué raro!

—No sé de qué te sorprendes. Ya estoy acostumbrada a que me traten mal en esta ciudad —aclaró Anastasia, más indignada de lo que habría querido demostrarle, porque él no había negado que Lucre era su novia—. Ya viste que no somos tan estiradas, ahora puedes largarte a controlar a tus empleadas.

—Soy el dueño y puedo hacer lo que quiera —aclaró Bruno, y sonrió al recordar la confusión de la madre de Anastasia—. El pobre Enrique se quedó buscando las herramientas de jardinería para ir a desmontar —contó Bruno.

A Anastasia, muy a su pesar, se le escapó una risa, y Bruno disfrutó de aquella complicidad que habían tenido antes de que él terminara en el hospital y cometiera el error de ignorarla.

—Creo que a Enrique le gustó tu madre, a pesar del pantalón de pijama y el jersey de pájaros que lleva puesto —dijo Bruno.

Anastasia negó con la cabeza sin poder dejar de sonreír. Su madre, que había vestido las prendas más caras, estaba tan ridícula como ella cuando se tuvo que poner los tirantes que le daba Carola. Le encantaba reír con Bruno.

Le encantaba esa relación especial que surgía entre ellos, la espontaneidad con la que se trataban. Podían hablar de todo, reírse y disfrutar con pequeñas cosas, pero no debía olvidar que él la había despreciado y que ahora salía con Lucre, la roba trabajos.

—Mira, está muy divertida la charla, pero yo tengo que buscar un lugar donde vivir. Y como ya sabrás, no será fácil que alguien me quiera dar alojamiento.

—Por eso he venido. Tengo el lugar indicado —aclaró Bruno.

—No me interesa, gracias —dijo Anastasia, y trató de pasar delante de él, pero Bruno le cortó el paso.

—Toma —dijo tendiéndole una llave.

—Si crees que voy a vivir en tu casa, estás loco. No quiero nada de ti —aclaró enojada—. Y déjame pasar, que mañana tengo que dejar mi habitación.

—No es de mi casa. Es una casa que tiene Carola —aclaró Bruno—. Ella me pidió que te diera la llave.

—¡Ya le fuiste con el cuento! Espero que también le hayas dicho que me echaste tú, sin motivo. Y que lo hiciste porque querías beneficiar a tu novia —aclaró Anastasia, y volvió a hablar de Lucrecia como si fuera su novia, esperanzada de que él lo negara.

—No le di muchos detalles. Solo le dije que ya no tenías la habitación ni los reemplazos —aclaró Bruno—. Le aclaré que fue por mi culpa, y ella me pidió que te entregara la llave de la casa que tiene desocupada.

¿Cuántas casas tenía Carola desocupadas? Esa mujer era una caja de sorpresas.

—Prefiero una habitación con agua caliente en el baño —aclaró Anastasia, sin agarrar la llave que él le tendía.

—Tiene agua caliente en el baño —dijo Bruno—. El alquiler no es

muy caro. Te saldrá más barato que una habitación en la hostería —aclaró. Carola no quería que le pagara, pero él sabía que Anastasia no quería ayuda de nadie.

—Carola nunca me dijo que tenía otra casa —dijo Anastasia.

—Carola se calla muchas cosas, Anastasia —dijo Bruno—. Pero a ti parece que te quiere, porque de a poco te deja ver que ella vive así porque quiere, no porque no tenga otros recursos —aclaró—. Te voy a descontar el alquiler de tu sueldo.

—¡No voy a cobrar nada! —se quejó Anastasia—. Además, prefiero pagarle a ella.

—La casa la administro yo —aclaró Bruno.

—No, gracias. Prefiero decidir yo donde quiero vivir —dijo Anastasia, lo esquivó y se alejó de él para buscar una habitación en la hostería que le había nombrado. Aunque primero tenía que averiguar dónde estaba la hostería porque ella todavía no conocía mucho de la ciudad. No quería favores, y esa llave se parecía mucho a la oferta de su madre de ocupar la habitación que le sobraba en la cabaña.

—¡Qué mujer terca! —dijo Bruno irritado. Le había hablado a Carola para decirle que se quedaba sin la habitación, y ella le había pedido que le diera la llave de la casa—. Esa casa era de la madre de Carola, y ella generosamente te la ofrece para que vivas allí hasta que consigas algo que te guste —dijo Bruno enojado—. No soy yo quien te hace el favor. Es ella quien te brinda lo que tiene, y tú la rechazas.

Anastasia tampoco quería ofender a su tía. Además, no le estaba regalando el alojamiento, ella iba a pagar el alquiler, pensó. Regresó los pocos pasos que había dado, y le arrebató a Bruno la llave de las manos.

—¿Dónde queda la maldita casa? —preguntó enojada.

—Llegas a la esquina, y haces tres cuerdas a la derecha, rumbo al

hotel. Allí doblas a la izquierda, caminas dos cuadras más y tres a la derecha, y de allí otras dos a la izquierda. La casa está pintada de crema y tiene margaritas en el frente. Es imposible que no la veas, es la única con esas características —aclaró Bruno.

Ella ya se había perdido en la explicación. ¿Tenía que llegar a la esquina y doblar a la derecha o a la izquierda? Después tenía que caminar... ¿dos o tres cuadras? ¿a la derecha o a la izquierda?, se preguntó. Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Lo has hecho a propósito para que me pierda —dijo enojada, y Bruno largó una carcajada.

—No prestaste atención —dijo Bruno—. Te la voy a hacer fácil porque ya veo que la derecha y la izquierda no van contigo.

—Lo que no va conmigo es que estés aquí, tratando de salvar con esta llave el error que cometiste hoy —aclaró Anastasia.

Ella tenía razón, pensó Bruno.

—No puedo salvar el error. Pero es cierto, pretendo morigerar mi culpa —aclaró—. Vamos que te muestro la casa —dijo Bruno.

—No, gracias. Prefiero andar todo el día perdida antes que tener que caminar a tu lado —aclaró Anastasia, y de repente una idea cruzó su mente—. Antes de que me robaras mi trabajo te pasabas el día entero en el hotel. ¿Por qué ahora no?, si tienes a tu futuro ocupando mi puesto.

Anastasia era muy perspicaz, pero él no iba a confesarle que prefería estar donde estaba ella.

—Tienes razón. No sé qué hago acá teniendo a Lucre en el hotel. Espero que tengas suerte con la búsqueda de la casa —dijo Bruno, se giró y la dejó mirándolo con la boca abierta.

La suerte no estuvo de su lado. Después de caminar dos cuadras para la izquierda y doblar tres para la derecha, supuso que se había equivocado y

regreso a la plaza para volver a empezar, pero esta vez iba a doblar primero a la derecha. Anduvo y desanduvo el camino tantas veces que a las cinco de la tarde el centro se llenó de gente. Ya no sabía para donde hacer las cuadras y tuvo que llamar a Carola para que le indicara el recorrido.

—Solo tienes que seguir derecho seis cuadras por la calle Los Plátanos, y en Las Lilas doblas a la derecha, caminas cuatro cuadras y te vas a encontrar la casita de mi madre. Está pintada de crema y tiene margaritas en el jardín —aclaró Carola.

Maldito hombre, con lo fácil que era y él, a propósito, se lo había complicado. Capaz que también le había dado mal las indicaciones para que no la encontrara. Al menos no le había mentido en la fachada de la casa.

—¿Fue idea tuya prestarme esta casa que te sacaste de la galera? —preguntó Anastasia.

Carola se quedó callada sin saber qué mentira se habría inventado Bruno.

—Me enteré que tu madre se vino a vivir acá, Amanda. Me ha llamado hace una hora —dijo Carola cambiando el tema.

Anastasia apretó los dientes. Su tía siempre cambiaba de tema para no responderle.

—Sí, se ha comprado una cabaña cerca del hotel San Miguel.

—Me contó. También me habló de un jardinero que se llama Enrique —dijo Carola, y largó una carcajada.

—¡Dios mío! Si supieras como trató a Enrique. Hasta tuve miedo de que me echara a patatas —dijo Anastasia—. Después estuve una hora con ella en la plaza, y no le dije que era el dueño del hotel —aclaró Anastasia.

—Hiciste bien. Si Enrique no la sacó del error, que se las arregle por idiota. Ojalá lo ponga a trabajar hasta que se quede sin fuerzas.

Anastasia se asombró de las palabras de su tía. Pero estaba más

interesada en conocer su nuevo hogar que en indagar a qué se debían los exabruptos de Carola con su jefe.

—Gracias por alquilarme tu casa —dijo Anastasia.

Otra vez el silencio al otro lado de la línea.

—¿Otra mentira más de tu querido Bruno?

—No, Amanda. Pero no me hace falta el dinero. Si lo necesitara la tendría alquilada —dijo Carola.

—Pienso pagar de forma rigurosa mi alquiler —aclaró Anastasia.

—Como tú quieras, Amanda.

—Podrías llamarme Anastasia —sugirió.

Su tía dejó escapar una risita.

—Está bien, Anastasia. Creo que ya no te hace falta el cambio de nombre —dijo Carola—. Ya tengo que cortar, querida, porque estoy planchando las sábanas del hotel y tengo que ir a llevarlas en un rato —aclaró.

—Gracias, tía. Ojalá te guste mi madre —dijo Anastasia.

—Estoy segura de que seremos buenas amigas —dijo Carola—. Ya nos veremos en estos días.

—Gracias, tía.

—Nada que agradecer. Estoy feliz de que ocupes la casa de mi infancia. Seguro que te va a gustar más que esta —aclaró, y se despidió para seguir trabajando.

Anastasia tenía pocas expectativas, pero apenas vio la casa se llenó de ilusión. Estaba tan cuidada como la que Carola tenía en la plantación de naranjas. Era un barrio que estaba cerca del centro y a la vez lejos de bullicio. Todas las casas tenían lindos jardines y la de ella tenía muchas margaritas y un árbol en el patio trasero, con sillas de hierro para sentarse a disfrutar del fresco de la tarde y de la hermosa vista de las montañas. Tenía muebles antiguos bien conservados, los electrodomésticos funcionaban, salía agua



caliente de los grifos y estaba impecable, como si alguien pasara a mantenerla. También el jardín y el patio de atrás tenían el césped cortado. A Anastasia le encantó el lugar, y más le gustó cuando una vecina, que vivía justo al frente, se ofreció a ayudarla en lo que necesitara. Era reconfortante saber que alguien no la mirara como si le molestara que estuviera allí.

Carola cuidaba con esmero todo lo que no usaba, pensó. Anastasia no la entendía. No comprendía ese deseo de su tía de castigarse durante toda la vida por un accidente que había sucedido tantos años atrás. Quizá nunca la entendería, pero la quería tanto que haría cualquier cosa por verla liberada de esas culpas que no la dejaban ser feliz.

Anastasia cerró la casa con llave y regresó al hotel para buscar sus pocas pertenencias y mudarse esa misma noche. Ya no quería estar allí más que los días que le tocaba su turno, porque no tenía ganas de observar la relación que Bruno tenía con su futuro planificado.

Entró por la puerta de la cocina y por suerte solo estaban Valeria y Claudia preparando la cena de la noche. Las saludó, les contó de forma rápida que había conseguido donde quedarse y se fue a su habitación a guardar sus pertenencias.

Media hora más tarde salía del hotel cargando un bolso con su ropa y la famosa maleta Gucci, que meses atrás le había devuelto Carola. Quiso despedirse de Enrique hasta el lunes, pero no estaba en el parque, y sonrió al suponer que estaba en la cabaña de su madre, quitando las malezas del jardín. Era extraño imaginarlo haciendo un favor. Enrique no daba puntada sin hilo. Si a ella le había dado la habitación, era porque le convenía tenerla a disposición las veinticuatro horas del día.

No se encontró con Bruno ni con Lucrecia, y pudo marcharse sin que alguna imagen melosa de los dos la tuviera toda la noche maldiciendo. Cuando recorrió todo el camino de árboles para salir del hotel, ya no soportaba el

dolor del brazo de tanto arrastrar la Gucci.

¿Qué hacía arrastrando la maleta? Eso era como cargar todo el peso su pasado sobre sus hombros. Treinta cuerdas le quedaban para llegar a la casa que le había alquilado Carola. ¡Treinta cuerdas!, cargando con algo que ya no quería más. ¿Acaso eso tenía sentido? No, se dijo, dejó la Gucci apoyada en uno de los árboles que circundaban el camino y siguió caminando hasta salir a la ruta.

Pensar que el día que llegó a la casa de Carola se había abrazado a esa maleta como si en su interior estuviera toda su vida. Y después de casi un año por fin había podido dejarla tirada al borde del camino. Tendría que pedirle perdón al tío Alfonso, pensó y sonrió al darse cuenta el enorme paso que acababa de dar.

## CAPÍTULO 17

Bruno había tenido una tarde complicada. Enrique se había ido a desmalezar el jardín de la cabaña de la madre de Anastasia, y José no había venido a trabajar, por lo que estaba solo para hacerse cargo de la conserjería. José se había resentido desde que lo habían bajado de categoría, y cada tanto se echaba un faltazo sin avisar. Si no le hubiera quitado el puesto a Anastasia, ella lo habría reemplazado encantada, pensó Bruno. Además, Anastasia sabía tratar a los huéspedes, y la gente siempre se iba con una sonrisa. Pero en lugar de tener a Anastasia, tenía a Lucrecia, que no sabía limpiar y menos mantener una escueta sonrisa.

Era su primer día y tenía que tenerle paciencia hasta que aprendiera el trabajo. Pero no podía tolerar que frotara el pasamano de la escalera como si quisiera asesinarlo. La educación y calidez de los empleados era importante para que los huéspedes quisieran regresar o recomendar el hotel. Lucrecia solo llevaba media tarde allí y dos huéspedes ya se habían quejado de que no los dejaba pasar hasta que no se secase el suelo. Y un tercero le había pedido que mandara a otra camarera porque la que estaba en la habitación no dejaba de gruñir. ¿Ese era el futuro tranquilo que él había imaginado?, se preguntó Bruno.

Menos mal que Enrique no estaba, y ojalá que la madre de Anastasia lo tuviera una semana arreglando el jardín, así él podía explicarle a Lucrecia algunas reglas del hotel, como el trato cordial que tenía que tener con los huéspedes.

¿Qué estaría haciendo Enrique? No tuvo dudas que, a pesar de la dura faena, debía estar pasándose mucho mejor que él.

\*\*\*\*\*

Nada más lejos de la realidad. Enrique estaba dejando la espalda, los brazos y las piernas en ese lugar. Había llegado dos horas atrás, y la madre de Anastasia lo tenía de un lado para el otro. Que saque estas ramas. Que ponde los ligustros, pero que no los dejara muy bajos para que no la espieran los vecinos cuando ella se paseara en traje de baño. El vecino era él, y a pesar del cansancio sonrió porque toda esa confusión de ella le encantaba. Pero ella siguió con sus órdenes. Que despeje el camino de ingreso. Que ponde las ramas del árbol, y saque esos yuyos tan espantosos. No alcanzaba a terminar una tarea que ya le tenía cinco más.

¿En qué se había metido? Enrique había llegado caminando a la cabaña, cargando sobre el hombro el pico y la pala, y en la otra mano traía la tijera de podar y la guadaña para despejar los matorrales.

Andrea Jones le había dado un plano de su propio terreno, y él, como un tonto había sonreído porque la madre de su empleada había caído en muchos errores. Ya sabía el trabajo que le esperaba, puesto que él había dejado que el jardín se convirtiera en una selva. Lo que jamás se imaginó era que esa mujer altanera lo iba tener trabajando como un esclavo.

Hasta él estaba sorprendido de estar allí. No era un hombre de hacer favores, salvo que se beneficiara con ello. Este no era el caso. Pero como vivía al lado, había querido tener buena relación con su vecina. Ahora se daba cuenta que nunca podría llevarse bien con una tirana como ella.

—No afloje con el trabajo, que si seguimos a este ritmo hoy terminamos con todo.

Encima hablaba en plural como si ella hubiera arrancado un mísero yuyo. Nada, no había hecho nada más que ponerlo a cuatro patas a sacar yuyos. Le dolía todo el cuerpo, y ella no le había ofrecido ni un vaso de agua.

¿De dónde le había salido esa vena generosa? Era la primera vez que hacía algo de forma desinteresada, y así le iba. Podría justificar su estupidez diciendo que lo hacía porque él le había vendido la cabaña en un estado regular. Pero nada de eso era cierto. Él estaba allí porque la madre de su empleada lo había confundido con el jardinero, y supuso que podría divertirse un rato con el error.

A Enrique le chorreaba sudor por la cara, el pecho y la espalda. Y cada vez que levantaba el pico le temblaban los brazos.

Se detuvo para sacarse el sudor de la frente, y ella, en lugar de ofrecerle alguna bebida o preguntarle si necesitaba descansar unos minutos, lo miró con recelo, como si él no mereciera una pausa.

Siguió sacando malezas, no porque quisiera complacerla, sino para marcharse más rápido, porque no quería volver a verla por un largo tiempo. Se iba a encerrar en su casa, con las persianas bajas para tratar de olvidarse que esa desalmada vivía a pocos metros.

Si Gabriel había sufrido al lado de esa mandona, bien merecido que se lo tenía por haber dejado a Amanda esperándolo media vida. Era una auténtica bruja, no tenía dudas, se dijo mientras asesinaba cada yuyo que se cruzaba en su camino. Por momentos se le nublaban la vista. Y estaba deseando caerse desmayado para acabar con la tortura, porque ni loco le iba a decir que ya no daba más. ¡Qué madre se había echado encima Anastasia! Con razón prefería trabajar de camarera antes que tener que regresar a su vida de rica.

Pasó la guadaña a un lado y otro mientras la gramilla salía volando por el aire. Ese trabajo podría hacerlo con la cortadora de pasto, pero tenía que ir a buscarla a su casa y la bruja lo iba a acusar de flojera. Además, mejor que no supiera que él vivía al otro lado de los ligustros, cuanto más tiempo dilatara que eran vecinos, más libertad tendría. No quería tenerla todo el día golpeando su puerta para pedirle favores.

Zas, zas, zas, siguió dándole sin saber de dónde sacaba las fuerzas. Ya le quedaba poco, un esfuerzo más y podía ir a meterse en la bañera de hidromasajes, con un *sauvignon blanc* en la mano y un plato de la deliciosa comida que Valeria ya le habría dejado en la nevera. Su cocinera pasaba por su casa después de los almuerzos del hotel y le dejaba sus comidas preferidas. Esa mañana él había sentido el aroma de la salsa de especias que le agregaba a la lasaña de verduras. Se le hizo agua la boca de pensar en lo agradable que sería estar en su casa, relajándose y cenando en la sala con el televisor encendido en un partido de fútbol. Pero estaba allí, sudando la gota gorda mientras la bruja lo seguía por todos lados para que no le quedara un solo lugar sin arreglar.

Sintió el ruido de un coche acercarse, y cuando se giró se quedó de piedra.

—Maldición. Lo único que me faltaba —dijo Enrique, y tiró lejos la herramienta.

—¡Qué boca y qué modales, por favor! —dijo Andrea a modo de reproche. Al observarlo se percató de que tenía la piel demasiado roja. No tuvo dudas que había abusado de la resistencia del pobre hombre y rogó para que no le diera un ataque en su patio.

—¡Oh! Usted no da más. No me di cuenta que ya era un hombre maduro, y lo he hecho trabajar como si tuviera treinta años —dijo Andrea.

Enrique la miró con desprecio.

—Tan maduro como tú, bruja insensible. Debes haber hecho una buena pareja con el ambicioso de tu esposo.

Andrea lo miró con la boca abierta. Era un hombre de pésimos modales, se dijo. No le respondió porque no quería enredarse en una discusión con un hombre que la miraba como si quisiera saltarle a la yugular. Un animal salvaje, eso era.

Carola había ido al hotel y como estaba cerca, decidió pasar por la cabaña de Andrea para darle la bienvenida. En el camino se había encontrado a su sobrina y la había invitado a acompañarla para conocer el hogar de su madre. Anastasia aceptó a regañadientes. Su sobrina estaba deseando instalarse en su nueva casa, pero no se animó a rechazar su invitación.

Al ver el espectáculo que se encontraron en el jardín, Anastasia se bajó del coche y fue caminando a zancadas hacia su madre. Carola siguió sentada frente al volante sin dar crédito a lo que estaba mirando.

—¿Qué has hecho! —dijo Anastasia al ver el maltrecho estado de su jefe.

—Le voy a pagar, hija —aclaró Andrea.

—No ves en el estado que está —dijo Anastasia, y señaló a su jefe—. ¿Enrique, estás bien?

Carola se bajó del coche y largó una carcajada.

—Jamás he visto a Enrique trabajar sin obtener un beneficio —dijo Carola, y volvió a reír—. Soy Carola —dijo a Andrea—. ¡Qué lindo conocerte!

—Podrías mostrar un poco de compasión por mí —dijo Enrique furioso a Carola.

—No ha parado de resoplar como un caballo desde que ha empezado —dijo Andrea. Anastasia tenía los puños apretados al costado del cuerpo, y Carola no dejaba de reír—. Creí que tendría más resistencia. Mi jardinero hacía todo el trabajo en un día, y eso que mi parque era cuatro veces más grande. Hasta la pileta dejaba impecable —aclaró.

—Pero esto es un monte, mamá. No un parque al que hay que sacarle unas pocas hojas secas y pasarle la cortadora de césped —dijo Anastasia furiosa por el trato que su madre le había dado a Enrique. No hacía falta preguntar si le había servido una bebida fresca, con solo ver la cara roja de su

patrón y los hilos de sudor que le corrían por la frente y el pecho, ya sabía que no le había ofrecido ni un vaso de agua.

—Siempre lo estás defendiendo a él. Y eso que este hombre se ha burlado de mí desde que puse un pie en el hotel.

—Trae agua, cariño —dijo Carola a Anastasia.

—Prefiero un vino, y si es un *sauvignon* mejor —dijo Enrique, que soñaba despierto con una copa de vino.

—Nada de vino —aclaró Carola.

—Maldita bruja. ¿A qué has venido? ¿Acaso te enteraste por alguien que estaba acá?

Carola le sonrió con picardía, y Andrea miró a uno y a otro sin entender.

—¿Ya te cansaste de coquetear con la madre de Anastasia? —preguntó Carola.

—¿Me ves pinta de estar coqueteando? Esa mujer casi me mata —dijo Enrique enojado—. Vete a tu rancho, mujer del demonio —dijo Enrique, y Andrea seguía mirando a uno y otro sin entender.

—Mejor vete a tu casa y llama al médico para que te recete algún calmante para el dolor de huesos —dijo Carola. Anastasia mientras servía un vino que encontró en la nevera escuchaba asombrada la riña de gallos entre Carola y Enrique. Y eso la tenía tan desconcertada como a su madre, que miraba a uno y otro con la boca abierta.

—Y tú, vete al psiquiatra para que te saque los rollos que solita te has metido en la cabeza —gritó Enrique a Carola, se acercó a Anastasia, le quitó el vaso de vino, se lo bebió de un trago y salió a zancadas de la cabaña.

Andrea y Anastasia se quedaron mirando que Enrique no se iba hacia la calle, sino que cruzaba el ligustro que acababa de podar y se internaba en el parque de una casa tan hermosa, que debía ser la mejor de la ciudad.



—Yo no entiendo lo que ha pasado —dijo Andrea, que miraba a su jardinero subir las escaleras de la mansión de su vecino de al lado—. Creí que era el jardinero del hotel. ¿También es el jardinero de la casa del lado? —preguntó con inocencia.

Anastasia miraba a su tía con el entrecejo fruncido.

—Creo que acabo de descubrir otra de tus reservas mentales, tía. Tú planchas las sábanas del hotel, por lo que yo deduje que eras una empleada externa, o le brindabas un servicio. Pero no lo trataste como si fuera tu jefe, sino un felpudo —dijo Anastasia a Carola.

Su tía le sonrió, pero siguió con esa estúpida idea de no contar nada de su vida.

Andrea miró a su hija confundida.

—Él es el dueño del hotel San Miguel —aclaró Carola a Andrea.

—¡Qué! ¿El dueño? ¿Estás segura? —preguntó Andrea horrorizada. Carola y Anastasia asintieron con la cabeza—. No puede ser. ¡Pero qué he hecho! Lo he tratado como... —Andrea negó con la cabeza, rechazando sus propias palabras—. Vine dispuesta a llevar una vida simple, y he tratado muy mal a ese hombre. No importa si es jardinero o empresario, porque he fallado. Sigo comportándome como la mujer altiva que era en la ciudad —estaba tan triste por su actitud, que Carola y Anastasia vieron como se le caían las lágrimas.

—Se lo merece —aclaró Carola para tranquilizarla—. Si alguien merece que le bajen los humos, ese es Enrique —dijo, se acercó a Andrea y la abrazó—. Bienvenida a tu nueva vida, querida amiga. Y el que creíste que era el jardinero, será tu insoportable vecino —dijo Carola, y se le escapó la risa.

—Si Enrique me echa del trabajo, no te hablo más —dijo Anastasia.

—Voy a ir a pedirle disculpas —dijo Andrea—. Hasta le voy a preparar una torta de chocolate para tratar de compensar lo mal que me

comporté.

—Eso está bien —dijo Carola—. ¿Te gusta el lugar?

—Es una maravilla. Estoy enamorada del paisaje. Bastante llanura para admirar el horizonte, y esas montañas son una tentación. No he tenido tiempo de caminar, pero creo que será mi pasatiempo favorito —aclaró.

—Sí, es una de las mejores zonas. Has hecho una buena compra, querida —dijo Carola.

—La cabaña está mejor de lo que me imaginé. Voy a disfrutar mucho, y voy a poder estar cerca de mi hija —dijo Andrea, y abrazó a su hija—. Sin meterme en tu vida —aclaró Andrea a Anastasia—. Ahora les voy a servir algo de tomar, y unas masas que compré en el centro —Andrea se fue a la cocina, y Anastasia se quedó mirando a su tía.

—¿Qué quieres preguntar? —preguntó Carola. Anastasia la miró asombrada—. Suelta todo lo te tiene llena de curiosidad. Ya te veo la cara de signo de pregunta.

—Yo no tengo cara de signo de pregunta. Solo que me intrigas —aclaró Anastasia—. Todo es extraño en ti. Te muestras de una forma, pero es como si tuvieras una vida que nadie conoce.

—No es para tanto, cariño, aunque no voy por la calle contando mi vida a nadie. Soy reservada —aclaró.

—Ya me he dado cuenta —dijo Anastasia.

—Dinero no me falta, cariño. Solo que vivo de forma simple. Me gusta trabajar en cualquier cosa —comentó, y Anastasia la miraba con la boca abierta.

—Acá traje todo para que disfrutemos del aire fresco —dijo Andrea interrumpiendo las confesiones de Carola.

—Del aire helado, querrás decir —dijo Anastasia. Ella estaba desabrigada, y el aire le traspasaba el suéter de lana.

—Podemos ir adentro —dijo Andrea.

—No, está bien acá —dijo Carola, y se sentaron en la galería a contemplar el jardín de Andrea, que si bien no era una maravilla, ya se podía ver que había más allá. Y más allá estaba la hermosa casa de Enrique.

—Mi hija me ha contado más de tu vida que de la suya. No sé por qué se niega a hablar de su llegada acá.

—Debe ser porque no le hice la vida fácil —dijo Carola, y bebió de su gaseosa.

—No hace falta entrar en detalles, tía. Carola me brindó su cariño, y eso fue lo más importante. Ella me enseñó que los valores de una persona van más allá de lo que tenía en la maleta Gucci.

Andrea agachó la cabeza, y Anastasia se arrepintió de sus palabras. Por ocultar lo infeliz que se había sentido cuando llegó, le estaba haciendo daño a su madre, que ahora creía que no había sabido desempeñar su papel.

—Me parece que estás cometiendo un error, cariño —dijo Carola a Anastasia—. Lo que tú hija está evitando contar es que le bajé tanto los humos, que la avergoncé delante de todos los ciudadanos. Si no hubiera sido por Bruno, mis lecciones la habrían hecho huir, y ahora nadie sabría dónde encontrarla.

—No entiendo —dijo Andrea.

—Hay una línea fina entre la altanería y la humillación. Anastasia cuando llegó era soberbia y altanera, y yo le arranqué todo eso de forma drástica. La humillé al tenerla en una casa sin agua caliente, sin champú. La humille con prendas que estaban más para usar de trapo que para ponerse. Y vestida así la llevé en un carro al centro del pueblo. Muchos la vieron, y sintieron pena por mi sobrina.

—No puedo creer que le hicieras eso a mi hija. ¿Sabes cómo vivía? ¿Tienes una idea de los lujos con los que fue criada?

—Me los imaginé —dijo Carola.

Anastasia tenía el rostro inclinado en el suelo. No quería mirar a su madre, y no quería que su tía contara solo las humillaciones. Porque su drástica lección, como ella la había llamado, la había cambiado.

—No creo que tu imaginación alcance. Mi hija tenía todo al alcance de su mano.

—Y yo le enseñé a ganarse hasta el champú para lavarse el cabello —dijo Carola—. Me arrepiento de pocas cosas. Me arrepiento de haberla hecho trabajar por una paga tan miserable que no le alcanzaba para cubrir sus necesidades más básicas —dijo Carola—. Por suerte estaba Bruno, mi querido Bruno, que le hizo ver que por más trágica que pareciera su vida, siempre había esperanzas —aclaró Carola.

—¿Bruno, el del hotel? —preguntó Andrea.

—Sí, Andrea. Él era el hijo de mi esposo.

—Es decir que el cambio de mi hija se lo debemos a Bruno, el hombre que hoy la tenía en brazos cuando se desmayó —dijo Andrea, y miró a Carola con una sonrisa pícaro.

—¡No puedo creer que ahora le atribuyan a ese idiota todo lo que he logrado! —dijo Anastasia, y se levantó para marcharse—. Me alegro de que estés contenta con la cabaña, mamá. Ya nos veremos un día de estos.

—¿Por qué te vas tan pronto? Podríamos cenar las tres juntas —dijo Andrea.

—Todavía no me he instalado en mi nuevo hogar —dijo Anastasia.

—Te llevo —dijo Carola, y se levantó para seguirla.

—No hace falta. Prefiero caminar —aclaró Anastasia—. Ustedes sigan hablando. Y tú, mamá, no te olvides de ir a disculparte con Enrique —la señaló con el dedo.

—Mañana voy. Hoy mejor no porque todavía debe estar furioso —

aclaró.

Carola largó una carcajada.

—Deja pasar tres o cuatro días —sugirió Carola, y Andrea asintió.

—Cuídate, hija, y ya sabes que estoy acá por si me necesitas —dijo Andrea.

—Sí, mamá —dijo Anastasia resignada—. Gracias por la casa, tía —dijo Anastasia.

—De nada, cariño —dijo Carola.

Las dos mujeres se quedaron mirando como Anastasia se alejaba.

—Ya no es mi niña —dijo Andrea—. En menos de un año es toda una mujer.

—Bueno, a todos nos toca dejarlos ir en algún momento —dijo Carola.

—Tú... Mi hija me contó que perdiste a tu hijito —dijo Andrea, y vio que Carola perdía el brillo de sus ojos claros. Era una mujer linda, pero un poco descuidada, y ella podría hacer algo por mejorar su aspecto. Si en algo era experta, era en cambiar la fachada de las personas.

—Fue hace muchos años, pero parece que el tiempo no pasara. Lo tengo gravado acá —señaló la cabeza—. Y acá —se señaló el corazón—. Nunca pude dejarlo ir.

Andrea la abrazó con cariño.

—Lo siento tanto —dijo Andrea con sinceridad, y Carola al percatarse de su voz entrecortada, supo que lo sentía de verdad y se animó a hablar.

—Mi esposo era el padre de Bruno. Él era un niño por aquella época. Tuvimos a Darío y formamos una familia hermosa. Vivíamos en una casa de cuento, con un jardín lleno de flores y una plantación de naranjas que era nuestro orgullo. Pero mi hijo se cayó del árbol de naranjas que teníamos en el jardín y se desnucó. En un segundo la vida feliz se convirtió en nuestra peor pesadilla —aclaró Carola, sin dejar de llorar. Andrea no dejaba de abrazarla

mientras le contaba sus penas.

—Y mi marido ni siquiera estuvo contigo.

—Eso es lo de menos—dijo Carola—. Darío tendría la edad de tu hija. La veo a ella, y es como si lo viera a él.

—¿Se parecían?

—No. Pero yo me lo imagino buscando un trabajo o estudiando una carrera, o peleando conmigo porque no quiere estudiar. Me lo imagino hablando con Bruno, o saliendo con sus amigos. Me imagino todo lo que no pudo ser para él —dijo Carola—. Y me duele, por mí, que ya no lo tengo, y por él, que se perdió de vivir muchas cosas —Andrea no sabía que decir y se quedó callada. Carola agradeció el silencio, porque la lástima o las palabras de compromiso nunca le habían hecho bien.

—¿La llegada de mi hija te ha puesto triste?

—No, al contrario. Anastasia me está despertando a la vida. Ella me está sacando del pasado. Sigo teniendo la casa y el huerto, y cada año vamos con Bruno a recolectar las naranjas. Tengo una persona que me la mantiene como si todavía viviéramos los cuatro allá. ¡Qué locura, no! —dijo Carola—. Y cada año que tengo que volver para hacer la recolección, veo el árbol de donde cayó mi hijo y estoy un mes o más sin poder dejar de llorar y maldecir al destino por arrancarme lo que era mío. Pero este año fue con nosotros Anastasia, y... no pude estar un mes llorando. Después llegó Gabriel, golpeó a Bruno cuando los encontró huyendo de la pizzería y me preocupé más por tu hija y por Bruno que por mi tragedia. La depresión me duró un día. ¡Un día! —dijo Carola sintiéndose culpable—. Ahora vivo pendiente de Anastasia —aclaró.

—Mi hija ha tenido suerte de que Gabriel la dejara en tu casa —dijo Andrea.

—No sé si ella piensa lo mismo, pero para mí fue el mejor regalo de

mi primo. Ya sé que tú sufriste mucho. Y yo acá disfrutándola, porque es una mujer hermosa, Andrea. Fuerte, luchadora. Es capaz de levantarse de cualquier adversidad —aclaró Carola—. Cuando llegó le cambié el nombre —rió al recordar—. Me aclaraba a cada rato que ella no se llamaba Amanda, y yo seguía insistiendo en que era Amanda. Fue mi forma de decirle, acá vas a tener que empezar de cero —dijo Carola.

—¡Amanda! No encontraste otro nombre que ponerle a mi hija —reprochó Andrea—. Era la novia de mi esposo —siguió gritando.

—Es una gran mujer. Y no tiene la culpa de que Gabriel la haya dejado media vida esperándolo. Se casó hace diez años, cuando murieron sus padres. Era una guerrera, que se guardó toda la tristeza cuando se enteró que se había casado con una mujer con dinero.

—Eso me ofende —dijo Andrea.

—Lo sé, pero es la realidad, Andrea. Gabriel no se comportó bien con nadie —aclaró Carola—. La estafó a ella y también engañó a su familia.

—Mejor no hablemos de Amanda ni de Gabriel. Mejor hablemos de Enrique —dijo Andrea.

Carola la miró con el entrecejo fruncido.

—No hay nada que hablar de Enrique. Él creyó que serían una gran diversión, pero lo tiraste fuera del ring —dijo Carola, y largó una carcajada.

—¿Creyó que me iba a llevar a la cama?—preguntó Andrea horrorizada.

—Creo que solo aprovechó tu error para divertirse un rato, pero el tiro le salió por la culata —dijo Carola.

—¿Sabes qué?, me alegro de haberlo dejado en ese estado deplorable —exageró Andrea.

—Ja, ja. No solo le dejaste los huesos doloridos, sino que le quedó el orgullo de macho por el piso. Enrique cree que porque tiene la mejor casa y el

hotel más grande, ninguna mujer se le puede resistir —dijo Carola.

—¿Ninguna? —preguntó Andrea.

—Estoy diciendo lo que él cree, no lo que pasa en la realidad —dijo Carola, y las dos largaron una carcajada.

Entre medio de los ligustros que separaba las casas, un hombre apretó los dientes y soltó un “brujas”, que ninguna de las dos alcanzó a escuchar. Con cuál de las dos estaba más enojado, solo él lo sabía.



## CAPÍTULO 18

Bruno se sentía furioso. Años rechazando el puesto de encargado porque le quitaba tiempo para sus otras actividades, y solo había aceptado porque Anastasia pasaba todas las horas del día con sus noches allí. Era la única forma de poder verla, porque desde el día en que él la ignoró en el hospital y sus amigos la trataron como si no fuera más que un adorno, ella no había ido más al centro.

Ahora tenía un buen sueldo, pero ni una hora libre para poder disfrutar del dinero que le pagaba Enrique. Y encima en lugar de deleitarse mirando a Anastasia, tendría que soportar todos los días los avances de Lucre. Ella creía que entre los dos había química. Él solo le mostraba sonrisas de compromiso porque no sabía cómo explicarle, sin herirla, que él no sentía esa atracción que ella se había inventado.

Bajó las escaleras del ingreso del hotel y se despidió de unos huéspedes que paseaban por el parque. Ese día había reemplazado a José y le pesaban las doce horas de trabajo. Ya había hablado con el hombre, y le había aclarado que una sola falta más y lo ponía de patitas en la calle. Por suerte había dejado la arrogancia de lado y se había disculpado con alguna de las tantas excusas que solía poner. Esta vez había matado a otra de sus tías. Bruno ni siquiera le dio el pésame. Ya había matado a tantas tías que nadie le creía.

Eran las ocho de la noche y el sol ya se había ocultado, dejando paso a un atardecer oscuro. Se subió a la camioneta, encendió las luces bajas y recorrió el camino de tierra del hotel.

Salió a la ruta y solo pensó en las treinta cuadras que lo separaban de su casa. Lo único que quería era sentarse en la galería a beber una cerveza y disfrutar de la vista que tendría a pocos metros. ¡La mejor vista!, se dijo, y

sonrió.

Lamentablemente, apenas salió a la ruta vio a una mujer que caminaba por los matorrales e intentaba arrastrar una maleta.

—Maldición —gruñó Bruno, pero como era un hombre atento se detuvo en la banquina.

—¿Qué estás haciendo a esta hora en la ruta? Hace dos horas que terminaste el turno—dijo Bruno.

—Hola Bruno. Qué bueno que me encontraste, porque ya no daba más con esta maleta que me encontré en el camino del hotel. Alguien la dejó junto a un árbol. ¡Y es una Gucci!

—¡Una qué! —dijo Bruno, aunque había escuchado bien, solo que estaba intentando procesar la información.

—¡Una Gucci! No te das una idea la ropa que hay adentro. Toda de marca... y creo que es de mi talla —exageró.

—Lucre, esa maleta puede ser de alguien —aclaró Bruno. Él sabía que era la maleta de Anastasia. La había visto el día que ella llegó a la casa de Carola, y también el día que Carola se la devolvió cuando vivía en la habitación del hotel.

—Ya regresé al hotel para preguntar, y no es de nadie. ¡Es un tesoro, Bruno! Es como si el destino me estuviera diciendo “tú eres demasiado para estar limpiando la porquería de los ricos” —aclaró Lucre.

¡Vaya deducción! Ella creía que alguien del más allá le decía que era mucho más que una chica sencilla y adaptable. Si ella creía en eso, él podía creer que el destino se la había puesto al borde del camino, arrastrando la maleta, para decirle que Lucre no era la esposa sencilla y conformista que había imaginado para su futuro.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Bruno.

—Que no me puedo conformar con ser una simple camarera de hotel.

Que merezco ser tratada como una princesa —aclaró Lucre, convencida de que el hallazgo le había caído del cielo como una señal.

Las vueltas de la vida, pensó Bruno mientras contenía la risa. No se estaba burlando de Lucre, sino de su escasa intuición para detectar a las mujeres. Había apartado a la princesa de su lado y se había convencido que Lucre era la esposa perfecta para formar una familia. Y ahora la princesa había tirado su estatus a la mierda, y Lucre lo reclamaba como suyo.

—Tienes razón, Lucre —dijo Bruno. Quién era él para negarle sus sueños. Solo que él no sería quien se los hiciera realidad. Su princesa era otra.

—¡Tú eres mi príncipe! —dijo Lucre, y Bruno apretó los puños. Cómo sacarla del error sin hierirla. Pero no tuvo tiempo de aclarar nada porque ella siguió delirando—. Y no tengo dudas que vas a alucinar cuando me las veas con estas prendas puestas —abrió la maleta en medio de los pajonales y lo primero que sacó fue una tanga que era pura seda y encaje, tan pequeña que no eran más que tiritas que no cubrían nada. Ella lo estaba provocando. El problema era que él no se imaginaba a Lucre con esa tanguita, sino a Anastasia.

Bruno nunca había visto lo que contenía la maleta de Anastasia, y ahora estaba saciando su curiosidad. Allí había prendas finas y de mucho valor. Algunos zapatos exóticos que debían quedar bien con esa ropa. Y unas prendas íntimas que debían despertar la lujuria hasta de los muertos.

Anastasia había sido una princesa. Él la había visto vestida de harapos, le había visto y sacado los calzones agujereados y enormes que le sobresalían de sus vaqueros manchados de lavandina. Había conocido a la princesa desprovista de la elegancia, y soportando con entereza la caída al precipicio, y jamás había sentido tanta admiración y deseo por una mujer. Pero él la había apartado de su lado, y ahora estaba Lucre convirtiéndose en la

princesa.

—Seguro que sí, Lucre —respondió porque no sabía cómo salir del atolladero.

¡Qué había hecho! Había cambiado un diamante por un carbón. Y ahora el diamante había tirado por la borda todo el lustre, y el carbón estaba ansioso por convertirse en una piedra preciosa.

—¡Dios mío! Me siento como si fuera otra persona —dijo Lucrecia llena de emoción.

Él no tuvo ánimo de decirle que las princesas tenían más que apariencia, y solo le sonrió por compromiso.

—Vamos que te llevo a tu casa —dijo Bruno.

—Bruno, me parece que con esta ropa tu destartalada camioneta me va a quedar chica —aclaró Lucre—. Deberías cambiarla por un coche más atractivo. ¿No crees?

Él no contestó. Solo sentía como la vida le daba una patada en la cabeza. Lucrecia subió y abrazó la maleta en su pecho. Quizá para que no se ensuciara en su destartalada camioneta, como la había llamado. Bruno recordó a Anastasia el día que llegó a la casa de Carola. Ella también se había aferrado a esa maleta como si allí estuviera su vida entera. Pero esa tarde la había desechado en el camino.

—No voy a seguir limpiando la mugre de los huéspedes del hotel —dijo Lucrecia—. Es un trabajo denigrante. Que se lo quede Anastasia porque a mí ya no me interesa —aclaró.

Bruno apretó las manos en el volante al escuchar sus palabras. Ella no sabía que estaba abrazada a la maleta de Anastasia. No tenía idea todo lo que había enfrentado la dueña de la maleta, y lo había hecho mostrando una sonrisa y sin una queja.

—Esto no es un juego, Lucre. Anastasia perdió su trabajo y su

habitación porque te di el puesto a ti. ¿Y tú ahora renuncias y se lo quieres devolver?

—Seguro que se va a poner contenta. Ella no tiene problema de rebajarse a limpiar baños de otros —dijo Lucre, y Bruno tuvo que apretar los dientes para no contestarle con algún insulto—. Esta maleta me ha hecho ver que no puedo conformarme con una oferta tan pobre.

¡Vaya poder que tenía la famosa maleta!

—¿A qué te refieres? —preguntó Bruno.

—A que ya no podría casarme contigo y conformarme con tan poco. Eso de mirar las malditas estrellas desde la galería por las noches, o lo de ir de vacaciones a una cabañita de mierda, es una oferta demasiado insignificante.

—¿Y todo eso lo descubriste al encontrar la maleta? —preguntó Bruno sin entender el estúpido razonamiento.

—Claro. Ha sido la señal que necesitaba para valorarme más —aclaró.

Bruno no podía creer el cambio que podía obrar en una persona un puñado de prendas caras. Durante todo el trayecto se mantuvo callado. Lo único que quería era romper con los puños el volante de la camioneta o el parabrisas.

¡Cómo se podía haber equivocado tanto! “Cabañita de mierda”. “Maldita noche mirando las estrellas desde la galería”. Y encima le había dicho que la suya era una pobre oferta, cuando él ni siquiera le había propuesto matrimonio. Pero esas habían sido las palabras de Anastasia cuando Lucre llegó llorando porque la habían echado del bar. Bruno siguió reflexionando hasta que la dejó en su casa. Estaba tan concentrado en sus pensamientos, que cuando ella le dio un beso en los labios él se quedó perplejo.

¡Acaso la mujer se creía que tenían algo más que una amistad! ¡Acaso creía que él iba comprar un coche de lujo para que ella accediera a subirse con la ropa de Anastasia! ¡Creía que iba a llenarla de lujos, solo porque una maleta había sido la señal de su vida! La gente estaba loca, y esa estaba peor que Jérica, se dijo Bruno.

¿Qué diría Anastasia de todo eso? No tuvo dudas que se le reiría en la cara. Dos mujeres decidiendo su destino por una maleta. Y él creyendo que el futuro se podía planificar.

“Una vida tranquila junto a una persona cariñosa, estable, generosa y con pocas pretensiones”. Se rio de sus ridículos planes para el futuro y de su poco instinto para detectar a las personas.

Llegó al centro y se detuvo en la pizzería de Ricardo. Esa noche haría una fiesta por todo lo alto. Invitaría a todos sus amigos, con Jérica incluida. Pizza y cerveza para celebrar que tenía cero intuiciones con las mujeres.

Antes de entrar al local llamó al hotel para avisar de que al día siguiente no iría a trabajar porque estaba descompuesto. Se estaba anticipando a la resaca que le dejaría la noche de juerga.

Quería emborracharse y disfrutar como nunca lo había hecho. No iba a permitir que dos mujeres y una idiota maleta le complicaran la vida. Si nadie valoraba lo que era, pues les daría lo que no era. Si querían sexo, eso tenía para repartir, se dijo.

Salió de la pizzería seguido de Ricardo, que se había unido encantado a la fiesta que iba a dar, a pesar de que Sonia, su esposa, lo insultaba desde la cocina. Ella le gritaba que si se acostaba con alguna ligerita de cascos, al día siguiente le pediría el divorcio, y en el juicio le iba a sacar hasta los calzoncillos que llevaba puesto.

A Ricardo no le importaron sus amenazas, Sonia siempre gritaba pero nunca ponía en práctica sus amenazas, y venía fascinado tras él.

—¿Y cuántos seremos? —preguntó Ricardo.

—Todos los que logremos recolectar por el camino.

—¡Ojalá encontremos muchas mujeres! —dijo Ricardo lleno de entusiasmo.

Ricardo no era un hombre fiel, por eso mantenían ese extraño matrimonio con Sonia. Tenía una gran mujer pero él siempre parecía necesitar nuevas aventuras. Bruno creía que se amaban, pero la convivencia entre ellos era insoportable y por eso vivían en casas separadas.

—Seguro que se suman varias. Haremos una noche loca, como las que hacíamos cuando éramos jóvenes —aclaró Bruno, aunque él no había sido un adolescente loco, pero podía empezar desde ese momento a vivir lo que se había perdido.

—Eres un genio, amigo —dijo Ricardo lleno de entusiasmo.

Ese día había comprobado que de genio no tenía nada. Pero no lo sacó del error. Se sentía demasiado idiota, y no iba a compartir esa información con nadie. Lo único que quería era olvidarse de todo a fuerza de alcohol.

—Whisky, no te olvides de comprar whisky —aclaró Ricardo.

Si a los litros de cerveza y vino le agregaban whisky su casa se iba a convertir en una orgía, pero no le importó. Al diablo la nobleza, se dijo.

—Ahora lo buscamos en el negocio de Alejandro —aclaró Bruno.

—¿Vas a invitar a Jérica? No es una buena idea —dijo Ricardo.

—Ya estoy harto de las buenas ideas y las buenas intenciones. Esta noche quiero hacer todas las locuras que no hice cuando tenía veinte años.

—¿La jovencita rica de la ciudad te ha traído problemas? —preguntó Ricardo.

Claro que le había traído problemas. Solo que ella no había hecho nada malo. Era él quien se había enamorado y la había juzgado de forma injusta. Él era quien había cometido los errores. No había creído en ella, no

había creído en su adaptación a una vida sencilla y sin grandes lujos. Pero ella le había demostrado cuán equivocado había estado.

—Creo que yo le he traído más problemas a ella —dijo Bruno.

—Bueno, ya todos sabemos que te la follaste en mi cuartito de las escobas —dijo Ricardo, y Bruno frunció el entrecejo.

—Eso solo lo suponen —dijo Bruno.

—Qué iban a hacer los dos encerrados allí —aclaró Ricardo, y Bruno supo que tenía razón. Él no solo la había despreciado en el hospital, sino que ella estaba en boca de todos por su culpa.

—Esta noche pretendo olvidarme de todo. Y no la nombres más, ni a ella ni a Lucrecia —dijo Bruno.

—Ya veo que el problema es con dos faldas —dijo Ricardo.

Bruno no se molestó en contestar lo que era evidente.

Pasaron por el negocio de Alejandro y compraron vino, cerveza y una botella de whisky. Jélica abrió los ojos asombrada al ver la cantidad de bebidas.

—¿Hay fiesta? —ella era número puesto en cualquier fiesta, y si Bruno por fin se había dignado a unirse a una noche de diversión, no iba a perder la oportunidad.

—En una hora llegan las pizzas. Ven con tus amigas a mi casa —dijo Bruno. Ella dio brincos de alegría.

—Como en los viejos tiempos —dijo entusiasmada Jélica—. ¿Quieres que los invite a todos?

—Claro, que se vengán todos los que quieran. Esta noche ningún vecino va a dormir —aclaró Bruno.

—Espero que no hayas invitado a la estúpida niña rica —dijo Jélica.

—No la invité. Pero si viene no la voy a echar —aclaró Bruno.

Cuando salieron cargando cajas de vinos y de cervezas, Bruno se



encontró en la puerta con la mirada seria de la niña rica. La estúpida niña rica, como la había llamado Jérica sin que él abriera la boca para defenderla.

## CAPÍTULO 19

Anastasia había caminado tantas veces del centro al hotel y buscando la casa de Carola, que sentía las piernas como gelatina. Lo único que quería era llegar a su casa y disfrutar de una gran cena mirando algo en el televisor que Carola tenía en la sala. El sillón parecía tan cómodo que no veía la hora de recostarse con las piernas sobre el apoyabrazos. Y como no tenía ánimo de cocinar, y tampoco sabía mucho del tema, había decidido comprar algo en la casa de venta de comidas caseras de Alejandro.

Sabía que si estaba atendiendo Jélica la iba a sacar a patadas, pero ella ya estaba cansada de soportar desprecios injustificados, y armaría el escándalo de su vida si se negaba a venderle la comida.

Lo que nunca se había imaginado fue encontrar a Bruno y Jélica hablando de ella. De Jélica no podía esperar que le lanzara flores. Pero que Bruno permitiera que la llamara estúpida niña rica, y en lugar de defenderla, respondiera: “No la invité. Pero si viene no la voy a echar”, le dolió en el alma, porque nunca había sido estúpida, y de rica ya no le quedaba ni la maleta Gucci.

—¡Anastasia! —dijo Bruno asombrado.

—Creí que me llamaba estúpida niña rica —dijo Anastasia, y pasó junto a él.

—Yo no dije...

—Respondiste como si de veras fuera estúpida —aclaró Anastasia sin dejarlo terminar la frase.

—¿Qué haces en el negocio de mi padre? —preguntó Jélica furiosa.

—Es evidente que vengo a comprar mi cena —aclaró.

—No eres bienvenida a mi negocio —aclaró.

—El negocio es de tu padre —dijo Anastasia. Había agarrado una bandeja y la estaba llenando con la comida que había en una mesa llena de fuentes para que cada uno se sirviera a su gusto. Cuando terminó la puso en la balanza para pesarla y que le dijera cuanto le salía.

—Vete de acá antes de que te tire con algo —Jésica sacó la bandeja de Anastasia de la balanza y la tiró a la basura.

—Me importa una mierda si me quieres o no acá —gritó Anastasia—. Tengo dinero y no me voy a ir sin mi cena, niña consentida —dijo Anastasia.

Jésica agarró una fuente con papas y se la lanzó por la cabeza. Anastasia alcanzó a esquivarlas y solo unas pocas impactaron en su jersey. Se giró y agarró la comida que había para servirse, y le lanzó una pata de pollo, que pasó rozándole el impecable cabello rubio.

—¡Paren las dos! —gritó Bruno, que regresaba a zancadas después de dejar las botellas en la camioneta.

—¡No la quiero acá! —gritó Jésica.

—¡No me voy a ir sin mi cena! —gritó Anastasia.

Bruno miraba a las dos, analizando si le convenía ponerse en el medio de la batalla.

—Véndele la cena, Jésica —gritó Bruno.

—Estás de su lado —gritó Jésica.

—Solo quiere comprar una cena —aclaró Bruno.

—Acá no —dijo Jésica.

—¿Qué está pasando acá? —dijo Alejandro, que se había ido a descansar un segundo en el bar, y un conocido le avisó del escándalo. Afuera se había congregado un grupito de vecinos, y él los fue esquivando para entrar.

Apenas ingresó un muslo de pollo le dio de lleno en la mejilla. Pero más que enojarse por eso, se quedó helado al ver el desastre de comida que había en el suelo. Su hija lo miraba aterrado. La sobrina de Carola, por el

contrario, tenía tal determinación en sus ojos, que Alejandro supo que si seguía parado allí, le lanzaría la pata que tenía en la otra mano.

—¿Por qué no las detuviste, Bruno? —preguntó Alejandro furioso.

—Ni loco me iba a meter en medio de esa guerra que no es mía.

—¡No es tuya! —admiró Alejandro—. Claro que es tuya. Este lío es por ti, maldición.

—Yo solo quiero comprar mi cena —dijo Anastasia—. Quiero irme a mi casa a cenar, y ella no me la quiere vender —Anastasia señaló a Jérica, que apretó los dientes.

—¿Es cierto, Jesi? —preguntó Alejandro—. ¿Quieres más horas de trabajo en el negocio, hija?

—No, no, papá. Hoy tengo una fiesta en la casa de Bruno —aclaró Jérica, muy modosita, como si momentos antes no hubiera lanzado toda la comida al piso.

—Pues no vas a ir a esa fiesta —dijo Alejandro.

—¡Qué! Pero si he atendido este maldito negocio todo el maldito día.

—No maldigas en el negocio —aclaró Alejandro.

—Quiero mi cena —dijo Anastasia, decidida a conseguir su primer logro en esa ciudad.

—¡Tú quieres tu cena! ¿Sabes lo que cuesta todo lo que has tirado al piso? —preguntó Alejandro a Anastasia.

—Tu hija fue la que empezó —aclaró Anastasia sin amilanarse—. Yo solo vine a comprar una cena, y ella me tiró la bandeja con mi comida a la basura, y después me tiró la bandeja de papas encima —aclaró.

Bruno estaba asombrado con la decisión de Anastasia de salir vencedora en la trifulca. También estaba admirado con su carácter guerrero. Ella no se iba a ir sin su cena.

—Y tú le seguiste el juego —dijo Alejandro.

—Solo me defendí de lo que considero injusto —aclaró Anastasia.

—Es una mentirosa —gritó Jéssica sin argumentos, pero intentando no pagar ella sola con el desastre que se había armado por culpa de la niña rica y estúpida.

—Esto lo van a pagar entre las dos —dijo Alejandro.

Anastasia abrió la boca asombrada. Jéssica ni se atrevió a abrir la boca. Ya sabía que era mejor no discutir con su padre. Si perdía la paciencia, Alejandro la tendría día y noche trabajando en ese lugar que le llenaba la ropa y el cabello con olor a fritura.

Anastasia decidió no discutir. Había entrado en el juego de la consentida, y ahora tenía que pagar. Abrió el bolso con todas sus pertenencias, rebuscó hasta que sacó un sobre, y puso el sueldo de un mes sobre el mostrador.

—Aquí tiene mi salario de un mes en el hotel. Espero que cubra los gastos y la cena que he venido a buscar —dijo Anastasia.

Alejandro la miró lleno de admiración. Bruno se sentía orgulloso de su valiente niña rica. Cada reacción de ella lo dejaba cada vez más encandilado. Y él buscando el futuro en el camino equivocado.

—Yo voy a pagar por el desastre —dijo Bruno a Alejandro.

—Ahora todos quieren pagar —dijo Alejandro agitando las manos.

—¿Qué está pasando acá? —gritó una mujer regordeta, que salía de una puerta limpiándose las manos con un trapo de cocina—. ¡Oh! ¡Quién ha hecho este desastre!

—Fue ella, mamá —dijo Jéssica, liberándose de culpas.

—Mi niña querida. ¿Estás bien, cariño? —preguntó Olga a Jéssica.

—Sí, mami. Por suerte no me arruinó la cara con ninguna comida.

—Mi tesoro —dijo Olga.

Anastasia miraba desconcertada a la madre de Jéssica. Ahora entendía

por qué Jérica era tan consentida. La culpa era de la madre.

—¡Olga! Tu hija ha hecho el desastre del año y le dices tesoro —gritó Alejandro.

—No te alteres, Ale, que se te va a subir la tensión —dijo Olga—. ¿Y tú estás bien, cariño? —preguntó Olga, mirando a Anastasia—. ¿Quieres tu cena?

Anastasia no sabía si se estaba burlando de ella o era sincera.

—Sí, y también poder entrar al negocio a comprar comida todas las veces que quiera, sin que nadie tire mi bandeja a la basura —dijo Anastasia—. Voy a pagar por lo que tiré, y por mi cena —aclaró, porque no se iba a ir sin su cena.

—Para llevarte tu cena, tú y mi Jesi van a tener que limpiar todo el desastre —dijo Olga—. Y salvar la diferencia que hay entre ustedes —aclaró Olga, y Alejandro miró a su esposa con una sonrisa.

—Mamá, fue ella la que hizo todo el lío. No debería haber entrado acá —aclaró Jérica.

Pero mamá ya se había metido tras una puerta, y al rato regresó con un balde con jabón y dos trapos. Tras ella venía una mujer de mediana edad con un tacho de basura y una escoba.

—A fregar las dos —dijo Olga.

Bruno se contuvo de largar una carcajada. Olga era una madre que mimaba mucho a su hija, por eso Jérica era tan insoportable, pero ese día mami había hecho un buen trabajo. Ojalá sirviera también para quitarle la obsesión que tenía con él.

Durante media hora Bruno se olvidó de la fiesta que iba a dar en su casa. Él, Ricardo, Alejandro, Olga, y algunos amigos y vecinos que estaban en el centro se habían quedado mirando el espectáculo.

Anastasia y Jérica estaban a cuatro patas fregando el suelo, sin dejar

de insultarse.

—Arpía —dijo Jésica.

—Bruja del demonio —respondió Anastasia.

—Frieguen que en media hora van a llegar los clientes —dijo Olga, que estaba parada en medio del salón con los brazos cruzados, dirigiendo a las jóvenes.

—No creas que te vas a quedar con Bruno —gruñó Jésica.

—Ni que fuera un objeto que te pertenece ese idiota —dijo Anastasia.

Bruno arqueó las cejas. Lo había llamado idiota, pensó y no pudo evitar la sonrisa que se le dibujó en los labios.

—Fue mi novio. Yo lo dejé y se quedó resentido. Pero me quiere —dijo Jésica de forma terca.

—Te quiere lejos, que es distinto —aclaró Anastasia.

—¿Qué sabrás tú, niña rica?

—Él quiere a su Lucre —dijo Anastasia. Bruno apretó los puños cuando sintió las carcajadas de Ricardo—. Hoy me quitó mi trabajo para dárselo a ella.

—Por fin algo que te va mal, bruja —dijo Jésica—. Aunque habías encontrado el trabajo justo para ti. Acá todos te llaman la fregona de la ciudad.

—Prefiero fregona al mote que te han puesto a ti —dijo Anastasia.

—Más vale que me lo digas si no quieres que te tire el agua llena de grasa.

—Eres la loca obsesiva —dijo Anastasia. Era una mentira, puesto que ella no se daba con nadie del ambiente de Jésica, pero no debía estar tan errada.

—Eso no es cierto —gritó, y fregó con tanta fuerza que Anastasia pensó que se iba a quebrar algún hueso del brazo.

—Dicen que no quieres a Bruno. Fuiste su novia y lo dejaste por otro. Pero te fue mal y al poco tiempo quisiste retomar donde lo habían dejado, y Bruno te rechazó.

—Él me ama a mí —siguió diciendo Jéssica de forma terca.

—Ni él te ama, ni tú lo amas —dijo Anastasia, mientras seguía fregando el suelo. Las dos se movían juntas y no dejaban de hablar—. Te estás perdiendo de conocer al amor de tu vida por tu puto orgullo —aclaró.

—¿Qué sabrás tú, consentida? —dijo Jéssica, sin mucha convicción.

—En esto sé más que tú, loca —dijo Anastasia.

—Eres casi una niña, no tienes nada de experiencia.

—Claro que la tengo. Y no soy una niña. Hace unos días cumplí veintiún años —aclaró.

Bruno frunció el entrecejo. Ella había cumplido años unos días atrás, y nadie le había hecho un regalo, nadie la había saludado. No tuvo dudas que había trabajado sin descanso en el hotel, como si fuera un día más. Y ahora estaba a cuatro patas limpiando un suelo porque Jéssica no le había querido vender una mísera cena.

Él le había dado su trabajo a Lucre, y ella había caminado más de cien cuerdas del hotel al centro, y no tuvo dudas que había hecho muchas cuerdas más hasta encontrar la casa de Carola. Cuánta lucha y cuánta resistencia le quedaría para seguir soportando todas las adversidades que se le habían presentado en menos de un año.

Y él, en lugar de enfrentar sus errores, iba a hacer una fiesta, y se iba a tirar a cualquier mujer para olvidarse del día de mierda que había tenido, que en nada se comparaba con el día de mierda de Anastasia.

—¡Veintiún años! ¡Qué grande eres, bruja! —se burló Jéssica.

—Soy más madura que tú, caprichosa —dijo Anastasia.

—Listo. Arriba las dos. El suelo ya quedó impecable.



—Tengo la fiesta de Bruno, mamá —dijo Jérica, sin mirar a su padre, porque sabía que él no la dejaría ir.

—Ve a cambiarte, tesoro, y la próxima vez que venga la jovencita a comprar comida, la atiendes con educación —aclaró Olga.

Anastasia se levantó y se tambaleó. Bruno quiso ir a sostenerla, pero ella se recuperó y fue a buscar otra bandeja para llenar con comida. Cuando la tuvo repleta se acercó a la balanza para pesarla.

Olga la miraba seria.

—Lo que han hecho es imperdonable. La próxima vez que vengas, asegúrate de no armar este estropicio —dijo Olga, mientras le acomodaba la cena en una bolsa descartable.

Anastasia la miró con el entrecejo fruncido, pero ya no quiso discutir.

—Sí, señora —dijo Anastasia, le entregó unos billetes y se marchó con su bandeja con comida.

No había sido fácil irse con la cena. Le había costado más de lo que había imaginado, pero había ganado, se dijo mientras salía del negocio.

—¿Quieres que te acerque? —preguntó Bruno.

—No, gracias. Tú y yo ya no somos amigos —aclaró Anastasia, y Bruno sintió sus palabras como una patada en el estómago.

—Esta noche doy una fiesta en mi casa —dijo Bruno, intentando acercarse a ella.

—¡Qué emoción! —se burló Anastasia—. Ojalá en plena diversión se les caiga el techo encima —dijo Anastasia. Bruno la miró con una sonrisa, pero ella estaba tan furiosa que no la vio.

Él daba una fiesta justo el día que le había quitado el trabajo y el lugar donde vivía, pensó indignada mientras se alejaba rumbo a la casa de Carola.

—Lo que hiciste allí adentro estuvo genial, Anastasia —gritó Ricardo.

—¡Genial! ¿Crees que estuvo genial tener que tirarle la comida a esa

loca para que me venda una cena? —preguntó Anastasia.

—Te ganaste mi respeto.

—¡No me digas! Hubiera preferido ganarme tu respeto sin tener que hacer ese escándalo. Lo que pasó allí fue una de mis tantas luchas en este lugar —aclaró Anastasia—. Además, no necesito tu respeto. No necesito el respeto de ninguno de los amigos de Bruno —dijo Anastasia.

¡Malditos ignorantes! ¡Maldito Bruno! Qué se divirtiera todo lo que quisiera. Que llenara de idiotas amigos su casa. Ella ya no era amiga de Bruno, no era nada de él. Por suerte ni siquiera sabía dónde vivía, por lo que no se iba a enterar de lo bien que se lo estaba pasando en la fiesta con sus amigotes, se dijo Anastasia, pero igual se le llenaron los ojos de lágrimas.

## CAPÍTULO 20

—Hogar, dulce hogar —dijo Anastasia.

Después de darse una ducha y ponerse un pijama de rallas, encendió el televisor y se dejó caer en el sillón de la sala con su cena. Estaba puesto en un canal de deportes. A ella no le gustaban los deportes pero servía para escuchar algo de ruido, porque el barrio era demasiado silencioso y estaba asustada.

Nunca había vivido sola. Otra experiencia más, se dijo y clavó el tenedor en la cena que se había comprado, que era un manjar, o eso le parecía porque estaba muerta de hambre.

Había sido un día lleno de sorpresas. Pero no iba a ponerse a rememorar todo lo que le había pasado.

Antes de llegar a San Miguel creía que tenía una vida apasionante. Se había equivocado, porque jamás había vivido experiencias tan dispares como desde que llegó a la casa de su tía.

Si le contara a sus antiguas amistades todo lo que le había pasado, le dirían que se estaba inventando una película de terror.

Para ella ya nada de su nueva vida era terrorífica, sino una serie de acontecimientos desafortunados que la habían hecho madurar.

Había vivido veinte años como una jovencita mimada, y en solo un año se sentía como una mujer de treinta o cuarenta años. Aunque no tenía ni idea como se sentirían las de treinta o cuarenta. Jérica tenía cerca de treinta años y todavía parecía de quince. Ella se sentía mucho mayor que Jérica.

A golpes se había hecho. A golpes había aprendido lo que sus padres no le habían enseñado, porque todo se lo habían dado servido en bandeja.

Sonó el móvil que había dejado sobre el sillón y lo atendió al ver el

nombre de su tía.

—¿Llegaste bien? —preguntó Carola.

—Perfecto. Estoy cenando lasaña de verdura con una pata de pollo — dijo Anastasia, evitando contarle lo que le había costado conseguir la cena.

—Qué rico. Tu madre está fascinada con la cabaña. Dice que le encanta la ciudad y me invitó a pasear por el centro para conocer a la gente — dijo Carola.

—Espero que le vaya mejor que a mí —dijo Anastasia con la boca llena.

—¿Quieres unirme a la salida? —preguntó Carola.

Con todo lo que había pasado ese día no quería más enfrentamientos. Y si su madre quería hacer nuevas amigas, lo mejor era que no la vieran con ella. Además, estaba agotada.

—No, tía. Estoy cansada. En un rato me voy a dormir —aclaró Anastasia.

—¿Alguna novedad por el barrio?

—¿Novedad de qué tipo? —preguntó Anastasia alarmada. Su tía le daba tantas sorpresas, que tuvo miedo de encontrarse de vecino a algún marido que ella le había ocultado.

—Nada en especial, cariño. Solo preguntaba para saber si te había ido bien con los vecinos.

—Solo conocí a una señora mayor que vive frente a la casa, y se ofreció a colaborar en lo que necesite. Mañana la voy a ir a saludar —aclaró Anastasia.

—¡Solo a Macarena! —se asombró Carola.

—Mira, tía, si hay alguna sorpresa desagradable que no me hayas contado, mejor la dejas para mañana, que por hoy creo que ya cubrí mi cuota de situaciones sorprendentes —dijo Anastasia.

—Como quieras, cariño. Que tengas buenas noches —dijo Carola.

Como siempre su tía la dejó llena de curiosidad. ¿Qué era lo que se iba a encontrar allí?

En el televisor había un partido de tenis. No era amante de los deportes, pero cuando era esnob corría y nadaba en la piscina para que le entraran los pantalones, el bikini le quedara perfecto y la admiraran sus amigos. Ahora tenía el cuerpo flaco y duro como un tronco de pino, y todo se lo debía a la limpieza del hotel. Ya no usaba tacos y le importaba un comino que el vaquero de saldo le quedara grande, o que el jersey fuera rojo chillón o verde loro, si eso le permitía ahorrar algo de dinero. Siguió comiendo y tomando la gaseosa que había encontrado en la heladera.

Cuando llegó a la casa, abrió la nevera y se sorprendió al encontrarla llena de comidas y bebidas. También encontró café, té, azúcar y otros productos no perecederos en los muebles de la cocina. Era como si alguien se hubiera ocupado de que no le faltara nada. Había pensado en Bruno. Pero lo descartó porque sabía que había estado trabajando en el hotel cuando ella se fue entre gallos y media noche para no encontrarse con él y Lucre haciéndose arrumacos. Además, él estaba preparando una fiesta en su casa, y no iba a perder el tiempo en llenar su heladera.

Pero su tía le había preguntado si había alguna novedad por el barrio, y ahora ella estaba en alerta. Algo había cerca, o alguien, se dijo.

Siguió comiendo, se bebió la gaseosa y se levantó a buscar otra. Eran las diez de la noche. Demasiado temprano para terminar de cenar y meterse en la cama. Además, estaba sola y tenía miedo de que se le metiera alguien en la casa.

Sintió unos ruidos. Puertas de vehículos que se cerraban. Gente que parecía que se había metido en su patio o en el jardín. Corrió a comprobar que la puerta de la sala y la de la cocina estuvieran cerradas con llave. Las

ventanas eran todas de vidrio, sin contraventanas y cualquier merodeador las podía romper con una piedra, y ella entró en pánico.

Anastasia agarró un florero que había en la mesita baja de la sala, apagó todas las luces de la casa y se quedó temblando junto a la puerta. Si alguien entraba, se lo iba a dar por la cabeza.

Por más que Carola le hubiera dicho en varias oportunidades que no había problemas de robo, ella estaba muerta de miedo. La única conocida era Macarena, que vivía al frente y estaba medio sorda, puesto que ella esa tarde había tenido que levantar la voz para que la señora la escuchara.

Sintió risas y murmullos. Después varias personas, hombres y mujeres, elevaban la voz. Eran muchos los que hablaban a la vez, y ella no entendía lo que decían. Anastasia se calmó un poco al comprender que si hubieran tenido intención de entrar a robar no estarían haciendo tanto jaleo. En ese momento una música a todo volumen silenció las risas, y Anastasia se quedó desconcertada.

—¿Cuándo llegan las pizzas? —gritó una mujer con voz tan chillona que traspasó el estruendo de la música—. ¡Bruno, me estás escuchando!

—Dile a Ricardo que le hable a Sonia —gritó Bruno.

Anastasia seguía con el florero en alto. Y ahora temblaba por lo que estaba escuchando.

¿Alguna novedad en el barrio?, le había preguntado Carola. La respuesta era que su vecino, su maldito vecino, era Bruno Márquez. Él le había dado la llave para que tuviera donde vivir, pero no le había dicho que vivía al lado.

—Ni se les ocurra llamar a Sonia. Si escucha el escándalo que están haciendo, me mata —gritó Ricardo.

El idiota del amigo de Bruno había ido a la fiesta sin su mujer, pensó Anastasia. Si hubiera tenido el teléfono de Sonia la habría llamado para

contarle.

—China, ven a mover las caderas —gritó la voz chillona, y Anastasia apretó con tanta fuerza el florero que por poco lo hace añicos en su mano. La chillona era Jérica, y estaba allí, bailando para llamar la atención de sus amigos.

Anastasia se acercó a la ventana y corrió apenas la cortina. Todas las luces del patio del vecino estaban encendidas. Era un patio pequeño, pero con la hierba cortada y algunas plantas cuidadas. Anastasia tenía las luces apagadas y husmeó todo lo que le dio la gana, sabiendo que nadie la podía ver.

Allí habría unas veinte personas, mujeres y hombres. ¡Los invitados de Bruno!, y todos dispuestos a divertirse. Vio que sacaban unas mesas al patio, y mientras Jérica y otra chica no hacían más que bailar, el resto colocaba vasos y bebidas.

Un año atrás ella habría estado bailando con Jérica, compitiendo con todas sus amigas para llamar la atención de los hombres. En ese momento estaba tan agotada que se sentía como una anciana a punto de soltar el último aliento.

¿Qué estaba haciendo en ese lugar?, si no tenía amigos y tenía un trabajo de mierda. La princesa de antaño se había convertido en la fregona. Una cosa era dejar su vida pasada, y otra caer por el precipicio sin paracaídas. Se sentó echa un ovillo en el sillón de la sala, porque tantos cambios y tanta lucha sin sentido la tenían agotada.

Dos horas después Anastasia ya no miraba por la ventana, pero escuchaba la música, las conversaciones y las risas. Escuchaba los gritos de Jérica, y no tuvo dudas que era el centro de todas las miradas, al igual que lo había sido ella antes de llegar a San Miguel. Y ella, echa un ovillo en el sillón de la sala de Carola. Se levantó como si le hubieran puesto alfileres en el culo, y se asomó sin disimulo a la ventana.

Le importaba un comino si alguien la veía espiando. Ella quería saber si Bruno estaba abrazado a Lucrecia o la había dejado de lado para tener sexo con la obsesiva de Jérica.

Hombres y mujeres saltaban y giraba con las manos en alto, otros iban y venía, bebían, gritaban y se reían. Algunas parejas se habían ido a un rincón apartado, se abrazaban, besaban y se metían mano aprovechando la oscuridad.

Anastasia intentó localizar a Bruno, pero él no estaba en ningún lado, y supuso que ya estaría disfrutando del sexo en la habitación. Se lo imaginó con Lucrecia. Dos cuerpos desnudos, enroscados y sudados compartiendo besos llenos de jadeos. ¡Cómo lo odiaba por lo que le había hecho!

Él había sido lo mejor que le había pasado en la vida. ¿Por qué tuvo que cambiar?, si ella no había hecho nada para que la ignorara de esa forma.

Recordó que el cambio de Bruno había sido después de que se entregara a él en el cuarto de las escobas de la pizzería, y supo que la había usado. Él había sido un estafador, porque cuando consiguió lo que quería la descartó como si ya no sirviera más. La había enamorado con su bondad y generosidad, pero allí estaba dando una fiesta con sus despreciables amigos justo el día que le había quitado su trabajo y su habitación en el hotel. Todo en él había sido una farsa. Con esa deducción sintió que el peso del mundo lo llevaba sobre sus hombros. Se deslizó al suelo y se abrazó las rodillas mientras se le caían las lágrimas.

Pocos minutos después un ruido en la cocina la sacó de la melancolía, y Anastasia se levantó como un resorte. ¡Pum! Alguien se había tropezado con la mesa. Otro golpe, como si la persona se hubiera desplomado en el suelo. Ella agarró con fuerza el florero que había dejado en el piso, y avanzó dispuesta a desmayar a quien se hubiera atrevido a entrar en su casa.

—Maldición. ¿Carola, dónde estás? —gruñó alguien.

¿Carola? ¿Eso había dicho el hombre? Anastasia se acercó a la cocina



y vio en el suelo a un hombre a cuatro patas, tratando de levantarse.

—¿Por qué está toda la casa a oscuras? Cariño, soy yo —dijo el hombre.

Anastasia se quedó paralizada al escuchar al hombre. Encendió la luz y allí estaba Enrique, su jefe. ¡Enrique llamando cariño a su tía!

—¡Cariño! ¿Carola es tu cariño? —preguntó Anastasia, mientras corría para ayudarlo a levantarse.

—¡Anastasia! ¿Qué haces tú acá? —preguntó Enrique tan sorprendido por su presencia como ella.

—Vivo acá —aclaró Anastasia.

—¿Con tu tía? —preguntó Enrique.

Anastasia lo miró confundida. Todo en su tía era tan extraño que no sabía que contestar.

—¿Mi tía vive acá? —preguntó. El asombro de sus ojos era parecido al que mostraba Enrique—. Creí que mi tía vivía en ese rancho que no tiene agua caliente en el baño —aclaró—. Pero ya veo que todo lo que sé de mi tía es una mentira.

—Todo no, muchacha —aclaró Enrique—. Ella estuvo casada con Hugo, y perdió un hijo.

—Me enteré por Bruno, no por ella. ¿Qué más tengo que saber?

—No soy el indicado para contarte nada.

—Nadie es el indicado. Llevo casi un año acá, y todos los días descubro algún nuevo secreto de mi tía. Hoy me dieron las llaves de esta casa. Y tú entraste creyendo que estaba Carola, por lo que tengo que deducir que ella se fue al rancho para dejarme su casa —dijo Anastasia furiosa.

Ella tenía razón en todo, pensó Enrique. Carola la mantenía al margen de su vida, no porque no la quisiera, sino porque la quería demasiado.

—Supongo que tu deducción es acertada. Carola vive, o vivía acá,

pero no tiene problema de mudarse a la casita de Hugo. Ella no siempre está bien. A veces cae en una depresión que le dura meses y se queda en el rancho llorando sus pérdidas. Otras, se dice que va a olvidar, y vuelve a esta casa.

—Nunca la vi caída —dijo Anastasia. Estaba confundida con toda esa información, y se preguntaba por qué cuando ella llegó Carola no la invitó a vivir a esa casa que tenía todas las comodidades.

—Desde que has llegado no ha caído en sus largas depresiones —aclaró Enrique.

—¿Tú cuidas a Carola, Enrique?

—Yo, Bruno. Todos los amigos la ayudamos. También Alejandro y su esposa. Hasta Jérica se preocupa por ella, aunque te cueste creerlo. Todas las actividades que hace la mantienen entretenida y la apartan de sus pensamientos negativos. Todos le damos trabajo, no porque necesite el dinero, sino para mantener su mente ocupada —aclaró Enrique.

—¿Por qué no sé nada de lo que le pasa?

—Porque ella no quiere que te vayas espantada al saber que a veces se cae a un pozo sin fondo —aclaró Enrique.

—Podría haberme ido espantada cuando me recibió en el rancho, en lugar de en esta casa a la que no le falta nada —dijo Anastasia.

—Quizá te quiso dar una lección de humildad —dijo Enrique.

—¡Humildad! ¡Me humilló! —gritó Anastasia.

—Dudo que esa fuera su intención. Ella te quiere, sino no te habría llevado al huerto. Nadie más que Bruno y ella van al huerto desde que murió Darío. Que te haya llevado es un voto de confianza. Después de la recolección Carola cae en unas crisis que le duran mucho, pero esta vez estabas tú y la tristeza solo le duró un día. Estaba más preocupada por ti y se olvidó de Darío y Hugo. Eres su milagro, Anastasia —dijo Enrique.

—¡Su milagro! Me ha ocultado su vida. Me ha mentado en todo —dijo

Anastasia—. Ella y Bruno son una gran mentira. Él no me dijo que esta casa era de ella. Tampoco que él vivía al lado —gritó Anastasia—. Y allí está de fiesta con sus amigos. Seguro que está festejando que me echó —gritó Anastasia.

—Carola no te ha mentado. Solo se debe haber desesperado al imaginar que te irías. Supongo que Bruno la llamó para contarle que te había pedido que dejaras la habitación, y ella tomó la decisión de dejarte su casa —aclaró Enrique.

Eso le había dicho Bruno esa tarde, solo que el muy maldito había evitado decirle que era la casa donde vivía Carola, y que él vivía al lado.

—Y todo salió a la luz porque tú te metiste a hurtadillas en su casa —dijo Anastasia, que no paraba de sacar deducciones.

Pero era mucha información. Demasiada para procesarla con él allí.

—Eso parece —dijo Enrique algo perturbado—. A tu tía no le va a gustar que te haya contado tantas cosas. Me agarraste con las defensas bajas, muchacha. Se me durmió el cerebro después del trabajo que me hizo hacer tu madre. Mejor me voy antes de que me sigas sacando información —aclaró, y se acercó a la puerta de la cocina.

—¡Un momento! —gritó Anastasia, y Enrique detuvo su huida—. Tú y mi tía son...

Enrique se giró a mirarla, y Anastasia pudo ver su pícara sonrisa. Él abrió la puerta de la cocina y se marchó.

No le había dicho nada, pero a Anastasia no le hacía mucha falta. Enrique había entrado a hurtadillas y había llamado a su tía ¡cariño! Maltita gente de esa ciudad. Todos guardaban los secretos de su tía. Eran tan fieles, que más que amigos parecían sus lacayos. Pero ella no era tonta, y había sacado la deducción de que algo más que una amistad había entre esos dos. Si había algo más, ¿por qué Enrique había estado flirteando con su madre?,

demasiadas preguntas para esa noche, se dijo.

Afuera seguía la música, los gritos y las risas. Adentro Anastasia solo pensaba en Enrique, que se había metido en la casa y le había tenido que confesar que esa casa era donde vivía Carola.

Estaba más furiosa con Bruno que con Carola. Él le había pedido la casa para ella, y su tía se la había dado. Con razón estaba impecable, con el jardín cuidado y la nevera llena, si Carola vivía allí.

¿Cuándo se habría mudado a la casa?, se preguntó Anastasia, y no tuvo dudas que había sido apenas ella se marchó a vivir al hotel.

Lo que a Anastasia le costaba entender era por qué la había recibido en la pobre casa de Hugo, que no era habitable. Quizá era la lección de humildad que le había pedido su padre. Vergüenza debería darle a Gabriel, ya que era el hombre menos humilde que ella conocía. Le dolió saber que Carola había accedido a humillarla para bajarle los humos, como le había pedido su padre. Ya estaba harta de tantos engaños e injusticia, y no iba a aceptar ni una mentira más de esa gente que ella había creído buena y sincera.

Ya no le importó esconderse de los amigos de Bruno. No le importó si él se estaba revolcando en la cama con Lucrecia o con alguna de sus otras amigas. Si estaba teniendo sexo, le iba a cortar la diversión. Prendió las luces del patio, abrió la puerta y caminó pisando la gramilla hasta el límite de las dos casas, decidida a enfrentar a ese traidor y mentiroso. Todo en ellos era una gran mentira. Todos daban información a cuenta gotas porque la consideraban estúpida, se dijo mientras se paraba en el límite de las propiedades.

## CAPÍTULO 21

Bruno no estaba disfrutando de la fiesta. Se había sentado en una silla y no dejaba de beber, un poco de cerveza, otro poco de vino, y ya que estaba le agregó un whisky, pero ni siquiera se había agarrado un pedo para dejar de pensar y también olvidarse del desastre que estaba provocando la fiesta improvisada en su casa. Eso era un griterío, con gente saltando y bailando, pizzas tiradas en el piso y montones de botellas vacías desparramadas por doquier.

A Jérica solo le faltaba revolear la tanga para llamar más la atención. Con cada giro dejaba que todos le veían el culo. Un buen culo, pero no era un culo que él quisiera tener en sus manos. Había parejas en la oscuridad, y supuso que más de uno ya había pasado de los besos y el toqueteo. Hasta Ricardo se había ido a un lugar de sombra para tirarse una cana al aire con Catalina, ¡la amiga de Sonia!

¿Qué había hecho?, si él no era así. Él era moderado, y no estaba de acuerdo con el desenfreno que se estaba armando en el patio de su casa. Se sirvió otra cerveza para tratar de perder la conciencia y olvidarse del desastre, pero cuando se llevó el vaso a la boca, vio aparecer a una mujer con un pijama de rayas y unas medias que debían estar empapadas por la humedad de la gramilla. El cabello de miel danzaba con sus andares decidido. Una sensación de placer, que ya casi no recordaba, se apoderó de su cuerpo. Parpadeó varias veces para asegurarse que no era una visión y comprobó que era real.

¿Qué hacía Anastasia traspasando los ligustros que separaban las casas? ¿Estaba saltando?, sí, y se le había enganchado un pie y había caído acostada, con el rostro enterrado en la gramilla y un pie enganchado en los

setos.

Bruno esbozó la primera sonrisa de la noche. Se levantó de la silla y caminó hacia ella para saber si se había lesionado mientras invadía su propiedad. No quería verla. Mentira, claro que quería verla, a pesar de que se llenaba de culpas cuando la tenía frente a él. Él ya tenía demasiada culpa encima para que ella le achacara unas cuantas más.

—¿Qué hace la niña rica metida en tu casa, Bruno? —chilló Jérica, que había dejado de mover las caderas al ver que Anastasia cruzaba los setos—. ¿Y qué hace en la casa de Carola, vestida con ese pijama de presidiaria que se ha escapado de la cárcel? ¿Acaso le ha quitado la vivienda a Carola?

Toda la bravuconada que traía Anastasia para enfrentarse a Bruno y al mundo, si era necesario, se fue al diablo cuando dio un salto atlético y el pie se le quedó encajado en el seto. Ahora estaba tendida sobre la hierba con la cara y el pijama manchado de verde. Pero qué podía importarle un traspie con todos los que había dado desde su llegada. Eso no era nada comparado con lo que le venía pasando. Se levantó y se acomodó la ropa para seguir andando, desoyendo los gritos de Jérica y las risas de los amigos de Bruno.

Bruno venía caminando hacia ella, y parecía el único que no estaba embotado de alcohol, aunque supuso que era porque tenía un alto grado de resistencia. Al menos no se estaba tirando alguna de sus amigas entre los arbustos como varios de sus amigos.

—¿Estás bien? —preguntó Ricardo, que se acercaba a ella abrochándose los pantalones, el muy descarado. Anastasia lo había visto muy acaramelado con una mujer que no era su esposa Sonia. La tenía arrinconada en el árbol, con las piernas de la chica enroscada en sus caderas. Lo estaban haciendo a la vista de todos, y eso le molestó, no por ella, sino por el deplorable espectáculo que estaban dando en el barrio, y por Sonia, que debía estar trabajando en la pizzería.

—Sonia se va a enterar de lo que has estado haciendo —aclaró Anastasia, y lo señaló con el dedo. Ricardo la miró con el entrecejo fruncido.

—Dudo que te atrevas a romper un matrimonio.

—Eres tú, imbécil, el que no lo está respetando. Y todos estos imbéciles que están acá, que te apañan para que te tires a esa mujer, que seguro conoce a tu esposa y le importa una mierda convertirla en una cornuda —dijo Anastasia llena de ira.

—Es más loca de lo que dijo Jéssica —dijo la mujer que había estado convirtiendo en cornuda a Sonia.

—No estás siendo justa —dijo Ricardo a Anastasia.

—Tú no estás siendo justo con tu esposa, que está trabajando en la pizzería mientras te tiras a cualquiera —dijo Anastasia—. ¿Cuántos hombres casados hay en esta fiesta? ¿Cuántos tienen novias?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Ricardo.

—Lo es si perjudica a la única persona que me trató bien en esta ciudad. Todos ustedes me trataron peor que a un insecto, sin que les diera motivos para odiarme. Ahora les voy a dar motivos para que me odien —dijo Anastasia.

Cuántas verdades estaba diciendo ella, pensó Bruno mientras llegaba a su lado.

—¿Pasó algo? —preguntó Bruno.

—¿Qué si pasó algo? —preguntó Anastasia a gritos—. Me hiciste creer que eras un hombre bueno y generoso. Pero te has cansado de demostrarme que eres una gran mentira. Todos me despreciaron porque creían que era una pobre mujer, y me odiaron cuando se enteraron que tenía dinero. ¿Te parece justo eso?, en realidad ni me importa lo que pienses. ¡No elegí mi posición económica, nací con ella! ¡Tampoco elegí caer en picada! —seguía descargando sus resentimientos, los que había acumulado durante meses de

injusticias—. Eras mi amigo, Bruno, hasta que conseguiste lo que querías y me ignoraste en el hospital, e hiciste que todos estos idiotas que engañan a sus mujeres, también me despreciaran —dijo Anastasia—. Y ahora me entero que todo lo que viví acá es una gran mentira. Esta casa era donde vivía mi tía antes de que yo llegara. Y también es la casa a la que regresó cuando me fui a trabajar al hotel. ¡Y tú me preguntas si pasa algo!

—Puedo explicarte todo —dijo Bruno.

—Ya lo sé todo. Ya me lo dijo Enrique cuando entró a hurtadillas por la cocina llamando a mi tía —dijo Anastasia—. Solo he venido a devolverte la llave. Ya no la quiero. No quiero nada de gente mentirosa. Ustedes, que me juzgan sin conocerme, no son mejores que yo.

Bruno la miró serio, y no se atrevió a abrir la boca. Ella estaba furiosa y tenía razón.

—¡Qué bicho le picó a esta loca para arruinarnos la fiesta! —gritó Jésica.

—La única loca, que está haciendo el ridículo para que todos le presten atención, eres tú, Jésica. Deberías tener la autoestima un poco más alta —dijo Anastasia.

—Vamos a la casa que te cuento todo —dijo Bruno, y la agarró del brazo.

—No me toques. Ya no quiero tus explicaciones —dijo Anastasia—. Agarra la maldita llave de la casa para que Carola pueda regresar. Y como estuve solo un par de horas creo que no le debo nada —dijo Anastasia y le lanzó la llave, que Bruno tuvo que agarrar en el aire.

—¿Adónde vas a ir a esta hora? —gritó Bruno.

—¡Crees que lo sé! —dijo Anastasia, traspasó el seto y se marchó.

—Ella no tiene problema de cederte la casa, Anastasia —dijo Bruno.

—Soy yo la que tengo problema para aceptar las mentiras —aclaró



Anastasia—. Adiós, Bruno. Me voy a quedar con el recuerdo de lo bueno que tuvimos, porque si recuerdo lo malo, te voy a odiar. Y no quiero odios en mi vida —dijo Anastasia.

—Espero que no le digas a mi esposa lo que has visto —dijo Ricardo, pensando solo en su problema.

Anastasia lo miró con desprecio. Cada uno de los que estaba allí tenía sus propios intereses. Jérica intentaba conquistar a Bruno mostrando la tanga. Ricardo, que estaba insatisfecho con su matrimonio, se tiraba a la primera que se le ponía adelante. Nadie era generoso. Nadie era sincero. El único que ella había creído que lo era, también la había estafado.

—Quizá no se entere por mí, pero se va a enterar —aclaró Anastasia.  
Anastasia se marchó.

—Yo no te mentí —gritó Bruno, y todos sus amigos se giraron a mirarlo—. No te mentí sobre la vida de tu tía —siguió gritando mientras ella se alejaba.

—Hay una línea muy fina entre mentir y evitar contar la verdad —dijo Anastasia, y cuando se giró a mirarlo, los ojos se fueron más allá de donde estaba Bruno y se quedó paralizada.

Todo le era tan familiar que no podía apartar los ojos de la mujer. Era otro rostro, otro cabello y otro cuerpo, pero había logrado meterse en el cuerpo lo que había sido suyo, y tuvo ganas de largar una carcajada, pero tenía la garganta cerrada y no le salió nada.

—Cariño, me enteré en el centro que dabas una fiesta. Te olvidaste de avisarme —dijo Lucrecia.

Bruno se tensó. Justo tenía que aparecer Lucrecia en ese momento, y encima lo llamaba cariño. Él, que no había apartado los ojos de Anastasia, al ver el asombro en sus ojos, supo que estaba mirando a Lucrecia vestida con la ropa que había tenido en su maleta. Se giró despacio, y se quedó sorprendido.

Lucrecia se había puesto encima todo el contenido de la maleta para sentirse una princesa, pero ni los tacos de diez centímetros de color rojo, ni la camisa con un bordado, el chaleco, la remera debajo de la camisa, el pantalón, el pañuelo atado al cuello y toda la bisutería que llevaba le daban un aire de princesa. Ella quizá había querido impresionarlo, pero estaba tan ridícula que parecía un payaso.

—¿Pero qué descuido el tuyo, Bruno! ¡Te olvidaste de avisarle a tu cariño que dabas una fiesta! O quizá pensaste en tirarte una canita al aire como tu gran amigo Ricardo —se burló Anastasia.

Bruno no pudo evitar sonreírle a pesar de que nada de lo que estaba pasando era gracioso.

—¿Qué has dicho? —preguntó Lucre, acercándose con todo el contenido de la maleta en su cuerpo. Anastasia supuso que en cualquier momento se iría al suelo con el peso de las joyas, todas falsas, pero eran muy buena imitación.

—Cambio de estilo —dijo Anastasia, y la miró de arriba abajo.

—Seguro que me tienes envidia —aclaró Lucre.

—¿Pero a esta mujer nadie le ha explicado cómo se combina la ropa! —exageró Jéssica, que la miraba horrorizada.

—Otra envidiosa más —dijo Lucre, convencida de que sus bellas prendas habían creado resentimiento entre las mujeres—. Justo de las dos que me quieren quitar a mi novio.

—¡Tu novio! —gritó Jéssica—. ¿Cuándo te dijo que quería ser tu novio?

—Hay palabras que no necesitan ser dichas. Se ven en la mirada —aclaró Lucre.

—Pues debes tener problema de visión —dijo Jéssica.

Anastasia por primera vez sintió cierta empatía con Jéssica, y ya no

pudo contener la carcajada por lo ridículo de la situación.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó Lucre—. ¿Te molesta que tenga prendas finas y me las ponga para mi novio? Ni te imaginas la ropa interior que llevo —aclaró orgullosa.

—Me la imagino —dijo Anastasia—. Mucho raso y puntillas —aclaró sin decirle que estaba usando lo que ella había tirado en el camino del hotel.

—¿Y eso cómo lo sabes? —indagó Lucre.

—Cualquiera sabe que una buena ropa interior tiene puntilla y raso —dijo Jésica.

Las dos aliadas contra Lucre, pensó Anastasia, y se dobló en dos de la risa. Jésica la miró con otros ojos. Ojos de admiración. La misma que sentía Bruno al verla doblada en dos por la risa.

Bruno se sentía atrapado en la telaraña que había tejido Anastasia. Ella había llegado furiosa a lanzarle todos los reproches a la cara, pero siempre lo sorprendía con esa facilidad que tenía para apartar los problemas y gozar de las situaciones.

Era ella. Siempre había sido ella. Siempre sería ella la mujer que había tenido en mente, la que había tirado su estatus al borde del camino y había elegido disfrutar de las cosas simples de la vida. Era ella la mujer perfecta, lo supo con certeza al ver como evitaba herir a Lucrecia al decirle que hasta las bragas de raso y encaje que llevaba, antes se las había puesto ella.

En ese momento llevaba un pijama de sencillo algodón y las medias embarradas. Todo tan ridículo que debía haberlo conseguido en los saldos de la feria de Carmen. Y no tuvo dudas que si le sacaba el pijama, abajo tendría una simple tanga de algodón. Con ropa cara o vestida de harapos, ella era la única mujer que podía conquistarlo, pensó Bruno, y decidió anunciar a sus amigos que la fiesta había llegado a su fin. Lamentablemente, oyó un grito a

sus espaldas que le hizo comprender que la noche aún tenía muchas sorpresas que mostrarle.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó una mujer recién llegada a la fiesta—. Linda fiestita se han montado. Todos estos amigos que declaran su amor a la ligera, que regalan flores a sus novias y esposas, pero a la primera oportunidad, se olvidan de que dejaron a su mujer amasando pizzas y se tiran a cualquiera —dijo la mujer que acababa de entrar a la fiesta de Bruno.

Anastasia miró con tristeza a Sonia. Tenía el rostro tenso y los ojos parecían de fuego. Llevaba puesto el delantal de cocina y tenía harina hasta en el pelo.

—¿Amorcito, qué haces acá? ¿Ya no hay clientes para atender en la pizzería y decidiste pasar a divertirte?

—¡Vine a controlarte, idiota! —gritó Sonia.

—¡Pero si no he hecho nada! —dijo Ricardo, y exageró con las manos.

Anastasia lo miró con desprecio.

—Yo soy testigo de que se ha portado como un marido ejemplar, Sonia —dijo Catalina.

La testigo que lo defendía era la descarada que acababa de tener sexo con Ricardo contra el tronco de un árbol, pensó Anastasia, que la miraba con la boca abierta.

—¿Cómo te atreves a mentir de esa forma, Catalina! —gritó Sonia—. Me crees estúpida. Los dos me creen estúpida —siguió gritando—. ¡Hace media hora que los estoy mirando! Media hora en la que vi que mi esposo te besaba todo el cuerpo. Perdiste la tanga hace más de quince minutos, y quizá estás embarazada. ¡Él era mi marido! ¡Y tú eras mi amiga, Catalina! —dijo Sonia con la voz entrecortada, y se le escurrieron las lágrimas.

—Soy tu marido, cariño —dijo Ricardo.

—Ya no. He aguantado demasiado tiempo tus deslices. Pero que te

tires a la que creía mi amiga ha sido la gota que colmó el vaso.

Anastasia no sabía que hacer. Minutos antes Ricardo le había pedido que no lo delatara, sin saber que su esposa estaba escuchando todo a pocos metros.

—Lo siento —dijo Anastasia a Sonia, aún sabiendo que eran palabras vacías.

—Fuiste la única honesta en este lugar. Gracias —dijo Sonia sin dejar de derramar lágrimas—. Ninguno de sus amigos lo habría delatado. ¿Sabes por qué?, porque son todos igualitos a él —señaló con desprecio a Ricardo—. No se puede confiar en nadie —aclaró.

—Tienes razón —dijo Anastasia, pensando en sus propios problemas.

Bruno sentía que la cancha cada vez se embarraba más, y él, que no había hecho más que beber, estaba resbalando en el lodo.

—¡Todos no! —dijo Bruno a la desesperada—. Yo solo he estado bebiendo. No me tiré a nadie —y miró a Anastasia, como si se quisiera justificar frente a ella.

—¿Ibas a contarme que se tiró a Catalina, Bruno? —preguntó Sonia.

Bruno la miró serio, pero no dijo nada.

—Ya lo sabía —dijo Sonia.

—Tengo que dejar la casa, pero si quieres hablar con alguien, yo estoy a tu disposición —dijo Anastasia a Sonia.

—¡Pero qué noble la niña rica! —dijo Jérica.

—Esto lo arreglamos entre nosotros —intervino Ricardo.

—No hay nada que arreglar. Mañana pido el divorcio —dijo Sonia.

Todos estaban mudos y algunos miraban para todos lados, quizá porque varios estaban en falta. Anastasia no quería estar allí, pero tampoco le parecía justo marcharse entre gallos y medianoche, y se quedó de su lado del patio. Se sentía incómoda, sobre todo porque Bruno no le apartaba los ojos.

—Tienes razón. Un hombre que te mete los cuernos no merece otra oportunidad —dijo Lucrecia, sin que nadie le hubiera pedido opinión—. Ni siquiera merece seguir de encargado en la pizzería. Yo me ofrezco para ocupar su lugar. He trabajado en el bar y conozco el rubro —aclaró.

Todos la miraron con la boca abierta. Anastasia miró a Bruno y le dedicó la más cínica de las sonrisas. Bruno sintió como ella le decía con un gesto: Allí tienes a tu esposa dócil, generosa, buena cocinera, amante de las cosas simples y bla, bla, bla.

—¡Vaya! No me había dado cuenta de que me quedaría vacante el puesto de encargado para la pizzería —dijo Sonia con una sonrisa tan cínica como la que Anastasia le había dedicado a Bruno. Lucrecia dio saltitos sobre los tacazos y se dobló el pie, pero no le importó porque acababa de conseguir un puesto importante, nada menos que de encargada en la mejor pizzería de la ciudad—. ¿Quieres el trabajo, Anastasia? —preguntó Sonia.

Anastasia se quedó paralizada ante las palabras de Sonia. Lucrecia horrorizada, al igual que Ricardo.

—¿Qué? ¡Pero si me acabo de ofrecer yo para el puesto! —gritó Lucrecia.

Ricardo la miró lleno de furia.

—Mejor cállate, idiota —dijo Ricardo, y se acercó a su esposa—. ¿De qué estás hablando, Sonia? Yo soy el encargado del negocio —aclaró Ricardo. Tenía los puños apretados—. Es un negocio familiar, y no puedes dejarme en la estacada.

Anastasia no quería estar en el centro de la disputa, pero seguía pensando que huir no era la mejor opción, y se quedó parada sin saber que decir.

—Es cierto, pero es de mi familia. Tú estabas allí porque eras mi esposo. Pero como ya no serás mi marido, tampoco serás el encargado.

—¿Y qué se supone que voy a hacer?

—¡Y yo qué sé! Pregúntale a Catalina si tiene algún negocio familiar donde puedas trabajar. En el mío no hay lugar para ti —dijo Sonia.

—Estás loca, mujer —gritó Ricardo.

—Puede ser. Pero en la pizzería no entras más.

—Voy a meterte un juicio y voy a conseguir lo que me corresponde —aclaró Ricardo.

—El local era de mi abuelo, y se conserva como lo tenía él. Además, las mejores pizzas las hago yo. No hay nada allí que sea tuyo —aclaró Sonia.

—¡Nada! Y todo el trabajo que hice. Dedicué mi vida a ese negocio —gritó Ricardo.

—Deberías haber pensado en eso antes de bajarte los pantalones para tener sexo con cualquiera —dijo Sonia, y miró a Anastasia, que lo único que quería era hacerse humo—. El salario es muy bueno, Anastasia. Y sé que eres una empleada competente. Todos hablan maravillas de tu trabajo en el hotel. Te quiero en mi negocio —aclaró.

Anastasia había buscado trabajo sin descanso y nadie la había querido contratar. Su tía le había conseguido un puesto de camarera en el hotel de Enrique, y por lo visto su competencia había corrido de boca en boca.

Con todo lo que había descubierto ese día ella había tomado la decisión de marcharse. Pero estaban ofreciendo un trabajo de encargada, nada menos. Su madre se había instalado en San Miguel para estar cerca de ella. Su tía era otra persona desde su llegada, y ella... ella seguía enamorada del hombre bueno y generoso, a pesar de todos sus errores.

¿Adónde iba a ir? ¿Cómo le iría en otro lugar? Además, no tenía a nadie. Si bien allí no la aceptaban, ese día ella se había enfrentado unas cuantas situaciones y había triunfado. Hasta se había reído con Jérica de Lucrecia.

—¿A qué hora tengo que estar en el trabajo? —preguntó Anastasia, y Sonia le dedicó una pequeña sonrisa.

—Gracias, me has sacado un peso de encima. No habría podido atender la cocina y a los clientes. Sé que serás una gran encargada —dijo Sonia con la voz entrecortada.

—Cariño, solo ha sido una vez. Podemos arreglar las diferencias, tesoro —dijo Ricardo.

—No, Ricardo. Ya no te tengo confianza. Tuviste sexo con mi amiga —aclaró, y se le escaparon unas lágrimas—. Te espero mañana a las seis de la tarde. Trabajamos hasta la una, de miércoles a domingo —aclaró Sonia mirando a Anastasia, y se marchó.

—Todo por culpa de tu maldita fiesta —gritó Ricardo a Bruno.

—¡Qué! Pero si somos amantes desde hace mucho —gritó Catalina—. Ya era hora de que la dejaras. Para qué la quieres si ni siquiera viven en la misma casa —dijo.

—Hice mi vida con ella —gritó Ricardo—. Tú solo eras una distracción, maldición. ¡Eras su amiga!, y me provocaste porque no te importó su amistad.

—A ti tampoco te importaba que fuera su amiga cuando me sacabas las bragas, maldito idiota —gritó Catalina.

Anastasia se alejó pensando en cómo había terminado la fiestita de Bruno. Mientras iba a buscar su bolso escuchó los gritos de Lucre, la perfecta esposa de Bruno.

—¡Pero qué tiene esa chiflada que todos la adoran! —gritó Lucrecia indignada.

—Anastasia transmite magia, Lucrecia. Tiene un encanto que le viene de adentro, cosa que tú nunca vas a tener, por más ropas de princesa que te pongas. Ella es la mujer que amo. Es mi presente y mi futuro —dijo Bruno



soltando en un segundo y delante de todos sus más profundos sentimientos.

Anastasia se quedó plantada en medio de su patio. Le temblaba todo el cuerpo al escuchar a Bruno dedicarle semejante declaración de amor delante de todos sus amigos, con esa voz tan dulce, que cada palabra parecía salir del alma y entrar directo en su corazón. No se giró a mirarlo. Él la acababa de derrumbar como si sus cimientos estuvieran hechos de arena. Siguió su camino, y se tragó las ganas de llorar.

Cuando entró a la casa, caminó temblándose hasta la habitación para buscar el bolso que no había tenido tiempo de desarmar. Lo alzó de la cama y se giró para salir del dormitorio. Allí estaba Bruno, mirándola apoyado en el marco de la puerta.

Tan fácil que había sido siempre su vida, era solo cuestión de pedir y tener, de chasquear los dedos y el mundo caía a sus pies. Pero en esa ciudad se había convertido en un terremoto. Se le habían movido todas las estructuras y ya no sabía dónde estaba parada. Quizá fue toda la lucha que venía manteniendo desde que había llegado, tal vez la confesión de Bruno delante de sus amigos. Anastasia no lo supo, pero no aguantó más y se dejó vencer por el llanto.

## CAPÍTULO 22

Bruno miraba a la mujer que amaba con un nudo en la garganta. Jamás había conocido a alguien capaz de sortear tantas piedras sin derrumbarse. De princesa consentida a camarera del hotel. Ella había sido la mejor empleada que había tenido Enrique. Y Bruno no tuvo dudas que también había sido la mejor princesa en su círculo de amigos.

Ella era como el camaleón, capaz de mimetizarse y subsistir en cualquier ambiente. Y eso era lo que amaba de Anastasia.

Cuando ella se giró con el bolso para marcharse y lo vio apoyado en el marco de la puerta de la habitación, se rindió.

Todo el valor y la entereza que había tenido durante casi un año, se hizo añicos en ese momento. Si él no hubiera estado allí, ella habría agarrado el bolso y se habría marchado tragándose el dolor, la ira, las lágrimas, y demostrando una entereza que estaba lejos de sentir.

Él no sabía cómo había demorado tanto en desmoronarse, pero allí estaba hecha un ovillo en el suelo y sin poder dejar de llorar.

Bruno se acercó a ella y se agachó a su lado. Le acarició el cabello, ya sedoso gracias a los buenos productos que le proveía el hotel. Era hermosa por fuera y por dentro, y él la había hecho sufrir.

—Lo siento. No llores por mi culpa. No deberías derramar una sola lágrima por mí —dijo Bruno, y la envolvió en sus brazos—. Sé que no merezco un segundo de tu tiempo, pero necesito que me escuches.

—No mereces que te escuche. Tampoco mis lágrimas. Te mereces la vida que planificaste con Lucrecia para que pases muchos años de tortura al descubrir lo equivocado que estabas —dijo Anastasia con la voz entrecortada.

—No pensaba cometer ese error —susurró Bruno sobre su oído.

—Sí que lo pensabas, Bruno —dijo Anastasia, y levantó el rostro para mirarlo—. Estuviste probando si tus planes eran factibles —aclaró con la voz entrecortada—. Probaste varios meses con tu Lucre, y hoy estás acá porque te diste cuenta que la familia que te habías montado en la cabeza no iba a resultar como lo esperabas —dijo Anastasia llena de ira, se levantó del piso y se alejó de él.

—No estuve probando —dijo Bruno, dejándola alejarse de su abrazo—. Yo no la invitaba a salir.

—¡Era ella! —dijo Anastasia destilando sarcasmo.

Él asintió con la cabeza.

—Solo salimos unas pocas veces —aclaró Bruno—. Ella me invitaba y no quería lastimarla con mi rechazo. Creí que era una buena chica —aclaró.

—Claro, cómo ibas a lastimar a una buena chica —dijo Anastasia—. Mejor lastimar a las niñas ricas, ¿no?

—Anastasia, no quise lastimarte.

—¿Ignorarme en el hospital, qué fue? ¡Crees que no me dolió! No entendía porque actuabas como si no estuviera allí. Todavía no sé que hice para que tú y tus amigos me ignoraran como si fuera una columna de cemento —dijo Anastasia.

—Fue una decisión dura. Tu padre me hizo ver lo que habías tenido. Quise que me odieras. Quise que regresaras a tu vida de antes, a tus amigos y tus comodidades. Acá no tenías nada, y yo nunca podría haberte dado esa vida.

—Y el tiro te salió por la culata, porque me quedé acá —dijo Anastasia llena de dolor.

—Sí. No eres ni la sombra de lo que dijo tu padre —dijo Bruno con sinceridad.

—No sabes lo que era. No tienes idea lo que era. Yo era una princesa, Bruno, con coronita y todo —aclaró Anastasia—. Me tiraba al hombre que

quería, los tenía a todos a mis pies. Los elegía a dedo.

—Estás exagerando —gritó Bruno.

—Y solo tenía veinte años —aclaró Anastasia, ignorando su comentario—. No tienes idea quién fui. Mi vida giraba en torno a la manicura, el turno con el estilista, a mi horario con mi profesor del gimnasio. Corría por las mañanas y salía a comprar más zapatos. Tenía tantos que no me iba a alcanzar la vida para estrenarlos. Tenía una habitación enorme para guardar mi ropa. Cientos y cientos de prendas, y muchas todavía con las etiquetas de la compra. Por la tarde toma sol en mi enorme piscinita rodeada de mis amigas ricas, mientras Adela, la empleada doméstica, me traía el jugo de naranja recién exprimido y me hacía las tortas que me gustaban. Y por las noches salía a emborracharme con mis amigos.

Bruno se quedó callado escuchando como ella le contaba con desprecio su vida pasada.

—Hoy tiraste esa vida en el camino del hotel —dijo Bruno, aunque sabía que eso solo era simbólico, puesto que ella hacía muchos meses que había tirado la vida de rica por el desagüe.

—Y la recogió tu futuro planificado —dijo Anastasia, y largó una carcajada llena de sarcasmo—. Mira como se dieron vuelta todos tus planes. La princesa tiró la corona en el camino y tu futura y sencilla esposa se la encontró y se la puso en la cabeza —y volvió a reír por lo ridículo que sonaba todo aquello.

Él tuvo ganas de darse cabezazos en la pared porque su ironía reflejaba las palabras que le había dicho Lucrecia.

—Encontré a Lucre arrastrando tu maleta cuando me iba del hotel —confesó Bruno—. Según ella, fue una señal del destino que le estaba diciendo que no se tenía que conformar con tan poco —dijo Bruno, y Anastasia se quedó mirándolo sorprendida por su sinceridad—. Reconocí que era tu Gucci

apenas la vi. Y mientras ella pensaba que era su destino, yo pensaba como el destino se me reía en la cara —aclaró—. Me ofrecí a llevarla a su casa. Cuando se subió a la camioneta se abrazó la maleta para que no se le ensuciara. Creí que se estaba repitiendo la escena del día que tu padre te dejó tirada en la puerta de la casita de Carola.

Anastasia arqueó las cejas y largó una carcajada, que a él otra vez le sonó a música de ángeles, porque ella podía estar furiosa y lanzarle todos sus resentimientos en la cara, pero también era capaz de apartaba los dramas a un lado y reírse de lo extraña que podía ser la vida.

—Se repitió —dijo Anastasia, sin dejar de mirarlo.

—¡Si esa maleta hablara...! —Bruno dejó la frase sin terminar.

—¿Qué diría? —se interesó Anastasia.

—Diría... ¿Acaso te has vuelto loca, Anastasia Jones? ¿Cómo has podido tirarme al borde del camino? Tu vida estaba allí adentro. Tus noches de fiesta. Tu biquini para tomar sol en la piscina. Eras admirada por todos. Tenías el mundo al alcance de la mano, y lo dejaste tirado al borde del camino para que se lo quede una loca, que no tiene idea de lo que es ser una princesa. Me has condenado a un futuro miserable, y ahora tendré que servir a esa loca para que se disfrace de payaso, mientras camina creyendo que es una reina.

—Te has vuelto poético —dijo Anastasia—. Podrías escribir un libro sobre la historia de la maleta —le sonrió por la fantástica interpretación.

Bruno se acercó sin apartar su mirada de ella. Anastasia pudo ver la chispa de deseo en sus ojos. También pudo ver el amor en esa mirada de muchacho bueno. Un amor como el que había confesado delante de sus amigos.

—Podría escribir la historia de una jovencita que un día llegó a San Miguel y enterró en el barro sus Manolos.

—Los zapatos no eran unos Manolos —aclaró Anastasia con la voz entrecortada, pero él no le prestó atención.

—Y se abrazó a una maleta Gucci como si de esa forma pudiera conservar lo que estaba perdiendo —dijo Bruno. Ya había llegado tan cerca, que el aire que se escapaba con sus palabras entraba en la boca de ella.

—¿Qué más? —preguntó en un susurro Anastasia.

—Pero cuando su padre la dejó tirada allí, sin atender sus gritos desesperados, ella tiró su vida al camino enlodado y corrió desesperada para recuperar lo que estaba perdido. Se cayó al barro con todas sus prendas de princesa. Y en ese momento un hombre sencillo pasó raudo con toda la intención de bajarle los humos de reina que traía, y la dejó tapada de barro. Mientras el hombre se alejaba dejándola tirada, se rio de su hazaña.

—Ella había insultado la casa donde vivió de niño —aclaró Anastasia.

—Pero ella no lo sabía. Su vida se estaba derrumbando como un castillo de naipes, y él no fue a consolarla y decirle que todo estaría bien.

—Qué podía importarle a ese desconocido lo que estaba pasando —dijo Anastasia.

—En ese momento solo le importó que ella llamara basurero a la que había sido su casa —aclaró Bruno—. El problema fue que no pudo sacarse esa imagen de la cabeza. Él ya tenía planificada su vida. Iba todos los días al bar donde trabajaba Lucrecia, la mujer sencilla que creyó que sería la mejor esposa. Pero desde la llegada de la chica de la maleta, se olvidó de su futuro.

—¿En serio?

—Cada vez iba menos al bar porque en su mente solo estaba la chica de la maleta —aclaró Bruno—. Y un día se enteró por Jéssica lo que su tía había hecho de ella. “Una pobre diabla vestida con harapos. Una salvaje”, así la describió. Solo él sabía cuán bajo la había hecho caer Carola. Se enteró que vendría un viernes por la tarde a vender verduras al centro, y estuvo horas en la plaza esperando que llegara —dijo Bruno, hablando como si el protagonista de esa historia no fuera él, como si le contara la historia de algún idiota que

conocía.

—Tú... Tú me esperabas para burlarte —dijo ella tratando de que dejara de hablar en tercera persona.

—Sentía curiosidad —dijo Bruno, haciéndose cargo por primera vez de que era él el protagonista de la historia de los dos—. Y cuando llegaste con esa ropa de payaso y la frente en alto como si estuvieras vestida de Dior, toda mi vida planificada comenzó a hacerse pedazos. Igual seguía empeinado en mis planes. Pero jamás había visto a una mujer tan bella, una jovencita que no tenía más de veinte años, pero que se había apoderado de mis pensamientos y mis sueños.

—Te estás burlando de mí. Si algo no tenía en ese momento era belleza.

—Brillabas con una luz que venía de adentro. Brillabas más que el sol de la tarde. Tenías una fuerza y una entereza que me llegó al alma. Yo te había visto siendo una princesa, pero te admiré cuando apareciste vestida de pordiosera. Y te amé, y me empeiné en rechazar lo que me hacías sentir.

En ese momento Anastasia entendió porque él había sido su esperanza, su sueño y su fuerza. Él había sido lo mejor que le había pasado desde que llegó a la casa de Carola, había evitado su caída, y le había regalado los más bellos gestos porque se había enamorado de la mujer desastrosa que vio en el centro, a pesar de que la había conocido con todo su lustre.

—Eres bueno, Bruno. Eres el hombre más noble que he conocido. No tienes artificios, solo eres tú, y siempre te encargas de aclararlo, como si no tuvieras demasiado para ofrecer —dijo Anastasia, y le acarició la mejilla.

—Quería una mujer sin muchas pretensiones, porque no quiero que la vida se me escape tratando de conseguir solo cosas materiales. Pero por ti soy capaz de mover el mundo para darte lo que me pidas. Si quieres lujos, los vamos a tener. No me falta capacidad para ganar dinero.

Anastasia se puso la mano en el mentón y entrecerró los ojos, como si estuviera meditando su oferta.

—¿Y si quiero todos los años vacaciones en una playa exótica?

—Te las daré —dijo Bruno sin dudar.

—¿Y si se me antoja ir a París? —comentó Anastasia.

—Trabajaré día y noche, y tendrás París —aclaró Bruno.

Ella arqueó las cejas. Él estaba dispuesto a darle mucho más de lo que había tenido en mente cuando pensaba casarse con la sencilla Lucrecia.

—¿Estás entregado, Bruno? —preguntó Anastasia, y le sonrió con picardía.

—Totalmente entregado. Haría cualquier cosa para merecerte —aclaró Bruno.

—¿Y si yo solo quisiera ser la mujer que se sienta contigo en la galería a ver las estrellas? ¿Si quisiera que los dos jugáramos en el jardín de nuestra casa con los niños?, ¿y si solo soñara con tener algún fin de semana para los dos solos, para simular que seguimos siendo novios? ¿Y si quisiera recolectar contigo las naranjas del huerto para donar el dinero al orfanato de Carola? Y una comida de domingo con mi madre, Carola y Ricardo. Una familia que disfruta de las cosas simples. Una familia, que estando en una playa exótica o a orilla del río que pasa por la ciudad, es la más feliz del mundo —dijo Anastasia.

A Bruno se le llenaron los ojos de lágrimas. Su vida feliz había estado al alcance de sus manos desde que Anastasia había llegado a la ciudad, y él había hecho lo imposible por negarse la felicidad que ella le estaba ofreciendo. La miró con una radiante sonrisa.

—Ese era mi proyecto de vida, mi amor —dijo Bruno con la voz entrecortada.

—También es el mío. Porque desde que te conocí, tú me haces feliz,



Bruno Márquez —dijo Anastasia.

—He tenido todo este tiempo a mi princesa, y casi se me escapa de las manos —dijo Bruno, se inclinó y la besó.

A Anastasia se le aflojaron las piernas y le rodeo el cuello con los brazos para no convertirse en agua a sus pies.

El beso se prolongó por un largo tiempo, mientras las ropas desaparecían de sus cuerpos como por arte de magia. Los dos estaban de pie, desnudos, contemplando el cuerpo del otro. Ellos habían tenido sexo aquel día lejano en el cuartito de las escobas de la pizzería, un sexo rápido, apurado e interrumpido con la llegada de Gabriel. No se conocían sin ropas, pero se conocían mucho más que otras parejas que empezaban a buscar la empatía entre las sábanas. Ellos habían empezado como en los viejos tiempos, hablando, discutiendo y contándose sus confidencias. Sabían de la fuerza de uno y la generosidad del otro. De luchas, de aciertos y errores.

Bruno la llevó a la cama y la recostó sobre las sábanas. Los dos se miraron durante un largo rato. Bruno pensaba que ella era perfecta. Anastasia pensaba que él era perfecto. Se tocaron de forma delicada. Él tenía buenos músculos y una pequeña mata de vello en el pecho que bajaba como una flecha señalando la erección que ella le había provocado.

Ella no estaba como antes. El duro trabajo del hotel le había hecho perder bastante peso y se le marcaban los huesos de las caderas. Pero Bruno reverenció con sus labios todos los rincones como si fuera la mujer más hermosa del mundo.

El deseo se mezcló con el amor que se reflejaba en sus ojos. Anastasia le dijo que lo amaba, que él era el hombre que había obrado el enorme cambio en ella. Que todo lo que era, se lo debía a él. Eso le había dicho Carola a Bruno, y ella se lo estaba confirmando. Bruno la besó largamente, y ella sintió las lágrimas de Bruno caer sobre sus mejillas.

Bruno fue descendiendo hasta llegar a ese lugar donde ella ya no se acordaría ni de su nombre. Él tenía la cabeza enterrada entre sus piernas, y ella solo pudo sentir como la arrastraba una ola y se la llevaba a las profundidades del mar. Estalló con un grito mientras sentía como el cuerpo se le tensaba con el clímax. Bruno se deslizó sobre su cuerpo hasta que quedó recostado sobre ella, rozando cada centímetro de su piel.

Anastasia enroscó las piernas en sus caderas y sintió el empuje de la penetración. Bruno se movió despacio, intentando alargar el momento. Ella era toda dulce, tierna, frágil, era perfecta. Él era grande, pero pronto encontraron el ritmo, y lo que empezó como una suave melodía se convirtió en una sinfonía que hacía vibrar los vidrios de las ventanas. Él entraba y salía. Ella le clavó las uñas en la espalda cuando sintió las sensaciones que se apoderaban de su cuerpo. Bruno intensificó las arremetidas. La besó y el grito de ella se mezcló con el gruñido de él. Un empuje, otro, y otro; y los dos se perdieron en la bruma cegadora de que les provocó el clímax. Bruno se recostó a su lado y la atrajo a sus brazos.

Anastasia dejó que las lágrimas se escaparan de sus ojos. Nunca había llorado después del sexo, pero el sexo siempre había sido una más de sus distracciones de niña rica. En su ambiente era un signo de estatus. Con Bruno era un acto de amor, que la hacía sentir débil. Ya no tenía que alardear con nadie sobre su nueva conquista. Él era lo único que le importaba.

—He llegado a casa —dijo Anastasia.

Bruno la separó y la miró a los ojos. Ella estaba llorando, y a él también se le escaparon las lágrimas con su confesión.

—Te amo, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. No sé si estoy a tu altura. No sé si algún día querrás regresar a lo que has perdido, princesa, pero intentaré que cada día de tu vida esté lleno de alegría.

—Nací para ser un florero de exhibición. Pero a tu lado siento que soy

capaz de librar cualquier batalla. Por ti he desafiado mi destino —aclaró Anastasia.

Cómo no iba a desafiarlo, si era una guerrera capaz de sortear cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

—Mi guerrera. Mi princesa. Mi mujer —dijo Bruno. Tomó el rostro amado entre sus manos y la besó.

## EPÍLOGO

Anastasia

Creo que caer a un precipicio fue lo mejor que me pasó en la vida.

No todos tienen la suerte de caer de pie. Algunos se rompen tanto que no logran levantarse. Otros es como si llevaran un paracaídas invisible colgado a la espalda, es como si alguien, un ángel especial, estuviera frenando cada una de sus caídas.

Yo tuve la suerte de ser de las personas que tienen un paracaídas, porque Bruno sembraba esperanzas con cada tropiezo que daba. Por eso nunca alcanzaba a romperme, o por eso me levantaba con más fuerza cada vez que caía.

Lo que sí sé, es que en algún momento hay que dejar de caer. Aunque algunas personas se han acostumbrado tanto a ir dando tumbos por la vida, que si algún día no encuentran la piedra, se quedan desconcertados y van a buscar una para darse el golpe.

¿Cuándo decidí dejar de caer?, creo que fue el día que llegué al centro en el carro de mi tía y Bruno me dio el mejor regalo de mi vida. O quizá fue el día que Bruno me dio la mitad de la paga por la recolección de naranjas. Tal vez fue cuando se apartó de mí pensando que era demasiado rica para él. Bruno no lo sabe, pero ese día tuve que levantarme sola. Aunque a veces pienso que dejé de caer cuando Bruno tuvo la valentía de decir, delante de todos sus amigos, que yo era mágica. Que era una princesa aunque no llevara las mejores prendas. El día que dijo que me amaba.

—Mesa cinco, una pizza de pepperoni y una especial —escucho a mis espaldas.

Me giro y veo a Bruno con dos tablas redondas que contienen las

pizzas. Le sonrío y él me giña un ojo.

Soy la encargada de la pizzería de Sonia, y esa noche Bruno ha venido a ayudarnos. Es sábado, su día libre en el hotel San Miguel, pero sabe que no damos abasto con la cantidad de gente que se reúne en la pizzería y viene a colaborar. Además, como dice él, no puede estar sin mí. Eso es muy bonito.

Voy a llevar el pedido. Hablo con los comensales, río de algún comentario. Les pregunto si están cómodos y si les apetece pedir algo más, y regreso a la barra.

Veo entrar a Enrique con su vaquero sencillo y su remera polo. Lleva zapatillas blancas algo sucias, pero a él no le importa. Demora más de diez minutos en llegar a la mesa porque ha tenido que saludar a una viuda, una separada y a otra que creo que está casada, pero se lleva mal con su esposo, según me ha contado mi tía, que conoce todo lo que tiene que ver con la vida de Enrique.

Él pide una pizza especial y una napolitana pero que tenga aceitunas negras y esté rociada con perejil. Esa pizza tan particular es para Carola. Enrique le conoce los gustos como nadie. También pide cerveza y tres vasos.

Llegan mi madre y Carola. Las dos se han hecho íntimas amigas. Creo que Carola a Andrea le cuenta todo lo que nunca me contó a mí. Mi madre se para en todas las mesas a conversar. Los conoce a todos, y es amiga de la mitad de los ciudadanos de San Miguel. Carola también los conoce, pero apenas saluda con la mano. Ella no es tan sociable como Andrea.

Las dos se sientan en la mesa de Enrique. Andrea al lado de él, y Carola enfrentada a los dos. Hablan, se ríen, la pasan bien, aunque Carola siempre es la más seria de los tres. Enrique le dice algo al oído a mi madre, y ella ríe de forma desinhibida.

—¿Otra vez pensando con cuál de las dos se acuesta Enrique? Yo apuesto por tu madre, tesoro —susurra Bruno en mi oído.

Me giro y lo miro con un arqueado de cejas. Él me atrae a sus brazos y me planta un ruidoso beso en los labios. Un beso que promete una noche llena de magia.

—Mesa diez. Pizza de acelga y mozzarella —grita Sonia asomada a la ventana que da a la cocina.

Bruno me suelta y corta la pizza que tiene sobre la tabla.

Yo observo cada uno de sus movimientos. Es algo que no puedo dejar de hacer. Siempre me quedo mirando cada uno de sus gestos y movimientos, como si aún me costara creer que ese hombre, que tanto amo, es mi marido desde hace cinco años.

—Mesa diez. Acelga y mozzarella —dice Bruno, y me tiende la pizza. Él me mira con la misma adoración, y a veces creo que se pregunta: ¿Qué hice para merecer a una niña rica que tenía todos los lujos?, él no tiene idea que ninguno de los lujos que tuve me dieron la felicidad que me da él cada día de nuestras vidas.

—Te equivocas, tesoro —le respondo a su pregunta sobre con cuál de las dos mujeres se acuesta Enrique—. Las apariencias engañan. Es una de las dos, pero no la que tú dijiste —aclaró mientras me alejo con la bandeja con la pizza para la mesa diez.

Escucho su carcajada que traspasa los murmullos de la pizzería. Nadie nos presta atención, cada uno sigue en lo suyo. Mi madre sigue sentada junto a Enrique, que le susurra algún comentario gracioso al oído. Pero Enrique mira a la mujer que tiene frente a él, y Carola le dedica una sonrisa imperceptible. Después come su pizza napolitana con aceitunas negras y perejil, y observa a todos los clientes. Ella sabe lo que son los cotilleos en las ciudades pequeñas. Sabe que todos están murmurando sobre el futuro matrimonio de mi madre con Enrique, el dueño del hotel más grande de la ciudad. Mi tía es intrigante, y se divierte al saber que se equivocan. Ella sabe quién es la mujer que ama

Enrique, pero como es reservada, los deja que piensen lo que quieran. Y yo también lo sé, no porque me lo contaran, sino porque aprendí que una mirada o un gesto valen más que mil palabras.

\*\*\*\*\*

No hay nada más bello que ver el atardecer desde la galería de mi casa. El cielo se ha puesto rojo, porque algunas nubes suaves cubren el sol.

Ha llegado Jérica a contarme algún disparate. Ella sigue siendo una caprichosa a pesar de que ya tiene cuarenta años, la misma edad de Bruno. Lo asombroso es que ahora es mi amiga, y también mi cuñada.

El día que me casé con Bruno, mi familia rica, por decirlo de alguna manera, decidió bajar unos peldaños y vinieron al enlace. De eso ya hace más de diez años. Mi hermano Fernando y mi padre solo estuvieron en la iglesia, ninguno de los dos quiso compartir la fiesta que daríamos en el hotel San Miguel. Mi padre me deseó que fuera feliz, aunque también agregó que lo dudaba por la cantidad de privaciones que iba a sufrir con alguien que no estaba a mi altura. Fernando solo me abrazó y me aclaró que por suerte existía el divorcio, y estaba bien meter la pata para que probara eso de darme la cara contra un paredón.

Si eso no fue suficiente para arruinar el momento más feliz de mi vida, Jérica se ocupó de rematarlo, porque no había dejado de llorar a gritos al ver que Bruno se casaba conmigo, y no con ella. Es decir, que Bruno y yo tuvimos varios acontecimientos extraños que le quitaron un poco de emoción a nuestro día. Pero bueno, ¿qué haríamos en la vida si no tuviéramos alguna piedrita con la que tropezar? Yo ya estaba acostumbrada, me había hecho a golpes, y en lugar de ponerme a llorar tuve que esforzarme por no largar una carcajada. Bruno estuvo todo el tiempo dándome codazos para evitar que me riera. Lo

cierto es que Jérica logró ser el centro de todas las miradas en el día de nuestro casamiento. Inclusive, los invitados en lugar de felicitarnos por el enlace, se dedicaron a consolar a la sufrida Jérica.

Ese día también vino mi hermano Noel, y aunque yo creí que Jérica no encontraría algún idiota que se fijara en ella, Noel se quedó fascinado. “Fue amor a primera vista”, me dijo mi hermano un tiempo después. Por suerte a ella le pasó lo mismo. Se casaron y yo le dije a Bruno que iba a ir a llorar por la triste vida que le esperaba a mi hermano, y de paso quería devolverle la gentileza a Jérica. Al final me compadecí de mi hermano, no de ella. Para mi asombro, mi hermano no lleva una triste vida, sino que son muy felices. Alejandro y Olga estaban tan fascinados de haber encontrado un candidato para Jesi, que le ofrecieron el negocio de comidas caseras a Noel, y mi hermano, que es un desvergonzado, lo aceptó. Cada zapato tiene un pie que le calce justo. Jérica es una caprichosa, y a Noel le encanta consentirle todos los caprichos.

La única que no encontró a su príncipe fue Lucrecia. Mi maleta Gucci no le sirvió para conseguir al hombre que le diera todo lo que ella deseaba. Tuvo algunos pretendientes, pero los rechazó a todos porque no estaban a su altura. Vive con su madre, trabaja de cajera en el mercadito, y tiene cara de haber chupado demasiados limones.

—¡Dios mío, esto de tener hijos no es para mí! —dice Jérica, y se deja caer en el sillón que está a mi lado.

—Ni me los nombres —aclaro sin mirarla.

—¿Dónde están los indios tuyos? —pregunta Jérica.

—Por suerte Bruno hoy tuvo la genial idea de llevarlos a los tres a pescar. Enrique lo acompañó —aclaro—. Pero ya deben estar por llegar.

—Al menos Bruno se los lleva un rato. En cambio, tu hermano no sale si no salgo yo con ellos —aclaro Jérica.



—¿Y qué haces sola acá? —pregunto.

—Me escapé un rato de la casa. Cuando Noel se dé cuenta, va a venir a buscarme. Pero diez minutos de paz, son diez minutos —dice Jésica.

Me río. Siempre me río del cambio de Jésica porque ella ya no es la de antes. Tiene el pelo hecho un desastre, ya no tiene tiempo de maquillarse y pintarse las uñas, y siempre viene con alguna mancha de comida o barro en los pantalones. También me río porque a mí me pasa lo mismo que a ella, y yo sigo buscándole el lado divertido a las tragedias.

En el fondo, las dos somos unas madres dedicadas, por eso andamos poco arregladas. A veces las dos vamos a la plaza a llevar a los niños, pero en lugar de conversar, una corre para un lado y la otra para el otro persiguiendo a los demonios de hijos que hemos tenido.

—Al menos tú tienes dos —digo.

—Dos o tres es lo mismo —me aclara Jésica. Ya no peleamos, ahora somos dos guerreras que recorren el mismo camino. Las dos encontramos el amor, tuvimos hijos en la misma época, y eso nos convirtió en aliadas.

A lo lejos sentimos un estruendo. No son truenos, pero sí un vendaval que en pocos minutos va a invadir la casa.

—¡Buaaa! Se me perdió la zapatilla en el río —escucho que grita Hugo, mi hijo más grande, que tiene cuatro años.

Cuando Hugo nació, Carola se abrazó a él y lloró de emoción. Una semana después puso en venta la casa de cuentos y el huerto de naranjas. Ese día ella dejó entrar a todos sus amigos, y sacó el alambre de gallinero que cercaba el árbol donde murió Darío. Se liberó del pasado, dejó ir a su hijo y comenzó a aceptar que no tenía nada de malo sentirse feliz. El dinero se lo dio a Bruno para que hiciéramos nuestra casa en el prado de flores lilas y rosas. En nuestro jardín ya no hay muchas, porque hemos puesto césped para que los niños puedan jugar, pero más allá de nuestra casa podemos ver las flores que

embellecen el paisaje.

Mi hijo Hugo entra corriendo. Bruno viene tras él. Trae en brazos a Joaquín, que tiene dos años, y llora más fuerte que su hermano. Está tan mojado, que no tengo que preguntar para saber que se cayó al río.

—Abua. Abua, tapó a mí —grita Joaquín.

De la mano de Bruno también viene llorando mi hija Luciana de tres años. Bruno casi la arrastra porque no quiere caminar.

—Me caí y se me rompió la rodillita, mamita —grita, sin soltarse de la mano de su padre.

—Por Dios, me vengo a relajar un rato, pero esto está peor que en mi casa —dice Jérica.

—Vete a tu casa, Jesi, y cuida al único marido que lograste encontrar —dice Bruno, y sonrío. Ella lo mira con el entrecejo fruncido, pero se levanta y sale corriendo. Ya demasiado tiene con sus hijos para atender los nuestros. A mí se me escapa la risa. Jamás vi a alguien salir tan despavorido.

Abrazo a Hugo y le digo que mañana vamos a ir al centro a comprar otra zapatilla, la que a él más le guste, y eso le dibuja una sonrisa en su hermoso rostro. Él es igual a su padre, y según Carola, se parece a su Darío.

—¡Me voy a morir! Sangre, sangre —grita Luciana.

Hugo entra saltando en un pie a la casa, y me acerco a consolar a Luciana. Miro a Bruno y veo que tiene cara de agotado. No sé si reírme o compadecerme porque es la primera salida con los niños sin que lo acompañe, y ha sido un desastre.

Me agacho junto a mi hija, le levanto la piernita para mirar el raspón de la rodilla y le doy un beso sanador.

—No, cariño, solo es un raspón. Dile a Pamela que te lave la rodillita y te ponga una tirita de Mini —aclaró, y ella me mira con una sonrisa.

—Quiero tres tiritas, mami —aclara.

—Tres tiritas para mi princesa —digo, y la abrazo mientras siento que el más pequeño ya se me está colgando del cuello.

—Tapó abua a mí —balbucea Joaquín, y se friega los ojitos.

Lo alzo, lo abrazo, lo beso y le hago cosquillas hasta que larga una carcajada y se olvida de que se cayó al río. Él se empieza a retorcer en mis brazos y lo dejo en el suelo para que entre corriendo a la casa. Por suerte tengo a Pamela que me ayuda con los niños, sino no me reiría de estos pequeños accidentes.

—¿Un día duro? —pregunto a Bruno.

Él me mira con ese amor que me hace sentir que en cualquier momento me convertiré en agua a sus pies.

—No sé en qué pensaba cuando planificaba el futuro —dice Bruno—. Esto es más una pesadilla que un sueño hecho realidad —aclara, y se acerca a mí.

Me agarra de la cintura y me aprieta con fuerza.

—Pero no cambiarías esta pesadilla —digo, y lo miro a los ojos.

—Por nada del mundo —aclara, me besa hasta que siento que me voy a desmayar—. Dile a Andrea que hoy puede disfrutar de un día de abuela con los niños. Dile que si quiere puede disfrutar de una semana entera con nuestros demonios, y si no puede con ellos que le pida ayuda a Carola —aclara Bruno.

Se me escapa una carcajada. Él me levanta en sus brazos y me lleva a la casa.

—Seguro que las dos se ponen felices —digo, lo beso y pienso en los planes de Bruno.

Planes de Bruno:

Una vida tranquila. Por supuesto que no la tiene.

Una mujer sencilla. Tampoco la tiene. No soy una esnob, pero sí un desastre como esposa. A veces se me quema la cena; y otras, no tengo tiempo

de hacerla y Bruno se tiene que poner a la labor.

Unas vacaciones en una cabañita junto al río. Nos encanta pasar un fin de semana en una cabañita junto al río, pero nos gusta más una playa exótica en algún lugar del Caribe. Y antes de que nacieran nuestros hijos fuimos de vacaciones a París.

Jugar en el jardín con los niños. Eso sí lo hacemos, pero a veces quedamos tan agotados, que rogamos que ellos se cansen para poder relajarnos un rato.

Una cena en un restaurante. Los niños se tiran la comida por la cabeza, por lo que hemos dejado de salir hasta que sean más grandes y educados.

Sentarnos en la galería a mirar las estrellas. Eso es lo único que hemos cumplido todas las noches. Son nuestros momentos. Nos contamos nuestro día. Nos abrazamos mientras miramos el cielo y sentimos la briza acariciar nuestros cuerpos. Él todas las noches me dice que me ama. Todas las noches me dice que soy su magia, su fuerza y su milagro. Y yo le digo que él es mi magia, mi fuerza y mi milagro.

Bruno no quería enamorarse de mí. Yo no quería enamorarme de él.

La vida no se puede planificar. Nuestra vida a veces es un caos, pero ni Bruno ni yo cambiaríamos un solo minuto de todos los que llevamos viviendo juntos.

A veces me siento sola en la galería. No miró las estrellas ni el horizonte. Miro el pasado que dejé atrás. Y algunas veces le he agradecido a mi padre por la lección que me dio hace ya bastantes años. Sin esa lección de humildad ¿quién sería en este momento?

## **AGRADECIMIENTOS**

A mis lectoras, las que me siguen desde mi primera novela y las que se van agregando con cada nueva publicación. Gracias por leer Desafiando al destino. Espero que hayan disfrutado la historia de Anastasia y Bruno, de Carola, Andrea, Enrique, Jérica, y todos los personajes que los acompañaron. Gracias por seguirme en las redes y hacerme saber lo que sintieron al leer mis novelas. No se olviden de dejar su reseña en Amazon, es muy importante para que otras lectoras puedan conocerla.

¡Hasta la próxima!

## SINOPSIS

Anastasia Jones a los veinte años lo tenía todo: Un vestidor lleno de prendas y muchos zapatos. Montones de amigos. El novio que quisiera. Su vida giraba en torno a sus compras y sus salidas. No quería estudiar, y no necesitaba trabajar. Con solo chasquear los dedos sus deseos se hacían realidad.

Hasta que un día lo perdió todo.

Bruno Márquez se había acostumbrado a valorar las cosas simples de la vida. A sus veintiocho años estaba decidido a formar una familia. Ya tenía casi elegida a su futura esposa, una mujer sencilla que se conformaría con una vida sin demasiados lujos: Una cena de sábado. Una noche en la galería de la casa mirando las estrellas. Vacaciones en una cabañita junto al río. Niños riendo y correteando por el jardín.

Hasta que llegó a la ciudad Anastasia Jones, y le hizo tambalear todo su futuro planificado.

Una historia intensa, de amor, de luchas, tropiezos y aprendizajes.

# BIOGRAGÍA

Susana Oro nació en Córdoba, Argentina. Se graduó de abogada en la Facultad de Derecho de la UNC y ejerció su carrera los primeros años. Vive en Córdoba, Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Su pasión por el romance y los finales felices se remonta a su juventud.

En el año 2009 comenzó a escribir novelas románticas contemporáneas y en 2012 publicó “Ríndete a mí” bajo el sello Amor y Aventura de Vergara. Su novela Hechizo de Luna es una de las cinco finalistas del III Concurso Indie 2016 de Amazon. Hechizo de amor ha ganado el premio Erginal Books en romance contemporáneo. En la actualidad todas sus novelas están publicadas en Amazon.

Mail:susananick@hotmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/susana.oro.1>

Twitter: @Susana\_Oro

Instagram: susana\_oro

Página de Amazon donde pueden encontrar todas mis novelas:

[relinks.me/SusanaOro](https://relinks.me/SusanaOro)

Mis novelas:

Ríndete a mí

Todos los caminos me conducen a ti

Más allá de las estrellas

Cuando él me amó

Y llegaste a mí

El valor de una promesa

La caída del soltero

Hechizo de Luna

Hechizo de amor  
Nuestros bellos años  
Conquistando a Alice  
Confío en ti  
Te amaré toda la vida